Richard Wilhelm (ed.)

Cuentos chinos

Relatos populares de la mitología china

Paidós Orientalia

Richard Wilhelm

CUENTOS CHINOS

PAIDÓS
Barcelona
Buenos Aires
México

Título original: *Chinesische Märchen*,
Publicado en alemán por Eugen Diederichs Verlag, Munich

Traducción de Paz Ortega Montes

Cubierta de Judit G. Barcina

1ª edición, 1997 y 1998
1ª edición en esta presentación, noviembre 2012

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© 1958 by Eugen Diederichs Verlag, Munich
© 1997 de todas las ediciones en castellano,
Espasa Libros, S. L. U.,
Avda. Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona, España
Paidós es un sello editorial de Espasa Libros, S. L. U.
www.paidos.com
www.espacioculturalyacademico.com
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-493-2799-5
Depósito legal: B-26.535-2012

Impreso en Limpergraf, S. L.
c/ Mogoda, 29-31 08210 – Barberà del Vallès (Barcelona)

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico

Impreso en España – *Printed in Spain*

Sumario

PRIMERA PARTE

I. Sagas de los dioses 15

1. Los cinco ancianos crean al hombre 15
2. El vaquero y la hilandera 17
3. Yang Oerlang 21
4. Notscha 23
5. El hada de la luna 31
6. La estrella del amanecer y la estrella del anochecer 33
7. La muchacha de la cabeza de caballo 33
8. La Reina del Cielo 35
9. Nü Wa 38
10. El dios del fuego 41
11. Los tres dioses que gobiernan el mundo 43
12. Confucio 44
13. El dios de la guerra 48

II. De los santos y de los magos 53

14. El halo de la santidad 53
15. Lao Tse 55

16. El anciano 56
17. Los ocho inmortales I 57
18. Los ocho inmortales II 63
19. Los dos estudiantes 64
20. El sacerdote de Lauschan 68
21. El campesino tacaño 72
22. El castigo del incrédulo 74
23. El lucero del alba 75
24. El rey Mu de Dschou 79
25. La fidelidad de la mujer o la historia de Dschuang Dsï y su mujer 83
26. El rey de Huai Nan 91
27. El viejo Dschang 94
28. El mago bondadoso 99
29. Historia de un hombre que insultó al príncipe de los infiernos 105
30. De cómo Muliän rescató a su madre de los infiernos 116

III. Espíritus de la naturaleza y espíritus de animales 119

31. Los elfos de las flores 119
32. El elfo de la montaña 123
33. El espíritu de la montaña de Wuliän 124
34. El espíritu de la montaña del caballo 125
35. El rey de las hormigas 127
36. El perrito de caza 130
37. El dragón tras el período de hibernación 132
38. Los espíritus del río Amarillo 132
39. La princesa dragón 140
40. El socorro en un mal trance 145
41. La princesa repudiada 153

42. La guarida del zorro 162
43. El fuego del zorro 165
44. El zorro y los truenos 166
45. El zorro amable y el zorro malvado 168
46. El gran padre Hu 171
47. El zorro plateado que hablaba 173

IV. Cuentos históricos 177

48. Las tres desgracias 177
49. De cómo murieron tres héroes a causa de dos melocotones 180
50. De cómo terminó el matrimonio del dios del río 183
51. Dschang Liang 185
52. El viejo barba de dragón 187
53. De cómo Molo robó el amanecer 194
54. La cajita dorada 198
55. Yang Gui Fe 203
56. El médico 206
57. El monje de Yangtsekiang 210

SEGUNDA PARTE

I. Cuentos de niños 221

1. De cómo los malos consejos de mujer son más peligrosos que cuchillos afilados 221
2. Los tres versificadores 223
3. De cómo un hombre perdió a causa de su avaricia un gran premio por ganar otro menor . 226

4. ¿Quién es el pecador? 228
5. La tinaja mágica 229
6. El hombre afortunado y la mujer desgraciada . 230
7. El pájaro de las nueve cabezas 232
8. La cueva de los animales 235
9. La pantera 238
10. Las grandes lluvias 241
11. El zorro y el tigre 244
12. El señuelo del tigre 245
13. El zorro y el cuervo 246
14. ¿Por qué los gatos y los perros son enemigos? . 247

II. CUENTOS FANTÁSTICOS 249

15. El esbirro 249
16. La recompensa peligrosa 254
17. La venganza 257
18. El vidente 259
19. Los espíritus de los ahorcados 262
20. Historias de fantasmas 267
21. La muchacha difunta 269
22. El muchacho travieso 272
23. La codicia castigada 275
24. Una noche en el campo de batalla 276
25. El desvalijador de tumbas 278
26. Go Schu Han 280
27. La mujer transformada 282
28. El país de los ogros 283
29. La muchacha secuestrada 291
30. El ogro que volaba 293
31. El arte de los venenos 294
32. La magia negra 296

33. La muchacha fiel 303
34. La piel pintada 307
35. La secta del loto blanco 314

III. Cuentos artísticos 317

36. El marido despiadado 317
37. La bella Giauna 325
38. Ying Ning o la historia de la bella sonriente 335
39. La princesa rana 345
40. Atardecer 353
41. Margarita 360
42. La añoranza 370
43. El mono Sun Wu Kung 378

Notas 413
Primera parte 413
Segunda parte 431
Fuentes literarias utilizadas 441
Índice temático 443

Primera parte

I. Sagas de los dioses

1. *Los cinco ancianos crean al hombre*

Antes de que el cielo y la tierra se separaran, todo lo que existía era una esfera de vapor de agua, a la que se denominaba caos. En aquel tiempo se formaron los espíritus de los cinco componentes principales y de ellos surgieron cinco ancianos. El primero recibía el nombre del Anciano Amarillo y era el que reinaba sobre la tierra. El segundo era el Señor Rojo, el señor del fuego; el tercero, el Señor Oscuro, que reinaba sobre las aguas; el cuarto recibía el nombre de Príncipe de la Madera y era el señor de la madera. El quinto recibía el nombre de Madre de los Metales y era la señora de los metales. Los cinco ancianos pusieron sus espíritus en movimiento, de forma que el agua y la tierra descendieron. El cielo se quedó suspendido en las alturas y la tierra se quedó anclada en las profundidades. Las aguas se reunieron formando ríos y mares, de forma que las montañas y las llanuras quedaban sobre ellas. Luego se abrieron los cielos y la tierra se dividió. Aparecieron el sol, la luna y todas las estrellas; el viento, las nubes, la lluvia y el rocío. El Anciano Amarillo hizo que la fuerza en su estado más puro rodeara a la tierra y conjugó la acción del agua y del fuego.

Surgieron hierbas y árboles, pájaros, animales y la familia de las serpientes y escarabajos, de los peces y tortugas. El Príncipe de la Madera y la Madre de los Metales reunieron la luz y las tinieblas, y crearon a partir de ellos el género humano, dividiéndolo en hombres y mujeres. El mundo surgió así progresivamente.

En aquel tiempo existió una persona, al que se denominaba el verdadero Príncipe del Palacio de Jade. Había llegado a adquirir, gracias a sus cuidados, la fuerza de la magia. Los cinco ancianos le rogaron que reinara como la máxima divinidad. Vivía por encima del cielo trigésimo tercero, ocupando el palacio de jaspe de piedra nefrítica blanca con puertas de oro. Por delante de él se encontraban los administradores de las veintiocho moradas de la luna y los dioses del trueno y el gran oso, aparte de un tipo de dioses con malos influjos asesinos. Todos ellos ayudaron al verdadero Príncipe del Palacio de Jade a reinar sobre los mil géneros que existían bajo los cielos, y a repartir la vida y la muerte, la suerte y la desgracia. El señor del palacio de cristal es ahora el dios superior: el señor de la piedra nefrítica.

Los cinco ancianos se retiraron después de haber acabado su obra y vivieron desde entonces en una tranquila pureza. El Señor Rojo vive en el sur convertido en el dios del fuego, el Señor Oscuro vive en el norte y es el gran señor del oscuro cielo del Polo Norte. Vive en un palacio de agua cristalizada. Fue él quien envió en una época posterior a Confucio, hombre santo, a la tierra, por eso se le llama a este santo Hijo del cristal. En el este vive el Príncipe de la Madera. Es adorado como el señor verde y gobierna sobre la procreación y el nacimiento de todos los seres. Tiene la fuerza de la primavera y es el dios del amor. La Madre de los Metales vive al oeste del palacio de jade, también se la llama la Reina Madre del oeste.

Dirige las danzas de las hadas y domina los cambios y el crecimiento. El Anciano Amarillo vive en el centro, siempre está deambulando por el mundo, para ayudar y salvar en caso de cualquier necesidad. Cuando llegó por primera vez al mundo era el Señor Amarillo, el que enseñó todas las artes a los hombres. En una época posterior descubrió el sentido del mundo en la Montaña del Éter y se fue al sol. Bajo el reinado de la dinastía Dschou volvió a renacer como Li Oerl. Su madre estuvo veintiún años encinta antes de que le diera a luz. A su nacimiento tenía el cabello y la barba blancos, por lo que se le dio el nombre de Lao Tse (Viejo Niño). Escribió el libro del *Pensamiento y la vida* y extendió sus enseñanzas por el mundo. Es venerado como la más alta figura del taoísmo. Al comienzo de la dinastía Han volvió con figura de anciano al río (Ho Schan Gung). Extendió poderosamente la enseñanza del tao, de forma que en cada época el taoísmo produce importantes frutos. Su enseñanza se denomina hasta hoy en día con el nombre de la enseñanza del Anciano Amarillo, y también existe un dicho: «Primero fue Lao Tse; luego, después de él, el cielo». Esto hace justamente referencia a que Lao Tse era precisamente el Anciano Amarillo de los orígenes.

2. *El vaquero y la hilandera*

El vaquero era de una familia pobre. A los doce años entró al servicio de un labrador, para ocuparse de llevar su vaca a pastar. Al cabo de algunos años, la vaca había crecido y engordado y le brillaba el pelo como si fuera oro amarillo. Realmente era la vaca de los dioses.

Un día, mientras la estaba apacentando en la montaña, empezó de repente a oírse una voz que le decía al pastor: «Hoy es la séptima noche. El señor del nefrito tiene nueve hijas que van a tomar hoy su baño en el lago del cielo. La séptima es con mucho la más bella e inteligente. Hila para los reyes celestes la seda de las nubes y vela sobre las labores de costura que realizan las jóvenes en la tierra. Por eso la llaman la hilandera. Si puedes aproximarte a ella y le quitas el vestido podrás ser su marido y alcanzarás la inmortalidad».

«Ella está en el cielo —respondió el pastor—. ¿Cómo voy a llegar allí?»

«Yo te llevaré», le contestó la vaca rubia.

El pastor montó en el lomo de la vaca. Al instante estaban a sus pies las nubes llevadas por la corriente y se remontaban en el aire. Sintiendo en sus oídos un silbido que semejaba la voz del viento, se dirigieron hacia su destino con la rapidez del relámpago. Repentinamente, la vaca se paró. «Ya hemos llegado», dijo.

Él vio entonces a su alrededor bosques de crisopacios y árboles de nefrito. El césped era de jaspe y las flores de coral. En medio de tanta magnificencia había un lago de forma cuadrada mayor que cien yugadas. En su superficie se formaban ondulaciones de agua verde y se veían peces de escamas doradas nadando en él. También había un número incontable de pájaros mágicos, cantando y volando. Ya desde lejos pudo ver a las nueve muchachas que estaban en el agua. Todas habían dejado sus vestidos en la orilla.

«Coge rápidamente el vestido rojo —le dijo la vaca—. Y escóndete con él en el bosque, de modo que por muy amablemente que te lo pida, no se lo entregues hasta que haya prometido convertirse en tu esposa.»

El pastor desmontó rápidamente del lomo de la vaca, co-

gió el vestido rojo y se marchó llevándoselo a la carrera. En aquel momento se percataron las nueve muchachas de su presencia y se asustaron mucho.

«¿De dónde vienes, joven, para permitirte coger nuestros vestidos?» —le preguntaron—. ¡Vuelve a dejarlos inmediatamente!»

Pero el pastor no se rindió al asalto, sino que se escondió detrás de una flor nefrítica. Ocho de las doncellas ganaron rápidamente la orilla y se vistieron con sus ropas.

«Séptima hermana —le dijeron—, el que te tenía destinado el cielo ha llegado a ti. Nosotras, tus hermanas, queremos dejarte a solas con él.»

Así que la hilandera no salió del agua que la cubría. Estaba avergonzadísima y le decía: «¡Pastor, devuélveme inmediatamente mi vestido!».

Pero el pastor se quedaba allí quieto y se reía.

«Si me prometes que te convertirás en mi esposa —le dijo—, te daré tu vestido.»

Pero la doncella no estaba de acuerdo.

«Yo soy una de las hijas del señor de los dioses —le contestó—, sin su permiso no puedo casarme. ¡Devuélveme inmediatamente mi ropa, porque en caso contrario mi padre puede castigarte!»

Entonces le respondió la vaca dorada: «Estáis destinados el uno al otro. Yo quiero mediar en el matrimonio y vuestro augusto padre seguro que no pondrá oposición alguna».

Entonces dijo la doncella: «Tú eres un animal estúpido. ¿Cómo vas a ser el mediador de un matrimonio?». La vaca le respondió: «¿Ves esa vieja mimbrera de la orilla? ¡Pregúntaselo! Si puede hablar es que vuestra unión ha sido querida por el cielo».

Y la doncella le preguntó a la mimbrera. La mimbrera respondió con voz humana:

La séptima noche es hoy,
el pastor se casa con la hilandera.

Entonces la doncella estuvo de acuerdo. El pastor le dejó en el suelo la ropa y se fue por delante. La muchacha se puso los vestidos y le siguió, y ambos se convirtieron en marido y mujer.

Pero tras siete días, ella se despidió de él.

«El Señor del Cielo me ha ordenado que me ocupe de hilar —le dijo—. Si me rezago demasiado, temo que me castigue. Pero aunque ahora debamos separarnos, volveré para estar contigo.»

Después de pronunciar estas palabras se marchó. El pastor la siguió, pero cuando ya se encontraba cerca, ella se arrancó un mechón de cabellos y trazó con ellos una línea en el cielo. Esta raya se convirtió en un río de plata (Vía Láctea). De forma que quedaron separados por el río y se miraron el uno al otro.

A partir de ese momento están juntos la séptima noche del séptimo mes de cada año. Cuando ha llegado la hora, salen volando unas cornejas desde el mundo de los hombres y construyen un puente, por el que la hilandera atraviesa el río. Ese día no se ve, ni por la mañana ni por la noche, una sola corneja en los árboles. Eso es por la razón arriba explicada. Esa séptima noche cae también una fina lluvia, que hace que las mujeres jóvenes y las mayores se digan entre ellas: «Ésas son las lágrimas que vierten el pastor y la hilandera al despedirse». Por eso la séptima noche es la fiesta de la lluvia.

Al oeste del río del cielo está el signo zodiacal de la hilandera, formado por tres estrellas; en medio de ellas hay otras tres estrellas formando un triángulo. Significa que en una ocasión el pastor se enfadó cuando la hilandera no quiso pasar y le lanzó el yugo. Éste cayó justo a los pies de la hilandera. Al este

del río del cielo está el signo zodiacal del pastor, formado por seis estrellas. Junto a él hay un número incontable de pequeñas estrellas que forman un signo zodiacal, terminado en sus dos extremos en punta, y que es algo más ancho en el centro. Parece que la hilandera le lanzó a su vez la rueca al pastor, pero no le acertó y la rueca cayó junto a él.

3. *Yang Oerlang*

La segunda hija del Señor de los Cielos descendió en una ocasión a la tierra y tuvo comercio carnal con un mortal, cuyo nombre era Yang; cuando volvió a los cielos dio a luz un hijo. El Señor de los Cielos estaba enfadadísimo por la profanación cometida en el cielo. La desterró a la tierra y la cubrió con la montaña Wu-I. Por otra parte, su hijo, que respondía al nombre de Oerlang, el nieto del Señor de los Cielos, era de un natural extremadamente inteligente. Cuando hubo crecido, aprendió a dominar las ciencias ocultas, podía dominar las 71 transformaciones. Podía volverse invisible o transformarse a voluntad tomando el aspecto de pájaros o de otros animales, plantas, árboles, serpientes o peces. Podía asimismo vaciar los mares y trasladar montañas. Por eso se dirigió a la montaña Wu-I y liberó a su madre. Se la llevó cargada a sus espaldas. Al llegar a una plataforma rocosa hicieron un alto.

Su madre le dijo: «Tengo mucha sed».

Oerlang bajó al valle para coger agua y tardó mucho tiempo en volver. Cuando llegó no encontró ya a su madre. La buscó cuidadosamente, y encontró entre las piedras su piel, sus huesos y algunas huellas de sangre. En aquel tiempo había

diez soles en el cielo, que brillaban y ardían como el fuego. La hija del cielo también era de la estirpe de los dioses; pero como había caído y pecado con el nacimiento de su hijo, había perdido sus poderes mágicos. Además había permanecido tanto tiempo en la oscuridad de la montaña, que cuando salió repentinamente a la luz solar, la hirió su brillo cegador.

A Oerlang se le partía el corazón pensando en el triste fin que había tenido su madre. Se cargó dos montañas a la espalda y persiguió a los soles, a los que destruía comprimiéndolos entre las montañas. En cuanto había comprimido la esfera de un sol con una montaña, cogía otra nueva, de forma que ya había dado muerte a nueve de los diez soles. Sólo quedaba uno. Como Oerlang le perseguía incansablemente, se escondió, obligado por la desgracia, bajo las hojas de una verdolaga. Oerlang le buscó en vano. Había una lombriz en las cercanías, que descubrió su escondrijo y que decía sin parar: «¡Está ahí!, ¡está ahí!».

Oerlang quería cogerlo, pero entonces se le apareció un mensajero, que le traía una orden del Señor del Cielo: «El cielo, el aire y la tierra tienen necesidad de la luz solar. Tienes que dejar libre a un sol, para que puedan seguir viviendo todas las criaturas. Y como has salvado a tu madre y has dado pruebas de ser un buen hijo, te convertirás en un dios y serás mi guardaespaldas en el cielo. Velarás sobre el bien y el mal en el mundo de los humanos y tendrás poder sobre demonios y diablos». Después de haber cumplido lo que le ordenaban, subió al cielo.

La esfera del sol salió entonces de debajo de las plantas de la verdolaga y en prueba de agradecimiento por haberse salvado, le concedió el don de un crecimiento exuberante y el que no tuviera que temer a los rayos del sol. Hoy todavía se pueden ver bajo sus hojas unas perillas blancas minúsculas,

que son el brillo de los rayos del sol que se le quedaron prendidos mientras el sol estuvo escondido debajo de ella. A la lombriz, por el contrario, el sol la perseguía cuando salía de debajo de la tierra y se desecaba como castigo a su traición.

Oerlang es adorado como dios desde entonces. Tiene cejas arqueadas y picudas y lleva en la mano una espada de tres puntas con dos filos. Junto a él hay dos servidores con un halcón y un perro; porque Oerlang es un gran cazador. El halcón es el halcón de los dioses y el perro es el perro de los dioses. Cuando los animales adquieren poderes mágicos o los demonios tiranizan a los hombres, él los refrena gracias al perro y al halcón.

4. *Notscha*

La hija mayor del Señor del Cielo se había casado con el general de los ejércitos Li Dsing. Los hijos que tuvieron se llamaron Gintscha, Mutscha y Notscha. Cuando nació Notscha ocurrió lo siguiente: durante tres años y seis meses, su madre estuvo llena de esperanzas. Entonces, una noche soñó que un taoísta entraba en su cuarto. Ella le echó fuera enfadada, pero él le dijo: «¡Date prisa en concebir al hijo de los dioses!». Para que esto pudiera ser posible, puso una perla luminosa en su cuerpo. La mujer se asustó tanto que se despertó. Dio a luz una esfera de carne, que se irguió girando como una rueda y todo el cuarto se llenó con un perfume extraño y una luz rojiza.

Li Dsing se asustó mucho y pensó que era una aparición. Con su espada dividió la esfera en dos mitades y de allí salió un niño cuyo cuerpo estaba completamente envuelto en un bri-

llo rojizo. Su cara, por el contrario, era tan delicada y blanca como la nieve. En el brazo derecho llevaba un arco de oro que tenía anudado en su parte superior un trozo de seda roja, de un brillo aún más fuerte, que cegaba la vista. Cuando Li Dsing vio al niño se apiadó de él y no lo mató. Su mujer, sin embargo, se llenó de un gran amor por el niño.

Tres días más tarde llegaron todos los amigos para darles la enhorabuena. Mientras estaban a la mesa del convite vieron entrar a un taoísta, que dijo: «Yo soy el Gran Uno, el Unitario. Este niño, que se te ha confiado como hijo, es la luz de la perla de los orígenes. El niño será salvaje y rebelde y dará la muerte a muchos hombres. Por eso lo tomaré como discípulo, para atemperar su natural arisco». Li Dsing se inclinó agradecido y el Gran Uno desapareció.

Cuando Notscha contaba seis años, se marchó en una ocasión de casa y llegó al río de los nueve meandros, cuyas verdes aguas discurrían por entre dos hileras de sauces llorones. El día era caliente. Notscha se metió en el agua para refrescarse. Desanudó su túnica de seda roja y la sumergió en el agua para lavarla. Toda el agua se volvió roja. Pero además, mientras Notscha se encontraba allí metiendo la tela en el agua, el palacio del rey de los dragones del mar del este sufrió una sacudida en sus cimientos. Por eso el rey de los dragones envió, lleno de miedo, a un tritón para que viera qué era lo que ocurría. Cuando el tritón vio al muchacho, empezó a regañarle. El muchacho le miró fijamente y le contestó: «¡Vaya animal más raro que eres, que hasta puedes hablar!». El tritón se enfureció, salió de un salto del agua y golpeó con su hacha a Notscha. Éste desvió el golpe y lanzó su arco de oro contra él. El arco le dio al tritón en la cabeza, le hizo saltar los sesos y se hundió muerto en el agua.

Notscha dijo riéndose: «Encima me ha manchado el arco

con su sangre». Y se sentó en una piedra a lavar su arco. Entonces empezó a temblar de tal manera el palacio de cristal del dragón, que estuvo a punto de caer. Además llegó un vigilante y dijo que un muchacho había matado al tritón. El rey de los dragones envió entonces a su hijo para que atrapara al muchacho. El hijo montó en un animal marino que dividía las aguas y llegó en medio de grandes cascadas de olas. Notscha se enderezó y dijo: «Esa ola es magnífica». Vio surgir repentinamente a un animal de las ondas, sobre el que estaba sentado un hombre armado que le gritó: «¿Quién ha matado a mi tritón?». Notscha le respondió: «El tritón quiso matarme y entonces le maté de un golpe. Nada más». Entonces el dragón desenfundó su alabarda. Pero Notscha le preguntó: «Dime quién eres tú antes de que luchemos». «Soy el hijo del rey de los dragones», fue su respuesta. «Y yo soy Notscha, el hijo de Li Dsing, el general de los ejércitos. ¡No me hagas enfadar con violencia, porque si lo haces, os rasgaré, a ti y al pez fangoso de tu padre, la piel!» Entonces el dragón se enfureció y se lanzó enconado contra él. Notscha lanzó su pañuelo rojo al aire, centelleó como una bola de fuego y descabalgó al joven dragón del animal que montaba. Luego Notscha cogió su arco de oro y le golpeó en la frente, de modo que se mostró en su verdadero estado de dragón dorado y cayó muerto.

Notscha se rio. «He oído decir que se pueden hacer buenas cuerdas con los tendones de dragón. Voy a coger uno de sus tendones y se lo llevaré a mi padre para que pueda atarse con ella su cota de mallas.» Así que le sacó un tendón de la espalda y se lo llevó a casa.

El rey de los dragones, furioso, se había apresurado en llegar a casa de Li Dsing, padre de Notscha, y le había presentado sus quejas. Li Dsing le respondió sin embargo: «Debe de ser un error, mi hijo tiene sólo siete años, no es capaz de co-

meter esas malas acciones». Mientras estaban discutiendo, apareció Notscha dando saltos y le gritó: «¡Padre, te traigo un tendón de dragón para que puedas anudar bien tu cota!». El dragón empezó a llorar y a injuriarle lleno de cólera. Bramó diciendo que iba a llevar a Li Dsing ante el Señor del Cielo y se marchó lleno de rabia.

Li Dsing se marchó presa de una gran excitación a contarle a su mujer lo ocurrido y ambos se echaron a llorar. Notscha, por el contrario, se acercó a ellos y les dijo: «¿Por que lloráis? Sólo tengo que ir a ver a mi señor, el Gran Uno. Él sabrá aconsejarme». Apenas había terminado de decir estas palabras, cuando desapareció. Se presentó ante su señor y le contó toda la historia. Éste le contestó: «Tienes que salir al encuentro del dragón, de forma que no se queje de ti al cielo». Luego le dio una poción mágica y Notscha se encontró a la puerta del cielo, donde esperó al dragón. Era una hora temprana de la mañana. La puerta del cielo todavía no estaba abierta y el centinela aún no había ocupado su puesto, pero el dragón ya estaba llegando arriba. Notscha, que dudaba del efecto de la poción, lanzó al dragón al suelo, empujándolo hacia atrás con su arco, y empezó a golpearle. El dragón se enfureció y gritaba. Notscha dijo: «¡Ya cayó el viejo gusano!», y no le preocupaba golpearle. «Voy a arrancarle las escamas.» Con estas palabras le rasgó el traje de fiesta y empezó a arrancarle algunas escamas de debajo del brazo izquierdo, de forma que le caía sangre. El dragón no pudo aguantar más el dolor y le pidió indulgencia. Pero tuvo que prometerle que no iba a presentar sus quejas antes de que le soltara. El dragón se convirtió entonces en una culebrilla verde. Notscha se la metió debajo del brazo y volvió a casa. Apenas había terminado de poner la serpiente debajo de su brazo, cuando aquélla tomó la figura de un hombre. El dragón le juró a Li Dsing una venganza terrible y desapareció con un relámpago.

Li Dsing se enfadó muy seriamente con su hijo. Por eso su madre le envió de vuelta para que desapareciera de la vista de su padre. Notscha fue, de nuevo, a preguntarle a su señor qué tenía que hacer si el dragón se volvía a presentar. Él le dio un consejo y Notscha se volvió a su casa. Mientras tanto se habían reunido los reyes dragones de los cuatro mares y habían encadenado a sus padres en medio de gritos y voces para vengarse de ellos. Notscha se presentó ante ellos y les gritó en voz alta: «Yo pagaré mis actos. Mis padres no tienen ninguna culpa. ¿Qué quieres de mí como compensación?». «¡Vida por vida!», le gritó el dragón. «Bien, yo mismo voy a descuartizarme. ¿Me prometes que entonces no harás nada a mis padres?» El dragón estuvo de acuerdo y ordenó que les liberaran de sus cadenas. Notscha se cortó primero un brazo y su madre rompió a llorar en voz alta, pero no le sirvió de nada. Ya había hendido su cuerpo y se le salían las entrañas. Sus tres espíritus y sus nueve almas se dispersaron y su vida volvió al más allá. Los dragones se marcharon contentos y Notscha fue enterrado por su madre en medio de muchas lágrimas.

Sin embargo, el espíritu de Notscha revoloteaba en el aire y el viento lo llevó a la caverna del Gran Uno. Él le acogió y le dijo: «Tienes que aparecerte a tu madre. A cuarenta millas de vuestro hogar está la muralla del acantilado verde. En esos riscos tiene que construirte un santuario. Si durante tres años disfrutas de la adoración de los hombres, podrás volver a la vida». Notscha se le apareció a su madre en sueños y le dio las instrucciones. Ella se despertó con lágrimas en los ojos. Pero Li Dsing se enfadó cuando se lo contó y le dijo: «La muerte de ese muchacho loco es bien real, pero como tú siempre piensas en él, se te aparece en sueños. No tienes que preocuparte por él». La mujer se calló, pero desde aquel día se le aparecía a diario en cuanto cerraba los ojos y cada vez eran más insisten-

tes sus peticiones. Finalmente no le quedó más remedio que hacer que erigieran un templo a Notscha sin el conocimiento de Li Dsing.

Notscha realizó grandes milagros en aquel templo. Todos los que le pedían algo eran escuchados. La gente que habitaba en un gran radio acudían allí para quemar incienso en su honor.

Había transcurrido medio año cuando Li Dsing pasó por aquella montaña para llevar a cabo unas maniobras militares muy importantes y vio a la gente que se amontonaba alrededor de la montaña, bullendo como hormigas. Li Dsing preguntó qué era lo que había en aquella montaña. «Hay un dios nuevo, tan milagroso, que la gente viene de todas partes para adorarle.»

«¿Qué dios es ése?», preguntó Li Dsing. No se atrevieron a decírselo. Li Dsing se enfadó entonces, saltó sobre su caballo y se dirigió a la montaña. Efectivamente, sobre la puerta de entrada del templo había una inscripción: «Santuario de Notscha». Y el retrato de Notscha estaba allí, un retrato que se parecía a como había sido cuando vivía. Li Dsing dijo: «Durante tu vida has acarreado la desgracia a tus padres, y ahora, después de tu muerte, haces enloquecer al pueblo. ¡Es repugnante!». Mientras decía estas palabras, cogió su fusta, rompió el retrato del dios Notscha en pedazos, hizo que quemaran el templo y que se explicara todo amigablemente a los que estaban allí para adorarlo. Luego se volvió a casa.

El espíritu de Notscha había estado ausente aquel día. Cuando volvió a su templo, lo encontró destrozado. El espíritu de la montaña le comunicó la noticia. Notscha se apresuró a ir a ver a su señor y le contó entre lágrimas lo que había ocurrido. Él le contestó enfadado: «Ha sido Li Dsing. Desde el día que ofreciste tu cuerpo para salvar el de tus padres, no

puede soportarte. ¿Para qué le sirve quitarte el incienso que te ofrecen?». Entonces el Gran Uno realizó un cuerpo con plantas de loto, le dio vida e insufló el espíritu de Notscha en él. Luego gritó: «Levántate!». Se hizo perceptible una respiración y Notscha saltó convertido otra vez en un muchacho. Se echó a los pies de su señor y le dio las gracias. Aquél le concedió la magia de la lanza de fuego, y a partir de aquel momento Notscha tuvo dos ruedas bajo los pies: la del viento y la del fuego. Con ellas podía subir y bajar por el aire. Su señor le dio también un saco de piel de pantera en el que estaban su arco y su pañuelo de seda.

La idea de la venganza no dejaba a Notscha calma alguna. En un momento inesperado se marchó y llegó haciendo girar sus ruedas a casa de Li Dsing, acompañado de un estruendo de truenos. Él no pudo resistirlo y huyó corriendo por delante. Pero le abandonaron las fuerzas y vino a ayudarle desde la blanca morada de las grullas su segundo hijo, Mutscha, el retoño del sagrado Pu Hiän. Tuvo lugar un fuerte intercambio de palabras entre ambos hermanos. Empezaron a luchar. Mutscha perdió y de nuevo se puso Notscha a perseguir a Li Dsing. Viéndose en situación tan comprometida, Li Dsing quiso quitarse la vida, pero entonces llegó desde la montaña de los cinco dragones el sagrado Wen Dschu, el señor de Gintscha, hijo mayor de Li Dsing, y se lo llevó a su refugio. Notscha, encolerizado, siguió con su persecución, pero el sagrado Wen Dschu dijo: «En otros lugares puedes dar rienda suelta a tu crueldad; aquí no se te permitirá». Y cuando Notscha, presa de una enorme rabia, le apuntó con su lanza, Wen Dschu retrocedió un paso, sacó de su manga una flor de loto de siete pétalos y la arrojó al aire. Se produjo un torbellino de viento, las nubes y la niebla impedían la visión, la arena y la tierra se revolvieron. Luego cayó al suelo con un gran estruendo. Notscha per-

dió el conocimiento y cuando volvió en sí estaba atado con tres cadenas de oro a una columna también de oro, de manera que no podía moverse. Wen Dschu llamó entonces a Gintscha y le ordenó que golpeara a conciencia a su irrazonable hermano. Orden que cumplió. Estaba de pie rechinando los dientes y tuvo que dejarse hacer. En ese momento de gran precariedad, Notscha vio al Gran Uno, que estaba suspendido en el cielo por encima de él. Le llamó: «¡Señor, sálvame!». Pero no le escuchó, sino que entró en el refugio y agradeció sonriendo a Wen Dschu la dura lección que le estaba dando a Notscha. Para terminar le llamaron ante ellos y le ordenaron que se disculpara con su padre. Luego le dejaron y se sentaron a jugar una partida de ajedrez. Pero apenas se vio libre Notscha, volvió a crecer la cólera en su espíritu y volvió a la persecución. En cuanto alcanzó a Li Dsing apareció una divinidad para protegerle. Era el viejo Buda, el de la luz cegadora. Cuando Notscha quiso luchar contra él, el viejo Buda levantó ambas mangas y construyó con un torbellino de nubes rojas una pagoda que rodeó a Notscha. Con ambas manos envió una luz roja a la pagoda. Se prendió un fuego que quemaba a Notscha y que le hacía gritar para que le perdonaran. Tuvo que prometer pedir disculpas a su padre y obedecerle a partir de ese momento. Buda no le dejó salir de la pagoda hasta que lo hubo prometido todo. Le dio la pagoda a Li Dsing y le enseñó un encantamiento para que pudiera doblegar a Notscha. Desde entonces, a Li Dsing se le llama el rey celeste que transporta la pagoda.

Li Dsing y sus tres hijos, Gintscha, Mutscha y Notscha, ayudaron posteriormente al rey Nü de la dinastía de los Dschou a vencer al tirano Dschou-Sin.

Nadie podía resistirse a su fuerza. Sólo en una ocasión ocurrió que Notscha fue herido en el brazo izquierdo por un mago

que dominaba la magia negra. Cualquier otro se hubiera muerto de esta herida. Pero a Notscha le llevó el Gran Uno a su refugio, donde le curó la herida y le dio tres copas del vino de los dioses para que se las bebiera y tres dátiles de fuego para que se los comiera. Cuando Notscha hubo comido y bebido, escuchó un gran estruendo en su costado izquierdo y le volvió a crecer el brazo. Se puso pálido del miedo, pero ya le estaba brotando otro brazo del costado derecho. Las palabras se le quedaron en la garganta y los ojos se le salían de las órbitas de la impresión. Pero el proceso seguía: le crecieron seis brazos y otras dos cabezas, de forma que tuvo tres cabezas y ocho brazos. Llamó a su señor: «¿En qué me voy a convertir?». Pero él sonreía y decía: «¡Bien, bien! Así tendrás el verdadero poder». Luego le enseñó una fórmula mágica para que los brazos y las cabezas fueran visibles a su voluntad.

Cuando el tirano Dschou-Sin fue vencido, Li Dsing y sus hijos pasaron a formar parte de los dioses estando todavía vivos sus cuerpos.

5. *El hada de la luna*

En tiempo del emperador Yau vivió un príncipe llamado Hou I, que era un fuerte héroe y un buen guerrero. En otro tiempo brillaban diez soles en el cielo, que tenían tanta luz y calentaban con tanta fuerza que los hombres no podían soportarlo. Entonces el emperador le ordenó a Hou I que los matara. Él hizo caer a nueve de los soles. Tenía un caballo que era tan rápido que podía alcanzar al viento. Montó en él y se fue de caza. El caballo corría por su cuenta y no se dejaba parar. Así

llegó a la montaña Kunlun y vio a la Reina Madre del mar de Jade. Ella le dio la planta de la inmortalidad. Él la llevó a su casa y la escondió en su dormitorio. Su mujer se llamaba Tschang O. Era aficionada a probarlo todo y, en cuanto él desaparecía de la casa, volaba hacia las nubes. Cuando llegó a la luna, se fue al castillo de la luna, y vive allí desde entonces como el hada de la luna. En cierta ocasión, un emperador de la dinastía Tang estaba con dos magos bebiendo vino en una medianoche de otoño. Uno de ellos cogió una ramita de bambú y la arrojó al aire; se convirtió en el puente celeste y los tres subieron juntos a la luna. Allí vieron un gran palacio, sobre el que había una inscripción: «Los amplios pabellones del claro frío». Delante había una casia, que estaba en flor y tenía tal aroma que todo el aire estaba impregnado de su olor. Había un hombre sobre el árbol que iba cortando con un hacha todas las ramas secundarias. Uno de los magos dijo: «Ése es el hombre de la luna. La casia tiene tanta fuerza que llegaría con el tiempo a tapar el brillo de la luna. Por eso tienen que podarla una vez cada mil años». Luego entraron en el amplio recinto. Los pisos plateados se elevaban unos sobre otros. Las columnas y los muros eran de cristales de agua. Había jaulas con pájaros y lagos con peces, que se movían como si estuvieran vivos. Parecía que todo aquel mundo era de cristal. Mientras seguían mirando a todas partes, entró el hada de la luna vestida con un abrigo blanco y una túnica de los colores del arco iris. Sonriendo, se dirigió al emperador: «Tú eres un príncipe en el mundo del polvo de tierra. Tienes que tener suerte si se te ha permitido llegar aquí». Entonces llamó a sus sirvientas, que llegaron volando sobre blancos pájaros, para que bailaran y cantaran bajo la casia. Los sones puros y claros se elevaron en el aire. Junto al árbol había un mortero de mármol blanco. Una liebre de jade comía hierbas. Ésta era la cara oculta de la

luna. Cuando se acabó el baile, el emperador regresó con el mago. Hizo que se escribieran las canciones que había oído en la luna para que se cantaran en los huertos de perales con acompañamiento de flauta de jade.

6. *La estrella del amanecer y la estrella del anochecer*

Éranse una vez los dos hijos del dorado dios del Cielo. El uno se llamaba Hesperus y el otro Lucifer. En una ocasión, ambos disputaron y Hesperus le hendió la cadera a Lucifer. Ambas estrellas hicieron el juramento de no volverse a ver. Hesperus siempre aparece por la noche y Lucifer al amanecer. Y sólo una vez que Hesperus ha desaparecido vuelve a dejarse ver Lucifer. Por eso se dice que cuando dos hermanos no pueden vivir de forma armoniosa, son como Hesperus y Lucifer.

7. *La muchacha de la cabeza de caballo*

Hace muchísimo tiempo vivió un anciano que se marchó a recorrer el mundo. En su casa no quedó más que su única hija y un caballo blanco. Ella daba de comer a diario al caballo. En su soledad sentía nostalgia de su padre.

Una vez habló en broma con su caballo: «Si me traes a mi padre de vuelta, me casaré contigo». Apenas había terminado de oír estas palabras, el caballo se soltó y se marchó. Siguió

andando hasta que llegó al lugar en que se encontraba el padre. El padre se sorprendió agradablemente de ver al caballo, lo cogió y se montó en su lomo. El caballo se volvió por el camino por el que había venido y galopó sin descanso.

«¿Qué le pasa al caballo? —se preguntó el padre—. Seguramente ha ocurrido algo en casa.»

Por eso le dejó sueltas las riendas y él siguió galopando.

Puesto que el caballo se había portado tan bien, tuvo una magnífica comida. Pero el caballo no comió nada y cuando vio a la muchacha se abalanzó sobre ella y quiso morderla. El padre se extrañó y le preguntó el porqué a la muchacha. Su hija le contó todo lo que había ocurrido.

«No se te ocurra decirle a nadie una palabra —le dijo su padre—, porque en caso contrario, van a hablar mal de nosotros.»

Luego cogió su ballesta y mató al caballo, aunque colgó su piel en el patio para que se secara, y se volvió a marchar de viaje.

Un día, la hija dio un paseo con una vecina. Cuando llegaron al patio, golpeó la piel del caballo con su pie y le dijo: «Un animal tan tonto como tú... ¡Y querías una muchacha como esposa! ¡Te está bien empleada la muerte!».

Pero incluso antes de que hubiera terminado de hablar, la piel del caballo se movió y saltó hacia ella. Envolvió a la muchacha y se marchó al galope.

La vecina, contrariada, se fue a ver al padre y le contó lo que había sucedido. A la muchacha la buscaron por todas partes, pero había desaparecido.

Por fin, al cabo de algunos días, encontraron a la muchacha colgando de las ramas de un árbol, envuelta con la piel del caballo. Poco a poco se convirtió en un gusano de seda y tejió un capullo. Los hilos en los que se envolvía eran fuertes y

gruesos. La vecina la bajó y la dejó salir del capullo, luego tejió la seda y sacó grandes ganancias.

Sin embargo, sus familiares la echaban mucho de menos, así que la muchacha se dejó ver en una ocasión montando su caballo sobre las nubes con un gran séquito. Les dijo: «El cielo me ha encomendado la tarea de vigilar la cría de los gusanos de seda. No debéis estar tristes por mí».

Más tarde erigieron un templo en su casa y cada año, en la época en que se tejen los capullos de seda, se le hacen ofrendas para pedir su protección. Recibe el nombre de la diosa de cabeza de caballo.

8. *La Reina del Cielo*

La Reina del Cielo, que recibe también el nombre de Madre Santa, fue durante su vida una doncella de Fukien que se llamaba Lin. Era pura, profundamente respetuosa y de natural piadoso. Cuando alcanzó la edad de diecisiete años, murió sin que la hubieran hecho contraer matrimonio. Su poder actúa sobre los mares, por lo que es muy reverenciada por los marineros. Cuando se ven sorprendidos por el viento, las grandes olas la llaman y ella siempre está dispuesta a escucharlos.

En Fukien hay muchos marineros y cada año sucede que hay gente que pierde la vida. Ya durante su vida, la Reina del Cielo tenía piedad de la necesidad en que se veía la gente del pueblo. Y como su espíritu estaba destinado esencialmente a ayudar a los que se ahogaban, salvándolos del peligro, se aparece preferentemente en el mar.

En todos los barcos que atraviesan los mares está colgada

en el camarote una imagen de la Reina del Cielo, y un poco apartados, se guardan en el barco tres talismanes de papel. En uno de ellos está dibujada con corona y cetro, en otro como un doncella con un traje de diario, en el tercero está representada de pie, sin calzado, con el cabello suelto y una espada en la mano. En cuanto el barco corre peligro, se quema el primer talismán, para procurar su ayuda. Si no les salva, se quema el segundo y, finalmente, el tercero. Si entonces no les salva, ya no hay nada que hacer.

Cuando los barcos pierden su rumbo a causa del viento, de las olas y de las nubes de tormenta, piden auxilio a la Reina del Cielo rezando piadosamente. Entonces aparece una lámpara roja. Siguiendo a esta lámpara, se sale del peligro. A menudo se puede ver a la Reina del Cielo de pie sobre las nubes rasgando el viento con su espada. El viento se aleja entonces hacia el norte y hacia el sur, y las nubes se igualan.

En los barcos hay a menudo un bastón de madera ante la imagen. Es corriente que los dragones marinos jueguen en las aguas. Estos dragones son dos enormes peces, que lanzan burbujas de agua hacia lo alto, de manera que hacen oscurecer al sol y que el mar se cubra de tinieblas. Con frecuencia se ve en esta oscuridad una ventana luminosa. Si el barco la sigue escrupulosamente, se puede atravesar y vuelve repentinamente la calma. Si uno se pone a mirar hacia atrás, ve a los dos peces lanzando agua. El barco acaba de pasar entonces entre sus fauces. Siempre hay una tormenta en los alrededores de donde nadan los dragones marinos; por eso hay que quemar papel o lana de oveja para que los dragones no arrastren al barco en la oscuridad, o hacen quemar sándalo al patrón del barco delante del palo que hay en el camarote, luego se coge el palo y se mueve sobre el agua haciendo un círculo; los dragones bajan la cola y desaparecen.

Pero si las cenizas del incienso vuelan sin causa aparente del recipiente en que se encuentran, es seguro que amenaza un gran peligro.

Hace unos doscientos años se armó a un caballero para que conquistara Formosa. La bandera del señor de las tierras fue bendecida con la sangre de un caballo blanco. Entonces apareció repentinamente la Reina del Cielo en el extremo de la bandera. Al momento había vuelto a desaparecer, pero la empresa tuvo éxito.

En otra ocasión, en tiempos de Kienlung, se le ordenó al ministro Dschou Ling que se dirigiera a la isla de Liu-Kiu, para coronar a un nuevo rey. Cuando la flota se encontraba al sur de Corea, se levantó una tormenta y se vieron arrastrados al negro torbellino. El agua estaba tan negra como la tinta; la luna y el sol habían perdido su brillo y se extendió el rumor de que habían caído en el torbellino negro del que nadie salía con vida. Los marineros y los viajeros esperaban su fin quejándose, cuando, de repente, sobre la superficie de las aguas surgieron incontables luces como lámparas rojas. Los marineros se alegraron muchísimo y rezaron en la cabina: «Vamos a vivir —decían—, la madre sagrada se ha aparecido», y efectivamente vieron a la bella doncella de los pendientes de oro. Acariciaba con sus manos el viento. El aire se calmó y las nubes también. Era como si el barco fuera arrastrado por una mano poderosa. Acarició las olas allanándolas con la mano y, de repente, se encontraron fuera del torbellino.

Dschou Ling volvió, contó lo sucedido y pidió que se erigiera un templo a la Reina del Cielo y fuera incluida en la lista de los dioses. Y el emperador cumplió la petición.

Desde entonces en los puertos hay un templo dedicado a la Reina del Cielo. El octavo día del cuarto mes se celebra su nacimiento con ofrendas y obras de teatro.

9. *Nü Wa*

Nü Wa era la hermana de Fu Hi. Le ayudó en la orden del matrimonio. Cuando en otros tiempos anteriores, los hombres y las mujeres se casaban siguiendo su voluntad, tomaron de ellas el nombre de la raza. Dos personas del mismo grupo ya no podían casarse. El matrimonio era acordado siguiendo las órdenes de los padres. El acoplamiento era necesario, y como aún no existía el dinero, se estableció que la dote fueran dos pieles. Nü Wa era conocida como la celestina de los dioses, y las sucesivas razas la reverenciaron como protectora del matrimonio, que hacía crecer las relaciones entre razas. Tras la muerte de su hermano le sucedió en el trono.

Pero ocurrió que apareció un hombre llamado Gung Gung, de cuerpo relleno y de pelo rojo, que se creía un dios por su sabiduría. Vivía en la región de Yangtsekiang y se comparaba con los príncipes divinos. Se autodenominaba espíritu del agua y se servía de conjuros mágicos para desatar diluvios, cuyas aguas hacían rebasar a todos los ríos de sus cauces y producían grandes daños en la tierra.

Nü Wa ordenó al señor del fuego que le desterrara. Gung fue vencido. En medio de su cólera se golpeó la cabeza contra las montañas y murió.

Al golpearse rompió uno de los pilares del cielo y le hizo desplazarse hacia el noroeste. La tierra firme, por el contrario cayó en el abismo de la sima del sudeste. Nü Wa fundió rocas de cinco colores diferentes, para reparar el cielo mejorándolo. Cogió la pata de una enorme tortuga y la colocó como brújula celeste. El diluvio se precipitaba hacia el lugar en que la tierra se había hundido en las profundidades. Por eso el viento del noreste sigue siendo tan frío en nuestros días y todas las co-

rrientes desembocan en el gran mar en dirección al sudeste. También estableció entonces la música. Luego murió y le construyeron un templo.

En una ocasión, el tirano Dschou-Sin de la dinastía de los Yin se dirigió al templo de la diosa Nü Wa por el año nuevo. Se levantó viento y la cortina que estaba delante de la imagen de la diosa se alzó hacia un lado. Entonces el señor pudo ver el brillo de oro de la diosa, se inflamó de amor sacrílego por ella, escribió un poema en las paredes y se fue a casa.

A la diosa Nü Wa le molestó muchísimo. Ordenó al zorro número veintiuno que se convirtiera en Dagi, una bella muchacha, para engañar al gobernante y apropiarse de sus riquezas.

En aquel tiempo, el tirano Dschou-Sin había hecho llegar a todos sus vasallos la orden de que le trajeran hermosas doncellas. Tenía un privado al que le había comentado que el conde Su Hu tenía una hija, que respondía al nombre de Dagi, cuya belleza era inigualable. Así que el regente le ordenó a Su Hu que la trajera a su presencia. Éste no tenía más remedio que hacerlo, así que se puso en marcha para acompañar a su hija al palacio. A medio camino, cuando se aproximaban a una posada, sintió el zorro veintiuno un viento mágico que le traía el alma de Dagi. Ocupó su cuerpo y, a pesar de que todo su ser seguía siendo un zorro, la apariencia de la muchacha no cambió. En cuanto la vio, el rey Dschou-Sin se alegró muchísimo y se permitió favores que raramente concedía. Bebió con ella y la regencia le parecía un asunto secundario.

Los sirvientes fieles, que se atrevieron a contrariarle, fueron condenados a muerte, dando muestra de una gran crueldad. Les echaban atados en hornos en los que ardía el fuego o les hacían pasar sobre agujeros cubiertos con astillas a las que habían recubierto de grasa y prendido fuego. El libertino no

ponía ningún límite a su depravación. Hizo construir una torre que llegara a las estrellas, hizo que se cavaran lagos y los llenó de vino; en los bosques hizo colgar trozos de carne. Los jóvenes y las muchachas tenían que pasear por allí desnudos tratando de atraparse unos a otros ante los ojos del rey y de su esposa.

En una ocasión en que estaban en la torre vieron a un anciano y a un joven que vadeaban un río. El joven iba paso a paso con miedo y tiritaba de frío, mientras que el viejo iba en cabeza sin sentir el frío. El rey se maravilló, pero su mujer le dijo: «Eso tiene una explicación totalmente natural. El viejo nació en una época en que sus padres aún eran jóvenes, por eso tiene fuertes huesos y no siente el frío. El joven, sin embargo, cuyos padres le tuvieron en edad avanzada, no recibió la fuerza vital suficiente y por eso está helado». Hicieron venir a ambos a su presencia y se estableció que el nacimiento había sido como Dagi había dicho. Como no le bastó con esto, hizo que les golpearan las piernas para comprobar la firmeza de sus huesos. Y así continuó realizando miles de horrorosas hazañas.

En otra ocasión, un tío del rey, Bigan, que era respetado en todas partes por su sabiduría, le reprendió. Dagi le contestó: «He oído que los santos y los sabios tienen siete aberturas en el corazón. ¡Sacadle el corazón y veamos si es un santo!».

El tirano no reconocía ni a su propia familia. Bigan, el sabio, fue posteriormente elevado a rango de dios de la riqueza.

Uno de los más fieles servidores del señor era Huang Fe-Hu. No tenía igual en el valor y sabiduría, y había ganado muchas riquezas como botín de guerra. Le decía a su señor que no tenía que escuchar a Dagi, ya que él podía juzgar por sí mismo con equidad. Por eso Dagi desarrolló un gran odio contra él en su corazón. Era costumbre que el día de año nue-

vo todos los servidores y sus mujeres se reunieran con el señor para desearle un feliz año. La esposa de Huang Fe-Hu era especialmente hermosa. A Dagi se le ocurrió un plan. La llevó hasta lo más alto de la torre de las estrellas diciéndole que iba a presentarle allí al rey. Con calma excitó la concupiscencia del regente hacia la mujer. La mujer se resistió a todo tipo de tentaciones y terminó por echarse a llorar. El tirano se enfadó y la arrastró por el cabello hacia el borde de la torre, desde la que la arrojó, de forma que la machacó. Cuando Huang Fe-Hu se enteró, se sintió muy irritado, se subió a su becerro divino de cinco colores, que era capaz de recorrer la distancia de mil millas en un día, y se alejó rápidamente de la ciudad. Se alió con el rey Wu, que luchaba contra el tirano. Contó con el poder de un mago, cuya mujer sabía sacar los rayos del sol y convertirlos en agujas mágicas. Tenía la cantidad de siete veces siete de tales agujas y se las clavó a los enemigos de su marido en los ojos. En cuanto dejaban de ver, el marido los remataba. De esta forma, Huang Fe-Hu pudo ganar.

Una vez que el rey Wu hubo dado muerte al tirano Dschou-Sin y que hubo liberado al rey, Huang Fe-Hu fue designado dios de la montaña, teniendo el poder de decisión sobre el bien y el mal, el castigo y la recompensa, la muerte y la vida de los hombres. Está por encima de los príncipes del infierno.

10. *El dios del fuego*

Mucho antes que Fu Hi existió el mago encantador (Dschu Yung), señor de la humanidad. Descubrió el uso del fuego, y el mundo aprendió de él a cocinar los alimentos. Sus descen-

dientes fueron los encargados de custodiar el fuego. Él mismo se convirtió en el dios del fuego. Es la materialización del Señor Rojo, que aparece como uno de los cinco ancianos en la creación del mundo. El dios del fuego es adorado como dueño de la montaña sagrada del sur. El cielo de las estrellas de fuego, el cuarto sur del cielo y el pájaro rojo forman parte de su dominio. Cuando hay algún accidente con el fuego, la estrella de fuego tiene un brillo particular. Si aparecen innumerables cuervos de fuego sobrevolando una casa, es seguro que se produce en ella un incendio.

En el país de las Cuatro Corrientes vivía un hombre que era muy rico. Un día montó en su palanquín y emprendió un largo viaje. Durante el viaje se encontró con una muchacha vestida de rojo, que le rogó que la llevara en su coche. Él la hizo montar en su coche y viajó con ella media jornada sin lanzarle una sola mirada con doble sentido. La muchacha se bajó y le dijo a modo de despedida: «¡Tú sí que eres realmente noble! Tu buena conducta me ha conmovido y voy a revelarte una verdad. Yo soy el dios del fuego. Mañana va a declararse un incendio en tu casa. ¡Vuélvete corriendo y coge tus cosas y salva lo que puedas!». El hombre, temeroso, dio la vuelta a su carruaje y se marchó lo más rápidamente posible a casa. Al llegar, hizo sacar de ella todos los tesoros, trajes y diversos objetos que poseía para ponerlos a salvo. Justo cuando se disponía a trabajar, empezó el incendio en los fogones, y no se extinguió hasta que todo el edificio se hubo convertido en polvo y cenizas, pero los bienes muebles se salvaron.

11. *Los tres dioses que gobiernan el mundo*

Hubo una vez tres señores en el cielo, en la tierra y en las aguas a los que se dio el nombre de los tres dioses gobernantes. Los tres son hermanos y son hijos del padre del monje de Yangtse-kiang. En una ocasión en que iba paseando por la orilla del río, fue arrojado al agua por unos ladrones, pero la verdad es que no se ahogó; un tritón le salió al encuentro y le salvó la vida. Le cogió y le llevó consigo al palacio de los dragones. El rey de los dragones se dio cuenta de que era una persona extraordinaria; por eso le entregó a su hija en matrimonio. Ella tuvo tres hijos. Estos jóvenes sintieron siendo muy jóvenes una preferencia por las ciencias ocultas, por eso se fueron los tres a una isla que estaba en el mar. Allí se pusieron a ejercitar la contemplación. No oían nada, no veían nada, no decían nada, ni se movían. Los pájaros llegaban y anidaban en sus cabellos; las arañas llegaban y tejían las telas sobres sus rostros. Los gusanos y los insectos entraban y salían de sus narices y orejas. Ellos no se daban cuenta de nada.

Después de haber pasado muchos años así, alcanzaron el conocimiento secreto y se convirtieron en dioses. El Señor hizo que fueran los gobernantes del mundo. El cielo disponía, la tierra ejecutaba y el agua producía. Los tres gobernantes unieron sus fuerzas originales para poder ayudar y disponer; por eso reciben también el nombre de dioses primigenios. En cualquier rincón de la tierra hay templos dedicados a ellos.

Si uno entra en esos templos, se ve a los tres gobernantes dispuestos en un altar. Tienen una cinta a modo de sombrero y un cetro en la mano como si fueran reyes. Pero el que está sentado en el lugar más bajo, a la derecha, tiene los ojos saltones y la mirada colérica.

Si preguntamos por su significado, la gente cuenta lo siguiente: «Los tres eran hermanos y los tres fueron convertidos en gobernantes por su padre; no hacían más que hablar de cómo iban a colocarse. El más joven propuso: "Mañana por la mañana, vendremos aquí antes de que salga el sol. El primero que llegue, se sentará en el centro, en el sitio de honor, el segundo en el segundo sitio y el tercero en el último lugar". Los tres hermanos estuvieron de acuerdo. Al día siguiente, llegó el hermano pequeño a una hora tempranísima y fue el primero, se colocó en el medio y se convirtió en el dios del agua. El mediano llegó en segundo lugar; se colocó a la izquierda y fue el dios del cielo. Finalmente llegó el hermano mayor en último lugar. Cuando vio que sus hermanos ya estaban colocados en sus respectivos sitios, se enfadó muchísimo, aunque no podía decir nada. La cólera le subió al rostro, las pupilas se le salieron como esferas de su órbita y se le hincharon las venas como si estuviera abotargado. Se colocó a la derecha y fue el dios de la tierra. El artesano que realizó las imágenes de los dioses lo vio y así lo dibujó».

12. *Confucio*

Cuando nació Confucio, apareció un kilin y escupió una piedra de nefrito, en la que había una inscripción: «¡Hijo del cristal de roca, tú te convertirás en un rey no coronado!».

El niño fue creciendo. Cuando alcanzó una altura de nueve pies, era de cara negruzca y feo. Los ojos eran saltones, la nariz arregazada. Los labios no llegaban a ocultar sus dientes y las orejas presentaban unas enormes aberturas. Pero trabaja-

ba mucho en sus estudios y se interesaba por todo. Así llegó a ser santo.

En una ocasión subió a lo más alto de una gran montaña con Yän Hui, su discípulo preferido. Desde allí la vista abarcaba hasta Yangtsekiang en dirección al sur.

«¿Puedes ver qué es eso que ondea en la torre de la ciudad de Wu?», le preguntó a Yän Hui.

Yän Hui miró en aquella dirección con atención, forzando su vista, y respondió: «Es un trozo de tela blanca».

«No —le respondió Confucio—, es un caballo blanco.»

Y si se miraba de cerca, realmente era eso lo que era. La gran montaña dista mil millas de la capital, Wu, y el hecho de que Confucio pudiera distinguir un caballo blanco a aquella distancia, mostraba su agudeza visual. Yän Hui ya nunca volvió a igualar a Confucio; aunque veía por lo menos algo blanco, por eso se le da el nombre de Segundo Sabio.

En otra ocasión cavaron un pozo en su casa. Entonces surgió un animal que parecía una oveja, pero que no tenía más que una pata. Nadie sabía lo que era, así que le preguntaron a Confucio. Él contestó: «Es una oveja saltarina; cuando se aparece, es señal de que va a haber grandes lluvias». Y, efectivamente, poco después hubo una fuerte lluvia.

Otra vez apareció en Yangtsekiang, en el campo, un objeto. Era verde y circular, del tamaño de un melón. El rey de Tschu se lo envió a Confucio e hizo que le preguntaran qué era. Él contestó: «La cosecha de remolacha verde da fruto en Yagtsekiang cada mil años una vez; el gobierno del mundo recae sobre quien lo encuentra».

En otra ocasión desenterraron en la casa de Confucio un enorme hueso. Lo pusieron en un coche y se lo enviaron a Confucio para preguntarle sobre él. Contestó: «En tiempos antiguos, el gran Yü hizo que se reunieran los príncipes de los

distintos reinos en torno a él. El único que no apareció fue el Señor de los Vientos. Yü hizo que le dieran muerte y le enterraran aquí. El Señor de los Vientos, ése era su nombre, era un gigante. Luego ese hueso es de él».

Cuando se aproximaba la muerte de Confucio, el príncipe de Lu se encontró un kilin durante una cacería y lo mató. El kilin que había aparecido cuando nació Confucio tenía una cinta roja anudada al cuerno por la madre. El kilin muerto todavía llevaba esa cinta en el cuerno.

Cuando Confucio se enteró, se echó a llorar. «¡Mis enseñanzas no sirven para nada! ¿Qué hago aquí? Voy a tener que morir.»

Puesto que el kilin sólo aparece cuando hay un gran hombre en la tierra. En aquella época, Confucio escribió en su libro *Sobre la sangre y la caída de los estados*. Con esta reflexión dejó la pluma y no siguió escribiendo.

Además soñó que estaba en un templo, situado entre dos flechas centrales. Les decía a sus discípulos: «Voy a morirme». La canción dice:

La gran montaña cayó derribada,
la cumbre del cielo se rompió:
el sabio hacia allí partió.

Luego se tendió en la cama, enfermó y murió.

No sólo sabía lo que iba a pasar en su vida futura, sino que también veía lo que pasaría tras su muerte. El sueño en el que se vio a sí mismo en el templo en medio de dos enormes flechas era un símbolo de la veneración que se le tendría en los siglos venideros.

Pero dio también muestras de su alta sabiduría tras su muerte. En una ocasión, el malvado rey Tsin Schï Huang, que

había sometido a todos los estados y había puesto bajo su mando todo el reino, llegó al hogar de Confucio. Se acercó a su tumba. Quería que la abrieran y ver lo que había dentro. Todos los funcionarios le aconsejaron que no lo hiciera, pero no les escuchó. Se cavó una entrada y entraron en la cámara del sarcófago. La madera parecía estar completamente nueva. Cuando la golpeaban, sonaba como si fuera una roca. A la izquierda del sarcófago había una puerta, que conducía a una cámara interior. Allí había una cama, una mesa con libros y vestidos, todo lo que necesitaba un hombre vivo. Tsin Schï Huang se sentó en la cama y miró hacia el suelo. Allí había un par de zapatos de seda roja, con un motivo de nubes bordado. Eran nuevos y estaban limpios, sin polvo. Había un bastón de bambú apoyado en la pared. El rey llevó los zapatos junto al sarcófago, cogió el bastón y salió de la tumba. Apareció repentinamente una tablilla en la que estaban escritos los siguientes versos:

Tsin Schï Huang ha sometido a seis reinos:
abre mi tumba y encuentra mi cama,
me roba los zapatos y coge mi bastón:
en cuanto llegue a Schakaiu encontrará su final.

Tsin Schï Huang se asustó mucho e hizo que volvieran a cerrar la tumba. Cuando iba de camino hacia Schakaiu contrajo unas fiebres y murió.

Cuando Dscung Li I fue elegido rey tras la dinastía Han, pagó de su propio bolsillo la cantidad de diez mil monedas para que se construyera un edificio superpuesto al templo de Confucio, mejorándolo. Al construirlo encontraron la litera de Confucio, su mesa, su jergón, su espada y sus zapatos. Un trabajador del templo llamado Dschang Be, que estaba cortan-

do el césped de delante del edificio principal, encontró en la tierra siete cetros de nefrito. Uno se lo guardó para él y los otros se los llevó a Dscung Li I. El rey los hizo poner en la mesa de Confucio. Esta mesa se encontraba en el edificio en que él había impartido sus enseñanzas. Junto a las paredes también había una cama. Encima de la cama colgaba un gran tonel. Dscung Li le preguntó al guardián del templo qué era aquello. Él le respondió: «Es el legado que nos dejó Confucio. Hay una inscripción, por lo que no me he atrevido a abrirlo».

Dscung Li le dijo: «El maestro era un hombre santo, quizás ese tonel contenga enseñanzas que haya que mostrar al mundo».

Lo abrieron. Dentro había una hoja escrita en la que se leía: «En tiempos posteriores vendrá un sabio, que ordenará mis libros, encontrará mi litera, mis zapatos y la caja de mis libros. Dscung Li I tendrá que recibir siete cetros, pero Dschang Be le esconde uno».

Cuando Dscung Li I hubo leído el escrito, hizo que llamaran a Dschang Be y le dijo: «Había siete cetros, ¿por qué te has guardado uno?». Entonces Dschang Be se echó a sus pies y sacó el cetro robado.

Confucio había dicho en una ocasión a un joven: «Se pueden conocer con anterioridad los actos de cien generaciones».

Este relato da testimonio de ello.

13. *El dios de la guerra*

El dios de la guerra Guan Di recibe también el nombre de Guan Yü. En la época en que el Turbante Amarillo hacía peligrar la paz del reino, él se unió a otros dos a los que había

encontrado en la calle y que, como él, sentían un gran amor por su patria. Uno de ellos fue posteriormente el rey Liu Be, el otro se llamaba Dschang Fe. Los tres llegaron a un huerto de melocotones y se juraron fidelidad como si fueran hermanos, a pesar de que pertenecían a diferentes familias. Sacrificaron un caballo blanco y se juraron fidelidad hasta la muerte.

Guan Yü era sincero, fiel, justo e intrépido hasta la temeridad. Le gustaba leer el libro de Confucio sobre el florecimiento y la caída de los imperios. Ayudaba a su amigo Liu Be a someter al Turbante Amarillo y a descubrir la tierra de las Cuatro Corrientes. El caballo sobre el que cabalgaba se llamaba *Liebre Roja* y podía recorrer mil millas en un solo día. Tenía un cuchillo en forma de media luna, al que llamaba Dragón Verde. Sus pupilas eran bellas como las de las mariposas de la seda y sus ojos rasgados, como los del ave fénix. Tenía el rostro tan rojo como escarlata y una barba tan larga, que le colgaba hasta la barriga. En una ocasión en que estaba en presencia del rey, éste le dio el sobrenombre de Conde de la Bella Barba y le regaló una funda de seda para que pudiera proteger su barba. Vestía un traje de brocado verde. Cada vez que luchaba mostraba un arrojo invencible. Aunque estuvieran ante él mil soldados o diez mil caballeros, él los atravesaba como si sólo fueran aire. El malvado Tsau Tsau le tentó una vez para que fuera infiel a su amigo y señor Liu Be. Hizo llevar a las dos esposas de Liu Be a sus habitaciones y ordenó que encerraran con ellas a Guan Yü durante toda la noche. Guan Yü no dejó que le dominara la insensatez y estuvo toda la noche, hasta el amanecer, con una lámpara en la mano, velando en el dintel de la puerta de la habitación.

En otra ocasión, el malvado Tsau había sobornado a los enemigos de su señor para que le traicionaran y tomaran la ciudad. Él marchó delante con algunos caballeros para dar

la noticia y desbaratar el plan, pero, de camino, cayó en una emboscada y fue hecho prisionero junto con su hijo, y a ambos les condujeron a la capital del reino enemigo. El príncipe de aquel país habría visto con buenos ojos que se pusiera de su lado; sin embargo, él juró que no se doblegaría, aunque tuviera que morir por ello. Con lo cual, el padre y el hijo fueron condenados. Una vez muertos, su caballo, *Liebre Roja*, dejó de comer y murió. Había también un fiel amigo, gran señor, cuyo nombre era Dschou Dsang, que era de rostro negro y que llevaba un gran cuchillo. Acababa de ocupar una fortaleza cuando se enteró del triste fin de su duque. Desenfundó su espada y se dio muerte a sí mismo. También otro de sus vasallos se arrojó al foso de la ciudad y pereció ahogado al enterarse de la noticia.

En aquellos tiempos, había un monje que vivía en la montaña del manantial de nefrito. Había sido uno de sus hombres y un antiguo conocido del duque. Por la noche iba a pasear a la luz de la luna.

En una ocasión escuchó una voz llevada por el viento que gritaba: «¡Quiero volver a tener mi cabeza!».

El monje parpadeó mirando a su alrededor y vio al duque Guan a caballo con la espada desenfundada, tal y como era en vida. A su derecha y su izquierda estaban su hijo Guan Ping y su vasallo Dschou Dsang, recortándose como sombras en las nubes.

El monje dejó caer las manos y contestó: «Vos fuisteis en vuestra vida justo y fiel y a vuestra muerte os habéis convertido en un dios sabio, pero aun así, ¿no comprendéis el destino? Si queréis volver a tener la cabeza sobre los hombros, ¿a quién deben dirigirse los muchos miles de enemigos que tras vos han muerto para prolongar vuestra vida?».

El duque asintió y desapareció.

Desde entonces desarrolló una verdadera virtud espiritual.

Tan pronto como se fundaba una nueva casa, había que asegurarse de los espíritus que la guardaban, por eso se le construyó un templo y se le ofrecían sacrificios, y pasó a formar parte del número de los dioses ricos. Igual que a Confucio, se le ofrecen bueyes, ovejas y cerdos en sacrificio. Su rango fue aumentando a lo largo de los siglos. Primero se le honró como al príncipe Guan, luego como rey, finalmente como gran dios que había vencido al demonio; la última dinastía le ha honrado como divino ayudante del cielo. Recibe, asimismo, el nombre de divinidad protectora de la guerra y es un salvador fuerte que ayuda en caso de cualquier necesidad, cuando los dioses sufren las plagas de los gobernantes y de los demonios. Es corriente que reciba honra junto con Confucio, el señor de la paz, él, que es el señor de la guerra.

Las manifestaciones de su fuerza espiritual son incontables. Baste el ejemplo que damos a continuación.

En Ju Dschou vivía un hombre, que era un alcohólico y un jugador, que golpeaba y maldecía continuamente a su madre. Tenía un hijito que acababa de cumplir un año. La abuela le sacó de la mano para que diera un paseo, pero, a consecuencia de un movimiento descontrolado, cayó al suelo. El niño se puso enfermo a consecuencia del miedo que había pasado. La anciana tuvo miedo de la cólera de su hijo y se marchó de la casa.

Cuando el hombre llegó a su casa y vio a su hijo enfermo, preguntó a su mujer qué había ocurrido. Luego, enfadadísimo, se puso a buscar a su madre. La vio delante del templo del dios de la guerra, justo en el momento en que iba a entrar. La sacó arrastrándola por el pelo.

La imagen del dios saltó de su hornacina, le quitó el cuchillo a Dschou Dsang, que estaba de pie y de espaldas, salió por

la puerta y le cortó la cabeza. El sacerdote del templo, que lo vio, se dio prisa en tocar las campanas y los timbales, y leyó los escritos sagrados. La gente oyó la noticia en las calles y en el mercado, y se dirigieron rápidamente al templo, llenos de admiración. Vieron al Dios de la Guerra, que tenía en la mano derecha el cuchillo y en la izquierda la cabeza del hombre. La imagen estaba con un pie fuera de la puerta y con otro dentro, inamovible como una roca. Desde entonces, en Ju Dschou aparece la imagen del dios con las piernas abiertas, una a cada lado del dintel, como prueba de su poder.

II. De los santos y de los magos

14. *El halo de la santidad*

Todos los dioses verdaderos tienen en la cabeza una corona redondeada. Cuando el resto de los dioses o demonios perciben este reflejo, se encogen y no se atreven a moverse. El Señor del Cielo se ocupa en la montaña del tigre-dragón de las relaciones entre todos los dioses. En una ocasión subió el dios de la guerra, Guan Di, en un momento en el que el encargado de los círculos de vecinos estaba visitando al Señor del Cielo. El Señor del Cielo rogó al hombre que se retirara y que permaneciera en la cámara interior, y él salió fuera a atender al dios de la guerra. Pero el encargado miró por una rendija de la puerta. Vio al dios de la guerra con el rostro rojo, vestido con un traje verde: terrible e infundiendo respeto. De repente, brilló sobre su cabeza un halo rojo, cuyo brillo alcanzó hasta el fondo de la habitación interior, de manera que el propio encargado se vio cegado. Tras un tiempo, se volvió a marchar el rey de la guerra y el Señor del Cielo le acompañó. Guan Di dijo de repente, consternado: «¡Confucio llega! El reflejo de su halo alumbra todo el mundo. No estoy a mil millas de él. Voy a salir rápidamente a su encuentro». Con estas palabras, se

subió a una nube y desapareció. El Señor del Cielo le contó entonces al encargado lo que ocurría y añadió: «¡Por suerte no habéis visto al dios de la guerra cara a cara! Aquel que no es altamente virtuoso y no ha llegado a la sabiduría absoluta, se funde ante su brillo». Al acabar de hablar, le dio una píldora con el elixir de la vida para que se la comiera, y los ojos ciegos volvieron a ver.

Se dice, asimismo, que los sabios tienen un halo rojo sobre sus cabezas, que hace que los demonios, espíritus y zorros se atemoricen cuando lo ven.

Pues había una vez un sabio que tenía un zorro por amigo. El zorro se lo llevaba por las noches y se iban a pasear por la aldea. Podían entrar en las casas y ver lo que ocurría dentro de ellas sin que la gente se diera cuenta de su presencia. Pero cuando veían a lo lejos una casa sobre la que había un halo rojo, el zorro no entraba. El sabio le preguntó la razón.

«Ahí hay sabios famosos», le contestó el zorro.

«Cuanto mayor es el brillo, más inaprensible es la imagen. Yo me atemorizo ante ellos y no me atrevo a estar entre ellos.»

El hombre le dijo: «Yo también soy un sabio. Yo no tengo halo alguno, puesto que tú no me tienes miedo, sino que vienes a pasear conmigo».

«Sobre tu cabeza sólo hay una pelusilla negra —le contestó el zorro—. Yo nunca te he visto el halo rojo a ti.»

El sabio se avergonzó e hizo un alegato, pero el zorro desapareció entre carcajadas.

15. *Lao Tse*

Lao Tse es en realidad más antiguo que el cielo y la tierra. Es el Anciano Amarillo, que creó el mundo junto con otros muchos. Pero se ha mostrado en la tierra en distintas épocas con diferentes nombres. Su encarnación humana más conocida es la de «Viejo Niño» (Lao Tse) con el nombre de Ciruela (Li). Ocurrió así: Su madre lo concibió de forma sobrenatural y lo llevó en su vientre durante veintisiete años. Cuando nació, fue parido por la fosa axilar izquierda de su madre. Ya entonces tenía los cabellos blancos, por lo que recibió el nombre de viejo niño. Además ya sabía hablar. Puesto que no tenía un padre humano, se le encomendó al ciruelo, bajo el cual había venido al mundo. Él dijo: «¡Ése será mi nombre!».

Conocía muchas artes mágicas que le permitían prolongar su vida. En una ocasión tomó un mozo a su servicio. Se había puesto de acuerdo con él para darle cien monedas de cobre a diario; pero no le pagaba y al final le debía siete millones doscientas mil monedas de cobre. Entonces se subió a un toro negro y galopó hacia el oeste. Quería llevar consigo a su criado, pero cuando llegaron al paso de Han-Gu, el criado se negó y le pidió su paga, pero Lao Tse no le dio nada.

Cuando se aproximaron a la casa del guardián del paso, empezaron a aparecer nubes rojas en el cielo. El guarda conocía los signos y supo que se aproximaba un hombre santo. Así que le salió al encuentro y lo invitó a su casa. Le preguntó por la sabiduría secreta. Lao Tse sacó la lengua y no dijo nada. A pesar de todo, el guarda le albergó en su casa con los mayores honores. El servidor de Lao Tse le contó al criado del guarda que su señor le debía mucho dinero y le pidió que intercediera en su favor. Cuando el criado oyó a cuánto ascendía la gran

suma, le atrajo tener a un hombre tan rico por yerno, y le concedió la mano de su hija. Al final, la cosa llegó a oídos del guarda y se presentó con el mozo ante Lao Tse, que le dijo a su mozo: «¡Pícaro! Tú habrías muerto hace tiempo. Te tomé a mi servicio, y como era pobre y no podía darte dinero, te he dado a comer la magia de la vida. Por eso estás hoy vivo. Te dije: "Si me sigues al oeste, al reino de la calma del espíritu, te pagaré tu salario en oro amarillo", pero tú no quisiste». Mientras decía estas palabras, le golpeó al mozo en la mejilla, entonces abrió la boca y cayó al suelo la magia de la vida. Todavía hoy se puede ver escrito en caracteres de cinabrio, tan bien conservado como si fuera reciente. El mozo se vino abajo de una sola vez y se convirtió en un montón de huesos. El guarda se echó al suelo y pedía gracia por él. Le prometió a Lao Tse pagarle al mozo y le pidió que le volviera a la vida. Entonces Lao Tse realizó una fórmula mágica bajo los huesos y al instante el mozo volvió a la vida. El guarda recompensó al mozo y le dejó marchar. Luego honró a Lao Tse como maestro y éste compartió con él el arte de la vida inmortal y le dejó sus enseñanzas en cinco mil palabras que el guarda hizo poner por escrito. El libro en el que están estas enseñanzas recibe el nombre de *Sobre las facultades sensitivas y la vida*. Después Lao Tse desapareció del mundo de los hombres.

El guarda siguió sus enseñanzas y ocupó un puesto entre los inmortales.

16. *El anciano*

Érase que se era un hombre llamado Huang An. Ya tendría más de ochenta años de edad y sin embargo tenía la aparien-

cia de un joven. Se alimentaba de cinabrio. Además iba desnudo e incluso en invierno iba sin traje. Se sentaba en una tortuga de tres pies de largo. En una ocasión le preguntó alguien: «¿Qué edad tiene la tortuga?». Él respondió: «Cuando Fu Hi encontró la red y las nasas, capturó esta tortuga y me la regaló. En ese tiempo he vuelto su caparazón casi plano a fuerza de sentarme en ella. Este animal tenía miedo de la luz de la luna y del sol; por eso sólo sacaba la cabeza una vez cada dos mil años. Desde que yo la tengo, ha sacado la cabeza ya cinco veces». Con estas palabras, se echó a hombros la tortuga y se marchó.

Sin embargo se difundió la historia de que el hombre tenía diez mil años.

17. *Los ocho inmortales I*

Cuenta la leyenda que en el cielo hay ocho inmortales. El primero se llama Dschung Li Küan. Vivió en la época de la dinastía Hang y descubrió el gran poder mágico de la piedra de cinabrio de oro (piedra filosofal). Sabía fundir el mercurio y el plomo en una aleación que los convertía en oro amarillo o en plata blanca. Sabía elevarse por los aires y volar. Está a la cabeza de los ocho inmortales.

El segundo se llama Dschang Go. Él aprendió las artes ocultas en los tiempos más antiguos. Se dice que había sido un murciélago blanco que se había convertido en hombre. Al comienzo de la dinastía Tang se veía en Tschang An a un anciano de barba blanca, llevando en la espalda una caña de bambú y montado en un asno. Tocaba el tambor y cantaba. Se

daba a sí mismo el nombre de viejo Dschang Go. Se contaba también de él que tenía una mula blanca con la que podía recorrer mil millas en un día. Cuando llegaba al lugar deseado, la plegaba y la guardaba en su bolso. Si volvía a necesitarla, le escupía agua de la boca, y el animal recuperaba su forma primitiva.

El tercero se llama Lü Yüan o Lu Dung Bin (Lü = roca o cavernario). En realidad se llamaba Li y pertenecía a la estirpe de la dinastía reinante Tang. Pero cuando la emperatriz Wu se apropió del trono y exterminó a casi todos los miembros de la familia Li, él huyó con su esposa a lo más profundo de las montañas. Cambió su nombre por el de Lü, y como se escondió entre las pedregosas cavernas, se le dio el sobrenombre de roca o habitante de las cavernas. Se alimentaba del aire y no comía pan. Con el tiempo dominó las ciencias ocultas. Pero disfrutaba del vino y le gustaban mucho las flores. En Lo Yang, la capital, las peonías eran especialmente exuberantes. Entre ellas vivía un hada de las flores que se convertía en una hermosa doncella, y Lü, cuando llegó a Lo Yang, bebió vino con ella. De repente apareció un dragón amarillo que se convirtió en un hermoso muchacho y se burló del hada de las flores. Lü se encolerizó y desenvainó su espada, cortándole en una finta la cabeza. Desde entonces volvió al mundo de la muerte y de los sentidos. Se iba hundiendo en el polvo de la monotonía diaria y ya no quería alcanzar las alturas. Luego se encontró con Dschung Li Küan, que le salvó, y de esta forma, pudo pasar a formar parte de los inmortales. Su discípulo era el elfo de la encina. Se trataba de una vieja encina que había ido absorbiendo la delicadísima fuerza de los rayos del sol y de la luna y que había conseguido, gracias a ella, un cuerpo humano. Tiene el rostro azul y los cabellos rojos. Lü le tomó como discípulo. Los emperadores y reyes de los tiempos posteriores honra-

ron a Lü como antepasado y señor del sol. El pueblo le llamó abuelo Lü. Tiene una gran sabiduría y es muy poderoso. Por eso incluso en nuestros días la gente sigue afluyendo a su templo, buscando oráculos que les ayuden y rogándole que les conceda buena fortuna. Cuando se quiere saber si en una empresa se va a tener éxito o no, uno va al templo, enciende un bastoncillo de incienso y se arrodilla en el suelo inclinando la cabeza. En el altar hay un recipiente de bambú dentro del cual hay algunas docenas de palitos con soluciones; hay que moverlo de rodillas hasta que uno de los palitos se salga. En cada uno de los bastoncillos hay un número, número que hay que buscar en el libro de los oráculos. En el libro se encontrará una rima de cuatro versos —la buena o mala suerte suele cumplirse a menudo extraordinariamente, tal como ha predicho el oráculo.

El cuarto se llama Tsau Guo Giu (Tsau, el tío del Estado). Era el hermano más joven del emperador Tsau, que tuvo un largo reinado. Por eso le llaman tío del Estado. En su juventud, sentía un gran interés por las ciencias ocultas. Para él la riqueza y los honores eran como el polvo. Dschung Li Küan le ayudó a convertirse en inmortal.

Al quinto le llaman Lan Tsaï Ho. No se conoce su verdadero nombre, ni de dónde procede, ni de qué época es. Se le ve frecuentemente en los mercados, vestido con una túnica azul rasgada y sólo lleva un zapato. Va cantando, acompañado por un trozo de madera que golpea, y sus canciones hablan de la futilidad de la vida.

El sexto se llama Li Tiä Guai (Li el de la muleta de hierro). En su más tierna juventud perdió a sus padres y tuvo que irse a vivir a casa de su hermano mayor. La cuñada le trataba mal y nunca le daba alimento suficiente, por eso huyó a las montañas y aprendió allí las ciencias ocultas.

En cierta ocasión volvió para ver a su hermano y le dijo a la cuñada: «¡Dame algo de comer!».

La cuñada le respondió: «No queda madera para hacer el fuego».

Él le replicó: «¡No tienes más que preparar el arroz! Puedo utilizar mi pierna como madera; pero no me puedes preguntar si el fuego me hace algún daño, y así no se estropeará nada».

La cuñada quería ver sus artes; por eso dispuso el arroz en una cazuela; Li alargó una de sus piernas, la puso bajo el arroz y la encendió. Las claras llamas la iban lamiendo hacia arriba, la pierna ardía como si fuera carbón.

Cuando el arroz ya estaba cocido le dijo su cuñada: «¿La pierna no quedará dañada?».

Li le contestó encolerizado: «Ya te he prevenido de que no dijeras nada. En ese caso nada habría ocurrido, pero ahora tengo la pierna tullida». Cuando hubo dicho estas palabras, cogió una de las astillas del fuego y se hizo una muleta con ella. Se colgó una cantimplora hecha con una calabaza al hombro y se marchó a las montañas a recoger plantas medicinales. Por eso se le llama Li el de la muleta de hierro.

Otra de las historias que se cuentan sobre él dice que su espíritu subió al cielo y llegó hasta su maestro Lao Tse. Antes de marcharse le encargó a un discípulo que cuidara de su cuerpo y del alma que en él había para que no se viera dañada. Si pasaban siete días sin que hubiera vuelto su espíritu, podía dejar que su alma escapara del recinto vacío en que estaba encerrada. Por desgracia, el joven tuvo que acudir al lecho de muerte de su madre a los seis días y, cuando al anochecer del séptimo día regresó el espíritu del maestro, ya le había abandonado la vida al cuerpo. Puesto que en aquel cuerpo ya no podía morar, en un momento de duda, se sirvió del primer

cuerpo que se le ofreció, en el cual aún quedaban restos de vida. Se trataba del cuerpo de su vecino, un tullido con muleta que acababa de morirse y desde entonces el maestro tuvo aquella apariencia.

El séptimo se llamaba Han Siang Dsï. Era el sobrino del Han Yü, de la dinastía Tang, famoso sabio educado en el confucianismo. Desde su más tierna juventud dominaba las artes de los dioses inmortales, dejó su casa y se convirtió en un taoísta. El abuelo Lü le daba ánimos y le hizo llegar a los cielos. Le salvó en una ocasión la vida a su tío. Éste había sido desterrado de la corte porque había manifestado su desacuerdo cuando el emperador hizo ir a buscar, en medio de una gran pompa, un hueso astillado de Buda. Cuando en su huida llegó al Puerto Azul, la espesa capa de nieve hacía impracticable el paso. El caballo cayó en un hoyo tapado por la nieve y él mismo estuvo a punto de morir congelado. Entonces se le apareció Han Siang Dsï, les ayudó a él y al caballo a salir y les llevó sanos y salvos al albergue más próximo del Paso. Han Yü cantó una poesía, cuyos versos leemos a continuación:

La montaña Tsing Li entre las nubes está,
¡qué lejos, ay, se encuentra mi hogar!
La nieve en el Paso Azul se cierne,
¿quién a mi corcel escoltará?

Entonces se dio cuenta de que muchos años antes Han Siang Dsï había venido a su casa a felicitarle el cumpleaños. Antes de marcharse, había escrito esos versos en un papel. El tío los había mirado sin entender su sentido. Y ahora él mismo cantaba estas líneas de la canción sin darse cuenta de que era la que había compuesto su sobrino. Le dijo sollozando a Hang Siang Dsï: «¿Eres un inmortal, de los que conocen el futuro?».

Había intentado en tres ocasiones salvar a su esposa. Cuando se marchó de casa para aprender las artes ocultas, ella se quedó sentada todo el día echándole de menos. Han Sing Dsï quería que alcanzara también la inmortalidad, pero temía que ella no fuera digna. Por eso se le apareció en diversos estados, para ponerla a prueba; una vez se le apareció como mendigo y otra como monje mendicante. Pero su mujer no llegó a reconocerle. Finalmente, se disfrazó como un lama taoísta, que se sentaba en una esterilla, comía pescado seco y leía sutras delante de la casa.

Pero su mujer le dijo: «Mi marido no está en casa; no puedo darte nada».

El taoísta le contestó: «No quiero tu oro o tu plata, sino que te quiero a ti. Siéntate conmigo en la esterilla y volaremos por los aires y volverás a ver a tu esposo».

La mujer se enfadó con él y le dio un bastonazo.

Hang Siang Dsï tomó su aspecto original, se subió a una brillante nube y ascendió a las alturas. La mujer se le quedó mirando y se echó a llorar; pero él siguió desaparecido.

El octavo inmortal era una muchacha llamada Ho Siän Gu. Era hija de un campesino. Su madrastra la trataba con dureza; a pesar de que era respetuosa y trabajadora. Le gustaba dar limosna; aunque la madre se lo impedía. Sin embargo, ella nunca se enfadaba, incluso si recibía golpes de la madrastra. Se había hecho el juramento de no contraer matrimonio, y la madre ya no sabía qué hacer con ella. Un día, justo cuando estaba cociendo el arroz, llegó el abuelo Lü para liberarla. Ella todavía tenía el cucharón en la mano, cuando iba ascendiendo hacia el cielo. En el cielo tenía la tarea de recoger las flores caídas delante de la entrada sur.

18. *Los ocho inmortales II*

Érase que se era un hombre pobre que no tenía ni techo ni nada que llevarse a la boca. Exhausto y agotado se echó en un camino junto a un templito del dios de los campos y se durmió. Entonces soñó: el viejo dios de los campos, el de la barba blanca, salió de su casita y le dijo: «Te voy a ayudar; mañana pasarán por el camino los ocho inmortales; ¡arrodíllate ante ellos y hónralos!».

Cuando el hombre despertó, se sentó bajo un gran árbol que había junto al templo y esperó todo el día a que ocurriera lo que había soñado. Al final, cuando el sol iba a empezar a ponerse, llegaron ocho personas por el camino, que el mendigo reconoció fácilmente como los ocho inmortales. Siete de ellos iban muy deprisa; pero uno, que tenía una pierna tullida, iba a la cola de los demás. Ante él —se trataba de Li Tiä Guai— se postró el hombre en el suelo. Pero el tullido no quería saber nada de él y le dijo que siguiera su camino. Sin embargo, el pobre no cejó en su empeño de suplicarle que le dejara ir con él y pertenecer al grupo de los inmortales. El tullido le dijo que eso era imposible. Pero el pobre no dejaba de pedir y de postrarse ante él, hasta que al final le dijo: «Bueno. ¡Sujétate con fuerza a mi túnica!». El hombre así lo hizo y pasó rápidamente sobre los caminos y los campos, siempre más lejos, siempre adelante. De repente, se encontraron en la torre de Pong-lai-schang, la conocida montaña de los espíritus del mar del Este. Y, fíjate, allí estaban también los otros inmortales. Estaban muy molestos por el huésped que Li Tiä Guai había traído. Como el pobre rogaba tan insistentemente, se dejaron conmover ellos también y al final dijeron: «¡Bueno, ahora vamos a zambullirnos en el mar, si nos sigues podrás convertirte en un inmortal!». Y los

siete, uno tras otro, saltaron al mar. Cuando le tocó el turno al hombre, le entró miedo y no quiso dar el salto. El tullido le dijo: «Si tienes miedo no podrás convertirte en un inmortal».

«Y ¿qué voy a hacer? —respondió el hombre—. Mi hogar está muy lejos de aquí y no tengo dinero.» El tullido desprendió un trozo de piedra de la muralla y le cerró la mano al hombre sobre ella; luego saltó de la torre y desapareció al instante junto con los otros ocho.

El hombre guardaba la piedra en su mano y ésta se convirtió en plata pura. Le bastó para viajar, hasta que al cabo de muchas semanas volvió a estar en su hogar. La plata también se le había terminado y fue tan pobre como al principio.

19. *Los dos estudiantes*

Érase una vez dos estudiantes. Uno se llamaba Liu Tschen y el otro Yüan Dschau. Ambos eran jóvenes y guapos. Un día de primavera fueron los dos a la montaña Tiän Tai a recoger hierbas medicinales. Llegaron a un desfiladero a cuyos lados había muchos melocotoneros en plena floración. En medio de ellos se abría una sima en la que había dos doncellas bajo los árboles floridos. Una iba vestida de rojo y la otra de verde. Las dos eran hermosísimas. Saludaron a los dos estudiantes con la mano.

«¿Estáis ahí? —les preguntaron—. Os hemos esperado mucho tiempo.»

Luego les condujeron al hoyo y les acogieron con té y vino.

«Yo estoy destinada al señor Liu —dijo la doncella del traje rojo—, y mi hermana al señor Yüan.»

Y fueron marido y mujer. A diario se ocupaban de las flores o jugaban al ajedrez, de forma que entre ambos regaban toda la tierra. Lo único que veían era cómo se abrían fuera de la sima las flores del melocotonero, que caían en cuanto abrían sus pétalos. A menudo debían soportar molestias, a veces calor y otras frío, de modo que se tenían que cambiar continuamente de traje, pero ambos pensaban que la calma era maravillosa.

De repente, un día, sintieron nostalgia de sus hogares. Las dos muchachas se dieron cuenta enseguida. «Si os entra la nostalgia, señores nuestros, no podremos hacer que os quedéis aquí por mucho tiempo», les dijeron.

Al día siguiente les prepararon un banquete de despedida; les dieron un vino mágico a ambos y les dijeron: «Ya nos veremos. ¡Venga, marchaos!».

Los estudiantes se despidieron con lágrimas en los ojos.

Cuando llegaron a sus casas hacía mucho tiempo que habían desaparecido las puertas y los portalones. La gente del pueblo les resultaba totalmente desconocida. Les rodeaban y les preguntaban quiénes eran. «Somos Liu Tschen y Yüan Dschau —respondieron—. Nos fuimos a las montañas a buscar plantas. Hará sólo unos días.»

Entonces llegó un sirviente apresurado, dando rápidos pasos, y se les quedó mirando un buen momento. Luego, cayó contentísimo a los pies de Liu Tschen y dijo: «Sí, sois realmente mi amo. Os marchasteis y nos dejasteis en la ignorancia, sin noticias, hace ahora setenta años o más».

Luego empujó al estudiante Liu hacia un alto portalón que estaba ricamente adornado con chapas metálicas abombadas y una cabeza de león con una argolla en las fauces, como es propio de los ricos.

Cuando entraba en el salón, llegó una anciana de blancos

cabellos y la espalda arqueada, apoyada en un bastón, que preguntó: «¿Tú quién eres, hombre?».

«Nuestro amo ha vuelto —le replicó el criado. Y luego, vuelto hacia él continuó—: Ésta es la mujer clemente. Ya tiene cien años. Por suerte, todavía está fuerte y se encuentra bien.»

A la mujer se le llenaron los ojos de lágrimas de alegría y de tristeza.

«Desde que te fuiste a vivir con los inmortales, yo pensaba que en esta vida no volveríamos a verte —le dijo—. ¡Qué suerte que hayas vuelto ahora!»

Antes de que hubiera terminado de hablar, llegó toda la familia, los hombres y las mujeres. Todos llegaban a saludarle, de modo que había una gran aglomeración a la entrada del salón.

La mujer se los presentaba uno a uno por separado y decía: «Éste es fulanito de tal y ésa es menganita de cual».

Cuando el estudiante desapareció en el pasado, sólo había dejado un niñito pequeño, de no más de dos años. Ahora era ya un viejo de ochenta. Había servido en un alto cargo administrativo del reino y le habían trasladado, a la edad de la jubilación, al jardín de su hogar. Había tres nietos, todos ellos al cargo de importantes ministerios. Más de diez bisnietos, de los cuales, cinco ya tenían el título de doctor; más de veinte tataranietos, el mayor de los cuales acababa de regresar a casa tras haber aprobado sin problema el doctorado. Los niños de pecho que llevaban en los brazos eran incontables. Los nietos que estaban ausentes, trabajando en sus ministerios, cuando oyeron que había aparecido su antepasado, pidieron vacaciones y volvieron a su casa. Las nietas, que vivían en otras familias a causa de sus matrimonios, también volvieron. Él estaba muy contento y organizó una comida familiar en la sala, y todos sus parientes con sus mujeres o maridos se sentaban en

círculos. Pero él y su mujer se sentaron en una plataforma situada en el centro. La mujer tenía los cabellos blancos, era una mujercita anciana y arrugada. Pero el estudiante seguía teniendo el aspecto de un joven de veinte años, lo cual atraía las miradas de los jóvenes, que reían.

El estudiante dijo: «Tengo la fórmula para no hacerse viejo».

Con estas palabras, sacó el vino encantado y se lo dio a beber a su mujer. Cuando hubo bebido tres vasos, su cabello blanco volvió a ser casi negro, las arrugas se estiraron y al lado de su marido se la veía como si fuera una joven. El hijo y los nietos mayores se acercaron y recibieron el vino. El que tomaba una sola gota de él pasaba de la gris vejez a ser un chiquillo. El asunto se difundió y llegó a oídos del emperador. El emperador quería llamarle a su corte. Pero él lo rechazó dándole las gracias. Sin embargo, le envió vino encantado como regalo. El emperador estaba muy complacido y le regaló una tablilla en la que estaba escrito:

«El hogar conjunto de cinco generaciones».

Además le envió tres pictogramas, que él mismo había escrito con su pincel:

«Las alegrías alargan la vida».

Al otro estudiante, Yüan Dschau, no le fue tan bien. Cuando llegó a su hogar, ya hacía tiempo que estaban muertos su mujer y sus hijos, y casi todos sus nietos y bisnietos eran hombres inútiles. Así que no se quedó allí mucho tiempo y se volvió a la montaña. Liu Tschen, por el contrario, permaneció muchos años entre los suyos; luego cogió a su mujer y volvió a la montaña de Tiän Tai y nunca más volvieron a verle.

20. *El sacerdote de Lauschan*

Érase que se era un hombre llamado Wang, hijo de una antigua familia que daba un gran valor al hecho de aprender las enseñanzas del taoísmo en la juventud. Él había oído que en Lauschan habían vivido muchos inmortales, así que se echó al hombro su cesto de libros y se marchó andando en dirección a aquella ciudad.

Desde una cumbre que había ascendido, vio un templo singular. Un taoísta estaba sentado en un cojín de paja redondo, sus largos cabellos le pendían sobre las mejillas.

Le hizo una reverencia y empezó a hablar con él. Sus enseñanzas le conmovieron profundamente y con un sentido de misterio, por eso le rogó que lo tomara como discípulo.

El taoísta le contestó: «Me temo que seas demasiado tierno y femenino para el trabajo duro».

Él, sin embargo, le replicó que era muy capaz de hacerlo.

Los discípulos del anciano eran muy numerosos. Cuando se reunieron todos ellos por la noche, saludaron a Wang de una forma muy festiva. Y después entró en el monasterio. Al amanecer, cuando la mañana aún era muy fría, le llamó el sacerdote. Le dio un hacha y le dijo que fuera a reunirse con los otros para ir a recoger leña. Wang hizo diligentemente lo que le ordenaban.

Ya había pasado un mes largo. Sus manos y pies estaban llenos de callos y ampollas. Casi no podía soportarlo por más tiempo y consideró seriamente en secreto la posibilidad de abandonar. Un día, cuando llegaban a casa, vieron a dos hombres que estaban sentados con su maestro bebiendo vino. El sol ya se había puesto, pero no se habían alumbrado ni velas ni lámparas. El maestro cortó con las tijeras un círculo de papel,

redondo como un espejo. Lo pegó en la pared y de repente brilló la luna en la pared con tan clara luz, que se podían ver los más mínimos pelillos. Los discípulos se apresuraron para escuchar lo que se decía entre los ancianos. Uno de los huéspedes decía: «En una noche tan hermosa, en que la alegría es la vencedora, tenemos que disfrutarlo juntos». Y con estas palabras cogió una jarra de vino de la mesa para repartirlo entre los discípulos. Les decía que tenían que beber con moderación.

Wang pensó para sí: «¡Una jarra de vino va a ser suficiente para siete u ocho personas!». Todos se apresuraron a coger vasos y se daban prisa por ser los primeros en la fila, con la única preocupación de que la jarra de vino se terminara. Pero él servía y servía y el vino no disminuía. Wang se asombró, sin expresarlo.

El segundo huésped habló entonces: «Tú nos has procurado una bella luz de luna; nosotros bebemos tan tranquilos a su resplandor. ¿Y si llamáramos al hada de la luna?».

Al mismo tiempo cogió un bastoncillo de comida y lo arrojó en el círculo de la luna. Vieron llegar a ellos una bella muchacha entre el resplandor de la luna. Al principio no medía más de un pie; cuando tocó el suelo, tenía la talla de un ser humano. Era estrecha de caderas y tenía un delicado cuello e iba vestida de ondeantes túnicas: bailaba la danza del arco iris y cantaba al mismo tiempo:

¡Todos vosotros, inmortales, queréis escapar
y dejarme sola en el recinto de la inmensidad!

Su voz sonaba clara y pura como una flauta. Cuando hubo terminado la canción, se alzó como un torbellino y saltó a la mesa. Mientras todos la observaban asombrados, se volvió a convertir en el bastoncillo.

Los tres ancianos rompieron a reír a carcajadas.

Uno de los huéspedes volvió a tomar la palabra: «Esta noche es realmente un placer estar juntos. Pronto no seré ya el señor del vino. ¿Qué tal si me acompañáis a beber el último vaso en el castillo de la luna?». Los tres se levantaron de las esterillas y se fueron a la luna. Los discípulos vieron cómo estaban los tres en la luna. Podían distinguir claramente sus barbas y sus pupilas, todo se veía tan diáfano como la imagen en un espejo.

Tras un cierto tiempo, la luna fue perdiendo su brillo. Los discípulos fueron a buscar una luz. Cuando volvieron, el sacerdote estaba solo, los huéspedes habían desaparecido; pero los restos de la comida estaban aún sobre la mesa. La luna de la pared seguía colgada, pero ya sólo era un círculo de papel. El sacerdote les preguntó: «¿Habéis bebido suficiente?». Ellos le contestaron: «Sí».

«Pues si ha sido suficiente, idos pronto a dormir, de forma que mañana podáis trabajar.»

Los discípulos se marcharon respetuosamente. Wang se sentía de nuevo fortalecido por los acontecimientos y había desaparecido su nostalgia del hogar.

Volvió a pasar otro mes, el cansancio era inaguantable y el sacerdote no le había confiado un solo secreto.

No pudo más y se despidió: «He recorrido cien millas para conocer vuestras enseñanzas. Ahora veo que yo no puedo acceder al misterio de la inmortalidad, pero quizá podríais revelarme algún pequeño secreto para que mi trabajosa ansia de saber se saciara. Han pasado dos, tres meses, sin otra ocupación que levantarse por la mañana para ir a recoger leña y volver por la noche cansado a casa. Yo no estaba acostumbrado a tal vida en mi hogar».

El sacerdote le dijo sonriendo: «Ya te dije cuando te vi que

tú no estabas hecho para el trabajo duro. Y así es. Mañana por la mañana te dejaré ir».

Wang le respondió: «Os he servido largo tiempo, por lo menos podríais compartir conmigo un pequeño secreto de las ciencias ocultas, para que no haya resultado inútil el hecho de venir hasta aquí».

«Y ¿qué secreto te gustaría aprender?», le preguntó el sacerdote.

«Cuando os veía andar, me di cuenta de que a vos no os eran impedimento ni las paredes ni los muros, yo estaría contento sólo con conocer ese secreto.»

El sacerdote le respondió sonriendo y le enseñó una fórmula mágica con la cual Wang tenía que bendecir las paredes. Y luego le dijo: «¡Hale, pasa!». Wang se quedó parado con el rostro vuelto hacia la pared y no se atrevió a avanzar. El sacerdote le dijo: «¡Pero intenta pasar!». Él intentó atravesar entonces el muro pero no lo consiguió.

El sacerdote le explicó: «Tienes que agachar la cabeza y pasar sencillamente, tan tranquilo, sin sentir miedo».

Wang se alejó algunos pasos y corrió hacia el muro, pero cuando llegó a él, miró a su alrededor y no vio nada. Observó a su alrededor y vio que realmente estaba fuera. Se sintió muy feliz, volvió a entrar y dio las gracias.

El sacerdote le respondió: «¡Ahora vuelve a tu hogar, si no lo haces, perderás el poder!». Le dio alimentos para el viaje y le despidió.

Llegado a su hogar, Wang se vanagloriaba de haber conocido a un santo y de que los muros más gruesos ya no fueran un obstáculo para él. Su mujer no le creía. Entonces él quiso mostrarle su arte, se alejó algunos pasos del muro y se lanzó a él. Se dio de cabeza contra el duro muro, rebotó y cayó. La mujer le ayudó a levantarse y le miró. Tenía un chichón en la frente

del tamaño de un huevo... Su mujer se burló de él. Él se sentía avergonzado y furioso y enrabiado contra el anciano sacerdote como hacen los hombres de escasa inteligencia.

21. *El campesino tacaño*

En una ocasión hubo un campesino que iba a llevar unas peras al mercado. Como las peras eran muy dulces y olorosas, esperaba venderlas a un buen precio. Un monje, que llevaba un gorro raído y vestidos rasgados, atravesó por delante del carro y le pidió una. El campesino le echó, pero el bonzo no se iba. El labrador se enfadó y empezó a insultarle. El bonzo le contestó: «En vuestro carro tenéis muchos cientos de peras. Yo sólo os he pedido una, lo cual no os supone una gran pérdida. ¿Por qué os enfadáis tanto?».

Los asistentes de a pie le decían que le diera una de las que le sobraban y que se marchara, pero el campesino no quería. Un artesano lo vio todo desde su comercio y como le molestaba el ruido, cogió dinero, compró una pera y se la dio al bonzo.

El bonzo le dio las gracias diciendo: «Entre nosotros, los que hemos dejado el mundo, no se puede ser tacaño. Yo tengo excelentes peras y os invito a todos a comerlas». Uno le dijo: «Si tienes peras, ¿por qué no las comes?». Le contestó: «Primero necesito enterrar una semilla». Con estas palabras empezó a comerse la pera haciendo mucho ruido. Cuando se la hubo terminado, guardó una pepita en la mano, cogió el azada que llevaba al hombro y cavó un agujero de un par de pulgadas. Enterró la semilla y la cubrió de tierra, luego le pidió a la gente

del mercado sopa para regarla. Un par de curiosos fueron a buscar agua caliente a un albergue callejero y el bonzo regó con ella la semilla. Miles de ojos estaban clavados en aquel lugar. Enseguida vieron salir un brote, que fue creciendo y se convirtió en árbol en un abrir y cerrar de ojos. Las ramas y el follaje se desarrollaban. Floreció y al momento estaban los frutos maduros: peras enormes y olorosas, que pendían en gran cantidad de las ramas del árbol. El bonzo se subió al árbol y las repartió entre los presentes. El árbol se vació rápidamente, entonces él cogió su hacha y abatió el árbol. Un crujido, otro, pasó un tiempo y el árbol cayó. Se echó el árbol a la espalda y se marchó dando pasos regulares.

Cuando el bonzo realizó su magia, también el labrador se había entremezclado con los mirones. Estirando el cuello y con ojos de asombro se había quedado mirando y se había olvidado totalmente de sus peras. Cuando el bonzo se hubo marchado, buscó su carro con la mirada. No había ninguna pera y se dio entonces cuenta de que las peras que el otro había repartido eran sus propias peras. Miró con mayor atención a su carro y al carro le faltaba la lanza. Se veía claramente que había sido recientemente serrada. Se enfadó mucho y corrió tan rápido como pudo detrás del bonzo. Al llegar a una esquina se encontró el trozo de lanza apoyado en el muro de la ciudad, y se dio cuenta de que el árbol abatido era su lanza. Al bonzo no había forma de encontrarle y todo el mercado se rio con una estruendosa carcajada.

22. *El castigo del incrédulo*

Érase una vez un hombre que se llamaba We Be Yang. Fue con tres jóvenes al bosque y allí preparó el elixir de la vida. Como sabía que no todos sus discípulos creían en el fondo de su corazón en sus creencias, decidió ponerlos a prueba.

Les dijo: «El elixir de la vida está listo, pero no sé si tiene poder, voy a dárselo primero al perro para ver qué efecto tiene».

Se lo dio al perro y éste murió.

Entonces dijo We Be Yang: «¡Qué difícil es preparar el elixir de la vida! ¡Ahora que estaba listo, el perro se muere al beberlo! Ése es un signo de que no se me permite alcanzar la inmortalidad. He dejado a mi mujer y a mi hijo y me he ido a las montañas para poder llegar a comprender las ciencias ocultas. Me da vergüenza volver a casa y prefiero morir».

Luego tomó el elixir de la vida. Apenas le había llegado a la boca, cuando se produjo su muerte.

Sus discípulos le miraron asustados y dijeron: «Se prepara el elixir de la vida para vivir eternamente y, en vez de eso, sólo produce muerte. ¿Cómo es posible?».

Uno de entre ellos dijo: «Nuestro maestro no es un hombre corriente, a lo mejor ha querido poner a prueba nuestra fe».

Él también tomó el elixir de la vida, y también él murió.

Los otros dos jóvenes se dijeron: «La cosa está clara, será mejor que nos vayamos».

Y con éstas se volvieron a casa, a comprar dos sarcófagos para los muertos. En cuanto se hubieron marchado, We Be Yang se incorporó e hizo volver a la vida al joven y al perro, y los tres fueron a reunirse con los inmortales. Por el camino se encontraron con los otros dos jóvenes. Cuando les vieron

se quejaron de su insensatez, pero su arrepentimiento fue demasiado tardío.

23. *El lucero del alba*

Existió un hombre cuya edad superaba los doscientos años, a pesar de lo cual seguía estando fuerte y sano como un joven. Su mujer tuvo un hijo y cuando el niño no tenía más que tres días, ella murió. El padre le entregó el niño a la vecina y le dijo que cuidara de él, luego se marchó de su casa y desapareció. Cuando la vecina metía al niño en su casa, apareció la estrella del alba y empezó a amanecer, por lo que le dieron el nombre de Lucero del alba. El niño tenía tres años y miraba con frecuencia al cielo y hablaba con las estrellas. Un día se marchó y tardó muchos meses en volver a casa; la mujer le pegó, pero él se volvió a marchar y tardó un año en volver. La madre se enfadó y le preguntó: «¿Dónde has estado durante todo este año?». El muchacho le respondió: «Desaparecí en el mar púrpura. Allí mis vestidos se tiñeron de rojo con el agua, por eso fui al manantial donde se pone el sol y me lavé. Por la mañana me marché. A mediodía volví. ¿Qué dices tú de un año?».

La mujer le siguió preguntando: «Y ¿dónde fuiste entre tanto?».

El muchacho le respondió: «Cuando hube lavado mi túnica, me quedé reposando un poco en la ciudad de los muertos y me dormí. El padre del rey del este me dio una castaña roja y zumo de rocío escarlata para beber. Con aquello me sacié. Luego fui al Cielo Oscuro y bebí del manantial del deshielo

amarillo, con lo cual también pude saciar mi sed. Me encontré un tigre negro, quería cabalgar sobre su lomo para llegar a casa, pero le azucé demasiado y me mordió en la pierna, por lo que vine aquí a contártelo».

De nuevo se alejó el muchacho mil millas de su casa, hasta llegar al pantano en que mora la gran niebla originaria, allí se encontró con un hombre de pupilas amarillas al que le preguntó su edad. El anciano le respondió: «Me he acostumbrado a no comer y vivo del aire, mis pupilas tienen a veces un brillo verde que me permite acceder a los secretos de todas las cosas. Cada mil años enderezo mis huesos y me lavo por dentro, cada dos mil años me raspo las pieles hasta que desaparece el vello. Ya me he lavado tres veces por dentro y raspado cinco veces mis cabellos».

Lucero del alba sirvió más tarde al emperador Wu, de la dinastía Han. El emperador, al que le interesaban mucho las artes mágicas, estaba muy apegado a él. Un día le dijo: «Me gustaría que mi querida esposa no envejeciera nunca. ¿Es posible hacerlo?».

Lucero le respondió: «Yo sólo conozco una forma de no envejecer».

El emperador le preguntó por la planta que había que tomar. Lucero repuso: «Al noreste crece la seta de la vida, el cuervo de las tres patas que vive en el sol siempre tenía que bajar a buscarla. El dios del sol le tapó los ojos y no le dejó ir. Si los hombres la comen se vuelven inmortales, si la toman los animales se vuelven mudos».

«Y tú, ¿cómo lo sabes?», le preguntó el emperador.

«Cuando era un muchacho me caí en un pozo muy profundo en el que permanecí muchos decenios sin poder salir. Allí había un inmortal que me llevó a donde crecía la planta. Para llegar a ella hay que atravesar una extensión de agua roja que

es tan ligera que ni una pluma permanece flotando sobre ella. Todo lo que se posa sobre el agua se hunde hasta el fondo. El hombre se quitó un zapato y me lo dio. Navegando sobre el zapato atravesé el agua, recogí la planta y la comí. La gente de allí teje esterillas de perlas y de piedras preciosas. Me llevaron a una habitación en que había una cortina de piel fina de colores abigarrados. Me dieron un cojín tallado en nefrito negro, en el que se veían recortados el sol, la luna, las nubes y los rayos. Me cubrieron con una ligera manta, tejida con los pelos de cien moscas. Esta manta es muy fría y muy refrescante en verano. La sentía al tacto como si fuera agua; pero cuando la vi de cerca era en realidad una luz.»

En otra ocasión, el emperador hizo llamar a todos sus magistrados para tratar con ellos de los campos Elíseos. Lucero también estaba entre ellos y contaba: «Una vez iba andando por el Polo Norte y llegué a la montaña de los Fuegos Artificiales. Allí no brilla ni la luna ni el sol. Hay un dragón que sostiene en la boca un espejo de fuego, para alumbrar la oscuridad. Encima de la montaña hay un parque; en el parque hay un lago, en él se lava el césped de la hierba brillante, que luce como lámparas de oro. Si se arranca y se usa como vela, se pueden ver todas las cosas tangibles y el estado del espíritu. También se puede alumbrar el interior de un hombre».

Lucero fue hacia el este, a la tierra de las nubes de la buena fortuna; de allí se trajo el corcel de los dioses. Medía nueve pies de altura. El emperador le preguntó cómo lo había encontrado. Él le respondió contando la siguiente historia: «La madre del rey del oeste lo había desenganchado de su carro mientras visitaba al rey del este. Luego ataron el caballo en el campo de las setas de la vida, pero pisoteó varios cientos. El Señor de los Cielos se enfadó y llevó el caballo al río del cielo. Allí lo encontré y me lo traje a casa montándolo. Tres veces fui

en él al sol, porque me había quedado dormido sobre el lomo del caballo, y antes de que pudiera darme cuenta de lo que ocurría, ya estaba de nuevo en casa. Este caballo puede ir a la misma velocidad que la sombra solar. Cuando yo me lo encontré estaba muy delgado y tan triste como un viejo pollino. Segué la hierba del país de las Nubes de la Fortuna, que crece una vez cada dos mil años en la montaña de los Nueve Manantiales, y alimenté con ella al caballo, con lo que volvió a recuperar su fuerza».

El emperador le preguntó qué era el país de las Nubes de la Fortuna. Lucero le respondió: «Allí hay un gran pantano. La gente profetiza, basándose en el aire y en las nubes, la fortuna o el infortunio. Si a una casa le ronda la buena fortuna, se forman en las habitaciones nubes de cinco colores, que se arrastran sobre el césped y pasan por debajo de los árboles para convertirse en rocío de colores. Este rocío exhala un olor dulce como el mosto».

El emperador preguntó si era posible obtener aquel rocío. Lucero le respondió: «En mi caballo puedo ir allí cuatro veces por día».

Y, ciertamente, por la noche estaba de vuelta y traía rocío de todos los colores en una botella de cristal. El emperador lo bebió y sus cabellos volvieron a ser negros. Les dio a beber a sus ministros más importantes y volvieron a ser jóvenes los viejos y a sanar los enfermos.

En una ocasión apareció una corneta en el cielo. Lucero le dio al emperador una madera de astrólogo en las estrellas. El emperador señaló con la madera el corneta y éste desapareció.

Lucero sabía silbar muy bien. Siempre que emitía silbidos largos y de tonos redondeados, los rayos del sol bailaban a su compás.

Un día le dijo a un amigo: «Ningún hombre sabe quién soy, sólo el astrólogo».

Cuando Lucero hubo muerto, el emperador hizo llamar al astrólogo y le preguntó: «¿Conociste a Lucero?». Él respondió: «No».

El emperador le preguntó: «¿Tú qué sabes hacer?». El astrólogo le respondió: «Yo sé ver las estrellas». «¿Todas las estrellas están en su sitio?», le preguntó el emperador.

«Sí, la única estrella que no he visto en dieciocho años es la estrella del Gran Año, pero ahora se vuelve a ver.»

El emperador miró al cielo y sollozó: «Tuve durante dieciocho años a mi lado a Lucero y no supe que era la estrella del Gran Año».

24. *El rey Mu de Dschou*

En los tiempos en que reinaba el rey Mu de Dschou llegó un mago de más allá del oeste, que podía andar sobre el agua y el fuego, que era capaz de doblar el metal y las piedras, trasladar los ríos y las montañas, hacer desaparecer ciudades y pueblos, subir sin escaleras, sin caerse, y atravesar los cuerpos sólidos sin sentir molestia alguna. Y no sólo podía cambiar el estado de los objetos, sino que también era capaz de cambiar los pensamientos de los humanos. El emperador le honraba como a un dios y le servía como si fuera su señor. Ordenaba sus cámaras para alojarle, hacía que le trajeran animales sacrificados y le elegía cantantes para divertirle. Las cámaras del palacio del rey no eran bastante para el mago; la comida de la cocina del rey olía demasiado mal para poder disfrutarla; las

mujeres del harén del rey, demasiado feas para que se acercara a ellas. El rey Mu hizo que le construyeran un palacio nuevo. El trabajo de los albañiles y de los constructores, los pintores y los mejores artistas, nada se había escatimado a lo que la destreza podía desear. Las cámaras del tesoro estaban vacías, cuando la torre alcanzó su altura definitiva. Tenía una altura de mil brazas y se alzaba por encima de la cumbre de la montaña de la capital. El rey buscó las mujeres más bellas y tiernas, las perfumó, hizo que les perfilaran bellamente los ojos y las adornó con joyas y pendientes. Las hizo vestir con finas telas rodeándolas de seda; los rostros eran blancos, los ojos pintados de negro, adornadas de pulseras de piedras preciosas y perfumadas con hierbas olorosas. Llenaron el palacio y cantaron las canciones de los antiguos reyes para alegrarle. Cada mes le llevaban los más ricos trajes y cada día las viandas más finas. El mago no estaba contento; como no podía hacer otra cosa, se conformaba con ello.

No mucho después invitó al rey a que hiciera un viaje con él. El rey se agarró a las mangas del traje del mago. Así subieron a las alturas hasta llegar al centro del cielo. Cuando se pararon, el mago era de oro y de plata, adornado con perlas y piedras preciosas. Subía por encima de las nubes y de la lluvia. No sabía dónde descansar. A los ojos se ofrecían una especie de nubes amontonadas. Lo que se presentaba a los sentidos eran cosas muy distintas del mundo de los humanos. Al rey le parecía que estaba realmente en medio de las profundidades púrpuras de la ciudad del Éter, en la armonía de las esferas celestes, donde vive el dios todopoderoso. El rey miró hacia abajo y vio su palacio y sus alegres casas como si fueran una bola de tierra y montones de paja. El rey se quedó algunos decenios en las alturas y no volvió a pensar en su reino.

El mago volvió a invitar al rey a que viajara con él. En el lugar al que llegaron no se veía el sol y la luna en las alturas, ni los ríos ni el mar. La luz que había no podían reconocerla los cegados ojos del rey; los lamentos que llegaban allí no podían ser escuchados por el oído ensordecido del rey. Su cuerpo parecía disolverse en el desconcierto, sus pensamientos enloquecieron y la conciencia le empujaba al mareo. Entonces le rogó al mago que volvieran. El mago le volvió la espalda; entonces el rey sintió que caía en el vacío.

Cuando volvió en sí estaba en el mismo lugar que antes. Los sirvientes eran los mismos. Miró delante de él. Las copas no estaban aún vacías y los alimentos no se habían enfriado.

El rey preguntó qué había ocurrido. Entonces le respondió un criado: «El rey se ha desvanecido durante un momento». Entonces el rey se puso fuera de sí y pasaron tres meses hasta que volvió a estar bien. Luego hizo llamar al mago. El mago le dijo: «Yo me paseé en espíritu contigo, rey. ¿Por qué ha de desplazarse el cuerpo? El lugar en el que estuvimos no era menos real que el palacio y tus jardines. Pero tú estás acostumbrado a los estados duraderos; por eso te parecieron maravillosas las apariencias más inconsistentes».

El rey se sintió contento. No volvió a preocuparse de los asuntos del gobierno y ya no tenía ganas de sus mujeres y concubinas, sino que decidió hacer un largo viaje. Hizo que engancharan a su carro los ocho mejores caballos y se marchó con un pequeño número de fieles. Se alejaron mil millas, y llegaron al país de los Grandes Cazadores. Los grandes cazadores llevaron al rey la sangre del ganso de los pantanos, para que la bebiera, y lavaron sus pies con leche de caballo y de vaca. Cuando hubieron bebido continuaron su viaje y pasaron la noche a los pies de la montaña Kunlun, al sur de las Aguas Rojas. Al día siguiente ascendieron a la cima de la mon-

taña y vieron desde allí el palacio del señor de la Tierra Amarilla. Luego prosiguieron su viaje dirigiéndose a la tierra de la Reina Madre del Oeste. Antes de que los alcanzaran, tuvieron que atravesar las Aguas Debilitadas. Se trata de un río cuyas olas no llevan ni almadías ni barcos. Todo lo que cae al agua se hunde en las profundidades. Cuando el rey llegó a sus orillas, había pájaros y peces que nadaban, cangrejos y salamandras que formaron un puente para que pudiera pasar el coche.

Se dice de la Reina Madre del Oeste que los cabellos le caen en greñas, que tiene un pico de pájaro, dientes de tigre y que es hábil tocando la flauta. Pero no es ésa su verdadera apariencia, sino la de un espíritu servicial que vive en el Cielo del Oeste. Agasajó al rey Mu en su palacio de la fuente de jade. Le hizo beber la bebida del corazón de los acantilados y le dio a comer los frutos del árbol de jade. Luego le cantó una canción y le enseñó un encantamiento para que pudiera vivir una larga vida. La Reina Madre del Oeste reunía en torno a ella a los inmortales, a los que agasajaba con los melocotones de la larga vida. Llegaban a verla en coches de baldaquines color púrpura, arrastrados por dragones voladores. Los simples mortales se hundían en el agua débil, si querían atravesarla. Pero con el rey Mu, por el contrario, había sido bondadosa.

Cuando se separó de ella, llegó a otro lugar en el que el sol se paraba y se recorrían tres mil millas en un día, y luego regresó a su reino.

Cuando hubo alcanzado la edad de cien años, se acercó la Reina Madre del Oeste a su palacio y se fue con él volando por encima de las nubes.

Desde aquel día nadie volvió a verle.

25. *La fidelidad de la mujer o la historia de Dschuang Dsï y su mujer*

Hubo una vez un gran sabio llamado Dschuang Dsï. Seguía las enseñanzas de Lao Tse. En una ocasión se quedó dormido durante el día y soñó que era una mariposa que iba revoloteando de flor en flor del jardín sin que nadie perturbara su paz. Le contó su sueño a Lao Tse.

Éste le contestó: «Al principio, cuando se formó el mundo, tú eras una mariposa blanca que recobró la razón y se convirtió en espíritu. Tú golosineaste el polen de las flores de melocotonero de la alfombra de nefrito y fuiste condenado a muerte por el pavo real que ocupaba el trono de la Reina Madre, pero ahora has vuelto al mundo reencarnado en un hombre».

Dschuang Dsï se acordó de su vida pasada al oír esta explicación y tomó la decisión inamovible de cuidar su paso por el mundo. Lao Tse se dio cuenta de lo inteligente que era y le bendijo con los secretos del libro de la razón y de la vida.

A partir de ese momento, Dschuang Dsï pudo aparecerse como el doble de sí mismo, hacerse invisible y tomar el aspecto que le apeteciera. Se apartó del mundo y se fue a vivir al País Florecido, al sur.

Una tarde que iba paseando por una montaña, vio a una mujer joven enlutada, que estaba sentada en una tumba recientemente cavada; tenía en la mano un abanico y daba aire sin cesar a la tumba.

Dschuang Dsï le preguntó con asombro qué estaba haciendo.

«El tonto de mi marido —le respondió la mujer— desgraciadamente se ha muerto. Cuando vivía siempre fue bueno conmigo. Ahora está muerto. Cuando iba a morir, me exhortó a

que, si quería tomar otro esposo, debía esperar a que su cuerpo se enfriara en la tumba. Entonces me dije que la tierra recién movida no iba a secarse de repente, por eso abanico la tumba.»

«¿Queréis que la tierra de la tumba se seque? ¡No hay nada más fácil! ¿Me permitís que os ayude?»

Mientras hablaba, cogió el abanico, dijo un encantamiento, abanicó un par de veces la tumba y la tierra se secó.

La joven estaba encantada, le dio las gracias a Dschuang Dsï, le dio el abanico de seda como regalo de despedida y siguió alegremente su camino.

Dschuang Dsï llegó a su casa y se sentó en el jardín. Tenía en la mano el abanico y lo miraba. Se sentía interiormente molesto y sollozó largamente.

Su esposa era de la familia Tiän, cuyo antepasado era la antigua familia de príncipes de los Tsi. Era una mujer hermosa y joven. Era su tercera mujer. La primera había muerto, la segunda la había repudiado y la había tomado a ella como tercera mujer.

Ella le preguntó: «¿De dónde has sacado ese pañuelo y por qué sollozas sin parar?». Entonces le contó Dschuang Dsï la historia de la mujer joven que estaba junto a la tumba.

Su mujer se enfadó mucho y le dijo: «¡Esa mujer infiel quería volverse a casar cuando ni siquiera la tierra de la tumba de su marido estaba seca!, ¡qué vergüenza!».

Dschuang Dsï canturreó una cancioncilla para sí:

Mientras se está vivo, todo el mundo habla de amor,
en cuanto uno muere, se abanica la tierra:
la piel sólo muestra del tigre la imagen externa;
conocemos la cara de los hombres, que no el corazón.

Su mujer se enfadó todavía más; le escupió en el rostro gritándole: «En el mundo hay distintos tipos de hombres. ¿Cómo puedes vilipendiar a todo el sexo femenino a voluntad tuya?».

«¡No cometas el pecado de pronunciar palabras sin sentido! —le respondió Dschuang Dsï—. Imagina que yo tuviera la mala suerte de morir; aunque me seas fiel eternamente, de lo cual estoy completamente seguro, me temo que ni siquiera resistirías un par de años sin casarte.»

«Un fiel criado no puede servir a dos señores. Una buena mujer no se casa en segundas nupcias. Si me ocurriera esa desgracia, yo no volvería a pertenecer a ningún hombre.»

Luego la mujer tuvo un enfado tan grande que empezó a llorar: «Nosotras, las mujeres, somos más fieles que los hombres. ¡Hombre sin corazón! La primera mujer se te murió; a la segunda la repudiaste y luego me esposaste a mí. Y encima piensas que las mujeres son las que se comportan así. Ni siquiera estás muerto ¿Cómo puedes restregarle a otro tus propias bajezas?».

Mientras pronunciaba estas palabras le arrancó a Dschuang Dsï el abanico de seda de las manos y lo rasgó en mil pedácitos.

«Queridita —le dijo Dschuang Dsï—, si realmente te afecta tanto, lo único que puedo hacer es pensar que es correcto. ¿Por qué te enfadas tanto?»

Y así terminó la conversación.

Unos días más tarde, Dschuang Dsï enfermó de repente y día a día iba empeorando. Le fue a hablar a su mujer entre lágrimas: «Lo mío es malo —le dijo—, me puedo morir en cualquier momento. ¡Qué pena que rompieras el abanico de seda!, si lo tuvieras todavía podrías abanicar mi tumba».

La mujer se echó a llorar a gritos y juró serle eternamente

fiel. «En eso reconoceré tu amor —le replicó Dschuang Dsï—. En cuanto me muera, cerraré los ojos.»

En cuanto hubo terminado de decirlo, dejó de respirar.

La esposa hizo que construyeran un ataúd y se puso el traje de luto. Se pasaba los días y las noches sollozando. Así estuvo durante siete días.

Entonces llegó repentinamente un joven bachiller que tenía el rostro tan blanco como la leche y unas mejillas tan rojas como la sangre. Llevaba un traje púrpura y zapatos bordados, era un joven de una belleza fuera de lo común. Venía con un criado viejo, dijo que era el príncipe de Tschu y que había sabido hacía un año que iba a ser discípulo de Dschuang Dsï. Desgraciadamente, el maestro había muerto.

Por eso se puso a continuación de luto, se arrodilló ante el ataúd y le rezó al espíritu de los difuntos: «El destino me impidió escuchar vuestras palabras, maestro. Velaré vuestro ataúd durante cien días para dar muestra de cuánto os honro».

Cuando hubo terminado de rezar, vertió unas lágrimas y se incorporó de nuevo. Luego pidió que le presentaran a la viuda, pero ella se negó.

Sin embargo, el príncipe le dijo: «Cuando los amigos viven juntos, se permiten unos a otros ver a las esposas. ¡Cuánto más natural es esto, estando yo de acuerdo con el maestro para ser su discípulo!». Y la viuda le recibió.

A primera vista se dio cuenta de que el príncipe era todo un señor y sintió lástima por él. «Me gustaría que me prestarais una habitación para pasar en ella los días de duelo por mi maestro —dijo el príncipe—. Además os ruego que me dejéis las escrituras del maestro para que pueda llegar a su conocimiento.»

La viuda estuvo de acuerdo y preparó la casa del jardín como alojamiento. También buscó los escritos que había deja-

do su marido y se los dio al príncipe. Él se los agradeció y se preparó un lugar al lado del ataúd para leerlos.

Pero la viuda venía a diario a llorar ante el ataúd, y ocurrió de la forma más natural que fuera hilando conversación con el príncipe. Poco después se confiaron más y algunas miradas tiernas conmovieron el corazón. Al final la viuda ya no pudo aguantar más, hizo llamar al viejo criado a sus aposentos y le pidió que hiciera de mediador para el matrimonio.

El anciano volvió con la noticia de que su señor se sentía feliz con la perspectiva de esta unión; lo único que le molestaba era que el difunto había sido su maestro. Había que temer que la gente se daría cuenta de ello. Pero la viuda respondió: «Ése había sido un acuerdo pasado. En realidad tu señor no fue nunca el discípulo de mi marido. Te ruego encarecidamente que cuando veas a tu señor resuelvas el asunto».

Y el anciano se marchó.

Esperaron hasta el día siguiente. Viendo que tampoco le daba una respuesta, hizo llamar al anciano y le preguntó.

Él le dijo: «Mi señor está tan conmovido por vuestra belleza, que le parece que el vínculo entre maestro y discípulo no tiene ninguna importancia. Pero hay tres cosas que no están resueltas y que a vos os van a resultar especialmente difíciles. En primer lugar: en la habitación orientada hacia el norte está el sarcófago. No le parece bien celebrar una ceremonia alegre y además no queda bien. La segunda cosa es que vos habéis tenido un matrimonio feliz con vuestro marido. Mi señor está muy lejos de su erudición y talento, entonces vos no vais a poder olvidar al antiguo marido por el nuevo. En tercer lugar: mi señor no tiene ni una moneda en el bolsillo para pagar regalos de boda y el festejo. Por estas tres cosas es de temer que el matrimonio no pueda tener lugar».

La viuda respondió: «¡Si no es más que por eso!... En la par-

te de atrás de la casa hay un cuarto vacío, en el que se puede instalar el catafalco. En lo que concierne al segundo punto, yo era la tercera mujer de mi marido; la primera se había muerto, a la segunda la repudió y todo el mundo se burlaba de su poco amor. El rey de Tschu quiso tomarle a su servicio en una ocasión, pero él sabía muy bien que sus conocimientos no eran suficientes; por eso vino aquí huyendo para esconderse. ¡Cómo pueden hablar de su gran talento! Además tu señor es un príncipe y yo soy también de sangre real, así que nuestras familias son del mismo nivel social. Aparte de eso, el horóscopo de nuestros respectivos años de nacimiento es perfectamente compatible. En cuanto al tercer punto, es bien fácil de resolver. Tengo veinte piezas de plata que he ido ahorrando, y que son suficientes para pagar los gastos de la ceremonia. Esta noche es una fecha propicia para la boda, así que ocúpate de que todo esté preparado».

Entonces hizo llamar a los ancianos para que cambiaran de sitio el sarcófago. Prepararon en el jardín de la casa el marco para las nupcias. Se encendieron largas velas y se colgaron ricos cortinajes. La viuda se vistió de brocado y de seda y se adornó artificiosamente con joyas —el traje de luto ya hacía tiempo que había dejado de ponérselo—. Así que lo único que pudo hacer el príncipe fue aceptar. Le hizo una reverencia, se dirigieron ambos al lugar de la ceremonia y bebieron el vino nupcial.

En el momento en que querían retirarse a dormir, el príncipe dio un grito y se cayó de la cama. La mujer le abrazó tiernamente y le preguntó qué le pasaba, pero el príncipe era incapaz de articular una palabra con el dolor que sentía.

El anciano respondió por él: «Mi señor padece desde hace tiempo de un soplo de corazón. Un médico conocido le ha prescrito una extraña receta. Hay que darle a beber el cerebro

de un hombre vivo disuelto en vino, y entonces mejora. En una ocasión en que tuvo una crisis, el rey de Tschu le hizo preparar la medicina con un malhechor que habían juzgado. Pero ¿cómo vamos a encontrar un cerebro? ¡Mi amo está acabado! ¿Qué hacer?, ¿qué hacer?».

La mujer repuso: «¿Sirve el cerebro de un muerto?».

«Si no está muerto desde hace más de cinco semanas —respondió el anciano—, puede utilizarse.»

«Mi marido se ha muerto no hace aún catorce días —dijo la mujer—. ¿Y si abrimos el sarcófago y lo cogemos?»

«Me temo que no queráis hacerlo», le replicó el anciano.

«Quiero tanto al príncipe, que daría mi vida por él —respondió la mujer—. ¡Qué me importa ese esqueleto muerto!»

Entonces llevó al anciano para que se ocupara del príncipe, mientras que ella por su parte cogió un hacha y se dirigió a la parte posterior de la casa. Puso la lámpara a su lado, agarró el hacha con ambas manos y la blandió en la tapa de la caja. Cuando estuvo abierta, oyó a Dschuang Dsï llorar quedamente. La mujer perdió el sentido con el miedo y cayó, y el hacha junto a ella. Dschuang Dsï atravesó la puerta del jardín. Logró volver a la mujer en sí, y le secó el sudor de la frente. Ella le siguió a la casita del jardín. El príncipe y su criado habían desaparecido.

Ella intentó convencerle con sus palabras: «Desde que te moriste no he hecho más que pensar en ti, día y noche. Antes oí un ruido dentro del ataúd y pensé para mí que antiguamente se oía, que ya entonces había ocurrido, que el muerto volviera a la vida. Por eso cogí un hacha y abrí tu ataúd. ¡Estás realmente vivo! ¡Me siento felicísima!». Dschuang Dsï le repuso: «¡Muchas gracias por tu bondad! ¿Aunque no te ha durado mucho el luto en el vestido! Estás vestida de seda y terciopelo».

«Contaba con tener suerte al abrir el ataúd. Por eso me he puesto el traje de fiesta, me he adornado y me he quitado el luto como signo de buen augurio.»

«Y por qué no está entonces el sarcófago en el sitio de honor? —continuó diciendo Dschuang Dsï—, esto seguro que no corresponde a un buen augurio.»

La mujer empezó a titubear y enrojeció. Pero Dschuang Dsï hizo que trajeran vino y empezó a beber. La mujer le daba mil buenas razones de quedarse junto a él, pero Dschuang Dsï se emborrachó y cantó unos versos:

Ahora estoy libre de toda obligación
así querías las cosas, ¡y así son!
Si contigo me quedare,
el cráneo habrías de golpearme.

Luego se echó a reír a carcajadas y le dijo: «Voy a mostrarte a tu nuevo marido».

Extendió una mano y la mujer vio de repente al príncipe y al viejo que entraban por la puerta. Tuvo un miedo enorme y lanzó miradas a su alrededor. Dschuang Dsi había desaparecido. Cuando volvió la cabeza, el príncipe y su acompañante ya no estaban. Entonces se percató de que Dschuang Dsï había utilizado su magia para pillarla en falta. Llena de vergüenza y desesperada, se ahorcó.

Dschuang Dsï, utilizando una ensaladera como tambor cantaba:

Bien me ha querido engañar
pero para ella yo soy demasiado listo.
¿Para qué me sirve mi caballito
si otro lo ha de montar?

Si en el ataúd ahora durmiera,
a otro iría a festejar,
y yo, cadáver, durmiera,
¡Ay, accidente y dolor!

Con estas palabras abandonó la casa y se fue a pasear entre las musas. Alcanzó la inmortalidad y desapareció.

26. *El rey de Huai Nan*

El rey de Huai Nan era un sabio de la dinastía de los Han. Como era de sangre real, el emperador le había premiado con tierras. Le gustaba estar en contacto con los sabios; era capaz de leer en los símbolos y predecir el futuro. Junto con esos sabios que frecuentaba había escrito un libro que llevaba su nombre.

Un día llegaron ocho ancianos que venían a visitarle. Los ocho tenían el cabello y la barba blancos. El vigilante de la puerta de entrada anunció al rey su llegada. El monarca quiso probarlos y envió al centinela con la orden de no dejarles entrar. Éste les dijo: «Nuestro rey busca el arte de la vida eterna. Vosotros, señores, sois viejos y débiles. ¿Cómo vais a ayudarle? No hace falta que le visitéis».

Los ocho ancianos le respondieron sonrientes: «Así que somos demasiado viejos; bueno, ¡pues nos volveremos jóvenes!». Y antes de que hubieran terminado de hablar se habían convertido en niños de catorce o quince años. Los mechones de pelo eran como seda negra y el rostro tenía el color de las flores de melocotonero. El centinela se asustó y se lo comuni-

có rápidamente al rey. Cuando el rey lo oyó ni siquiera tuvo tiempo para ponerse los zapatos; salió descalzo a recibirlos. Los condujo al palacio, hizo que extendieran alfombras de brocado, les preparó camas de marfil, hizo que se quemaran plantas aromáticas y les ofreció sillas de oro y piedras preciosas. Luego les hizo una reverencia, como las hacen los discípulos ante su maestro, y les dijo que se alegraba mucho de su venida.

Los ocho muchachos volvieron a convertirse en ancianos y le contestaron: «Rey, ¿quieres aprender con nosotros? Cada uno de nosotros domina un arte especial. Uno puede producir viento y lluvia, hacer que se formen nubes y niebla; puede hacer que se modelen montañas o hacer correr ríos a su voluntad. El segundo de nosotros tiene el poder de reventar altas montañas y parar las grandes corrientes de agua en su recorrido, puede domesticar tigres y panteras y hacer que se vuelvan mansos los dragones y las serpientes; los dioses y los espíritus están bajo sus órdenes. El tercero puede crear sosias, transformarse, volverse invisible, hacer que desaparezca un ejército y que ande perdido día y noche. El cuarto puede caminar en el aire y sobre las nubes, pasearse por las olas marinas, pasar a través de muros y rocas y recorrer en el tiempo de una inhalación mil millas. El quinto puede entrar en el fuego sin quemarse y meterse en el agua sin ahogarse. Las espadas y los cuchillos no le hieren, la helada invernal no le produce frío, el calor del sol no le quema. El sexto puede crear y cambiar seres a voluntad. Puede hacer pájaros y otros animales, plantas y árboles, casas y castillos. El séptimo puede cocer barro que se convierte en oro, y plomo que se convierte en plata; sabe mezclar el agua con la piedra, de manera que se forman burbujas que se vuelven perlas. El octavo puede montarse en dragones y grullas y volar a los ocho polos que forman el

mundo, hablar con los inmortales y presentarse ante los Grandes Purificados».

El rey pasaba día y noche con ellos, les alojaba y les daba vino e hizo que le enseñaran sus poderes. Ellos hicieron realmente todo lo que habían dicho. Con su ayuda, el rey produjo el elixir de la vida. Estaba ya preparado, pero justo en el momento en que iba a tomarlo sobrevino una desgracia en su familia. Su hijo había jugado con un cortesano, que le había herido por no prestar atención. El cortesano, que temía la venganza del príncipe, se reunió con más gente descontenta y se sublevaron en una revuelta. Pero el emperador, al que habían puesto al corriente, envió a un señor feudal para que hiciera justicia al rey y a los sublevados.

Los ancianos le dijeron: «Ahora debemos irnos. El cielo te ha enviado esta desgracia, rey. Si no hubiera sido así, no hubieras tenido que soportar el hecho de renunciar al brillo y señorío de este mundo».

Le llevaron a una montaña. Allí hicieron ofrendas al cielo y enterraron oro en la tierra, y después de ello se alzaron hacia el cielo cuando ya era de día. Las huellas de los pies de los ocho ancianos y del rey se quedaron marcadas en las rocas de la montaña, y se pueden ver todavía hoy.

Antes de dejar el palacio habían dejado los restos del elixir en un recipiente en el patio. Las gallinas picotearon y los perros lo lamieron y todos ascendieron al cielo. En Huai Nan se oye todavía a perros que ladran en las nubes y gallinas que cacarean en el cielo, y se dice que son los animales que siguieron al rey.

Había un sirviente del rey que le había seguido hasta una isla en el mar, allí el rey le había hecho volver. Contaba que el rey mismo no había subido al cielo, sino que había alcanzado la inmortalidad y que vagaba por el mundo. Cuando el em-

perador se enteró del asunto, sintió mucho haber enviado soldados al país y haber hecho que se marchara por ello el rey. Hizo llamar a magos, con la esperanza de encontrar también a los ocho ancianos, pero aunque empleó en ello grandes sumas de dinero, no le fue concedido. Los magos le engañaron.

27. *El viejo Dschang*

Hubo una vez un hombre al que llamaban el viejo Dschang. Vivía en los alrededores de Yangdschou y trabajaba como jardinero. Su vecino, llamado We, tenía un puesto en la administración en Yangdschou. Su hija estaba en edad de casarse. Por eso hizo llamar a una casamentera y le encargó que buscara un novio guapo. El viejo Dschang lo oyó y se alegró. Preparó vino y comida, invitó a la mujer y le dijo que tenía que proponerle a él como novio, pero la vieja se marchó refunfuñando y gruñendo.

Al día siguiente la volvió a invitar y le dio dinero. La vieja le dijo: «No sé en que estáis pensando. ¿Cómo va a dignarse la bella hija de un señor a casarse con un jardinero viejo y pobre? Incluso si fuerais riquísimo, no podríais emparejar con ella vuestros blancos cabellos y fría sangre. No se puede hablar de forma alguna de matrimonio».

El viejo Dschang no cejó en su empeño de rogarle siempre: «¡Inténtalo por lo menos una vez! ¡Nómbrame! Si no te escucha, tendré que contentarme con mi destino».

La vieja había aceptado el dinero, por eso no supo defenderse, y, aunque tenía miedo de que la despidieran, le habló al

señor We de él. Entonces el señor se enfadó y quería echar a la vieja.

«Ya sabía que iba a pareceros mal —le replicó la vieja—, pero como el viejo me presionó tanto, no pude por menos que hablaros de su propósito.»

«Dile al viejo que si en el día de hoy es capaz de traerme dos piedras de jade blanco y cuatrocientas plomadas de oro amarillo, estoy de acuerdo en darle a mi hija por esposa.»

Lo único que quería era burlarse de la audacia del viejo; pues sabía que no sería capaz de conseguirlo. La vieja fue a ver al viejo Dschang y se lo dijo. Él se puso muy contento y llevó inmediatamente el oro y las piedras preciosas a la casa del señor We. We se asustó mucho y, cuando se lo contó a su mujer, ella empezó a lamentarse a gritos y a quejarse. La muchacha habló con su madre: «Mi padre ha dado su palabra y no puede incumplirla. Sabré aceptar mi suerte».

Así que el señor We le concedió la mano de su hija al viejo Dschang. Él no dejó de dedicarse a su jardín después del matrimonio. Acarreaba abono, araba el campo y vendía verduras como antes. Su mujer tenía que ir ella misma a buscar agua y encender el fuego para cocinar. Lo hacía sin avergonzarse de ello. Sus parientes se lo recriminaban; pero ella no lo tomaba en cuenta.

En una ocasión llegó un pariente muy distinguido del señor We y dijo: «Si realmente sois pobre, hay en los alrededores bastantes señores jóvenes para vuestra hija. ¿Por qué la habéis casado con ese viejo jardinero apergaminado? Ahora que la habéis echado de casa, sería mejor que ambos se marcharan de los alrededores».

We preparó una comida e invitó a su hija y al viejo Dschang. Cuando hubieron bebido bastante vino, él dejó ver sus intenciones.

El viejo Dschang le dijo: «Me he quedado sólo porque pensaba que ibais a echar de menos a vuestra hija, pero, dado que estáis hartos de nosotros, me iré de buena gana. Detrás de las montañas tengo una casita en el campo. Mañana a primera hora nos marcharemos».

Al día siguiente, justo cuando amanecía, llegó el viejo Dschang con su mujer para despedirse. El señor We les dijo: «Si sentimos nostalgia, mi hijo puede preguntar por vosotros». Dschang hizo sentar a su mujer sobre un pollino y le puso un sombrero de paja en la cabeza. Él cogió un bastón y se echó a andar detrás.

Pasaron un par de años sin tener noticia de ambos. El señor We y su esposa echaban de menos a su hija y enviaron al hijo a que preguntara por ella. Cuando hubo atravesado las montañas, se encontró con un mozo que estaba arando con dos toros rubios. Le preguntó: «Dónde está la casa del viejo Dschang?».

El mozo dejó el arado, le hizo una reverencia y le dijo: «No habéis ido a parar muy lejos de ella, señor. El pueblo no está lejos de aquí. Voy a mostraros el camino».

Subieron a una montaña, a cuyos pies discurría un arroyo. Cuando lo atravesaron, tuvieron que volver a subir una montaña. De repente cambió el paisaje. Desde las cumbres se veía un valle en cuyo centro se alzaban casas y despuntaban torres, rodeadas de altas montañas que las encerraban y sombreadas por árboles verdes. Aquélla era la casa del viejo Dschang. Por delante del pueblo discurría un arroyo profundo, de claras aguas azules. Atravesaron un puente de piedra y llegaron a la puerta de entrada. Los árboles y las flores crecían en vegetación apretada. Los pavos reales y las grullas volaban. A lo lejos se oía la música de flautas e instrumentos de cuerda. Los tonos puros se elevaban hacia las nubes. Un enviado vestido de co-

lor púrpura recibió al huésped en la puerta de entrada y le condujo a una sala que era más que señorial. El aire estaba lleno de efluvios desconocidos y se oían campanillas de perlas. Dos sirvientas salieron y le saludaron. Le seguían dos filas de lindas muchachas en procesión. Detrás de ellas llegó un hombre con un turbante blanco vestido de seda escarlata, con zapatillas rojas curvadas en las puntas. El huésped le saludó. El hombre era real y maravilloso y además estaba en el cenit de su juventud.

Al principio no le reconoció; pero cuando le miró con mayor atención se dio cuenta de que era el viejo Dschang. Él le dijo sonriendo: «Me alegro de que el largo camino no te haya apartado de tu propósito. Tu hermana se está peinando. Enseguida vendrá a recibirte». Luego le invitó a tomar asiento y le ofreció un té.

Tras un corto momento apareció una sirvienta y le condujo a las habitaciones interiores en que estaba su hermana. Las vigas de la habitación eran de sándalo y las puertas, de carey; las ventanas estaban decoradas con jade blanco, las cortinas eran de hilos de perlas y los escalones de nefrito verde. Su hermana estaba maravillosamente vestida y aún mucho más hermosa que antes. Ella le preguntó por encima que cómo estaba y qué hacían sus padres, pero no fue especialmente cariñosa. Tras haber comido una estupenda comida, le prepararon una habitación.

«Mi hermana quiere ir de excursión con tu hermana a la montaña de las Hadas —le dijo Dschang—. A la caída del sol estaremos de vuelta. Tú puedes descansar aquí mientras tanto.»

Se levantaron nubes de colores en el patio y se oía una música encantadora. El viejo Dschang se montó en un dragón, su mujer y su hermana montaban en aves fénix, el cortejo iba en grullas. Se alzaron por los aires y desaparecieron en direc-

ción hacia el este. No volvieron hasta que se hubo puesto el sol.

El viejo Dschang y su mujer le dijeron: «Ésta es una casa de bienaventurados. No puedes permanecer aquí mucho tiempo. Mañana te daremos una escolta».

Al día siguiente, el viejo Dschang le dio ochenta monedas de oro y un viejo sombrero de paja. «Si necesitas dinero —le dijo—, puedes ir a Yangdschou y preguntar en la entrada norte por la farmacia del viejo Wang. Allí podrás recoger diez millones de monedas de cobre. Este sombrero es la contraseña.» Luego le ordenó a un mozo que lo acompañara a casa.

Entre la gente de la familia a quienes les contó sus experiencias, hubo algunos que pensaron que Dschang era un santo y otros que pensaron que todo era producto de un encantamiento.

A los cinco o seis años se le había acabado el dinero al señor We. El hijo se puso en marcha hacia Yangdschou con el sombrero de paja y allí preguntó por el viejo Wang. Estaba justamente en la botica mezclando hierbas. Cuando oyó su petición le contestó: «El dinero está aquí. ¿Es el verdadero sombrero?». Cogió el sombrero y lo observó con aire crítico. Una joven salió de la rebotica y dijo: «Yo tejí el sombrero para el viejo Dschang, tiene que haber una hebra roja». Y así era. Así que le dio los diez millones de monedas al joven We y él sólo pudo pensar que el viejo Dschang era realmente un hombre santo. Por eso volvió a la montaña para verle. Al llegar a la cumbre, el camino había desaparecido. Les preguntó a los pastores de los altos pastos, pero ellos no sabían nada. Se dio media vuelta tristemente y quiso preguntarle al viejo Wang por él, pero también él había desaparecido.

Tras muchos años volvió otra vez a Yangdschou y fue a pasearse delante de la entrada norte. Allí se encontró con el

mozo del viejo Dschang. Él le dijo: «¿Qué tal, cómo estás?», y le sacó diez táleros de oro. Se los dio diciendo: «Mi señora me ha dicho que os lo traiga, mi señor está bebiendo vino con el viejo Wang allí, en la posada». Él siguió al sirviente y quiso saludar a su cuñado, pero cuando llegó a la posada no había nadie. Se dio la vuelta y vio que también el muchacho había desaparecido. Desde entonces nadie más ha sabido nada sobre el viejo Dschang.

28. *El mago bondadoso*

En un tiempo existió un hombre llamado Du Dsï Tschun. En su juventud fue un derrochador y no se preocupó de sus bienes. Se daba al vino y se pasaba el día de un lado para otro. Cuando hubo derrochado todo lo que tenía, los suyos le echaron de su lado. Un día de duro invierno, daba vueltas por la ciudad con el vientre vacío, ropas rasgadas y descalzo. Se hizo de noche y él no había logrado encontrar nada para comer. Sin un objetivo o un sitio preciso al que dirigirse, deambulaba por el mercado. Tenía hambre y el frío le resultaba inaguantable. Entonces alzó la cabeza y gritó.

De repente apareció un anciano ante él apoyado en un bastón, el cual le dijo: «¿Qué necesitas que así gritas?».

«Estoy a punto de morirme de hambre —le contestó Du Dsï Tschun—, y nadie se apiada de mí.»

El viejo le dijo: «¿Cuánto dinero necesitas para poder vivir como los ricos?».

«Si tuviera quince mil monedas de cobre, me bastaría», le contestó Du Dsï Tschun.

El viejo le dijo: «Eso no es suficiente».

«Pues un millón.»

«Tampoco basta.»

«Entonces, tres millones.»

El anciano dijo: «¡Bien!». Sacó mil monedas de cobre de su manga diciéndole: «Esto es para esta noche. Mañana, al mediodía te espero en el bazar persa».

A la hora indicada se dirigió allí Du Dsï Tschun, y, efectivamente, allí estaba el anciano, que le dio tres millones de monedas. Luego desapareció, sin decir su nombre.

Cuando Du Dsï Tschun tuvo el dinero en la mano, volvió a despertarse su ansia de derrochar. Montó en espléndidos caballos, se vistió con las más finas pieles, se emborrachó con vino y siempre estaba rodeado de cantantes. Así que el dinero volvió a acabársele. En lugar de vestirse de delicado brocado, tuvo que vestirse con prendas de algodón, y pasó del caballo al asno. Al cabo, volvía a tener prendas rasgadas e iba descalzo como antes, sin saber cómo saciar su hambre. Se encontró de nuevo sollozando en la plaza del mercado.

El anciano volvió a aparecer, le cogió la mano y le dijo: «¿De nuevo te ves así? ¡Qué raro!, te voy a ayudar otra vez».

Du Dsï Tschun se sentía avergonzado y no quería aceptarlo. Pero el viejo le obligó y se lo llevó otra vez al bazar persa. Esta vez le dio diez millones de monedas de cobre y Du Dsï Tschun se lo agradeció lleno de vergüenza.

En cuanto tuvo el dinero, se preocupó de ahorrar y contar el dinero para volverse rico. Pero los viejos defectos son difíciles de enmendar y al final vencieron sus deseos. De nuevo vació la bolsa. Tras dos o tres años era tan pobre como antes.

Se volvió a encontrar de nuevo al anciano. Sentía tal vergüenza ante él que le ardía el rostro y quiso pasar de largo.

El viejo le agarró del brazo y le dijo: «¿Adónde vas, eh?, ¿adónde? Esta vez te voy a dar treinta millones; si no cambias, es que no hay nada que pueda ayudarte».

Du Dsï Tschun le hizo una reverencia agradecidísimo y le contestó: «En mis días de pobreza, mis parientes ricos han apartado su vista de mí. Sólo vos me habéis ayudado por tres veces. El dinero que me dais hoy no voy a malgastarlo, lo juro. Lo emplearé en hacer buenas obras para honrar vuestra bondad. Cuando lo haya llevado a cabo, os seguiré aunque sea a través del fuego y del agua».

El viejo estuvo de acuerdo: «¡Está bien! Cuando hayas concluido, búscame en el templo de Lao Tse bajo los frambuesos».

Du Dsï Tschun cogió el dinero y se dirigió a Yangdschou. Allí compró cien yugadas de la mejor tierra y construyó una gran casa junto al camino, con varios cientos de habitaciones. Allí dejó vivir a las viudas y huérfanos. Luego compró un lugar para enterrar a sus antecesores y se ocupó de sus parientes necesitados. Mucha gente le agradecía el que los mantuviera.

Cuando hubo realizado todo lo que se había propuesto, fue a buscar al anciano al templo de Lao Tse. El anciano estaba a la sombra de los grosellos levitando. Se fue con él a la cima cubierta de nubes de la sagrada montaña del Oeste. Habían andado cuarenta millas en la montaña cuando vio una casa, limpia y bonita. Estaba rodeada por nubes multicolores, y los pavos reales y las grullas revoloteaban a su alrededor. En la casa había un horno de hierbas de una altura de nueve pies. El fuego ardía formando llamas de color púrpura y su resplandor se reflejaba en los muros. Había nueve hadas junto al horno; un dragón verde y un tigre blanco estaban echados, flanco contra flanco. Cayó la noche. El anciano ya no estaba vestido como un hombre corriente, sino que llevaba una gorra amari-

lla y amplios ropajes blancos. Cogió tres bolas blancas de piedra, las echó en una copa de vino y se la dio a Du Dsï Tschun a beber. Extendió una piel de tigre en la habitación interior junto a la pared del oeste y le hizo sentarse con el rostro vuelto hacia el este. Entonces le dijo: «¡Ahora, cuídate bien de decir una sola palabra! Lo que quiera que se te aparezca, ya sean dioses poderosos u horribles demonios, animales salvajes u ogros, todos los sufrimientos del infierno, aunque veas a tus parientes sufrir pena y dolor: todo eso son espejismos. No debes temer. No pueden hacerte daño alguno. Piensa sólo en lo que te he dicho y mantén tu espíritu tranquilo!». El anciano desapareció después de haber pronunciado estas palabras.

Du Dsï Tschun sólo vio una gran tina de piedra llena de agua clara que estaba delante de él. Todas las hadas, el dragón y el tigre habían desaparecido. De repente oyó un gran alboroto, que conmovía el cielo y la tierra. Apareció un hombre de más de diez pies de altura, se daba a sí mismo el nombre de gran señor feudal. Él y su caballo estaban cubiertos por una cota de malla dorada, estaba rodeado por más de cien soldados, que tensaban los arcos y desenvainaban las espadas, y daban el alto en el patio.

El gigante se dirigió a él: «¿Tú quién eres? ¡Apártate de mi camino!». Du Dsï Tschun no se movió. No contestó a la pregunta.

El gigante se volvió salvaje y le gritó con voz de trueno: «¡Cortadle la cabeza!».

Pero Du Dsï Tschun permaneció impasible y el gigante se marchó furioso.

Luego aparecieron un tigre salvaje y una serpiente venenosa, aullando y silbando. Hicieron como que iban a morderle y se abalanzaron sobre él. Pero Du Dsï Tschun permaneció con el espíritu tranquilo y, tras un momento, desaparecieron.

De repente se desencadenó una gran lluvia. Relampagueaba y tronaba sin pausa, de modo que los oídos parecían estallar y los ojos se cegaban. Parecía como si fuera a destrozar la casa. El agua aumentó en unos instantes y llegó al lugar en que él estaba. Du Dsï Tschun permaneció inamovible en su puesto y no se preocupó, entonces las aguas desaparecieron.

Luego se le apareció un demonio con cabeza de buey, puso en el patio una olla, dentro de la cual bullía el aceite hirviendo. Le cogió por el cuello con una horca de hierro y le dijo: «¡Si me dices quién eres, te dejaré libre!». Du Dsï Tschun cerró los ojos y calló. Entonces el diablo le cogió con el tridente y le echó en la olla. Él olvidó el dolor y el aceite hirviente no le hizo nada. Al final el diablo le sacó y le echó a los pies de los escalones de la casa de un hombre de cabellos rojos y rostro azul, que parecía un príncipe de los infiernos. Le gritó: «¡Traed aquí a su mujer!».

Pasado un cierto tiempo, trajeron a la mujer atada. Tenía el cabello revuelto y lloraba lamentándose.

El demonio señaló a Du Dsï Tschun y dijo: «Si dices tu nombre, la dejaremos libre».

Pero él no dijo una palabra.

El príncipe de los infiernos hizo que la mujer sufriera todo tipo de tormentos. La mujer le rogaba: «He vivido diez años contigo. Y tú, ¿no quieres decir ni una palabrita para salvarme? ¡Ya no puedo soportar nada más!». Y lloraba a mares. Chilló e interpeló, pero él no pronunció una sola palabra.

El príncipe de los infiernos dijo: «Ya no puede seguir en el reino de los vivos. ¡Cortadle la cabeza!».

Le mataron, y él sintió que su alma se separaba del cuerpo, el Cabeza de buey le metió a empujones en el infierno, donde le hizo sufrir todas y cada una de las torturas. Pero Du Dsï Tschun siguió pensando y confiando en lo que le había dicho

el anciano. Las penas no le parecían insoportables, así que no gritó y no dijo una sola palabra.

Luego volvió a ser empujado por el príncipe de los infiernos. Éste le dijo: «Este hombre recibirá en castigo a su porfía: volver a nacer como mujer».

Los diablos le arrastraron al círculo de la vida, y volvió al mundo como mujer. Estuvo muy enfermo y tenía que tomar siempre medicinas y dejar que le hicieran punciones y le quemaran. A menudo cayó en el fuego o en el agua. Pero nunca se le oyó decir nada. Fue creciendo y se convirtió en una bellísima mujer, pero como nunca había hablado la llamaron la mudita. Un sabio se enamoró de su belleza y se casó con ella. Tuvieron una vida de amor y concordia y ella tuvo un hijo, que ya con dos años mostraba una sabiduría e inteligencia extraordinarias.

Un día que su padre le tenía cogido en brazos, le dijo en broma a su esposa: «Cuando te veo así, pienso que no eres muda. ¿No quieres decirme una palabrita? ¡Qué estupendo sería si quisieras ser mi querida rosa habladora!».

La mujer siguió muda. Aunque él le sonreía e intentaba hacerla reír, ella no le contestó.

Entonces le cambió el humor: «Si no quieres hablarme, lo tomo como signo de que no me respetas, así que tampoco quiero nada con mi hijo». Mientras hablaba agarró con violencia al niño y le golpeó la cabeza en una piedra, de forma que le saltaron los sesos.

Como Du Dsï Tschun quería tanto al niñito, olvidó las recomendaciones del anciano y gritó: «¡Ay, ay!».

Pero el grito aún no se había apagado cuando se despertó como si hubiera estado durmiendo y se vio sentado en aquel sitio. El anciano también había desaparecido. Eran aproximadamente las cinco de la mañana. Del horno salían llamas de

color púrpura salvajes y subían hacia el cielo, toda la casa desapareció y se consumió en un fuego sin luz.

«¡Me has engañado!», le gritó el anciano, agarrándole por los cabellos, y le metió la cabeza en la tinaja de agua. Al momento se apagó el fuego. El anciano dijo: «La alegría y el enfado, la tristeza, el miedo, el odio, la concupiscencia, todo lo has superado; pero no has podido escapar a la fuerza del amor. Si no hubieras gritado, cuando mató al niño, habría terminado de preparar mi elixir y también tú habrías alcanzado la inmortalidad. En el último momento te has dado por vencido. Ahora tengo que volver a preparar mi elixir empezando por el principio y tú seguirás siendo un mortal».

Du Dsï Tschun vio que el horno había saltado en pedazos y que en lugar de la piedra filosofal había un guijarro de hierro allí dentro. El anciano se quitó el traje y lo rasgó con un cuchillo mágico. Du Dsï Tschun se despidió y se volvió a Yangdschou, donde vivió con gran riqueza.

Cuando llegó a la ancianidad le pesó no haber terminado su obra. Volvió a aquella montaña a buscar al anciano, pero ésta había desaparecido sin dejar huella.

29. *Historia de un hombre que insultó al príncipe de los infiernos*

En la época en que los tártaros hicieron sus primeras incursiones en los reinos chinos, se anexionaron la mitad norte de la China, de forma que la dinastía Sung sólo reinaba en el sur. En aquellos tiempos, vivía un señor feudal, Yüo Fe, que era fiel y valeroso. Le había infligido al rey de los tártaros varias derro-

tas y estaba en posición de alcanzar una victoria total. Pero había en China un ministro traidor y artero, llamado Tsin Gui. Había llegado a un acuerdo secreto con los enemigos en el que decidieron la paz. El plan consistía en enviar a Yüo Fe doce tablillas de oro de parte del emperador, en las que le pidieran venir a él y a su señor. Posteriormente, el traidor Tsin Gui y el pérfido Me Ki Siä con su mujer, la de la lengua larga, trazaron otros planes secretos para conducir a Yüo Fe a la cárcel. Y siguieron adelante con ellos, tan en secreto que la parlanchina no se atrevía a hablarle de ello a su marido cuando estaban juntos a media noche, sino que escribía sus negros pensamientos con un palito en las cenizas, y los borraba a continuación. Al final pudo conseguir que condenaran a muerte al señor feudal y a su hijo.

Un sabio llamado Hu Di oyó posteriormente contar la historia. Rechinó los dientes, lleno de rabia. Un día en que estaba bebido entró en el templo del príncipe de los infiernos Yän Lo (Yama). En el muro vio cuatro versos, que mencionaban el asunto que había oído contar:

El claro cielo todo lo sabe,
a él nada se le puede ocultar.
El bien y el mal con justicia devolverá,
por mucho que haya de esperar.

Hu Di había brindado por el futuro del señor Yüo Fe, por eso pidió un pincel al sacerdote y cambió algunas palabras.

El claro cielo tan lejano está,
el bien muere, reina el mal.
Si realmente todo se ha de retribuir,
¿cómo puede la fidelidad sucumbir?

Luego señaló la imagen del dios en el templo y empezó a censurarle: «¡Retrato ciego y mudo de madera y barro!, sin razón te llaman los hombres señor del mundo inferior. Las ofrendas que se te traen no sirven para nada. ¡Te voy a golpear con una de tus sillas!».

Mientras así hablaba, empezó a darle puntapiés a la imagen y al sacerdote le costó mucho trabajo hacer que se estuviera quieto. Pero como estaba rabiosísimo, se le subió el vino a la cabeza, cayó al suelo y allí permaneció sin volver en sí.

Antes de que se apercibiera de nada, su alma se había separado de la envoltura exterior y vio de repente a un diablo con el pelo rojo y el rostro azul, y unos ojos saltones que lanzaban rayos y se iluminaban. En la mano tenía una tablilla y le dijo con un tono áspero: «El rey Yän, ¡que se presente!», y al mismo tiempo sacaba de sus mangas rocas de hierro; se las ponía en el cuello y le arrastraba hacia él.

Ante él sólo veía una extensión de arena amarilla, no podía distinguir ni la luna ni el sol. Cuando hubieron andado un largo tiempo, llegaron a una gran montaña, en donde el frío viento se introducía hasta la médula de los huesos.

Él le preguntó qué país era aquél.

«Es la montaña de los muertos —le respondió el diablo—. Es la frontera entre el mundo de los hombres y el mundo inferior.»

Las rocas formaban una enorme entrada, en cuya parte superior había una inscripción que rezaba: «Paso de la puerta de los espíritus». Entonces Hu Di pensó que ciertamente estaba muerto. Pensó con nostalgia en su hogar.

De repente, encontró encima de una montaña una meseta: la gente subía y bajaba en apretadas filas y lloraba amargamente.

El demonio le dijo: «Ésta es la meseta del instante de nostalgia por el hogar». Le condujo a la parte superior, y cuando lanzó un vistazo al lugar que había debajo, vio la puerta de su casa al alcance de la mano, cerca de sus ojos. Su anciana madre estaba apoyada sobre un bastón llorando. Las mujeres y los niños iban vestidos de luto y llevaban una banda ceñida al cuerpo. Estaban sollozando delante de la puerta. Cuando les vio allí de pie, de aquella forma, le pareció que un puñal le atravesaba el corazón y quería salvarlos saltando allí abajo. Sin embargo, el diablo le sujetó con fuerza la cadena y volvió a bajarle a empellones de la meseta. Luego buscó en sus mangas un martillo con picos y lo movía delante de él.

Cuando hubieron atravesado la montaña, llegaron a un gran río. Las olas estaban turbias y eran de color rojo. En el vado había incontables demonios que llevaban tridentes y látigos en la mano, con los que arrojaban a las aguas las almas de los que habían separado. Había viejos y jóvenes, mujeres y niños que flotaban a cientos sobre las aguas, ya hundidos hasta la coronilla, ya estirando la cabeza fuera del agua. Se oían lamentos y gritos como para romper el corazón. Sobre el río había un puente formado por un arco iris de un ligero tono dorado. Lo atravesaban cuatro o cinco personas. Todos llevaban en la cabeza el símbolo de la santidad y andaban sobre nubes de colores.

El diablo dijo: «Éste es el río del infierno. Los pecadores y malhechores tienen que atravesar el agua; los buenos, por el contrario, pasan por el puente dorado. Como aún no se ha determinado si tú eres un maldito o no, te voy a acompañar a atravesar el río».

El diablo le agarró por el brazo y anduvo vadeando el agua hasta la otra orilla.

Una vez que Hu Di lo hubo atravesado, vio una aldea de la

cual venían varias docenas de perros enfadados que le rodearon con feroces ladridos, le mordieron en la pierna y le desgarraron las vestiduras. Sólo cuando el diablo les hubo ahuyentado con toda su energía, se echaron hacia atrás.

Entonces le explicó: «Éste es el pueblo de los Perros Malvados». Volvieron a andar unas millas, y entonces vio una ciudad con grandes torres y pórticos sobre los que estaba la inscripción: «Ciudad de los Muertos».

El diablo le dijo: «Ya hemos llegado».

Entraron en la ciudad y llegaron a un edificio de la administración, donde había muchachos y centinelas, igual que en el mundo de los vivos. Los malhechores estaban atados y encadenados y tiritaban y se estremecían cuando los sacaban a empujones, y volvían a mezclarse aullando y rechinando los dientes entre la gran multitud. Los funcionarios del demonio practicaban el chantaje y les sometían a todo tipo de torturas, igual que hacen en el mundo de los hombres.

El diablo, que había llevado allí a Hu Di, se acercó el primero con su tablilla.

También él tuvo que esperar mucho tiempo desde que le llamó una voz: «¡Que venga Hu Di!».

Un diablo le arrastró hasta un salón interior, en el que había una gran tabla, en la que estaba escrito con caracteres de color rojo: «Quinto palacio del Infierno». En el salón había un rey con un sombrero a franjas, un cetro en la mano, vestido con una túnica oscura y calzado con zapatos rojos cuadrados. Sus ojos eran de un tono violeta oscuro, sus cabellos y pupilas eran rojos y el bigote le caía como largos flecos. Se afianzó en su mesa y se enderezó. A su derecha y a su izquierda, estaban Cabeza de buey y Rostro de caballo reclinados sobre sus lanzas. Enfrente de ellos había un juez de rostro rojo, vestido con una túnica azul y tocado con un sombrero de seda. Tenía el

libro de la vida en la mano. Por debajo, en los escalones, había dos filas de diablos funcionarios con látigos y palos en la mano que parecían bien afilados. A la derecha y a la izquierda, había un par de calderas en las que el aceite burbujeaba como agua hirviente, y una columna de ocho pies de altura de bronce reluciente, en cuya parte superior se movían alzándose las llamas de fuego. Un diablo ensartó en su tridente a una mujer desnuda y la arrojó en la olla. Dos hombres tenían que abrazarse a la columna y, si se soltaban, les azotaban con espinas. Los castigos con los palos y los látigos estaban reservados a las faltas leves.

Cuando condujeron a la sala a Hu Di, se quedó de pie sin arrodillarse.

El rey le dijo airadamente: «¡Así que tú eres Hu Di! ¿Por qué me has insultado? ¡Echadle en la olla de aceite!».

Pero Hu Di sonrió y contestó: «He oído que cuando se nombra a un dios sabio y justo, premia el bien y castiga el mal, para dar ánimos a los hombres sabios. Pues Yüo Fe era el servidor más fiel del Estado y fue conducido a la deshonra y a la muerte junto con su hijo. Por el contrario, Tsin Gui, que había traicionado a su señor para su propia honra, goza de riqueza y poder. Si éste es el camino del cielo, realmente es mejor estar muerto que vivo. Tú, oh, gran rey, piensas que no merece la pena que la justicia relumbre, sino que sólo piensas en calmar tu rabia por cierto comentario mío. En esto reconozco que las tinieblas del mundo inferior son todavía peores que el mundo de los hombres y que tu cólera, gran rey, no tiene nada que envidiar a la de los tiranos de la tierra».

Cuando hubo terminado de hablar, se rasgó las vestiduras y se dirigió a la olla.

Entonces se levantó el rey, le dijo que se parara y se dirigió a él: «Bachiller Hu, eres un hombre justo, quiero contarte un

asunto sobre Yüo Fe. La vida de un hombre dura un instante. Sólo el que puede procurarse una reputación de fiel, temeroso, puro y justo alcanza la vida celestial para siempre. ¡No debes tomar el dolor y la alegría que sienten los hombres en su envoltura humana como suerte o desgracia! Yüo Fe fue durante su vida fiel y bueno; tras su muerte, fue conducido a la luz de los dioses y disfrutará durante cien generaciones de las ofrendas y del olor del humo sagrado. Tsin Gui, por el contrario, aunque es rico y famoso y tendrá un final tranquilo, sus malas acciones están marcadas en el cielo y el juez del mundo inferior ya ha anotado su castigo. Tendrá que recorrer los dieciocho infiernos de los diez lugares oscuros y sufrir todo tipo de dolores. Luego volverá al mundo como animal, y también en el mundo de los humanos será insultado y degradado durante diez mil generaciones. Así que tanto en el cielo como en el infierno o sobre la tierra, las malas acciones repugnan, y su castigo no es realmente fácil. Tú tenías una buena intención, pero no has entendido el mensaje del cielo cuando me has insultado».

Cuando hubo terminado de hablar el príncipe de los infiernos, Hu Di se quedó callado. Y por dentro se sentía mal. Entonces el otro hizo que le trajeran el libro de la vida y se lo dejó ojear a Hu Di. Allí estaban todos los pecados y maldades de Tsin Gui, y la manera en que dañó a Yüo Fe, descritos detalladamente.

El rey le dijo: «El plazo de vida de Tsin Gui todavía no ha terminado. Morirá dentro de diez años».

Luego señaló el espejo que estaba al oeste de la sala e hizo que Hu Di se reflejara en su superficie. Él miró un largo momento en el espejo. Desde su más temprana juventud, cuando había empezado a crecer, todo lo que él había hecho, aunque hubiera sido matar a una mosca o aplastar a un hormiga; tam-

bién las buenas pequeñas acciones, incluso lo que había pensado en la oscuridad de su habitación: nada había que no se reflejara en el espejo.

El rey le dijo: «Éste es el espejo de los pecados. Los hombres no pueden engañarme con el bien o el mal que han realizado».

Luego le ordenó a un demonio que condujera a Hu Di a una alta terraza sobre la que había la inscripción: «Vista de la inmortalidad». Cuando se miraba desde aquella altura, se veía la ciudad del cielo, con sus torres y edificios de nefrito. Allí en medio estaban Yüo Fe y su hijo; los dos se paseaban por las nubes y estaban vestidos con sombreros púrpura y trajes de dragones y llevaban cetros de nefrito en la mano. Los centinelas iban a su lado con plumas y lanzas, con tambores y trombones; les seguían jinetes a caballo. Andaban como los reyes. en la coronilla tenían una corona brillante cuyo resplandor cegaba la vista.

El diablo le dijo: «Ésos son Yüo Fe y su hijo. Ya forman parte de los inmortales. ¡No necesitas preocuparte por ellos, bachiller!».

Cuando descendían de la terraza, se abrió ante ellos una gran habitación, en la cual había un triste corro con muchas docenas de pies de todos los tamaños. Se alzó con un chasquido y las llamas del fuego alumbraron el círculo. Allí había largas filas de innumerables espíritus solitarios. Algunos estaban vestidos con trajes de reyes y emperadores, otros llevaban las túnicas de seda de los funcionarios, otros cotas de malla y casco, otros tenían las manos llenas de oro y piedras preciosas. Unos iban vestidos de sabios, de campesinos otros, de artesanos, comerciantes, monjes budistas y sacerdotes taoístas, pobres y mendigos. Otros estaban cubiertos con pieles de animales y aves, incluso pieles de serpiente y de gusano. Los hombres y mujeres estaban así caracterizados y di-

vididos en seis filas. Junto al círculo había una olla con un líquido amarillo. El guardián del círculo permitía que las almas solitarias bebieran de aquella agua. Se le daba el nombre de poción del olvido. Quien la bebía olvidaba lo que había hecho en su vida anterior. Una vez que hubieron bebido, ayudaron al demonio a formar el círculo. Él volvió a enderezarse y desaparecieron para volver a nacer en el mundo superior.

Más tarde le enseñaron las diez salas con sus dieciocho infiernos. Estaba la montaña de hielo con sus árboles de cuchillos. Allí había un diablo monstruoso, que arrojaba las almas sobre la montaña, de forma que los cuerpos quedaban ensartados en los cuchillos, que les atravesaban los intestinos. Estuvo también en el aserradero del infierno. Allí ponían los cuerpos tensados entre dos tablas y los serraban desde la cabeza a los pies, dividiéndolos en dos partes. Todo estaba lleno de salpicaduras de sangre.

Su acompañante le dijo: «Esto les ocurre a los que sirven a dos señores y a las mujeres que se casan con dos maridos».

En el infierno de las lenguas arrancadas, se les arranca la lengua a aquellos que han instigado unos contra otros. Luego venía el infierno donde se colgaba a los chaqueteros de un gancho, que parece como si transportaran mercancías. Este infierno era para los que habían engañado en las medidas y pesos. A continuación estaba el infierno en que había morteros y molinos para machacar y moler los cuerpos, de forma que había por todas partes salpicaduras de sangre y carne. Los bracos, de talla de leones, se abalanzaban y comían los desechos. Este infierno estaba destinado a los que habían puesto en contra a miembros de una misma familia y tendido otras trampas en secreto.

Luego estaba el infierno del hambre: allí languidecían los

duros de corazón con los pobres, que sólo se habían preocupado por ellos mismos.

En este infierno había entrado una vez el sacerdote budista Muliän para liberar a su madre. Su madre estaba en aquel infierno, pero Muliän había logrado convertirse en Buda por sus buenas obras, por eso se dirigió al mundo inferior para liberar a su madre. Rompió la entrada del infierno con su bastón de hierro y se fue con su madre al Cielo del Oeste. Con ellos se llevaron las almas de tres mil hambrientos que volvieron a nacer en el mundo superior. Ellos favorecieron entonces que la dinastía Tang tocara a su fin.

Luego, Hu Di fue conducido al infierno de los recipientes de sangre. Allí había recipientes grandes y pequeños, llenos de agua sangrienta, y un gran número de mujeres que lloraban y se lamentaban.

En medio de ellas vio de repente a su primera mujer, que se dirigió a él llorando: «Yo no he cometido ningún pecado grave en mi miserable vida. Lo único que hice, cuando mis hijos nacieron, fue manchar el agua pura en que lavé sangre. Ahora el príncipe de los infiernos me ha ordenado que beba esa agua, y cuando termine, puedo volver a nacer de nuevo como persona. Te ruego de corazón que, cuando llegues al mundo superior, hagas un búfalo de agua de papel y paja y le prendas fuego, de forma que él beba por mí el agua con sangre. También te encomiendo a mis hijos, para que no tengan que oír la cantinela de los hijastros».

Ella le presionó y Hu Di le prometió todo. Luego se despidieron entre lágrimas. Hu Di le preguntó a su acompañante: «Y ¿dónde está el lugar al que van los asesinos de hombres y animales?».

El diablo le respondió: «Tienen que pasar por diferentes infiernos y al final vuelven al encarnarse en animales. Los que

no se ocuparon de sus padres, los que dejaron a sus hermanos en la desgracia, los que quisieron dinero y bienes, los que trataron a sus hijos y mujeres injustamente, sufrirán el peor castigo; para ellos no hay un infierno especial. Pero queda aún uno para los que robaron dinero y bienes a los otros y para los funcionarios que se comieron la grasa del pueblo. A ellos se les vierte cobre fundido en el estómago y en los intestinos y se les arranca la piel».

Hu Di volvió a presencia del príncipe de los infiernos.

«¿Ya estás contento? —le preguntó el rey—, no podrás saber nada más porque no hay más castigos.»

Luego hizo que el juez le dijera los años que iba a vivir Hu Di.

Él contestó: «Morirá a los ochenta años sin haber padecido enfermedades, después de pertenecer al círculo de los principales».

Luego cogió un bastoncillo de la suerte y escribió una nota en rojo y le ordenó que le volvieran a llevar al mundo superior. Llegaron entonces dos diablos y le agarraron, le llevaron como en un viento de tormenta, y, antes de que se diera cuenta, estaban en su casa. Toda su familia lloraba en círculo, había un hombre con el rostro vuelto hacia arriba en la cama, y cuando prestó atención, vio que era su cuerpo muerto. Entonces los diablos le dieron un fuerte empujón y abrió los ojos y volvió de nuevo en sí.

Había estado durante dos días acostado como si estuviera muerto. Cuando su familia se enteró de lo que había sucedido en el templo del príncipe de los infiernos, le habían llevado a casa. Pero, puesto que en su pecho todavía había algunas huellas de calor, no le habían enterrado aún. Y ahora estaba vivo y contó la historia que ahora hemos puesto por escrito.

30. *De cómo Muliän rescató a su madre de los infiernos*

Muliän era un conocido budista de su época. En su más tierna juventud ingresó en un convento y accedió al conocimiento de las ciencias, convirtiéndose en Buda. Su madre, sin embargo, era tosca y envidiosa. Desconfiaba de los dones de los dioses y cogía el pan con los pies; los restos de comida estaban por todas partes en el suelo de su casa. Y cuando un mendigo le pedía comida no le escuchaba. Por esta razón, contrajo disfagia y tuvo que padecer hambre durante largos días. Terminó muriendo. Dos diablos la arrastraron a los infiernos, torturándola de todas las formas posibles; de camino pasaron por la montaña de las Acciones y el río del Mundo Inferior.

Cuando llegaron al mundo inferior, el rey de los muertos estaba muy enfadado y ordenó que la encerraran en el infierno de los hambrientos. Las tripas le hacían más ruido que los truenos a causa del hambre: pero no le dieron ni un miserable grano. Cada vez que gritaba de hambre, hacían lo mismo todos los espíritus hambrientos. Por eso los esbirros le sujetaron la lengua con una lanza de hierro, de forma que no podía articular ningún sonido; le encendieron dos lámparas delante de los ojos, para que no pudiera ver. Le hubiera gustado volver a morirse; pero no le era posible.

En aquella época, Muliän había alcanzado el estado de Buda. Sabía que su madre había muerto. Por eso descendió al mundo inferior y se presentó ante el rey de los muertos. Quería llevarle a su madre un platillo de limosnas lleno de arroz para que lo comiera. El príncipe de los demonios le dio su consentimiento, pero le dijo: «Me temo que, aunque quiera

comer, no pueda. El castigo que ella misma se buscó no lo permitirá».

Muliän se dirigió al infierno de los hambrientos y le dejaron ver a su madre. Los esbirros apagaron las lámparas que tenía delante de sus ojos y le desataron la lengua. Cuando Muliän vio a su madre, se arrojó a sus pies sollozando, también la madre lloraba y le decía: «Tengo mucha hambre».

Muliän le trajo su plato de limosna con comida. Pero cuando quiso tragar, salió fuego desde su estómago a la boca, de forma que no podía comer nada. Los cancerberos volvieron a meterla en el infierno y cerraron la puerta tras ella.

Muliän estaba encolerizado por el dolor. Con todas su fuerzas golpeó la entrada de la cárcel con su bastón de hierro, hasta que la rompió. Luego cogió a su madre a hombros y se la llevó al cielo. Pero le siguieron cientos de miles de diablos hambrientos que se dispersaron en todas direcciones y que volvieron a nacer a la vida. La fuerza exenta de miedo de Buda hizo que el dios de los muertos no se atreviera a contrariarle; así que avisó al rey del cielo por mediación del dios de la gran montaña. Él repuso: «Muliän ha salvado a su madre, con ello mostró un sentimiento filial digno de alabanza. Por eso su madre debe ser indultada. Pero también ha dejado libre a los malhechores encerrados, que van a llevar el mal a los hombres vivos. Por ello, Muliän debe regresar a la tierra y volver a llevar a todos los diablos hambrientos al infierno; cuando lo haya conseguido, puede volver al cielo».

Al final de la dinastía Tang tuvo lugar el levantamiento de Huang Tschau, en el que murieron muchos miles de personas. Los causantes eran los diablos hambrientos que habían entrado en el mundo. Huang Tschau era Muliän, que cumplió así con su cometido.

III. Espíritus de la naturaleza y espíritus de animales

31. *Los elfos de las flores*

Érase un vez un sabio que se había apartado del mundo para estudiar las ciencias ocultas. Vivía él solo en su retiro. Alrededor de su casucha había plantado numerosas plantas, bambúes y otros árboles. La casa quedaba escondida por la tupida vegetación.

Sólo tenía un muchacho como esclavo. Vivía en una cabaña, para ocuparse de sus necesidades. Si no le llamaba, no podía entrar en la casa. El sabio amaba las plantas como a su propia vida. Nunca ponía un pie más allá de los límites de su jardín.

Una hermosa noche de primavera en que las flores y los árboles despedían todo su perfume, en la que soplaba una fresca brisa y la luna brillaba clara, él estaba sentado bebiendo una copa de vino y se alegraba de la vida.

De repente, vio en el reflejo de la luna una muchacha vestida de oscuro que corría con pasitos muy cortos. Le hizo una profunda reverencia, le saludó y le dijo: «Soy tu vecina. Hay aquí un grupo de muchachas que van de camino a visitar a las dieciocho tías. Les gustaría descansar un poco en este patio y me ruegan que os pida permiso».

El sabio se dio cuenta de que se trataba de algo fuera de lo común, por eso accedió amablemente. La muchacha le dio las gracias y se marchó.

Un poco más tarde apareció todo el grupo de muchachas, llevando flores y hierbas de los pastos. Todas ellas saludaron al sabio. Eran hermosas y de fino rostro, y de cuerpo delgado y delicado. Cuando movían las mangas de sus túnicas, difundían un agradable perfume. No tenían igual en el mundo de los hombres.

El sabio las invitó a que se sentaran en la habitación y luego les preguntó: «¿A quién debo el honor de recibiros? ¿Venís del palacio del hada de la luna o del manantial de nefrito de la Reina Madre del Oeste?».

«¡Cómo íbamos a enorgullecernos de tan alto origen! —le respondió sonriendo la muchacha de la túnica verde—. Yo me llamo Salix.» Y luego presentó a otra de ellas, que iba vestida de blanco, diciendo: «Ésta es la señorita Prunophora»; después a la que iba vestida de rosa: «Y esta de aquí es Pérsica», y, para terminar, le presentó a una muchacha vestida de rojo oscuro: «Ésta es Punica. Somos todas hermanas y queremos visitar hoy a las dieciocho tías del zafiro. Hoy está la luna tan bonita, y se está maravillosamente en tu jardín. Te agradecemos mucho que nos hayas recibido».

«¡Bueno, bueno!», le respondió el sabio.

En ese momento apareció la criada vestida de color oscuro: «Las dieciocho tías del zafiro están también aquí».

Las muchachas se pusieron inmediatamente de pie y se dirigieron a la puerta.

«Precisamente queríamos visitar a las tías —dijeron sonrientes—. Este señor nos ha invitado a que descansáramos un poco aquí. ¡Qué bien que las tías hayan venido! Es una hermosa noche, ¡debemos beber una copa a la salud de las tías!»

Le dio la orden al esclavo de traer lo necesario.

«¿Podemos quedarnos aquí?», preguntaron las tías.

«El dueño de la casa es muy bueno —les respondieron las muchachas—, y el sitio es tranquilo y solitario.»

Se sentaron delante del sabio. Él les dijo a las dieciocho tías unas palabras amables. Ellas tenían un cierto aire incomprensible y etéreo. Las palabras que pronunciaban brotaban como agua y en su presencia se sentía un estremecimiento de frío.

Mientras tanto, el esclavo había traído una mesa y sillas. Las dieciocho tías se sentaron a la cabecera, luego las muchachas, y el sabio se sentó entre ellas en el último sitio. Poco después, la mesa estaba llena de exquisitos manjares y de excelentes frutas y las copas estaban llenas de vino perfumado. Eran placeres que el mundo de los hombres no conocía. La luna brillaba clara y las flores esparcían olores embriagadores. Cuando las muchachas estuvieron cansadas de beber, se levantaron, bailaron y cantaron. En la noche oscura se oían melodías agradables y el baile era parecido a las mariposas, que vuelan de flor en flor. El sabio estaba tan encantado que no sabía si se encontraba en la tierra o en el cielo.

Cuando terminaron de bailar, las muchachas se volvieron a sentar a la mesa y bebieron en las copas circulares, brindando por las tías. También dedicaron un brindis al sabio, quien respondió con tiernas palabras.

Pero las dieciocho tías eran de poca resistencia corporal, y el vino empezaba a dejar sentir sus efectos. Cuando una de ellas levantó la copa, le temblaba ligeramente la mano y, antes de que se diera cuenta, le echó un poco de vino a Punica en las vestiduras. Punica, que era joven, de carácter fogoso y de espíritu puro, se levantó enfadada cuando vio que su túnica roja estaba manchada de vino.

«No tenéis ningún cuidado —le dijo enfadada—. Mis hermanas tienen miedo de vosotras, pero yo no.»

Las tías se enfadaron y le contestaron: «¿Cómo se atreve a insultarnos la jovencita esta?». Al mismo tiempo recogieron sus vestidos y se levantaron.

Todas las muchachas se apresuraron a dar explicaciones: «Punica es joven e inexperimentada. Ha bebido y no sabe lo que hace. No debéis tomárselo a mal. Mañana estará en vuestra casa con una vara para recibir el castigo que le corresponde».

Pero las tías no escucharon y se marcharon. Las muchachas también se despidieron, se esparcieron entre las plantas de flores y desaparecieron. El sabio se quedó mucho más tiempo allí, sumido en ensoñaciones sobre el agradable sentimiento que había experimentado.

A la noche siguiente volvieron las muchachas.

«Todas nosotras vivimos en tu jardín —le dijeron—. Cada año nos torturan los malos vientos y por eso les rogamos siempre a las tías que nos protejan. Ayer Punica las ofendió y nos tememos que ya no quieran volver a ayudarnos en el futuro. Sabemos que tú siempre has sido amable con nuestras hermanas, por lo que te damos las gracias de corazón. Y tenemos que pedirte un gran favor: que en el Año Nuevo hagas una bandera rojo escarlata en la que pintarás el sol, la luna y los planetas, y que la coloques en la zona este del jardín. Así estaremos todas las hermanas tranquilas y protegidas de toda desgracia. Pero como este año ya ha pasado la fecha, te rogamos que lo hagas el día vigésimo primero del mes; es el momento en que llega el viento del este y, gracias a la bandera, estaremos a salvo.»

El sabio se lo prometió de buena gana, y las muchachas dijeron como si fueran una sola: «Te agradecemos tu gran

bondad y queremos corresponderte». Se fueron y todo el jardín se llenó de un suave perfume.

El sabio hizo la bandera como le habían indicado y cuando el día indicado empezó a soplar el viento del este por la mañana temprano, la colocó rápidamente en el jardín.

Se levantó de repente una fuerte tormenta que hacía balancearse los bosques y arrancaba los árboles. En el único sitio donde no se movían las flores era en el jardín.

El sabio se dio cuenta de que Salix era el césped, Prunophora el ciruelo, Pérsica, el melocotonero, Punica el granado, y que el viento no podía arrancarles sus hermosas flores. Las dieciocho tías del zafiro eran el espíritu del viento.

A la noche siguiente volvieron todos los elfos de las flores y le traían flores rutilantes a modo de agradecimiento.

«Nos has salvado —le dijeron—, no tenemos otra cosa que ofrecerte. Cómete las flores, así vivirás largos años y huirás de la edad. Si nos proteges cada año, nosotras viviremos mucho tiempo.»

El sabio siguió sus indicaciones y se comió las flores. Su apariencia cambió y volvió a ser joven como cuando tenía veinte años. Con el transcurrir del tiempo, llegó a descifrar las ciencias ocultas y se convirtió en un inmortal.

32. *El elfo de la montaña*

Los elfos de la montaña son los espíritus de la montaña. Viven en los árboles y en las gargantas y les encanta asustar a los hombres.

Hubo una vez un sabio que se había retirado a un templo

de una montaña para estudiar. Una noche de verano estaba sentado en el patio, disfrutando del frescor, cuando, de repente, oyó un golpe de viento y la puerta de entrada al templo se abrió. Entró un monstruo que parecía un ogro. Medía diez pies de altura y se sentó en el tejado. Sus enormes piernas eran tan gruesas como los troncos de árbol. Su cabello era como breza de hierba. El sabio se escondió en su habitación, cerró la puerta y se metió en la cama. Un crujido, y la puerta cedió; el monstruo entró en el cuarto iluminado por la lámpara. Su rostro medía varios pies y era negro como el humo y el carbón. Se dirigió pesadamente hacia la cama. Al hombre, con la angustia de verse morir, no se le ocurrió más que coger una espada para defenderse, hundiéndosela en el vientre; pero se estrelló con un chirrido como si chocara con piedra dura. Entonces el espíritu se enfadó, le arrancó la espada de la mano y la rompió como si fuera una ramita seca. El hombre se arrebujó en sus mantas y el espíritu le agarró con su monstruoso puño como si espantara una mosca o un mosquito. Pero, como sus dedos eran muy torpes, el hombre se escapó y se escondió debajo de la cama. El espíritu sólo se llevó la ropa de cama cuando se marchó.

Al despuntar el día, el sabio se volvió a su casa rápidamente y nunca más se atrevió a volver al templo.

33. *El espíritu de la montaña de Wuliän*

Al oeste de la bahía de Kiautschou está la montaña Wuliän, en la que moran muchos espíritus. Allí vivió en un tiempo un estudiante que se quedaba leyendo hasta bien entrada la noche.

Un día, cuando regresaba a casa, se levantó de repente una tormenta y se le apareció un monstruo; éste adelantó sus zarpas hacia él y, agarrándole por los cabellos, le alzó por el aire y se lo llevó. Pasó con él por delante de la torre que formaba un mirador hacia el mar. En la montaña había un templo budista. Él vio a lo lejos, en las nubes, la imagen de un dios con armadura de oro. La visión era exactamente igual que la estatua de Weto que estaba en la torre. En la diestra llevaba una maza de hierro, con la izquierda señalaba al monstruo y le miraba enfadado. El monstruo dejó caer al estudiante en la aguja de la torre y desapareció. El santo de la torre le había ayudado porque toda la familia adoraba piadosamente a Buda.

Cuando se puso el sol, llegó el sacerdote y le vio en la torre de su templo. Hizo un montón de heno y de paja en el suelo para que el estudiante pudiera saltar sin herirse. Le llevaron a su casa; y su pelo, allí donde lo había agarrado el monstruo, estaba tieso e indomable. Tras unos seis meses, volvió el cabello a su estado normal.

34. *El espíritu de la montaña del caballo*

A los pies de la montaña del caballo hay una aldea; allí vivía un campesino que se ganaba la vida con el comercio del grano. Cada cinco días iba al mercado, que se encontraba en una llanura al este de la aldea. El mercado estaba aproximadamente a una legua de la aldea, separado de ella por un desfiladero.

Un día regresó a casa un poco bebido del mercado. Iba

montado en su mula y cuando llegaba justo al desfiladero, vio de repente a un monstruo sentado junto al arroyo. Su enorme rostro era azul y tenía los ojos salidos de la cabeza, como los cangrejos. Los ojos brillaban con un brillo de fuego. La boca se abría extendiéndose entre ambas orejas y parecía un recipiente lleno de sangre. Dentro estaban colocados, sin orden ni concierto, los dientes, de unas dos o tres pulgadas. Estaba en cuclillas al borde del arroyo; se acababa de agachar y sorbía agua. Se oía claramente el borboteo del agua.

El campesino sintió un enorme pánico. Por suerte, el monstruo aún no le había visto. Se dio media vuelta y se fue por el camino más largo, que rodea la parte norte del desfiladero. Este camino era un poco más ancho. La gente del pueblo pasaba por allí cuando iba con carros. El campesino azuzó a su mula y galopó tan rápido como pudo.

Pero justo al doblar el ángulo oyó a alguien que le llamaba: «¡Vecino, espérame!».

Se volvió a mirar y, al ver que era su vecino, paró y le esperó.

El vecino le dijo: «El viejo Li está muy enfermo. No le queda mucha vida. Su hijo me ha pedido que vaya al mercado y que encargue un ataúd». El campesino sabía que el viejo Li llevaba mucho tiempo enfermo, así que le creyó.

El vecino siguió hablando: «Sueles ir normalmente por el camino más cercano a la montaña, ¿por qué das hoy este rodeo?».

El campesino le respondió un tanto desagradablemente: «Hoy quería ir a través del paso, pero vi a un monstruo horroroso y feísimo, por eso he preferido dar este rodeo».

El vecino le dijo: «Cuando te oigo hablar así, yo mismo siento miedo, y no me atrevo a ir solo a casa. ¿Qué tal si me dejas montar en la mula detrás de ti?».

El campesino estuvo de acuerdo y el vecino se montó en la mula detrás de él.

A los pocos pasos volvió a preguntar: «¿Cómo era exactamente el monstruo que has visto? ¡Cuéntamelo!».

El campesino le respondió: «Ahora no me siento con fuerzas para ello. Te lo contaré cuando lleguemos a casa».

«Si no quieres hablar —le dijo el otro—, vuélvete y mira a ver si yo me parezco al monstruo.»

El campesino le respondió: «No hagas bromas de mal gusto, los hombres no son como los demonios».

Pero el otro insistió: «¡Mírame sólo una vez!», y le tiraba salvajemente del brazo.

El campesino volvió la cabeza y al mirarlo, efectivamente era el monstruo que había visto a la orilla del arroyo. Del susto, se cayó de la mula y perdió el conocimiento.

La mula conocía el camino de vuelta y llegó a la casa. La familia temió que pasara algo malo y fueron por los distintos caminos a buscarlo. Al final lo encontraron en el ángulo del paso y le llevaron a casa. Hacia la medianoche volvió a recuperar el conocimiento y contó lo que le había sucedido.

35. *El rey de las hormigas*

Érase que se era un sabio que se marchó de su hogar y se dirigió al pueblo más cercano. Allí había una casa de la que se decía que no era nada segura. Se encontraba en un sitio muy bonito y rodeada de un maravilloso jardín, así que la alquiló. Una noche que estaba estudiando sus libros, llegaron de repente cien caballeros que entraron en la habitación. Eran muy

pequeños y sus caballos eran del tamaño de mosquitos. Tenían halcones para cazar y perros tan pequeños como moscas y piojos.

Fueron a la cama que estaba en el rincón y tuvieron allí una gran cacería. Se podían distinguir claramente los arcos y las flechas, las redes y los lazos. Capturaron una gran cantidad de piezas y cobraron numerosos pájaros. Pero la caza no era mayor que un grano de arroz.

Cuando terminó la cacería, llegó una larga comitiva con banderas y estandartes. Llevaban espadas al costado y esgrimían lanzas en la mano. Hicieron un alto en la esquina norte de la habitación. Les seguían algunos cientos de criados, que llevaban cortinas y ropa de cama, tiendas y palos, ollas y marmitas, platos, tazas, mesas y sillas. Otros esclavos, también a cientos, llevaban todo tipo de delicadas viandas y ofrecían agua y tierra. Otros iban de un lado a otro, vigilando los caminos y llevando mensajes. El sabio acostumbró su vista paulatinamente. Aunque los hombrecillos eran minúsculos, podía distinguir claramente todos los detalles.

Poco más tarde, apareció una bandera multicolor; tras ella iba un caballero con un sombrero color escarlata y vestiduras púrpura. Iba rodeado de un cortejo de varios cientos de personas. Ante él iban hombres a pie con bastones y látigos limpiando el camino.

Un hombre con casco de hierro y una lanza de oro en la mano gritó: «¡Su alteza se digna mirar los peces del lago púrpura!». A estas palabras, el del sombrero púrpura descendió del caballo y se dirigió con un séquito formado por varios cientos de hombres a la fuente que el sabio utilizaba en las festividades. Allí había tiendas montadas y un festín preparado. Había un gran número de invitados; los músicos y los bailarines estaban preparados. Los colores púrpura y escarlata,

verde y rojo, se mezclaban en las vestiduras. Las flautas y los pitos, los violines y los timbales, empezaron a sonar y los bailarines desarrollaron la danza. La música se oía muy bajo, pero se podían distinguir claramente las diferentes melodías. Y todo lo que se hablaba: las conversaciones de la mesa, las órdenes, las respuestas y las llamadas, todo se podía diferenciar.

Tras tres golpes, habló el del sombrero escarlata: «¡Adelante, preparad los aparejos de pesca!».

Al instante arrojaron las redes, y los cestillos en el agua que había en la fuente, y empezaron a pescar cientos de peces. Incluso el del sombrero escarlata lanzaba el anzuelo en las aguas poco profundas. Pescó una buena docena de carpas rojas.

Luego le ordenó al jefe de los cocineros que cocinase los pescados. Se prepararon distintos platos, y el olor de la grasa y de las especias impregnó toda la habitación.

El del sombrero escarlata quería hacer una broma desde su alta posición. Señaló al sabio y le dijo: «Yo no sé nada de todos esos escritos y manuales de los santos y de los sabios, y, sin embargo, soy un rey muy honrado. Ese sabio de ahí se esfuerza durante toda su vida sobre los libros y, sin embargo, es pobre y no le proporciona nada. Si se aviene a servirme como fiel funcionario, puede compartir nuestra comida».

El sabio se enfadó y les golpeó con un libro. Ellos se arremolinaron y se precipitaron hacia la puerta. Él los siguió y cavó la tierra del agujero a través del cual habían desaparecido. Encontró un hormiguero tan grande como un tonel, en el que se arremolinaban innumerables hormigas verdes. Hizo un fuego y las quemó.

36. *El perrito de caza*

En Schansi vivía un estudiante que era muy ruidoso, por eso decidió establecer su domicilio en un templo budista. Pero sufría mucho porque en la habitación había un sinnúmero de chinches, moscas y pulgas, de manera que por la noche no podía dormir.

En una ocasión en que estaba echado descansando después de haber comido, llegaron dos caballeros minúsculos con penachos de plumas en el casco. Medirían unas dos pulgadas y montaban caballos grandes como langostas. Llevaban las manos cubiertas por guantes, en los que estaban posados halcones de la talla de un mosquito. Cabalgaban en círculos por la habitación a gran velocidad. En cuanto el escolar les dirigió la vista, entró otro caballero, que iba vestido igual que los primeros, pero que llevaba arco y flechas colgados a la espalda y le acompañaba un perro de caza del tamaño de una hormiga. Lo seguían caballeros e infantes en gran número, ciertamente varios cientos. Los halcones y los perros de caza también se contaban por centenas. Las moscas y mosquitos se echaron a volar, pero fueron todos atrapados por las aves de cetrería. Los perros subían a la cama y seguían el rastro de los piojos y de las pulgas, y se los comían. A los que se habían ocultado en las grietas, les azuzaban y los sacaban, así que en un corto período de tiempo habían matado a casi todos los parásitos.

El estudiante se hacía el dormido y los observaba. Los halcones descendieron sobre él y los perros se arrastraron por su cuerpo. Un poco más tarde llegó un hombre vestido de amarillo con una corona como las de los reyes. Se subió a una cama desocupada y allí se sentó. Al instante se dirigieron allí todos

los jinetes, se bajaron de las monturas y le llevaron las aves y la caza mayor, luego hicieron un grupo cerrado a su lado y hablaban en una lengua extranjera con él.

No mucho más tarde, el rey encargó una pequeña carroza y sus centinelas hicieron enganchar rápidamente los caballos. Subieron entre miles de gritos y parecía como cuando se tira un puñado de alubias. Tras ellos se levantó una espesa humareda.

Casi todos se habían marchado ya, y el estudiante seguía vigilándoles con miedo y admiración, pues no sabía de dónde habían venido. Se calzó los zapatos y se puso a investigar, pero se habían marchado sin dejar huella. Se dio la vuelta y miró por todo el cuarto; pero no había nada. Sólo un perro que habían dejado sobre un banco de piedra que estaba en el muro. El estudiante lo cogió rápidamente. Lo puso en una caja de tinta y lo observó por todos los costados. Tenía la piel fina y muy brillante, y llevaba un collar al cuello. Quería alimentarlo con unas migajas, pero el animal las olisqueó y no las comió. Saltó a la cama y buscó entre la ropa y las mantas chinches y piojos, y se los comió. Luego volvió y se echó. Al día siguiente, por la mañana, el estudiante temía que el perro se hubiera ido, pero éste estaba acurrucado en el mismo sitio que antes. Cada vez que él se iba a dormir, el perro saltaba sobre su cama y mataba a todos los parásitos que podía encontrar. Las moscas y mosquitos ya no se atrevían a dejarse ver y al estudiante le parecía maravilloso.

Pero una vez que se quedó dormido durante el día y que el perrito se había enroscado junto a él, se despertó, se incorporó y se echó de costado. Sintió algo y se temió que fuera su perro. Se levantó rápidamente y miró, pero ya estaba muerto y tan plano como si fuera un papel.

Por supuesto, los parásitos volvieron.

37. *El dragón tras el período de hibernación*

Hubo una vez un sabio que leía en el piso superior de su casa. Era un día nublado de lluvia y el tiempo era desapacible. Él vio algo pequeño que brillaba como una luciérnaga. Se arrastraba por la mesa y, a su paso, iba dejando un rastro negro y curvado como el de las lombrices. Poco a poco llegó al libro y también el libro se volvió negro. Entonces pensó que podría tratarse de un dragón. Por eso lo cogió con el libro y lo sacó a la puerta. Él se quedó un buen rato allí, pero el animal estaba muy tranquilo, sin enfadarse lo más mínimo.

El sabio le habló: «Que no se diga que he sido descortés». Volvió a meter el libro en la habitación y lo dejó sobre la mesa. Luego se puso el traje de fiesta, hizo una profunda reverencia y le acompañó afuera.

Apenas había llegado a la puerta, vio que levantaba la cabeza y se estiró. Se echó a volar por encima de los libros con un zumbido e iba formando un rastro brillante en ellos. Serpenteó en dirección al sabio y su cabeza ya era del tamaño de una vasija y su cuerpo tenía el perímetro de una braza. Otro serpenteo: entonces se oyó un horrible trueno y el dragón se marchó volando por los aires.

El sabio entró y vio por dónde había venido el animalito. El rastro iba y volvía a la cesta de libros.

38. *Los espíritus del río Amarillo*

Los dioses del río Amarillo se llaman Daiwang («gran rey»). Desde hace muchos cientos de años, los vigilantes de las pre-

sas del río informan de que regularmente entre las olas del río se dejan ver monstruos, a veces con cuerpo de dragón, a veces con cuerpo de reses y caballos; y siempre que aparece uno de esos seres, a continuación hay una gran inundación. A lo largo del río se han construido templos. Los espíritus más importantes del río son honrados como si fueran reyes, los espíritus menos importantes, como si fueran nobles, y casi no hay día en que no se les ofrezca una ofrenda o se represente una obra de teatro en su honor. Cada vez que se rompe un dique, para cerrar la grieta vienen los enviados del emperador con diez grandes barritas de sándalo tibetano como ofrenda. Este sándalo se quema en una cesta de ofrendas en el templo y los encargados de vigilar las presas y sus empleados van a los templos a dar las gracias a los dioses por su ayuda. Se dice que los dioses del río son los esclavos fieles y justos de nobles de otros tiempos, que murieron trabajando en la construcción de diques en el río. Tras su muerte, sus espíritus se convirtieron en dioses del río, pero con cuerpo de serpientes, ranas y lagartos.

El más poderoso de estos espíritus es el rey de los dragones dorados. Se aparece frecuentemente como una serpiente pequeña de color oro, la cabeza cuadrada, la frente baja y unos lunares de color rojo en la parte superior de los ojos. Puede agrandarse o empequeñecerse a voluntad y puede hacer que las aguas suban o bajen. Aparece y desaparece. Vive en la desembocadura del canal del emperador en el río Amarillo. Aparte, hay varias docenas de reyes del río y señores nobles, entre los cuales cada uno ocupa una posición bien definida. Los marineros que navegan por el río Amarillo tienen listas detalladas en las que se sigue la vida y milagros de cada uno de los espíritus.

Uno de estos espíritus recibe el nombre de Estibador. Hace doscientos años, se había producido un agujero en un dique

del río y siempre que estaban a punto de cerrar la brecha, volvía a entrar el agua. El vigilante del río se fue al templo a rezar. Por la noche tuvo un sueño.

Oyó una voz que le decía: «Tiene que venir el estibador y luego se podrá arreglar la brecha. Es un muchacho del pueblo y tiene trece años».

Cuando el vigilante se despertó, se maravilló de su sueño.

Otro día fue a ocuparse del trabajo de la presa y volvió por la noche. Entonces oyó a una mujer que gritaba: «¡Ven, Estibador!». Hizo que se hicieran averiguaciones y vio que era el nombre de un muchacho pobre, cuya madre le había llamado para que fuera a cenar. Se lo compró a sus padres por treinta monedas de plata y al día siguiente se lo llevó al río. Le echaron a las aguas y los cientos de trabajadores tuvieron que ponerse inmediatamente a construir con la tierra. Al instante habían cerrado la abertura de la presa y calmado el remolino. Entonces vieron, en medio del río, una mano monstruosa flotando, que mediría unas dos varas. Todos los trabajadores gritaron de miedo, pero el vigilante y sus empleados se pusieron de rodillas y rezaron. Desde entonces se llamó al muchacho el dios del río.

Hace unos cien años, el río Amarillo volvió a provocar una fisura en la presa. El castigo del vigilante fue perder su posición social y le condenaron a que reparara la presa. Pero la grieta no se podía cerrar de forma alguna. El hombre era fiel y de nobles sentimientos, y pasaba día y noche trabajando. Siempre que estaba a punto de cerrar la fisura, ésta se reventaba y el agua volvía a entrar por el nuevo agujero. Él seguía al lado de los empleados, aterido, sin enfadarse. Sus esclavos tenían que llevarle en brazos a casa.

La noche había caído y los hombres que trabajaban en el río se habían retirado. Él se deslizó sigilosamente fuera de la

casa y se lanzó al río. Sus criados se dieron prisa en seguirle, pero no pudieron alcanzarle; al día siguiente se cerró la brecha. Más tarde se supo la cosa en la corte y al funcionario le llamaron el señor del río Amarillo.

A los espíritus del río les encanta observar las obras de teatro. Enfrente de cada templo se construye un escenario. Dentro del edificio están las tablillas del espíritu del rey del río, en el altar delantero hay un recipiente lacado en oro, lleno de arena pura. Cuando se ve ahí a una culebrilla, quiere decir que está el espíritu del río. Los sacerdotes tocan entonces las campanas y los timbales, y leen los libros sagrados en voz alta. El encargado informa inmediatamente y hace venir a un grupo de jugadores de ajedrez. Antes de empezar el juego, se sitúan frente al templo y doblan una rodilla pidiendo al rey que designe un actor. El rey elige a uno y le señala con la cabeza. También puede escribir signos en la arena con su cola. Entonces la obra empieza inmediatamente con el actor escogido.

No le interesa la desgracia o la buena fortuna de los hombres. Aparece y desaparece de repente, según le apetezca.

En una ocasión hubo un campesino que se dirigía con su carro al mercado. De repente, apareció el rey del río sobre el sombrero de paja del campesino sin que él se diera cuenta. La gente, que le señalaba por la calle, le gritaba y se arrodillaba ante el dios. Luego llevaron el sombrero de paja al templo y le ofrecieron una obra de teatro.

Entre la presa interior del río Amarillo y la presa exterior hay muchos establecimientos estancos. A menudo ocurre que el agua amarilla sube hasta el borde de la pared interior. La compuerta se alza como un muro y se va levantando. Cuando la gente lo ve, quema rápidamente incienso y se inclina sobre el río rezando y le promete al dios del río una pieza de teatro.

El agua se vuelve a retirar y en esas ocasiones se acostumbra a decir: «El rey del río ha vuelto a ganarse una obra de teatro».

Cerca del río hay una aldea en la que vivía un hombre muy rico. Alrededor del pueblo construyó un muro de piedra de veinte pies de altura, para impedir el paso del agua. Él no creía en los espíritus del río, aunque vivía tranquilo, confiado en la fuerza del muro.

Una noche llegó de repente el agua amarilla a los pies de la aldea. El rico hizo que se dispararan los cañones. Entonces el agua empezó a subir de una manera salvaje y rodeó el muro, llegando tan arriba, que tocaba las aberturas de los pináculos. El agua bramaba y silbaba, le faltaba poco para llegar a la altura superior del muro. Todo el pueblo estaba asustadísimo. Llevaron delante del muro al rico; le dijeron que se arrodillara y que pidiera perdón, prometieron una obra de teatro, pero no sirvió de nada; prometieron construir al dios del río un templo en el centro del pueblo y representar regularmente obras de teatro, y entonces el agua se fue retirando paulatinamente. Los campos de grano que había delante de la aldea no sufrieron ningún daño, sino que, gracias al lodo del río Amarillo, hubo una cosecha tan abundante que era el doble de lo habitual.

Un sabio atravesaba una vez unos campos con un amigo, de camino a la casa de un familiar. Pasaron por un templo dedicado al dios del río, delante del cual se estaba representando precisamente una nueva obra. El amigo le rogó que fuera con él a echar un vistazo. Entraron en el templo y vieron en la parte superior de las columnas delanteras dos serpientes verdes enroscadas en ellas y con la cabeza vuelta como si estuvieran viendo la obra de teatro. En la parte central del templo estaba el altar con el platillo de arena. Allí dentro había una culebrilla de cuerpo dorado, cabeza verde y un puntos rojos en la frente.

Había enderezado la parte delantera del cuerpo y sus ojillos miraban el decorado de la escena. El amigo se inclinó y el sabio hizo lo mismo.

Le preguntó en voz baja a su amigo: «¿Cómo se llaman los dioses del río?».

«El del templo —le respondió—, el dios Dragón dorado. Los dos de las columnas son dos señores feudales que no se atreven a ocupar un puesto junto al rey en el templo.»

El sabio se maravilló y pensó para sí: «¡Esa culebrilla! ¿Cómo va a tener el poder de una divinidad! Yo no la adoraré si no me demuestra antes su poder».

No había expresado en voz alta sus pensamientos, cuando vio que la culebrilla del altar desviaba la vista de la escena al altar en el que ardían dos velas enormes. Eran velas de un peso mayor de diez libras y tan gruesas como un árbol pequeño. Su fuego ardía como si fuera el de una antorcha. La serpiente estiró la cabeza y la puso en medio de la llama. La llama medía una buena pulgada y ardía con un fuego rojo. De repente cambió al color azul y se dividió en dos lenguas. La vela era tan grande y su fuego tan fuerte, que hubiera podido fundir el cobre o incluso el hierro, pero a la serpiente no le hizo nada.

Luego se arrastró hacia un soporte de incienso. El soporte era de hierro, tan grande que no era posible rodearlo con ambos brazos. La tapa mostraba un trabajo calado con ornamento de dragones. La serpiente se arrastró entre los agujeros de la tapa, recorriéndolos todos, de forma que parecía un bordado con hilos de oro. Al final había cubierto todos los agujeros de la tapa, los grandes y los pequeños. Para hacerlo hubiera debido medir unas buenas docenas de pies de largo. Luego volvió a levantar la cabeza y a mirar la representación.

El sabio se asustó, se inclinó dos veces y rezó: «Gran rey, te has molestado sólo por mí. Te adoro con toda mi alma».

Apenas había pensado estas palabras, la serpiente volvió al platillo y era tan pequeña como antes.

En Dsiningdschou se celebró, en un templo, el aniversario del dios del río. Como regalo de cumpleaños, se representó una obra de teatro en honor del dios. Los espectadores formaban una pared tan compacta como un muro. Entonces llegó un sencillo campesino de la región, que iba de paso, y dijo en voz alta: «¡Sólo se trata de un gran gusano! ¡Es una estupidez servirle como señor!».

Aún no había terminado de hablar cuando la serpiente salió del templo. Empezó a crecer y a crecer hasta que se enroscó con tres vueltas al escenario. Tenía el cuerpo tan grueso como una encina y su cabeza era igual a la de un dragón. Los ojos le resplandecían como lámparas de oro y escupía llamas rojas. Se estiró y se volvió a enroscar. El escenario temblaba y parecía como si quisiera destruirlo. Los músicos interrumpieron la interpretación y cayeron de rodillas, rezando sobre la escena. Toda la multitud se sobrecogió de miedo y se agachó. Entonces vinieron algunos ancianos, que arrojaron al campesino al suelo y empezaron a silbar y a golpearle hasta dejarle medio muerto. Él se arrodilló entonces ante la serpiente y le rezó. Se oyó un silbido como cuando se encienden cohetes. Pasó cierto tiempo y la serpiente desapareció.

Al este de Schantung está la ciudad de Döngdschoufu. Allí hay una torre de observación sobre la que se alza un gran templo. A sus pies está la ciudad del Agua, y allí hay una puerta de entrada al mar, por la que pasa la corriente que baña la ciudad. Junto a la puerta hay una garita del guarda costero.

Érase una vez un oficial que fue destinado a esta ciudad como gobernador. No hacía mucho tiempo que estaba en su destino y anteriormente había sido un señor feudal. Invitó a algunos amigos a cenar. Junto al pabellón había una gran roca en forma de mesa. Allí apareció repentinamente una culebrilla que se enroscaba. Era verde con manchas y la cabeza era cuadrada con lunares rojos. Los soldados quisieron matar al animalito, pero el gobernador se lo impidió.

Habló con una sonrisa: «¡No le hagáis nada! Es el rey del río de Dsiningdschou. Cuando yo estaba allí, me visitó varias veces y yo le honraba con ofrendas y obras de teatro. Ahora viene aquí para desearme suerte y ver cómo le va a su viejo amigo».

En aquel lugar había un pabellón para la música; la gente podía cantar y bailar igual que hacen los grupos de teatro. El hombre hizo que empezara inmediatamente una obra de teatro y preparó otro banquete con vino y alimentos exquisitos e invitó al rey del río a que tomara asiento.

Fue cayendo la noche y el rey del río no mostraba voluntad alguna de marcharse.

Entonces el gobernador se inclinó hacia él y le dijo: «Aquí estamos muy lejos del río Amarillo y la gente nunca os ha oído nombrar. Ha sido un gran honor para mí el que me hayáis visitado. Pero las mujeres y los tontos que se han reunido aquí, y os miran con la boca abierta, tienen miedo de oír hablar de vos. Ahora que habéis visitado a vuestro viejo amigo, debéis marcharos».

Cuando acabó de hablar hizo que trajeran una litera; los timbales resonaban y se lanzaron petardos; para terminar tiraron nueve cañonazos como acompañamiento. La serpiente subió al palanquín y el gobernador la escoltaba. Así llegaron al puerto, y cuando quiso despedirse, la serpiente ya se iba na-

dando por el agua. Se había vuelto mucho mayor, hizo un movimiento de cabeza en dirección al hombre y desapareció.

Entonces un incrédulo le preguntó: «El dios del río vive a mil millas de aquí. ¿Cómo ha podido llegar aquí?». El gobernador le contestó: «Es tan poderoso que puede ir donde quiera, y, además, hay un canal que llega desde aquel río al mar. En un abrir y cerrar de ojos puede recorrer el camino y venir nadando por el mar».

39. *La princesa dragón*

Junto al lago de Dungting hay una montaña. En la montaña hay una caverna, que es tan profunda que no tiene fondo.

En una ocasión, hubo un pescador que cuando iba andando por allí, se escurrió y se metió dentro. Llegó a un lugar lleno de caminos maravillosos que se extendían durante muchas millas, pasando por valles y montañas. Al final, llegó al palacio de un dragón, situado sobre una amplia llanura. Allí había una capa de limo verde que le llegaba hasta las rodillas. Llegó a la puerta de entrada del castillo. Un dragón montaba la guardia; escupía agua que se convertía en luminosa niebla. Al otro lado de la puerta, dentro del recinto, había un dragón sin cuernos, que levantaba la cabeza, le señalaba con la garra y no le dejaba entrar. El pescador pasó varios días en el agujero. Calmaba el hambre con el lodo verde, que sabía como las plantas de arroz. Por fin se volvió a encontrar fuera. Contó lo que le había sucedido al hombre del ministerio, que a su vez informó al emperador. El emperador hizo llamar a un sabio y le preguntó por aquel asunto.

El sabio le respondió: «Ese agujero tiene cuatro salidas. Una lleva a la orilla sudoeste del lago Dungting. La segunda lleva a un valle del país de las Cuatro Corrientes, la tercera desemboca en una caverna de la montaña Lofu y la cuarta en una isla del mar del Este. En ese agujero vive la séptima hija del rey dragón del mar del Este, la cual se dedica a vigilar sus perlas y tesoros. En los tiempos antiguos, ocurrió que un aprendiz de pescador robó una perla que estaba bajo la barbilla de un dragón negro. El dragón estaba dormido; por eso el muchacho pudo robarle la perla sin correr peligro. El tesoro de la hija del dragón está precisamente constituido por miles y millones de esas nimiedades. Tiene varios miles de dragoncillos a su servicio. Los dragones tienen la característica de tener miedo de la cera. Les encantan las piedras de jade que son bonitas, las cavernas donde hay verdín y les gusta comer golondrinas. Cuando se les envía un emisario, pueden regalarle costosas perlas».

El emperador se alegró muchísimo y ofreció una gran recompensa a aquel que fuera capaz de ir al palacio del dragón como emisario.

Primero se presentó un hombre que se llamaba So Pi-Lo, pero el sabio dijo: «Un antepasado tuyo mató hace mucho tiempo a cien dragones del mar del Este y los dragones le mataron al final. Los dragones son enemigos de tu familia, así que tú no puedes ir».

Luego llegó un hombre de Cantón, Lo Dsï-Tschung. Éste, que venía con dos hermanos, dijo que algún antepasado suyo había estado políticamente emparentado con la familia del rey dragón. Por lo tanto, estaban en buenas relaciones con los dragones; en consecuencia, rogaban que les dejaran ser los emisarios.

El sabio les preguntó: «¿Tenéis todavía la piedra que doblega a los dragones?».

«Sí —le contestaron—, la hemos traído.»

El sabio hizo que se la mostraran. Después se dirigió a ellos: «Esta piedra sólo sirve para los dragones que hacen las nubes y que envían la lluvia: no sirve para los dragones que guardan las perlas del rey del mar». Les volvió a preguntar: «¿No tenéis nada para someter a los dragones?».

Cuando dieron una respuesta negativa, el sabio les preguntó: «¿Cómo vais a someter entonces a los dragones?».

El emperador preguntó: «¿Para qué?».

El sabio le contestó: «En el mar del Oeste hay comerciantes extranjeros que venden pases para tratar con dragones. Hay que ir allí e intentarlo con ellos. También sé de un hombre santo que es un entendido en los secretos de los dragones y que tiene diez libras de piedras de dragones preparadas. También habrá que enviar a alguien allí».

El emperador envió embajadores, que se encontraron con un discípulo del santo y que consiguieron de él dos piedras planas. El sabio dijo: «Ésta es la piedra correcta».

Pasaron algunos meses y y consiguieron una píldora para poder estar entre los dragones. El emperador estaba muy contento e hizo que sus joyeros cortaran dos tablillas del jade más fino, que fueron pulidas con las cenizas del árbol de la cólera; luego hizo preparar una esencia del más fino verdín de las cavernas, al que dio consistencia con gelatina de pescado y fue endurecido al fuego. Con ese material construyó dos jarrones. Luego hizo que los emisarios se untaran de cera vegetal el cuerpo y la ropa y les dio quinientas golondrinas asadas.

Así se dirigieron a la caverna. Al llegar al palacio del dragón, el pequeño dragón que estaba de centinela a la puerta olió la cera. Se encogió y no les hizo nada. Entonces le sobornaron con cien golondrinas para que les anunciara a la hija del dragón. Les dejaron entrar y presentaron como regalo los ja-

rrones, las tablillas de jade y las cuatrocientas golondrinas. La hija del dragón los acogió con agrado y entonces le entregaron la carta del emperador.

En el palacio había un dragón de tres mil años que podía convertirse en hombre y que podía traducir el lenguaje de los hombres. La hija del dragón entendió entonces que el emperador le había mandado un regalo y correspondió con tres grandes perlas, siete perlas pequeñas y un cántaro lleno de perlas corrientes. Los emisarios se despidieron, montaron con sus perlas sobre un dragón y al instante se encontraban a la orilla del Yangtsekiang. Entonces se dirigieron a Nanking, la capital del imperio, y allí le entregaron las perlas al emperador.

El emperador estaba muy contento y se las mostró al sabio. Él le dijo: «De las tres grandes perlas, una es una perla de los deseos de los dioses de tercera calidad y dos son perlas de dragón negro medianamente buenas. De las siete perlas pequeñas hay dos perlas de serpientes y cinco son perlas de bivalvos, todas ellas de primera calidad. El resto de las perlas son en parte perlas de grullas marinas y en parte perlas de ostras y caracoles. No se iguala su valor con el de las perlas grandes, pero en tierra habrá pocas perlas idénticas a ellas».

El emperador se las mostró más tarde a toda su servidumbre, que tomaron las palabras del sabio por bobadas y no se creyeron nada de lo que había dicho.

El sabio respondió: «La perla de los deseos de primera calidad tiene un resplandor que se ve a cuarenta millas de distancia, la de calidad media a veinte y la de tercera a diez millas. Mientras se vea su brillo no hay viento ni lluvia, ni truenos y relámpagos, no hay agua, ni fuego ni armas. Las perlas del dragón negro son de nueve colores y lucen de noche. En cuanto se ve su luz, el veneno de las serpientes y de los insec-

tos queda anulado. Las perlas de las serpientes son de siete colores, las de los bivalvos de cinco. Todas ellas lucen de noche. Las mejores son las que no presentan manchas. Se producen en el estómago de los bivalvos y crecen y decrecen al ritmo lunar».

Cuando uno de ellos le preguntó cómo se distinguían las perlas de las grullas y de las serpientes, el sabio le respondió: «Los propios animales las reconocen».

El emperador hizo que se eligieran en secreto una perla de serpiente y una de grulla y las mezcló con todo un recipiente lleno de perlas corrientes y las echó en el suelo del patio. Entonces fueron a buscar una gran serpiente amarilla y una grulla negra y las pusieron entre las perlas. Inmediatamente la grulla cogió la perla de grulla en el pico y empezó a cantar, bailar y revolotear a su alrededor. La serpiente, por su lado, reptó hacia la perla de serpiente y se enrolló dando varias vueltas a su alrededor. Cuando la gente lo vio, entonces creyó las palabras del sabio. También lo que había dicho sobre el brillo de la perla grande y de la pequeña fue exactamente como lo había dicho el sabio.

Los emisarios habían recibido en el palacio del dragón delicados alimentos: flores, hierbas, ungüentos y azúcar. Lo que les había sobrado lo habían llevado a la capital. Pero en cuanto lo sacaron al aire, se endureció como si se tratara de piedras. El emperador ordenó que lo llevaran a la cámara del tesoro. Luego concedió a los tres hermanos una buena posición social y títulos y les regaló a cada uno mil rollos de fino paño de seda. También hizo que se investigara por qué el pescador no había sido asesinado por los dragones cuando entró en la gruta. Resultó que su traje de pesca estaba mojado de aceite de lino y de cera vegetal. Los dragones habían tenido miedo del olor.

40. *El socorro en un mal trance*

A veinte millas al este de Gingdschou está el lago de las Muchachas, que tiene un perímetro de varias millas. Está rodeado de tupidos arbustos verdes y de altos bosques. Sus aguas son claras, de un color azul oscuro. A menudo se puede ver allí todo tipo de animales maravillosos. Las gentes de los alrededores han construido allí un templo dedicado a la princesa de los dragones; en los tiempos difíciles se dirigen allí en peregrinación para rezar.

Al oeste de Gingdschou, a doscientas millas, hay otro lago, que recibe el nombre de rey Tschauna y en el que ocurren muchos milagros. En la época Tang había en Gingdschou un funcionario llamado Dschou Bau. Mientras ocupó su cargo ocurrió que el quinto mes del año se formaron de repente nubes, que se alzaban como montañas, entre las que se paseaban dragones y serpientes; estas nubes se movían yendo de un lago al otro. Hubieron tales tormentas, lluvia, truenos y relámpagos que las casas se caían y los árboles se desarraigaban. También murieron algunos hombres y los cultivos de grano sufrieron grandes daños. Dschou Bau se tomó la culpa como si fuera personal y rezaba por el pueblo.

Al quinto día del sexto mes, estaba hablando con justicia en el ayuntamiento que ocupaba y se sintió de repente cansado y soñoliento. Se quitó el sombrero y se reclinó sobre el cojín. Apenas había cerrado los ojos, cuando vio a un guerrero con casco y armadura, que llevaba una alabarda en la mano y que estaba junto al bordillo del peldaño de la entrada de la sala anunciando: «Hay ahí afuera una dama que desearía entrar». Dschou Bau le preguntó: «¿Y tú, quién eres?». La respuesta fue: «Soy vuestro centinela de la torre. En el inseguro mundo de-

sempeñé ese puesto durante muchos años». Mientras tanto, subían las escaleras dos cazadores, que se arrodillaron ante él y le dijeron: «Nuestra señora ha venido a visitaros». Dschou Bau se incorporó. Vio unas nubes maravillosas, de las que destilaba fina lluvia y se esparcía un olor desconocido que le embrujaba. Vio al instante a una mujer vestida con un sencillo traje, pero de una belleza inconmensurable, que descendía de las alturas, seguida de muchas esclavas. Todas ellas eran de gran pureza e iban bien enjoyadas. Servían a la mujer como si se tratara de una princesa. Cuando entraron en la sala, ella alzó los brazos a modo de saludo. Dschou Bau se acercó a ella y la invitó a que tomara asiento. Por todas partes surgían nubes multicolores y un aire de tono purpúreo llenaba el patio. Dschou Bau hizo que trajeran vino y comida y la agasajó lo mejor que pudo. Pero la diosa estaba inmóvil, con los ojos muy abiertos y las pupilas fijas, y parecía muy triste. Luego se alzó, se puso ante él y le dijo enrojeciendo: «Hace muchos años que vivo aquí en los alrededores. La desgracia que me ha sucedido me ha quitado el temor a traspasar los límites de la insolencia y me da el valor para presentaros una petición. Aunque no sé si querréis prestarme auxilio».

«¿Podría saber de qué se trata? —respondió Dschou Bau—. Si puedo serviros, estoy encantado de ponerme a vuestra disposición.»

La reina le respondió: «Mi raza vive desde hace siglos en las profundidades del mar del Este. Luego nos sucedió la desgracia de que nuestros tesoros despertaran la codicia de los hombres. El antepasado de Pi-Lo aniquiló casi por completo a los nuestros quemándolos con fuego. Nuestros antepasados tuvieron que huir y esconderse. No era cuestión de tomar venganza. Hace poco, nuestro enemigo Pi-Lo en persona ha querido ir a entregar una misiva real de parte del emperador. Con

la excusa de traer perlas y tesoros ha querido introducirse en el castillo de los dragones y terminar de quemar a nuestra raza. Por suerte, un sabio ha descubierto sus alevosas intenciones y le ha impedido ir. En lugar de él, envió a Lo Dsï-Tschung y a sus hermanos. A pesar de todo, los nuestros no se sienten a salvo de los futuros daños que los vuestros podrán causarles, por lo que se han marchado muy lejos, hacia el oeste. Mi padre ha hecho muchos favores a los humanos y es muy honrado. Yo soy su novena hija. Con dieciséis años me casaron con el hijo pequeño del dragón del campo. Mi buen marido era un ser muy violento; por lo que muy a menudo atacaba los buenos lugares, y, antes de que yo viviera un año con él, el cielo le castigó. Yo me quedé sola y volví a la casa paterna. Mi padre quiso casarme por segunda vez, pero yo quería serle fiel a mi marido y juré que no seguiría el consejo de mi padre. Mis padres se enfadaron y tuve que apartarme de ellos. Ahora hace tres años de ello. ¿Quién iba a pensar que un dragón corriente, como Tschauna, que buscaba esposa para su hermano pequeño, iba a obligarme por la fuerza a aceptar el regalo nupcial? Yo rehusé aceptarlo, pero Tschauna supo acercarse a mi padre y decidió seguir adelante con su propuesta. Mi padre, sin preocuparse de si yo quería o no hacerlo, me habló de él. Entonces llegó el dragón Tschauna con su hermano pequeño y quería obligarme con las lanzas. Yo le planté cara con mis cincuenta seguidores y luchamos en la era que hay delante de la ciudad. Fuimos vencidos y ahora tengo miedo de que el muchacho me quiera producir tal daño que no pueda dejarme ver nunca más por mi difunto esposo. Por eso he tenido el valor de rogaros que me alquiléis tropas para rechazar al enemigo y poder conservar mi estado de viudez. Si me ayudáis, os estaré agradecida hasta el final de mis días».

Dschou Bau le respondió: «Vos sois de una noble raza. ¿No

tenéis parientes que cuando padecéis tal necesidad se apresuren a daros su ayuda, en lugar de tener que dirigiros a un hombre mortal?».

«Es cierto que mi raza es numerosa y conocida. Si yo enviara una carta y vinieran en mi ayuda, aplastarían a Tschauna, esa escamilla, como si fuera un diente de ajo. Pero mi difunto esposo pecó ante el cielo; y todavía no ha sido perdonado. Además tengo la voluntad de mis padres en contra, de forma que no puedo pedir ayuda a mi familia. Ya entenderéis en qué necesidad me hallo». Entonces Dschou Bou le prometió su ayuda, y la princesa le dio las gracias y se despidió.

Cuando despertó, suspiró largamente a causa del extraño suceso. Al día siguiente envió quinientos soldados al lago de las Muchachas para que estuvieran alerta.

Al séptimo día del sexto mes, se levantó Dschou Bau temprano. Todavía se veía oscuridad a través de la ventana, pero sin embargo le pareció ver a un hombre delante de la cortina. Le preguntó quién era. Él contestó: «Soy el consejero de la princesa. Ayer tuvisteis la bondad de enviarnos soldados para ayudarnos en el problema en que nos encontramos. Pero todos ellos son hombres vivos. No pueden esgrimir armas contra los seres invisibles. Debéis enviar soldados muertos, y entonces podrán servirnos de ayuda».

Dschou Bau se quedó pensativo un largo momento y luego se dio cuenta de ello: «¡Naturalmente, tiene que ser así!». Entonces hizo que los escribas de campaña miraran en las listas cuántos de sus soldados habían caído en combate; contaron dos mil infantes y quinientos jinetes. Puso a su cargo a un oficial muerto, a Mong Yüan. Escribió la orden en un papel y lo quemó para servirle de ayuda a la princesa a su manera. Hizo que los soldados vivos volvieran. Cuando se informaba sobre la vuelta de sus soldados en el patio, un soldado cayó de

repente sin sentido y no volvió en sí hasta el día siguiente temprano. Le preguntaron y respondió: «Vi a un hombre vestido de rojo que venía hacia mí y me hablaba: "Nuestra princesa está agradecida por la generosa ayuda de vuestro señor. Pero tiene otro ruego, por el que he tenido que llamaros". Le seguí hasta el templo. La princesa me hizo entrar y me dijo: "Le agradezco de corazón a vuestro señor que me haya enviado el espíritu de los soldados. Pero Mong Yüan no es un buen dirigente. Los ladrones llegaron ayer con trescientos soldados y Mong Yüan fue vencido por ellos. Cuando volváis y estéis ante vuestro señor, decidle que le ruego que nos mande un capitán más valeroso. Quizás entonces me sirva su ayuda". Luego me dejó volver y volví en mí».

Cuando Dschou Bau oyó estas razones, que correspondían tan maravillosamente a sus sueños, quiso ver si funcionaba una idea. Por eso, eligió al victorioso caballero Dschong Tschong-Fu para que reemplazara a Mong Yüan. Por la noche encendió incienso, escanció vino y envió el alma de este caballero a la princesa.

El día vigésimo sexto del mes llegó al campamento del señor feudal la noticia de que él había muerto repentinamente el día decimotercero a media noche. Dschou Bau se asustó y envió a un hombre a que investigara sobre él. Éste informó de que la tumba del difunto todavía no se había enfriado. Además, el cadáver no presentaba ninguna marca de descomposición a pesar del calor del verano. Así que se dio la orden de no enterrarle.

Una noche se levantó un viento helado de ánimas, la arena y las piedras rodaban. Los árboles se partían y caían sobre las casas. Todo el cereal de los campos fue tumbado de un soplo. En todo el día no cesó el viento. Al final se oyó el crujido de un trueno. El cielo se volvió a aclarar, las nubes desaparecieron.

A esa hora empezó el señor feudal a respirar en su cama con un ronquido y cuando los suyos fueron a mirar, había vuelto a la vida.

Entonces le preguntaron y él contó: «Primero vi a un hombre vestido de color púrpura, montado en un caballo negro que llegaba precedido de un gran séquito. Descabalgó ante la puerta. En la mano llevaba unas credenciales y me las dio, mientras me decía: "Nuestra princesa os ruega que le concedáis el honor de ser su caballero. Espero que no se lo neguéis". Luego me mostró los regalos y subió por la escalera. En el patio apiló jade, trajes de seda y de brocado, sillas de montar, caballos, yelmos, armaduras. Quise negarme, pero no me dejó y me hacía apresurarme para que subiera con él al coche. Anduvimos cien millas y entonces llegó un cortejo de trescientos caballeros con armadura, que venían a recogerme. Me condujeron a una gran ciudad. Delante de esa ciudad habían levantado una tienda, donde la banda tocaba. Un alto funcionario me sirvió vino a modo de bienvenida. Cuando entré en la ciudad, los mirones formaban una especie de muro. Los sirvientes iban y venían llevando órdenes. Atravesamos una buena docena de puertas hasta que llegamos a un castillo. Allí fui invitado a bajarme del caballo y a cambiarme el traje para presentarme a la princesa. La princesa quiso que fuera su huésped, pero a mí me pareció demasiado honor y la saludé desde los peldaños que conducían al trono. Ella, sin embargo, me invitó a tomar asiento a su lado en la sala. Estaba allí sentada, erguida, era de una belleza inigualable y estaba rodeada de numerosas sirvientas maquilladas y vestidas de ricas telas. Tocaban las cuerdas y hacían sonar las flautas. Una enorme cantidad de sirvientes se encontraba a su alrededor; sus trajes estaban adornados con cinturones dorados y con borlas de color púrpura y estaban prestos a cumplir órdenes. El número de

sirvientes que había ante el palacio era incontable. Cinco o seis visitantes estaban sentadas formando un círculo alrededor de la princesa y un caballero me condujo al sitio que me correspondía. La princesa me dijo: "Os he rogado que vinieseis para que toméis el mando de mi ejército. Si sois capaz de vencer a mi enemigo, os recompensaré con grandes riquezas". Luego sirvieron vino y trajeron la comida, acompañada de sones musicales. Mientras estábamos comiendo llegó un emisario: "El ladrón de Tschauna ha entrado con diez mil infantes y caballeros en nuestras tierras y se acerca por varias direcciones a nuestra ciudad. El humo y las antorchas van marcando su camino". Todos los invitados empalidecieron de miedo cuando escucharon la noticia. Y la princesa dijo: "Ése es el enemigo por el que os he rogado que vinierais. ¡Ayudadme en la desgracia!". Luego me dio dos caballos de batalla, una armadura de oro y la bandera de caballero y me hizo una reverencia. Pasé por delante de ella agradecido. Llamó a los dirigentes, hizo que viniera el ejército y se fue delante de la ciudad. Colocó en algunos puntos estratégicos tropas en la retaguardia. El enemigo ya se acercaba con todo su poder, sin preocupaciones y con el ánimo alegre, seguro de su rápida victoria. Primero envié a mis soldados peores para que se dejaran vencer y le dieran ánimo. Luego salieron a su encuentro los caballeros de armas ligeras y se retiraron en una escaramuza, de forma que se encontró el enemigo en la retaguardia. Al momento se oyeron tambores y timbales. El círculo se cerró completamente y el ejército del ladrón sufrió una gran derrota. Los muertos cubrían el suelo como ramas de cáñamo, y pude vencer al pequeño Tschauna. Envié a la caballería ligera en su persecución y le prendieron ante la tienda del caballero enemigo. Lo más rápidamente posible hice que fueran a llevarle la noticia a la princesa. Ella hizo desfilar a los prisioneros delante del pala-

cio. Todo el pueblo, tanto los nobles como el pueblo bajo, afluyó al palacio para darle la enhorabuena. El pequeño Tschauna debía ser ejecutado en la plaza del mercado. Entonces llegó de improviso un emisario a caballo que traía una orden del padre de la princesa, según la cual debía perdonarle. La princesa no se atrevió a desobedecer la orden, así que le dejó volver a su casa, después de que hubiera jurado libremente abandonar todo pensamiento criminal. Yo fui altamente recompensado de mi victoria con numerosas mercedes. Se me concedió un feudo en el que había tres mil campesinos. Me dieron un palacio, carros y caballos, todo tipo de joyas, mancebos y doncellas, jardines y bosques, estandartes y aprestos bélicos. También los soldados fueron recompensados según los servicios prestados. Al día siguiente se dio un banquete en el que se encontraban también presentes las mujeres que estaban de visita. Bebimos hasta que la noche estaba bastante avanzada. La princesa llenó ella misma una copa de vino, hizo que me lo trajera una sirvienta y habló: "Enviudé muy pronto y me opuse a la voluntad de mi rígido padre y escapé a este lugar. Entonces el bribón de Tschauna me acosó y habría hecho caer sobre mí vergüenza y deshonor, si la bondad de vuestro señor y vuestra valentía no me hubieran socorrido. Hubiera corrido la suerte de aquella princesa que fue obligada por la fuerza a tomar esposo y que se volvió muda hasta su muerte". Luego empezó a pensar en ella y le corrieron puras lágrimas de pena por el rostro. Yo me incliné ante ella y le pedí dispensa para volver a ver a los míos. Había transcurrido un mes. Al día siguiente me dio un rico séquito. Ante la ciudad había un pabellón, que habían levantado para ofrecerme una bebida de despedida. Así me alejé de allí a caballo y cuando llegaba ante nuestra puerta, oí el crujido de un trueno y me desperté».

El caballero escribió después el informe para Dschou Bau, en el que le transmitía el agradecimiento de la princesa. A partir de entonces ya no se preocupó de los asuntos del mundo, sino que puso la casa en manos de su mujer y de su hijo. Cuando había pasado un mes, se murió sin haber padecido enfermedad alguna.

Aquel día, uno de sus oficiales había salido. Vio de repente una nube de polvo que se movía, entre la cual se veían banderas y estandartes que tapaban el sol. Mil caballeros escoltaban a un hombre que iba a caballo, orgulloso y heroico. Cuando le miró a la cara, se dio cuenta de que era el señor Dschong-Fu. Se dio prisa en llegar a la curva que hacía el camino, para tener un sitio donde poder ver al cortejo que pasaba cabalgando. Se dirigían al lago de las Muchachas, donde desaparecieron.

41. *La princesa repudiada*

En los tiempos del reinado Tang había un hombre llamado Liu I que había suspendido su examen de doctorado. Por eso se volvía a casa. Había andado seis o siete millas cuando un pájaro se echó a volar en un campo. El caballo se espantó y corrió durante diez millas, antes de que lograra hacerle parar. Vio a una mujer que cuidaba un rebaño de ovejas en la ladera de una montaña. Ella le miró; era guapísima, pero sus rasgos tenían la expresión de un dolor secreto. Él, maravillado, le preguntó qué le ocurría.

La mujer empezó a sollozar y le contó: «He tenido mala suerte y me he encontrado en la necesidad y la vergüenza. Puesto que tenéis la amabilidad de preguntarme, os diré clara-

mente todo: yo soy la hija pequeña del príncipe dragón del lago Dungting y me dieron en matrimonio al segundo hijo del rey dragón de Ging Dschou. Mi esposo era de espíritu poco reflexivo y me tomó por una muchacha intrigante, así que me repudió. Yo les presenté el problema a mis padres políticos, que tienen un amor ciego por su hijo, pero no hicieron nada. Cuando insistí, se enfadaron y me enviaron aquí a apacentar las ovejas».

Cuando hubo terminado de contarlo, empezó a llorar en voz alta a causa del dolor y no podía decir nada más. Luego continuó: «El lago Dungting está lejos de aquí, pero he sabido que vos tenéis que pasar por allí en vuestro viaje de regreso. Me gustaría daros una carta para mi padre; pero no sé si querréis hacerlo».

Liu I le respondió: «Vuestras palabras me han llegado a lo más hondo del corazón. Me gustaría tener alas y poder ir volando con vos fuera de aquí. Con mucho gusto le llevaré la carta a vuestro padre, pero el lago Dungting es grande y muy extendido, ¿cómo voy a encontrarlo?».

«En la orilla sur del lago hay un naranjo —le respondió la princesa—, la gente lo llama el árbol de las ofrendas. Cuando lleguéis allí, tenéis que deshacer vuestro cinturón y golpear con él el árbol por tres veces, entonces aparecerá alguien, al que debéis seguir. Cuando os encontréis en presencia de mi padre, contadle el problema en que me hallo y que espero con impaciencia su ayuda.»

Luego sacó de su seno una carta y se la dio a Liu I. Se inclinó ante él y, mientras sollozaba, dirigió su mirada hacia el este.

También rodaron algunas lágrimas por el rostro de Liu I sin que él se diera cuenta. Cogió la carta y la guardó en su bolsa.

Luego le dijo: «No entiendo por qué tienen que pastar vuestras ovejas. ¿También los dioses sacrifican animales?».

«No son ovejas corrientes —le respondió la mujer—; son esclavos de la lluvia.»

«Y ¿qué son los esclavos de la lluvia?»

«Son machos cabríos de truenos», le respondió la mujer.

Cuando él miró más de cerca, se dio cuenta de que los animales se acercaban con orgullo y fiereza, de manera totalmente diferente a las ovejas normales.

Liu I siguió hablando: «Si yo le llevo la carta a vuestro padre y vos volvéis sana y salva al lago Dungting, no debéis tratarme como a un extraño».

La mujer repuso: «¡Cómo iba a trataros como a un extraño! ¡Seréis mi más querido amigo!».

Después se despidieron.

Un mes más tarde, Liu I llegó al lago Dungting y preguntó por el naranjo, y lo encontró. Deshizo su cinturón y golpeó tres veces el árbol. Al instante surgió de una ola del lago un guerrero que le preguntó: «¿De dónde venís, noble huésped?».

Él contestó: «Tengo una importante embajada y quiero ver al rey».

El guerrero se volvió hacia el agua, había un camino sólido y por él le condujo. El palacio del dragón se alzaba ante ellos con sus mil puertas de entrada. Había flores maravillosas y hierbas poco conocidas que surgían en abundante profusión. El guerrero le dijo que esperara junto a una gran sala.

Él preguntó: «¿Cómo se llama este lugar?».

«Es el pabellón de los espíritus», fue la respuesta.

Liu I miró a su alrededor. Todas las joyas del mundo de los hombres estaban utilizadas de diferentes formas, todas con gran pompa. Las columnas eran de cuarzo blanco, adornadas de jade verde; los asientos eran de coral; las cortinas eran de cristal de roca, tan claro como el agua; las ventanas de vidrio torneado, adornadas de ricas verjas. Las vigas del techo esta-

ban adornadas por anchos arcos de ámbar. Un aroma desconocido se extendía por aquel lugar, cubierto por una oscuridad secreta.

Tuvo que esperar mucho tiempo al rey. El guerrero respondió a sus preguntas: «El señor está ahora en la torre de coral con el sacerdote del sol, con el que se digna hablar sobre el libro del fuego. Pronto habrá terminado».

Liu I siguió preguntando: «¿Qué le importa a él el libro sagrado del fuego?».

La respuesta fue: «Nuestro señor es un dragón. Los dragones son poderosos gracias a la fuerza del agua. Con una gran ola pueden cubrir montañas y valles. El sacerdote es un hombre. Los hombres obtienen su poder del fuego. Con una antorcha pueden hacer que arda el mayor palacio. El fuego y el agua son dos elementos opuestos porque su naturaleza es diferente. Por eso nuestro señor está hablando con el sacerdote para encontrar una forma en que el fuego y el agua puedan complementarse».

Apenas había terminado su explicación cuando apareció un hombre vestido de púrpura y con un cetro de jade en la mano.

El guerrero le dijo: «Ése es mi señor».

Liu I se inclinó ante él.

El rey le dijo: «¿No sois un hombre mortal?, ¿qué os trae aquí?».

Liu I dijo su nombre y contó: «Yo estaba en la capital, y allí suspendí un examen. Cuando llegaba a la salida del río Dschou vi a vuestra querida hija, que estaba cuidando ovejas, alejada de toda civilización. El viento hacía revolotear sus cabellos y la lluvia formaba una red con ellos. No pude soportar su desgracia y le hablé. Se quejó a mí de que su marido la había repudiado y lloró amargamente. Luego me dio una carta; por eso he venido a visitaros, rey».

Mientras hablaba, sacó la carta y se la dio al rey, que, en cuanto la hubo leído, se secó los ojos con la manga de la túnica y dijo con un gemido: «Todo esto sucede por culpa mía. Le he elegido un mal marido. Quise casar muy pronto a mi hija y he hecho que caiga allá lejos la desgracia y la vergüenza sobre ella. Vos sois un extraño y habéis estado a su lado en la necesidad; os estoy profundamente agradecido». Luego volvió a ponerse a sollozar y todos los presentes vertieron lágrimas. El rey dio entonces la carta a un servidor, que la llevó al interior del palacio. Un poco más tarde, se oyeron allí fuertes lamentos.

El rey tuvo miedo y se dirigió al funcionario: «Vete a decirles a los de dentro que no lloren tan alto; me temo que Tsiän Tang pueda oírlos».

«¿Y quién es Tsiän Tang?», preguntó Liu I.

«Es mi querido hermano —le respondió el rey—. Antes era el señor del río Tsiän Tang. Ahora ha sido sustituido.»

Liu I le dijo: «¿Por qué no puede enterarse del asunto?».

«Es tan salvaje e incontrolable —fue la respuesta— que me temo que pudiera tener lugar una desgracia. El diluvio que antiguamente, en tiempo del emperador Yau, duró nueve años sobre la tierra fue provocado por su enfado. A causa de no estar de acuerdo con un príncipe del cielo, provocó el diluvio que llegó hasta la cima de las cinco grandes montañas. Entonces el señor se enfadó con él y me lo trajo para que velara por él. Tuve que encadenarlo a las columnas del palacio.»

Pero aún no había terminado de explicarlo, cuando se oyó un estruendo repentino que rasgaba el cielo y que hacía temblar la tierra e hizo tambalearse el palacio, al tiempo que se dibujaban inquietantes nubes de humo. Un dragón rojo de mil pies de estatura, de ojos centelleantes, lengua roja como la sangre, escamas escarlatas y barba de fuego, se dirigía hacia allí.

Las columnas a las que había estado encadenado, las arrastraba junto con la cadena. Los truenos y relámpagos retumbaban en su cuerpo. Los candados, la nieve, la lluvia y el granizo formaban un torbellino. Se oyó un trueno y se echó a volar, desapareciendo.

Liu I cayó a tierra asustado. El rey le ayudó él mismo a levantarse y le dijo: «¡No tengas miedo! Ése es mi hermano, que se dirige rápidamente a Ging Dschou, presa de la ira. Pronto tendremos buenas noticias».

Entonces mandó que trajeran vino y comida, para agasajar al huésped. Cuando la copa había dado tres vueltas se levantó un susurrante viento de zafiro mientras caía una fina lluvia. Un jovencito vestido de púrpura y con un sombrero de pico entró. En el costado llevaba una espada, tenía mirada de hombre y de héroe. Detrás de él iba una muchacha de belleza radiante, vestida con un velo de niebla. Cuando él la vio, se dio cuenta de que era la princesa dragón, que se había encontrado en su camino. Un montón de muchachas vestidas de rojo la precedían entre risas y sonrisas en su entrada al palacio. El señor se presentó al joven y dijo: «Éste es Tsiän Tang, mi hermano».

Tsiän Tang le dio las gracias por haberles llevado la misiva. Luego se dio la vuelta hacia su hermano y le dijo: «He luchado con los dragones locos y los he vencido a todos».

«¿A cuántos has matado?»

«A seiscientos mil.»

«¿Los campos recibieron daño?»

«Se estropearon ochocientas millas.»

«¿Y dónde está ese esposo sin corazón?»

«Me lo he comido.»

Entonces el rey, preocupado, dijo: «Lo que había hecho ese muchacho disipado no era para perdonarle. ¡Pero comértelo

crudo! En el futuro no vuelvas a hacer algo así». Tsiän Tang lo prometió.

Aquel día, Liu I fue agasajado con una fiesta en el palacio. La música y las danzas dieron mayor esplendor a la comida. Entraron mil guerreros con antorchas y espadas en la mano. Se oyeron trompetas y trombones, vibraron los tambores y los timbales. Así representaron la danza guerrera. La música representaba cómo Tsiän Tang había vencido al enemigo. Al huésped se le pusieron los pelos de punta del miedo. Luego volvió a oírse música de cuerda, flautas y campanas de oro. Mil muchachas vestidas de seda verde y roja bailaron en rueda. La vuelta de la princesa fue representada con música, cuyos tones sonaban como canciones, sollozos, pena, quejas, y todo lo que oían hizo que se echaran a llorar. El rey del lago Dungting estaba contentísimo. Levantó la copa y bebió a la salud del huésped hasta que el vino borró todas las penas. Ambos señores dieron las gracias al huésped en verso y también Liu I contestó con unos versos apropiados para el brindis. Todos los cortesanos pidieron un aplauso. Después, el rey del lago Dungting cogió una caja de nubes azules en la que estaba el rinoceronte que descomponía el agua. Tsiän Tang hizo que una fuente de ámbar rojo se corriera hacia un carbunclo. Se la regalaron al huésped y también los otros que estaban en el palacio hicieron junto a él un montón con bordados, brocados y perlas. Liu I les daba las gracias sonriendo, rodeado por el brillo y los resplandores. Cuando el banquete terminó, durmió en el palacio del brillo congelado.

Días después hubo otra comida. Tsiän Tang, que estaba algo bebido, sentado como una marioneta, dijo: «La hija del rey del lago Dungting es delicada y hermosa. Ha tenido la desgracia de ser repudiada por su esposo. Hoy ya está disuelto el matrimonio. Me gustaría encontrar otro hombre para ella. Si

estuvierais de acuerdo, también sería ventajoso para vos. Si no es vuestra voluntad, id por vuestro camino y si volvemos a encontrarnos, no nos hemos visto nunca».

Liu I se enfadó por la poca seriedad con la que Tsiän Tang le hablaba. Se le subió la sangre a la cabeza y respondió: «He sido el emisario porque me apiadé de la princesa y no para sacar ventaja alguna. Matar al marido y hacer que la mujer caiga en la tentación, no es algo que haga un hombre justo. Aunque sólo sea un simple mortal, prefiero morir que actuar siguiendo vuestras palabras».

Tsiän Tang se levantó, se disculpó y dijo: «Mis palabras fueron muy precipitadas. Espero que no lo toméis a mal». También el rey del lago Dungting le habló bondadosamente y censuró a Tsiän Tang sus rudas palabras. No se volvió a hablar de matrimonio.

Unos días más tarde, se despidió Liu I y los reyes del lago le dieron otro banquete de despedida.

El rey le dijo entre lágrimas a Liu I: «Mi hija os está profundamente agradecida y no hemos tenido ocasión de devolveros la obligación contraída. Marchaos ahora, nos duele de corazón que os marchéis».

Luego la princesa le dio las gracias. Estaba de pie delante de él, colorada, le hizo una inclinación y le dijo: «¡Probablemente no volvamos a vernos!», y se le quebró la voz en un sollozo.

Liu I había rechazado las precipitadas requisiciones del tío, pero cuando vio a la princesa, toda encanto, de pie ante él, lo sintió en el alma; se puso violento y se marchó. Los tesoros que había recibido eran tantos que no se podían contar. El propio rey y su hermano le escoltaron hasta el río.

Cuando llegó a su hogar, vendió una centésima parte de lo que había recibido y su hacienda se contaba en millones y fue

el más rico de todos sus vecinos. Se casó en dos ocasiones y ambas mujeres murieron poco tiempo después. Así que vivía solo en la capital. Buscó una nueva esposa. Una casamentera vino a verle y le dijo que en el norte había una viuda que vivía con su hija. El padre se había hecho taoísta años atrás y había ascendido al cielo, perdiéndose entre las nubes sin volver jamás. La madre vivía, pues, con su hija pobremente, pero como la muchacha era tan extraordinariamente hermosa, buscaba un yerno pudiente.

A Liu I le pareció bien y se fijó el matrimonio. Cuando la noche de bodas vio a su esposa sin velo, comprobó que era igual que la princesa dragón. Le preguntó sobre ello, pero ella no le dio ninguna respuesta.

Tras un año le dio un hijo, y entonces le dijo a su marido: «Hoy te lo voy a confesar: sí que soy la princesa del lago Dungting. Cuando rechazaste la propuesta de mi tío y te marchaste, me puse enferma de añoranza y estuve al borde de la muerte. Mis padres querían hacerte venir, pero se temían que me rechazaras por mi origen, por eso me vistieron de muchacha humana y me casaron contigo. Hasta ahora no me atrevía a decírtelo. Pero ahora te he dado un hijo y espero que el amor que sientes por él te haga amar a la madre».

Entonces Liu I se despertó como si hubiera estado profundamente dormido, y ambos se amaron de corazón.

Un día le dijo su mujer: «Si quieres vivir eternamente conmigo no podemos seguir viviendo en el mundo de los humanos. Los dragones vivimos diez mil años y tú puedes compartir esa edad. ¡Vuelve conmigo al lago Dungting!».

Habían pasado diez años y nadie sabía dónde podía haber desaparecido Liu I. Un pariente suyo pasó por casualidad por el lago Dungting. Vio que una montaña azul salía de repente del agua.

Los marineros chillaron asustados: «¡Aquí no hay ninguna montaña, tiene que tratarse de un demonio acuático!».

Mientras seguían señalándola y observándola, la montaña se aproximó al barco y de su cumbre resbaló un colorido bote hacia el agua. A ambos lados había hadas. En el medio estaba sentado un hombre. Era Liu I. Saludó a su primo con la mano; éste se quitó el vestido y subió al bote. Cuando estaba entrando en el bote, ya se había convertido en una montaña. En la montaña había un magnífico palacio y en el palacio estaba Liu I, rodeado de música de cuerda y de alegres colores.

Se saludaron y Liu I le dijo a su primo: «Apenas nos hemos separado y ya tienes los cabellos grises».

El primo le respondió: «Tú eres un dios. Yo tengo cuerpo humano. ¡Así es la fortuna!».

Liu I le dio cincuenta píldoras diciéndole: «Cada píldora alarga un año tu vida. Cuando se te hayan terminado los años, ven aquí y no permanezcas en el mundo del polvo, donde sólo hay necesidad y trabajos!».

Luego le volvió a llevar a la superficie del lago y desapareció. Su primo, por el contrario, se volvió al mundo y, después de cincuenta años, cuando ya se había tomado todas las píldoras, desapareció para siempre jamás.

42. *La guarida del zorro*

Al oeste de la bahía de Kiautschou se encuentra un pueblo en la montaña, que se llama Villazorros. Al este del pueblo hay un elevado acantilado, en medio del cual hay una abertura tan redonda como la luna llena. A partir de la cueva sale un túnel

de una buena media milla de longitud que atraviesa la montaña de parte a parte. Los viejos dicen que allí dentro viven muchos zorros, por lo que nadie se atreve a entrar allí. El pueblo se llama así a causa de esa cueva.

Una vez pasaron por allí delante dos campesinos que se dirigían a la ciudad. Al llegar a la zorrera señalaron la entrada de la cueva y uno de ellos dijo en broma: «Si encendiéramos un buen fuego morirían todos los zorros y comadrejas abrasados».

El otro, que era un mediador, se echó a reír a carcajadas y respondió: «Si la fogata ardiera delante y el humo saliera por el otro extremo, ¡sería muy divertido!».

Cuando volvieron de la ciudad, el medianero empezó a llorar amargamente. Pronunció sus propios apellidos y una extraña voz habló, procedente de su cuerpo: «Yo soy tu padre. Tuve una muerte abominable. Hoy se me ha concedido que vuelva a casa de visita». Luego llamó a la madre del bromista y, cuando vino, la tomó por las manos y lloró amargamente hablándole de cosas que habían ocurrido en el pasado, cuando vivían juntos. Luego añadió: «¡Tengo mucha hambre! Prepárame enseguida vino y comida, pero que sea un pollo».

La madre del medianero creyó que era realmente el espíritu de su marido porque hablaron de cosas que nadie más sabía. Así que se echó a llorar también ella, muy conmovida. Pero a la mujer del medianero no le parecía un asunto muy claro y como además quería comer pollo, supuso que quizá podría estar endemoniado por un zorro.

Por eso empezó al momento a lamentarse declarando: «No tenemos vino en casa y las gallinas están empollando los huevos. Voy a prepararte un guiso de sémola. Tú eres un espíritu, querido suegro, y tienes el deber de no hacernos gastar innecesariamente».

La voz que salió de su marido era muy airada: «La mujer

que está en este cuarto no es honorable. Lo que habéis puesto en la gran tinaja que hay ahí, ¿no es vino? Y tenéis un montón de pollos. Cada día los alimentáis con una vasija de grano. ¿Por qué no queréis sacrificar uno solo para dar una alegría a vuestro difunto padre?».

La madre no lo pudo soportar por más tiempo y ordenó a la nuera que trajera pollo y vino, y el endemoniado empezó a comer y a beber. Pero cuando comía ponía los labios en forma alargada, como si fuera una comadreja, y ninguno de los presentes pudo evitar reír disimuladamente.

En la vecindad había un muchacho alto y fuerte; cogió un cuchillo y gritó: «¿No eres tú una vieja zorra que se hace pasar por nuestro difunto padre? Si no dices inmediatamente la verdad, te mato».

Al oírle, se le mudó al bromista el rostro a causa del miedo y del temor: «Yo no soy realmente el padre viejo —respondió—, pero éste pasó hoy con un campesino por nuestra cueva y dijo cosas terribles, que quería echarnos a toda la familia con humo. Por eso he venido para pagarle con la misma moneda. Conmigo ha venido otro que se ha encarnado en el otro campesino. Pero como me habéis preparado una comida, me voy a marchar y a llevarme a mi compañero».

Cuando hubo terminado de hablar, el bromista cayó en la cama y volvió en sí.

En la casa del labrador había ocurrido lo mismo. Cuando quiso echarse a dormir tras la comida, se le abrieron los ojos y no se encontraba en su ser. Se tiró al suelo, volvió a saltar y se elevó varios pies del suelo, de manera que se golpeó la cabeza con las vigas. Luego se golpeó el pecho y empezó a maldecirse a sí mismo. «¡Vivimos en la cueva de la montaña desde los tiempos antiguos y queríais echarnos con humo!», dijo una voz que provenía de su cuerpo. Luego saltó dentro de la cueva y

nadie podía pararle. Los padres empezaron a recitar oraciones, hicieron quemar incienso y trajeron vino como ofrenda. Pero no mejoraba nada, hasta que vino el campesino del cuchillo.

Dijo: «Esos dos sólo lo han dicho en broma. No han pensado ni siquiera de verdad en echaros con humo. Ya os habéis vengado a conciencia. Afuera te está esperando tu compañero. ¡Lárgate si no quieres probar mi cuchillo!».

Entonces salió una voz llena de miedo del campesino: «Ya me voy, ya me voy».

A partir de entonces les dejaron a ambos en paz.

43. *El fuego del zorro*

Érase una vez un campesino que era fuerte y joven y que una noche volvía tarde a casa del mercado. El camino pasaba junto al jardín de un hombre rico en el que había altos edificios. Repentinamente vio algo resplandeciente que flotaba en lo alto y que lucía como una cuenta de cristal. Se asombró y escaló el muro del jardín, pero no había nadie a la vista; lo único que veía a lo lejos era un animal que parecía un perro y que miraba hacia la luna. Cada vez que expulsaba la respiración salía de su boca una bola de fuego que iba subiendo hacia la luna. Cuando tomaba aire, la esfera volvía a descender y volvía a atraparla con la boca. Así continuó sin interrupción. El campesino se dio cuenta de que era un zorro que estaba preparando el elixir de la vida. Así que se escondió entre el césped y esperó hasta que la esfera volvió a descender, aproximadamente a la altura de su cabeza. Entonces se apoderó de ella rápidamente y se marchó llevándosela. Enseguida se la tragó.

Sintió un calor que le llegaba desde el pecho a los intestinos. Cuando el zorro se dio cuenta, se enfadó. Le miró colérico, pero temía su fuerza; por eso no se atrevió a atacarle y se marchó enfadado.

A partir de ahí el campesino pudo hacerse invisible, ver a los espíritus y a los demonios, y estaba en tratos con el otro mundo. Cuando la gente estaba inconsciente a causa de una enfermedad, podía volver a llamar a sus almas a la vida y, si alguien había cometido algún pecado, interceder por él. De esta forma ganó mucho dinero.

Cuando ya había vivido todo el año de su cincuenta cumpleaños, se apartó de todas esas cosas y dejó de ejercer sus artes. Una noche de verano, cuando estaba sentado en su patio disfrutando a solas del frescor, bebió una copa de vino tras otra. Hacia la medianoche estaba totalmente borracho. Apoyó las manos en el suelo y vomitó. Fue como si de repente tuviera a alguien sobre su espalda. Los vómitos se hicieron más intensos y al final se le salió la cuenta que tenía en la garganta.

El otro la cogió con la mano y dijo: «Durante treinta años has tenido mi tesoro guardado. Te has convertido en un hombre rico cuando sólo eras un muchacho campesino. Ya tienes bastante. Quiero recuperarlo».

El hombre se sintió entonces totalmente sobrio, pero el zorro ya se había marchado.

44. *El zorro y los truenos*

Se cuenta que cuando un zorro prepara el elixir de la vida puede convertirse en otros seres, pero tiene que vencer tres

veces a la muerte por causa de los truenos antes de que logre terminarlo. No lo consigue con facilidad. Pero tiene numerosas artes para escapar a su suerte. En ocasiones se protege en casa de un hombre importante o debajo de la cama de un sabio o de un monje.

Premia generosamente a quien le salva la vida en ese trance y toda la familia disfruta de ello. A quien le mata sin razón le tiene un odio indeleble y no puede descansar hasta que se ha vengado de él y de toda su familia. Los zorros muestran sus odios y preferencias claramente. Pero algunos estudian a los hombres y así saben que, en ciertos casos, se trata de un hado al que no pueden escapar y no echan a nadie la culpa.

Érase una vez un cazador que buscaba un poco de frescor en un día muy cálido de verano, en un campo de melones. De repente, se alzaron anillos de nubes negras y los truenos y relámpagos se sucedían sin interrupción. Se alzó desde el suelo una esfera de fuego dejando tras de sí un rastro de olor de azufre. Subió hasta lo más alto de la copa de un árbol y luego volvió a descender. Cuando el cazador lo observó desde más cerca, vio entre las ramas del árbol un zorro enorme, que tenía entre sus patas delanteras un pequeño abanico rojo. Cuando el rayo de fuego se acercaba, le daba aire por encima con el abanico y al momento volvía el fuego a descender al suelo.

Estuvo así una buena hora y los truenos no le hacían nada al zorro.

El cazador tenía todavía la vista fija en la curiosa escena cuando apareció una nube negra alzándose desde el suelo. En ella había un dragón enroscado, que se dejaba ver en la parte más alta. Luego se dirigió al árbol y cada vez se acercaba más al lugar en que estaba él.

El cazador primero se asustó y luego cayó en la cuenta: «Me está pidiendo que le ayude». Por eso él se descargó de su

fusil y lo dejó a un lado. El dragón volvió a alzarse sobre la copa del árbol y le siguió un trueno. Pero el zorro volvió a alejarlo con el abanico. Al cazador se le disparó inadvertidamente un tiro y quemó al zorro. El abanico rojo cayó al suelo. Al momento se oyó un enorme trueno y el zorro fue alcanzado por el fuego.

El cazador recogió el abanico y lo miró. Estaba hecho con una falda de mujer. El ladrón se había mantenido alejado por su impureza.

45. *El zorro amable y el zorro malvado*

Érase una vez un hombre que honraba mucho a los zorros. En su habitación tenía un altar levantado en su honor; allí encendía cada día varillas de incienso. Y todos los días festivos del año les llevaba ofrendas de comida y bebida, pollos y vino. Y su capital aumentaba de día en día. Si hacía una operación comercial, cobraba un buen beneficio. Si araba un campo, tenía una cosecha doble.

En la época de la rebelión de Taiping, el hombre llevó todo su grano a la ciudad, a casa de un pariente para evitar el pillaje. Pero en casa de aquel pariente estaba su hijo, que se daba a la bebida y al juego. Robaba siempre del grano de aquel hombre. Lo vendía y gastaba todo en un abrir y cerrar de ojos. En total cogería unas cien fanegas. Cuando el ladrón se apartó de los alrededores, el labrador volvió a llevarse el grano a casa. Uno podría pensar que, al medirlo, habría notado que el grano había disminuido, pero no sólo no había menguado, sino que había aumentado cien fanegas. A partir de entonces, el hom-

bre fue realmente rico, de forma que todos los que vivían en los alrededores hablaban de él como el que era rico gracias a la ayuda de los zorros.

Tenía un vecino que era de familia pudiente. Era fuerte y valeroso y practicaba todas las modalidades de esgrima. Podía levantar a seis hombres por los aires y trasladarlos. Le gustaba beber vino y le encantaba el trato con los demás, y todos los guerreros que venían a los alrededores le visitaban, de forma que su hacienda se fue debilitando poco a poco con el tiempo. Acabó siendo viejo y le abandonaron las fuerzas. Entonces un zorro buscó refugio en su casa. Pero este zorro no se mostró como ocupando el cuerpo de un hombre, sino que sembró el desorden sin más. No dejó que los habitantes de la casa descansaran. Tan pronto aparecía un monstruo en la ventana, comparecía una mano azul en la puerta y la comida desaparecía; de repente se levantaba una baldosa y se estrellaba contra el suelo con gran estruendo, o se veía que la comida, pollos y gallinas desaparecían cuando empezaban a estar tiernos, o de pronto les caían pegotes de barro grandes como puñados en la cabeza a las mujeres que estaban trabajando; se aparecía un dragón y le llamaba, y se levantaban brillantes llamas. El ama de la casa se enfadaba y empezaba a refunfuñar, y entonces las llamas se instalaban bajo sus vestiduras. Con cierta regularidad ocurría que la gente de la casa se ponía enferma de miedo.

Cuando empezó la locura, le llegó a toda familia, y el único con el que no se atrevía era el propio cabeza de familia. Pero él no podía hacer nada para evitar todo aquello.

Pero había en la vecindad un mago del que se decía que podía echar a los zorros. Se le hizo llamar, pero antes de que viniera hubo que darle diez *lot* de plata.

Empezó sus encantamientos en la sala. Pintaba runas y pronunciaba conjuros. Al final oyeron ladrar al zorro. Alargó

la mano para cogerlo y entonces dijo sorprendido: «Se me ha escapado, sólo le he arrancado un mechón de pelos».

Y en verdad tenía pelos en la mano.

En cuanto el mago hubo dejado la casa, volvió el espíritu. Seguramente él mismo había imitado el ladrido del zorro y escondido previamente los pelos en la manga.

Al amo de la casa se le había metido sin embargo en la cabeza que debía coger al zorro, costara lo que costase; por eso proveyó a sus hijos y sobrinos con escopetas. Si veían al fantasma donde quiera que fuese, tenían que dispararle. En cuanto disparaban desaparecía, pero apenas habían dejado de disparar volvía a empezar. Poco después no había quien soportara el asunto.

Un mediador de la familia estaba casado con una bruja; ella dijo un día: «El dios zorro se alegra si los hombres le honran. No debéis luchar contra él, sino que tenéis que traerle ofrendas de alimentos, y entonces yo rezaré al rey zorro para que haga con vosotros las paces y que la pena se transforme en alegría».

El amo de la casa no estaba de acuerdo en hacer nada, pero la mujer de la casa se puso de acuerdo en secreto con la bruja. Se arregló una habitación en la que se puso buen vino y sabrosa comida, y la bruja pasó la noche ella sola en aquel recinto. Cuando empezaba a clarear el día, fueron allí a buscarla. La comida y el vino habían desaparecido y la bruja estaba inconsciente a causa de una borrachera.

Con palabras entrecortadas explicó: «Vino un gran número de dioses importantes, se sentaron y disfrutaron de los alimentos y del vino y se alegraron mucho. Incluso me dejaron que comiera con ellos. Yo les conté que el amo de la casa tiene buena fe y que les ruega firmar la paz. Los dioses han prometido hacerlo».

Pero aún no había terminado de decirlo cuando entró una

piedra volando; cayó justamente en la mesa y rompió todos los tazones y platos. Entonces la bruja se tapó la cara con las manos y salió afuera.

Por la noche llamó a un muchacho como testigo, pero no hubiera habido nada que ver, si hubiera estado rezando. Por el contrario, la bruja había hecho entrar en secreto a su hijo; ambos se habían emborrachado y comido, y lo que sobró se lo había llevado el hijo en una cesta.

Una muchacha joven también fue poseída; se veía obligada a robar alimentos y joyas. Por eso el ama de la casa la pegó, luego se le ocurrió colgarse en el molino. Muchas veces la salvaron y al final se ahorcó de verdad. El padre de la muchacha pidió un proceso, con lo que todos los bienes de la familia se perdieron y el amo se convirtió en un mendigo. Tuvo que vender la casa y se mudaron a una humilde cabaña de paja.

Una noche en que el dueño estaba solo en el patio, sentado con una copa de vino, vio algo negro que subía por el muro reptando y que era del tamaño de un perro con los ojos que refulgían como centellas. El amo hizo como que no había visto nada y en secreto alargó la mano hacia su pipa, luego la descargó con toda su fuerza y le dio justamente en la frente. Dio una voltereta y cayó al lado del muro, al suelo. Cuando lo buscaron había desaparecido. A partir de entonces, se acabó el espíritu, pero la familia había empobrecido a causa de él.

46. *El gran padre Hu*

El gran padre Hu es el espíritu de un zorro. Cuando los zorros están a punto de terminar la preparación del elixir de la vida,

pueden hacer milagros. Entonces se les inscribe en la lista de regalos al emperador.

Cuando los manchúes llegaron a China, establecieron en Mukden su centro de operaciones y allí mismo edificaron un templo, que fue dedicado a una alta divinidad. Todo es igual que en el templo del emperador en Pekín.

En el templo hay trípodes y vasijas de ofrendas: son todas de oro, plata y piedras preciosas, y su valor es de muchos millones. Los ladrones tienen grandes esperanzas de poder robarlos pero no pueden entrar.

Bajo el reinado del emperador Hiäng Fong vivían tres poderosos ladrones que podían volar sobre los tejados y subir y bajar por las paredes. Si alguien los sorprendía, le echaban un humo venenoso en el rostro que le hacía perder el conocimiento.

Por la noche entraron en el templo imperial y robaron las vasijas de oro, para quemar incienso, que estaban ante el altar, las fuentes de nefrito y los recipientes de plata. Los guardaron en su seno y volvieron a bajar el muro llevándoselos.

Entonces se encontraron con un viejo de barba blanca que estaba sentado en el techo principal del templo. Les señalaba con la mano, así que los tres escaladores no tuvieron más remedio que quedarse allí sentados y sin poder descender. Era como si les hubieran cosido las piernas.

Cuando empezó a hacerse de día, les encontró el guardián del templo. Hizo que los bajaran y les pidió explicaciones. Entonces contaron lo que les había ocurrido. El guardián hizo un informe que mandó a la corte y le respondieron que había que hacer una ofrenda al zorro.

Desde entonces hace muchos milagros. Casi siempre es la cabeza superior de los funcionarios y viste la levita amarilla.

En Manchuria hay numerosos templos e imágenes consagrados a él. Se le representa como un funcionario manchú poderoso e importante. La gente que va allí a rezar, para tener suerte y para que resuelva sus penas, es tan numerosa que se pisa los talones y se toca con el codo. En el patio del templo hay un horno de incienso, en el cual hay bosques de bastoncillos de incienso. El humo de las ofrendas sube hacia el cielo formando espesas nubes, y las cenizas de los billetes que se queman, revolotean como mariposas. Los mendigos contienen la respiración cuando hacen reverencias y no se atreven a mirar a su alrededor. La gente habla de él dándole únicamente el nombre de tercer padre. No se atreven a pronunciar la palabra zorro. Últimamente se le adora también en el este de Chantung, y se está extendiendo mucho su culto.

47. *El zorro plateado que hablaba*

Los zorros plateados se parecen a los zorros pero son completamente amarillos, de un rojo brillante o blancos. Además pueden influir en los hombres. Tienen la propiedad de aprender a lo largo de los años el lenguaje de los hombres y se les llama los zorros parlanchines.

Al sudoeste del valle de Kiautschou hay una playa en la que se alza una montaña en forma de torre, por lo que se la llama la montaña en forma de Torre. En la montaña hay un viejo templo con la imagen de una divinidad, que recibe el nombre de madre de la montaña en forma de Torre. Cuando en los pueblos de los alrededores los niños se ponen enfermos, los magos acostumbran a ordenar que se quemen sus retratos de

papel o que se le ofrezcan niños construidos con barro. Así que el altar está completamente rodeado de cientos de estatuillas de barro. Las ancianas también llevan flores, trajes y zapatos de papel que aparecen amontonados por todas partes. El tercer día del tercer mes y el noveno día del noveno mes hay fiestas procesionales en las que se representan obras de teatro y se leen las escrituras sagradas. También cada año, regularmente, tiene lugar un mercado. Las mujeres y las muchachas de los alrededores queman incienso y elevan sus plegarias. Las que no tienen hijos, los piden. Eligen una de las figurillas de niños y le atan una hebra roja al cuello, incluso rompen en secreto un pedacito del cuerpo, lo deshacen con agua y se lo beben. Entonces ruegan en silencio para poder concebir un hijo.

Tras el templo hay una gran cueva en la que vivieron en otros tiempos dichos zorros. Salían y se sentaban en la cumbre de un acantilado escarpado que estaba junto al camino. Si venía un caminante, empezaban a decir algo así como: «¡Vecino, espera un poco y fúmate una pipa!». Los caminantes miraban asombrados a su alrededor buscando la procedencia de la voz y sentían un enorme pánico. Si no eran especialmente animosos empezaban a sudar de miedo y se marchaban corriendo. El zorro se reía: «¡Ji, ji!».

En la pendiente de la montaña había una vez un labrador. Cuando miró con atención, vio a un hombre con sombrero de paja y un abrigo de hierba que venía con un hacha a la espalda.

«Vecino Wang —le dijo—, ¡fúmate una pipa antes de seguir el camino y descansa un poco! Luego yo te ayudaré a arar.» Luego hizo: «¡Hu!», como hacen los labradores cuando se dirigen a las vacas.

El labrador miró con más atención y vio que era un zorro parlanchín. Esperó el momento oportuno y luego le dio un

golpe seco con el bastón de hueso. Le acertó. El zorro gritó, dio un salto en el aire y se marchó corriendo. El sombrero de paja, la capa de hierba y todo lo que llevaba lo dejó allí caído. Cuando el labrador miró detenidamente, vio que el sombrero estaba tejido con hojas de patata. Lo había partido en pedazos con el bastón. El manto estaba hecho de hojas de encina, unidas con finas hierbecillas. Pero el hacha era una rama de calián a la que se había unido un ladrillo.

Tras un tiempo, una mujer de la vecindad fue poseída. Hicieron colgar el retrato del jefe del taoísmo, pero el espíritu no se marchaba. Como no había ningún exorcista en los alrededores y las molestias eran inaguantables, los parientes de la mujer se pusieron de acuerdo para ir al templo del dios de la guerra y pedirle ayuda.

Cuando el zorro lo oyó, dijo: «No tengo ningún miedo a vuestro papa taoísta y vuestro dios de la guerra; al único que temo es al vecino Wang del pueblo del este, que ya me golpeó una vez con su bastón».

A la gente le pareció justo. Enviaron al pueblo del este gente para que encontrara a Wang. Él cogió su bastón de hueso y entró.

Entonces dijo con voz profunda: «¿Dónde, pero dónde está? Ya hace mucho que estoy aquí esperando al espíritu. Por fin le tengo».

Y daba golpes con su bastón. El zorro tuvo miedo, bufó y saltó por la ventana.

Durante más de cien años se contó la historia del zorro parlanchín de la montaña de la Torre. Entonces llegó a aquellos lugares un hábil trampero que vio a un animal como un zorro con una piel de rojo brillante y que tenía mataduras en el lomo; estaba debajo de un árbol. Se echó al suelo y le disparó en las patas traseras.

Entonces él dijo con voz humana: «Por ser un dormilón me he visto en este peligro; pero nadie puede escapar a su destino. Si me atrapas te darán como máximo cinco mil monedas de cobre por la piel. ¿No prefieres dejarme libre? Te recompensaré tan generosamente que dejarás de ser pobre».

Pero el trampero no le escuchó, sino que mató al zorrillo. Luego le despellejó y vendió la piel, y realmente recibió por ella cinco mil monedas de cobre. A partir de allí se acabó la aparición.

IV. Cuentos históricos

48. *Las tres desgracias*

En los tiempos pasados vivió un joven que se llamaba Dschou Tschu. Era fortísimo, de forma que nadie podía ganarle. Era salvaje y poco dado a atender a razones y siempre había problemas y luchas a su alrededor. Pero los ancianos del lugar no se atrevían a castigarlo de una manera ejemplar. En la cabeza llevaba un sombrero alto, que había adornado con dos plumas de faisán. Iba vestido con traje de seda bordada y llevaba la espada del manantial ceñida a su cintura. Se daba al juego y a la bebida y era un manirroto. Al que le molestaba le ocurría con seguridad alguna desgracia. Siempre se mezclaba donde fuera que hubiera peleas. Así actuó durante años y todos los que habitaban en las proximidades sollozaban por su dominio.

En una ocasión vino un nuevo funcionario destinado a aquellos lares. Se dedicó en primer lugar a recorrer la tierra y a preguntar a la gente por sus problemas. Entonces se enteró de que había un gran malvado en el país.

Entonces se puso unas vestimentas de tejido basto y se echó a llorar delante de la puerta de Dschou Tschu. Llegó has-

ta la casa de la moneda en la que se había emborrachado. Desenvainó su espada y se puso a cantar a gritos.

Cuando volvía a su casa, preguntó: «¿Quién llora de esa forma tan triste?».

El funcionario le respondió: «Lloro por los problemas del pueblo». Luego, Dschou Tschu le miró y se echó a reír a carcajadas.

«Os equivocáis, amigo —le respondió—. Hay menos movimiento que en el agua de una cacerola puesta en el suelo. En este rincón se está tranquilo y en paz. La cosecha es rica y las espigas han granado bien, así que todo el mundo va contento a su trabajo. Si me habláis de desgracia os parecéis al hombre que gime sin estar enfermo. ¿Quién sois vos, que, en vez de quejaros por vos mismo, os quejáis por otra gente y qué estáis haciendo delante de mi puerta?»

«Soy el nuevo gobernador —le contestó el otro—. Nada más bajar del palanquín me he puesto a visitar los alrededores. El lugar me pareció bueno y sin problemas, y todo el mundo tiene lo necesario para vestirse y para comer. Todo es como me habéis dicho, pero curiosamente, cuando los ancianos se reúnen, no hacen más que gemir y quejarse. Cuando se les pregunta la razón de ello, dicen: "En nuestro hogar tenemos tres males". De los dos primeros os daré razón; pero el tercero prefiero callármelo. Por eso lloro ante vuestra puerta.»

«¿Y cuáles son esos males? —repuso Dschou Tschu—. ¡Decidme libre y abiertamente todo lo que sabéis!»

«El primero —le respondió el gobernador— es el malvado dragón del puente ancho, que nada en las aguas del río y hace que se ahoguen hombres y ganado. El segundo es el tigre de la frente blanca que habita en la montaña. El tercer mal sois vos.»

Entonces, de vergüenza, se le subieron los colores a la cara, y dijo haciéndole una reverencia: «Vos sólo sois el gobernador

de este lugar y os duelen tanto los males del pueblo. Yo he nacido aquí y sólo doy preocupaciones a nuestros mayores. ¿Qué clase de hombre soy? Os lo ruego, ¡marchaos a vuestra residencia, que yo voy a encargarme de que todo mejore!».

Luego se marchó a toda prisa a la montaña y venteó al tigre en su guarida. El tigre dio un salto en el aire que sacudió todo el bosque como si se tratara de una tormenta. Luego se revolvió gruñendo y alargó salvajemente el cuello para atraparlo. Dschou Tschu retrocedió un paso en el momento en que el tigre aterrizaba delante de él. Con la mano izquierda torció el cuello del tigre hacia el suelo y con la derecha le golpeó sin parar hasta que cayó muerto en la tierra. Se echó el tigre a la espalda y volvió a casa.

Luego se dirigió al puente ancho. Se quitó la ropa y cogió la espada en una mano. Se metió en el agua. Apenas había entrado, cuando empezó a espumear y a burbujear, y las olas se estrellaban con un estrépito de espuma. Sonaba como si fueran caballos al galope. Tras un tiempo surgió un chorro de sangre de las profundidades y toda el agua se volvió roja. Entonces salió del agua Dschou Tschu con el dragón en la mano.

Fue a informar al gobernador con una reverencia: «Le he cortado la cabeza al dragón y he vencido al tigre. He cumplido lo que ofrecí. Ahora me voy a poner en camino para que os veáis libre de la tercera desgracia. Señor, cuidad de mi tierra y decid a los ancianos que ya no se quejen».

Y cuando se lo hubo dicho, se enroló con los soldados. Se hizo un gran renombre en la lucha contra los ladrones y, cuando en una ocasión un ladrón le hirió tan gravemente que se vio sin salvación, se volvió hacia el este y dijo: «Me ha llegado el día en que tengo que pagar mis culpas con la vida». Luego ofreció el cuello a su espada y murió.

49. *De cómo murieron tres héroes a causa de dos melocotones*

Al conde Ging de Tsi le encantaba al principio de su época de gobierno reunir en torno a sí a los héroes, entre los cuales se encontraban tres que eran especialmente valientes. El primero se llamaba Gung-Sun Dsiä, el segundo Tiän Kai Giang y el tercero Gu I Dsï. Los tres eran valerosísimos, alborotadores en la corte y superaban las diferencias que había entre el príncipe y los criados.

En aquella época, Yän Dsï era el canciller de Tsi. Éste le informaba al conde de lo que había que hacer. El gobernador le pidió que diera una comida en la corte y que invitara a todos los funcionarios.

Sobre el mantel había un plato con cuatro magníficos melocotones, que constituía una comida de precio.

Siguiendo el consejo de su canciller, el conde se colocó junto a ellos y dijo a modo de información: «Estas frutas son soberbias; no puedo dároslas a todos. Sólo pueden comer de ellas los que más lo merezcan. Yo gobierno la región y soy la cabeza, el príncipe del reino. Debo conservar el dominio y el poder, ésos son mis méritos. Por esto me corresponde un melocotón. Yän Dsï es mi canciller, él se ocupa del comercio con el exterior y mantiene la paz entre los ciudadanos. Él ha hecho poderoso nuestro reino. Es el mérito del canciller, a él le corresponde el segundo melocotón. Pero quedan todavía dos melocotones y yo no sé quién de vosotros es más digno de ellos. Debéis decidirlo vosotros mismos y contar vuestros méritos. Al que no haya llevado a cabo ninguna acción grande, no le permito que abra la boca».

Gung-Sun Dsiä dio un golpe con su espada y se puso de

pie; dijo: «Soy el mariscal de campo del príncipe. En el sur he vencido al reino de Lu, en el oeste he vencido al país de Dsin, en el norte he tomado prisionero al señor de Yän. Todos los príncipes del este vienen a la corte y reconocen el señorío de Tsi. Ésos son mis méritos. No sé si merezco un melocotón».

El conde le dijo: «¡Tus méritos son grandes, mereces el melocotón!».

Entonces se levantó Tiän Kai Giang, golpeó la mesa y dijo: «Yo he luchado cien buenas batallas en el ejército del príncipe, he matado a los señores de los enemigos, he conquistado sus banderas. Para mi príncipe he agrandado el territorio de todo el país, de forma que nuestra tierra ha aumentado su extensión en mil millas. ¿Qué tal son mis méritos?».

El conde le dijo: «¡Tus méritos son grandes. Mereces ese melocotón!».

Entonces se puso en pie Gu I Dsï. Sus ojos centelleaban y gritó con fuerte voz: «Una vez que el príncipe iba por el río Amarillo se levantaron viento y olas. Un dragón del río cogió uno de los coches de caballos y se marchó; la comitiva se tambaleaba como un flan y estuvo a punto de caer. Entonces cogí mi espada y me adentré en el río. Luché contra el dragón en medio de las espumosas olas. Mi fuerza me dio la victoria y maté al dragón; los ojos se me salían del rostro a causa del esfuerzo. Así surgí del agua, llevando en una mano la cabeza del dragón y en la otra el caballo que había salvado, y al tiempo salvé al príncipe de que se ahogara. Nunca, cuando nuestro país estuvo en lucha con los vecinos, he ahorrado esfuerzo. Iba en cabeza, me adelantaba en la lucha cuerpo a cuerpo; jamás le di la espalda al enemigo. Una vez que el coche del príncipe se encontraba caído en el barro y rodeado de enemigos por todas partes, yo saqué el carro de allí y rechacé a los soldados enemigos. Desde que estoy al servicio del príncipe,

le he salvado la vida en varias ocasiones. Aunque mis méritos no se igualen con los del canciller del príncipe, sí que son mayores que los de los otros dos héroes. Ambos han recibido un melocotón y yo me voy con las manos vacías. Eso quiere decir que los mayores méritos no son premiados y que el príncipe no me ha considerado bastante bueno. ¡Cómo voy a dejarme ver en la corte!».

Con estas palabras, desenvainó la espada y se dio muerte con ella.

Gung-Sun Dsiä le levantó, hizo dos reverencias y dijo sollozando: «Nuestros méritos no pueden igualarse con los de Gu I Dsï y sin embargo se nos dieron los melocotones. Hemos dejado que nos paguen. Es una vergüenza. Por eso es mejor morir que seguir viviendo».

Desenvainó la espada y apenas la había empuñado cuando ya rodaba su cabeza en la arena.

Tiän Kai Giang miró y gritó de asco. Exhaló el aliento como si fuera un arco y los cabellos se le erizaron de enfado. Cogió entonces su espada y dijo: «Los tres hemos servido cumplidamente al rey. Estábamos tan unidos como la carne y la sangre de un cuerpo. Ellos dos han muerto, mi deber es no seguir entonces con vida».

Se hundió la espada en la garganta y expiró.

El conde no podía dejar de gemir y ordenó que se les preparara un suntuoso entierro.

Un caballero valeroso lava el deshonor con su vida. Eso lo sabía el canciller; por eso había calculado el asunto a propósito para dar sólo a dos héroes los melocotones y poder matar a los tres héroes.

50. *De cómo terminó el matrimonio del dios del río*

En tiempos de los siete reinos vivió un hombre llamado Si-Men Bau, que era virrey de una zona que se encontraba a las orillas del río Amarillo. En aquellos lugares se honraba mucho al dios del río. Allí vivían magos y brujas que informaban. «El dios del río quiere que se le entregue cada año una muchacha, escogida entre la gente del pueblo, si no se quiere que el viento y la lluvia aparezcan cuando no son buenos. El río se desbordará y habrá malas cosechas.» Si en casa de algún hombre rico había una muchacha que tenía la edad adecuada para el sacrificio, los magos decían que era elegible. Los padres, queriendo proteger a la hija, les compraban con mucho dinero. Entonces los magos se ablandaban y les ordenaban a los pudientes que les dieran dinero para comprar a una muchacha pobre y arrojarla al río. El dinero restante se lo guardaban como ganancia. Pero si no querían pagar, la hija era destinada a ser la esposa del río y se la obligaba a aceptar los regalos que los magos le traían como ajuar. Los pueblos de los alrededores sufrían amargamente por esta costumbre.

Cuando Si-Men ocupó su puesto de funcionario, oyó hablar de esta barbaridad. Hizo que los magos vinieran a su presencia y les dijo: «Tenéis que explicarme la boda del dios del río. Porque yo quiero ir a ofrecerle al dios del río honras, de forma que estará contento, y como recompensa va a bendecir a mi pueblo», y se despidió de ellos. Los magos alababan sin parar su piedad.

Cuando llegó la fecha le informaron. Si-Men se puso un traje de fiesta, montó en una litera y se dirigió con una comitiva festiva hacia el río. Los más ancianos del pueblo estaban

allí, del mismo modo que los magos y las brujas. Desde lejos se veían hombres, mujeres, niños y ancianos que venían a ver la obra de teatro. Los magos sentaron a la prometida del río en una litera; le pusieron los adornos del matrimonio. Sonaban timbales y tambores, y los sabios pedían piadosamente que hiciera un buen tiempo.

Ya estaban a punto de echar la litera al río. Los padres de la muchacha se despedían de ella con lágrimas en los ojos. Entonces Si-Men pidió que se parara la ceremonia y dijo: «¡No tan deprisa! Yo mismo quiero dar escolta a la novia, tiene que ir libre y voluntariamente. Tiene que ir primero alguien al palacio del dios del río y llevarle la noticia, para que venga él mismo a recoger a la novia».

Miró a una bruja después de haber hablado y le dijo: «¡Vete tú!». La bruja titubeaba; entonces les ordenó a sus criados que la cogieran y la arrojaran al río. Luego pasó una hora larga.

«Esta mujer no sabe resolver el asunto —volvió a decir Si-Men—, si no ya haría rato que estaría aquí.» Miró a un mago y continuó: «¡Ve y hazlo mejor!». El mago perdió los colores del miedo; pero Si-Men ordenó que lo cogieran y lo arrojaran al río. Volvió a pasar otra media hora.

Entonces se movió, inquieto. «Esos dos no saben resolver el asunto —dijo—, y dejan a la novia que espere olvidándose de ella.» Volvió a mirar a un mago y le dijo: «¡Vete a buscarles!». El mago se echó a sus pies y le pidió clemencia, y también el resto de magos y brujas se arrodillaron en fila delante de él y le rogaron que les perdonara. Juraron que nunca más buscarían esposa para el dios del río.

Entonces Si-Men los tomó prisioneros y envió a la muchacha de vuelta a su hogar. Y aquel lugar fue liberado para siempre.

51. *Dschang Liang*

Dschang Liang era originario de uno de los estados que había conquistado el emperador Tsin Schï Huang. Quería vengarse por su rey y por eso reunió a partidarios en torno a él para asesinar a Tsin Schï Huang.

Tsin Schi Huang hizo en primer lugar un viaje por la región. Cuando llegó a las estepas que se encuentran delante de Bo Lang, Dschang Liang armó a su gente con mazas de acero con la intención de matarle. Pero Tsin Schï Huang, que tenía dos enormes carros que eran iguales el uno al otro, se metió en uno y metió a otra persona en el segundo. Dschang Liang y los suyos atacaron el que no era. Y Dschang Liang tuvo miedo de la venganza que podía tomar el príncipe. Cuando llegó a un puente que estaba en ruinas, soplaba un viento helado y los copos de nieve caían arremolinándose a causa del aire. Allí se encontró con un hombre que llevaba un turbante negro viejísimo y una túnica amarilla. Aquél hizo caer sus zapatos al agua, miró hacia Dschang Liang y le dijo: «¡Hijito, vete a buscármelos!».

Dschang Liang se controló, cogió los zapatos y se los llevó al anciano, que sacó el pie e hizo que le calzara. Dschang Liang también realizó ese servicio por honrarle. El anciano se alegró y le dijo: ¡Hijito, tienes madera! Ven mañana por la mañana. ¡Tengo algo para ti!».

Al día siguiente, cuando estaba amaneciendo, llegó Dschang Liang. El anciano ya estaba allí y le riñó: «¡Llegas muy tarde! Ven más pronto mañana». Lo mismo ocurrió durante tres días y Dschang Liang no se cansaba. Entonces el anciano se alegró, cogió el libro de los apéndices secretos y se lo dio. «Tienes que leerlo —le dijo—, luego serás el maestro de un gran

emperador. Si llevas a cabo tu trabajo, búscame al pie de la montaña de Gu Tschong. Allí encontrarás una piedra amarilla, soy yo.»

Dschang Liang cogió el libro y ayudó al antepasado de la dinastía Han a conquistar el reino. Éste le hizo conde. Desde entonces, Dschang Liang se apartó de los alimentos humanos y empezó a alimentar su espíritu. Tenía trato con los cuatro Barbas blancas de la montaña de Schang y con ellos compartía el pan nocturno en las nubes. En una ocasión se encontró con dos muchachos que estaban bailando y cantando.

Uno de ellos cantaba:

Vestiduras verdes has de vestir
si a la puerta del cielo quieres llegar.
A la madre de oro debes saludar
y ante el señor de madera te has de inclinar.

Cuando Dschang Liang le oyó, hizo una reverencia ante el muchacho y le dijo a su amigo: «Es uno de los nietos del rey padre del este. La madre de oro es la reina del oeste. El señor de madera es el dios padre del este. Son las dos fuerzas primigenias, los padres de lo masculino y de lo femenino, la raíz y la fuente del cielo y de la tierra, a quienes todo ser viviente debe agradecer su alimento y existencia. El señor de madera es el amo de los santos, la madre de oro es la señora de las santas. El que quiere vivir por largos años tiene que saludar antes a la reina e inclinarse luego ante el padre. Así puede acceder a las tres purificaciones y ocupar un sitio entre los más altos. Los nietos muestran con la canción el camino que se puede alcanzar con las ciencias ocultas».

En aquel tiempo, el emperador se dejó engañar para matar a algunos de sus fieles servidores. Entonces Dschang Liang

abandonó su servicio y se dirigió a la montaña de Gu Tschong. Entre las piedras amarillas encontró al anciano, aprendió las ciencias ocultas y se volvió a su hogar. Se puso enfermo, se desprendió de su cuerpo y desapareció.

Cuando tiempo más tarde se clamó la revolución de las «cejas rojas», abrieron su sepultura y lo único que se encontró dentro fue un guijarro amarillo. Dschang Liang se paseaba en el reino de la Incertidumbre con Lao Tse. Su nieto Dschang Dau Ling fue una vez a la montaña de Kulun para visitar a la reina madre del oeste. Allí se encontró también con Dschang Liang. Dschang Dau Ling tuvo poder sobre los demonios y los espíritus. Fue el primer papa de los taoístas. En su familia se han traspasado los misterios de generación en generación.

52. *El viejo barba de dragón*

En la época del último emperador de la dinastía Suid, el poder estaba en manos del tío del emperador Yang Su. Era orgulloso y derrochador. En sus salones había coros de cantantes y bailarinas, y las esclavas estaban siempre pendientes de su mínimo gesto. Cuando llegaban los grandes del reino a visitarle, él se quedaba cómodamente sentado en su litera mientras les recibía.

En aquel tiempo, vivía también un valeroso caballero llamado Li Dsing. Llegó con un vestido pobre a ver a Yang Su y a presentarle su plan para la pacificación del reino.

Hizo una profunda reverencia, a la que el otro no respondió, y dijo: «El reino está a punto de caer en la más absoluta

confusión y por todas partes hay caballeros. Vos sois el principal servidor de la casa imperial; vuestro deber sería elegir a los más valerosos para que defiendan el trono. No debéis quitar a gente a vuestro capricho».

Cuando Yang Su le oyó, se removió, se alzó de su sitio y habló campechanamente.

Li Dsing le entregó un papel escrito y empezaron a hablar de todo un poco. Una sirvienta, de una belleza poco común, estaba de pie junto a ellos. Tenía en la mano un gran abanico rojo y miraba extrañamente a Li Dsing. Éste se despidió y volvió al albergue.

Al llegar la medianoche oyó que llamaban a su puerta. Se enderezó; allí había alguien de pie, vestido de púrpura y con un sombrero. Llevaba un bastón y un saco a la espalda.

Le preguntó quién era y le respondió: «Soy la que mueve el abanico de Yang Su».

Entró en el cuarto, se quitó la capa y el sombrero, y entonces se veía que era una bella muchacha de dieciocho o diecinueve años.

Ella se inclinó y, cuando él le devolvió el saludo, se levantó: «Hace mucho que estoy al servicio de Yang Su y he conocido a mucha gente importante, pero nadie se parecía a vos. Quiero serviros, vayáis donde vayáis».

Li Dsing le respondió: «El ministro es poderoso y me temo que nos haga caer a ambos en desgracia».

«Sólo es un cadáver en el que queda un hálito de vida —le contestó la muchacha—, no hay que tener miedo de él.»

Él le preguntó cómo se llamaba. Ella respondió que su nombre era Dschang y que era la mayor.

Cuando él la vio allí, tan valerosa y hablando tan atinadamente, se dio cuenta de que era una muchacha noble y decidió llevársela en secreto. La muchacha del abanico volvió a

vestirse con ropa de hombre; se subieron a un caballo y se alejaron cabalgando. Querían ir a Taiyüanfu.

Al día siguiente llegaron a un albergue. Hicieron que les prepararan la cama y pusieron un calentador encima para cocinar sus alimentos. La muchacha del abanico estaba de pie junto a la cama peinando sus cabellos. El pelo era tan largo que llegaba hasta el suelo, y tan brillante que uno se reflejaba como si fuera un espejo. Li Dsing acababa de salir para cepillar a los caballos. De repente, surgió un hombre que tenía un bigote rizado y rojo como los dragones.

Iba montado en una mula polvorienta, tiró su saco de cuero delante del fogón, cogió un cojín y se echó en la cama, y se puso a mirar cómo se peinaba la muchacha del abanico. Li Dsing le miró y se puso furioso. Pero la muchacha le echó una mirada y le hizo un guiño a Li Dsing indicándole que se controlara. Luego terminó rápidamente de peinarse y se recogió el cabello en un moño.

Saludó al huésped y le preguntó su nombre.

Él le dijo que se llamaba Dschang.

«Yo también me llamo Dschang —le respondió ella—, así que somos familia.»

Luego le hizo una reverencia como si fuera su hermano mayor.

«¿Cuántos hermanos sois?», le siguió preguntando.

«Yo soy el tercero —le dijo—, ¿y tú?»

«Yo soy la mayor.»

«¡Qué bien que haya encontrado hoy una hermana!», le dijo, encantado, el extraño.

Luego la muchacha del abanico se volvió hacia la puerta y le dijo a su marido:

«¡Ven aquí!, que quiero presentarte a mi tercer hermano».

Entonces Li Dsing se acercó y le saludó.

Luego se sentaron el uno al lado del otro y el extraño le preguntó:

«¿Qué tipo de carne tenéis?».

«Pierna de cordero», le respondió.

«Tengo mucha hambre», le dijo el extraño.

Li Dsing fue al mercado a comprar pan y vino. El extraño sacó su puñal, cortó la carne y comieron juntos. Cuando hubieron terminado, él alimentó a la mula con la carne sobrante.

Más tarde les dijo: «Me parece que el señor Li es un caballero pobre; ¿cómo es que vais con mi hermana?».

Li Dsing le contó lo que había sucedido.

«¿Y adónde os dirigís ahora?»

«A Taiyüanfu.»

El extraño siguió diciendo: «¡Ay, vuelve a llenarme un buen tazón de vino! Tengo una raíz para el vino y vosotros podéis compartirlo conmigo».

Mientras hablaba, abrió su bolsa de cuero y sacó la cabeza de un hombre, su corazón y el hígado. Partió en trocitos el corazón y los echó en el vino.

Li Dsing lo encontraba repugnante.

Pero el extraño habló: «Era mi peor enemigo. Durante diez años lo he odiado. Hoy le he matado y no me arrepiento».

Luego continuó: «No me parece que seáis un muchacho corriente. ¿Habéis oído que haya algún héroe por estos alrededores?».

Li Dsing respondió: «Sí, yo sé de uno que parece estar destinado a ser un caballero celeste».

«¿Y quién es?», le preguntó el otro.

«Es el hijo del duque Li Yüan de Tang. Acaba de cumplir veinte años.»

«¿Podéis presentarme a él?», preguntó el extraño.

Y cuando Li Dsing le dio una respuesta afirmativa, conti-

nuó: «Los adivinos dicen que Taiyüanfu tiene un símbolo especial de aire. A lo mejor es el enviado del hombre. Mañana esperadme en el puente de Fenyang».

Luego saltó al lomo de la mula y se marchó; iba tan deprisa que parecía volar.

La muchacha del abanico dijo: «Con él no se pueden comer cerezas. Me di cuenta de que no tenía buenas intenciones al principio. Por eso he hecho que se una a nosotros por lazos de consanguinidad».

Luego se marcharon a Taiyüanfu y en el lugar convenido esperaron al de la barba de dragón. Li Dsing tenía un viejo amigo que se llamaba Liu Wendsing, que era el que montaba las tiendas del príncipe de Tang.

Presentó a Liu Wendsing al extraño diciéndole: «Este extranjero desciende de los que pueden ver el futuro y quiere ver al príncipe».

Liu Wendsing le condujo a presencia del príncipe. El príncipe estaba sencillamente vestido en traje de estar por casa, pero había en él algo que impresionaba y que le hacía diferenciarse del resto de los hombres. Cuando el extraño le miró, cayó en un profundo silencio y fue como si un velo le cubriera el rostro. Tras haber bebido varias copas de vino, se despidió.

«Es un verdadero señor —dijo Li Dsing—. Yo estoy bien seguro, pero mi amigo tiene que volver a verlo.»

Un día especial quedó de acuerdo con ellos en cierto albergue. «Si delante de la puerta está la mula y junto a ella un asno delgadísimo, yo estaré dentro con mi amigo.»

Li Dsing se dirigió allí el día señalado y realmente estaban el asno y la mula delante de la puerta. Se agarró las vestiduras y subió hasta el piso superior. Allí estaban el de la barba de dragón y un taoísta bebiendo vino. Cuando vio a Li Dsing se alegró mucho, le dijo que tomara asiento y que bebiera con

ellos. Cuando hubieron bebido suficiente, fueron los tres otra vez a ver a Liu Wendsing. Estaba justamente jugando al ajedrez con el príncipe. El príncipe se levantó respetuosamente y les ofreció asiento.

En cuanto el taoísta vio que era un ser noble y resplandeciente, se turbó y le saludó con una profunda reverencia, mientras decía: «¡Se ha terminado el juego!».

Al despedirse, el de la barba de dragón le dijo a Li Dsing: «Sigue tu camino hacia Sianfu y cuando haya llegado la hora, pregunta por mí en tal y tal lugar».

Y se marchó a toda carrera.

Li Dsing y la muchacha del abanico prepararon juntos sus equipajes, se marcharon de Taiyüanfu y siguieron hacia el oeste. Por aquel entonces murió Yang Su y hubo grandes tumultos en el reino.

Pasados algunos días, Li Dsing y su mujer llegaron al lugar señalado por el de la barba de dragón, llamaron a una puertecita de madera y se presentó el criado, que les condujo por largos corredores. Había magníficos edificios que se alzaban ante ellos en los que había una miríada de esclavas. Entraron en una sala construida con los materiales más costosos que se puedan encontrar; los espejos, los trajes, los adornos, todo era de una magnificencia tal que no se encuentra en el mundo de los humanos. Hermosas esclavas les conducían a los baños y, cuando se hubieron cambiado de ropa, se lo anunciaron a su amigo. Entró vestido de seda y de estolas de piel de zorra, y su apariencia era parecida a la de un dragón o un tigre. Les saludó con gran alegría y llamó también a su esposa, que era de una belleza inconmensurable.

Se preparó un banquete y los cuatro se sentaron a la mesa. La mesa estaba cubierta de alimentos costosos, de los que ni siquiera conocían el nombre. La vajilla y la cristalería, igual

que todo el ajuar de la mesa, eran de oro y jade, adornados de perlas y piedras preciosas. Había dos coros de mujeres que tocaban tan pronto la flauta como cantaban salmos. Cantaban y bailaban, y era como si hubieran entrado al palacio del hada de la luna.

Los caminantes del arco iris revoloteaban y las bailarinas eran de una belleza que superaba todo lo que había en la tierra.

Cuando hubieron bebido una ronda, ordenó a los esclavos que prepararan las camas, sobre las que había colchas de seda bordada. Cuando todos hubieron comido hasta la saciedad, el de la barba de dragón les entregó un libro y una fuente.

Luego dijo: «En este libro se encuentra noticia de todas las riquezas de los reinos que están bajo mi poder. Os las regalo como obsequio de bodas a los dos. Sin dinero no se puede empezar nada grande y mi deber es dotar a mi hermana cumplidamente. Pensé en un principio coger el reino con la mano y hacer algo aquí. Pero ya hay un señor. ¿Qué voy a hacer yo en ese lugar? El príncipe Tang de Taiyüanfu es un verdadero caballero. En un par de años seguro que habrá puesto todo en orden. Vosotros debéis encontraros a su lado y seguro que os va a otorgar altos honores. Tú, hermana, no sólo eres hermosa, sino que además tienes buen juicio. Nadie más que tú hubiera podido reconocer el valor de Li Dsing y ningún otro que no fuera Li Dsing hubiera tenido la suerte de encontrarte. Tú vas a compartir con tu marido los honores y tu nombre pasará a formar parte de la historia. Nada de esto sucede por casualidad. Los tesoros que os he regalado tenéis que utilizarlos para ayudar al verdadero señor. ¡Esperad a que llegue vuestra oportunidad! Dentro de diez años aparecerá un signo muy lejos en dirección sudeste. Ésa será la señal de que yo he alcanzado mi fin. Entonces debéis ofrendar vino en dirección sudeste para desearme suerte».

Luego hizo que toda la fila de esclavos y de esclavas saludaran a Li Dsing y a la muchacha del abanico, y les dijo: «Éstos son vuestros amos».

Tras estas palabras, cogió a su mujer de la mano, montaron en los caballos enjaezados y cabalgaron.

Li Dsing y su mujer ocuparon la casa y fueron inmensamente ricos. Siguieron al príncipe Tang, que pacificó el reino, y le ayudaron con su dinero. Así acabaron la gran obra, y, cuando el reino estuvo pacificado, Li Dsing fue nombrado marqués de We, y la muchacha del abanico, marquesa.

Diez años más tarde informaron al marqués de que lejos del reino, en el mar, había mil barcos anclados con cien mil soldados armados. Habían conquistado el país, habían matado al príncipe y habían coronado a su jefe. Ahora el reino estaba pacificado.

Entonces supo el marqués que el de la barba de dragón había llevado a cabo su obra. Se lo dijo a su mujer. Se pusieron trajes de fiesta e hicieron una ofrenda de vino para manifestarle su enhorabuena. Entonces vieron al sudeste un pañuelo rojo que se agitaba en el cielo. Lo había puesto el de la barba del dragón para contestarles. Ambos se alegraron muchísimo.

53. *De cómo Molo robó el amanecer*

En los tiempos de la dinastía Tang había forjadores de espadas de distintos tipos. Los primeros eran los que formaban las espadas de los santos. Podían convertirse a voluntad, y sus espadas eran como el resplandor de un rayo. Antes de que la gente se diera cuenta, le habían cortado ya la cabeza. Pero estos

hombres tenían un gran sentido común y no se mezclaban con facilidad en los asuntos humanos. El segundo tipo lo constituían las espadas de los héroes. Se ocupaban de matar a los injustos y de ayudar a los oprimidos. Llevaban una daga al costado, dentro de una funda de cuero. Gracias a fórmulas mágicas podían convertir las cabezas de los hombres en agua. Volaban por encima de los tejados y subían y bajaban por las paredes. Podían ir y venir sin dejar huellas. Las más bajas eran las espadas de los asesinos. Se les podía contratar si uno quería vengarse de su enemigo. La muerte era para ellos algo corriente.

El viejo de la barba de dragón estaba exactamente en el medio de la primera y de la segunda clase, pero Molo, del que habla otra historia, era uno de los héroes de espada.

En aquellos tiempos existió un joven que se llamaba Tsui. Su padre era un alto funcionario y amigo de un príncipe. El padre envió en una ocasión a su hijo a visitar al amigo, que estaba enfermo. El hijo era joven, hermoso y mañoso. Se marchó dispuesto a cumplir los deseos de su padre. Cuando llegó a la casa, vio a tres bellas esclavas que recogían melocotones colorados, los echaban en recipientes y los rociaban de almíbar y se los ofrecían. Cuando hubo comido, se despidió y el que le ofrecía hospitalidad ordenó a una esclava, de nombre Amanecer, que le acompañara a la corte. Mientras iban de camino, el joven no dejaba de mirarla. Ella le guiñaba el ojo sonriendo y le hacía gestos con la mano. Primero extendió tres dedos, luego estiró tres veces la mano y luego señaló un espejito que llevaba sobre el busto. Cuando se despidieron le susurró: «¡No te olvides de mí!».

Cuando regresó a la casa, todos sus sentidos y pensamientos estaban confusos. Su espíritu estaba de pie, como si se tratara de un gallo de palo. Tenían un viejo criado, que se llamaba Molo, que era un hombre fuera de lo corriente.

«¿Qué os hace falta, señor? —le decía—, ¿por qué estáis así de triste? ¿No queréis confiárselo a vuestro viejo servidor?» Entonces el joven le contó lo que le había sucedido y le contó también los misteriosos signos que le había hecho la muchacha.

Molo le dijo: «El que extendiera tres dedos quiere decir que vive en el tercer patio. El estirar por tres veces la mano significa el número de los cinco dedos por tres. Es decir, quince. El señalar a su espejito quiere decir que el día quince del mes, cuando la luna esté llena y redonda como el espejo, debéis ir a verla».

Entonces el joven se deshizo de sus negros pensamientos y casi no podía con la alegría que le embargaba.

Pero poco después volvió a ponerse triste y dijo: «El palacio del príncipe está cerrado y es más difícil atravesarlo que atravesar el mar. ¿Cómo voy a poder llegar a ella?».

«No hay nada más fácil —repuso Molo—, el día quince cogemos dos trozos de seda oscura y nos cubrimos con ellos. Yo os guiaré. Es cierto que hay un perro salvaje, que hace guardia a la entrada del patio de las esclavas, es fuerte como un tigre y vigilante como un dios. Nadie puede pasar delante de él. Primero hay que matarlo.»

Cuando llegó el día señalado, dijo el criado: «Aparte de mí, no hay nadie que sea capaz de matar a ese perro».

El joven le dio muy contento vino y carne. El viejo cogió un martillo con cadena y desapareció al instante.

Y antes de que hubiera pasado el tiempo de una comida, ya estaba de vuelta diciendo: «El perro ya está muerto, ya no existe impedimento alguno».

A media noche se envolvieron ambos en dos retales de seda oscura y el viejo condujo al joven a través de los diez tipos de muros que rodeaban el palacio. Llegaron a la tercera

puerta; estaba sólo entornada. Vieron que había una lamparilla que chisporroteaba y oyeron a Amanecer que sollozaba en voz alta. El patio estaba tranquilo y solitario. El muchacho levantó la cortina y entró. Amanecer le examinó durante un buen rato; luego saltó alegremente desde su cama y le cogió las manos.

«Ya sabía yo que erais inteligente y que habíais entendido mis señas. Pero ¿qué magia tenéis para poder llegar hasta aquí?»

El joven le explicó detalladamente los buenos servicios de Molo.

«Y ¿dónde está Molo?», le preguntó ella.

«Afuera, detrás de la cortina», le contestó.

Luego le dijo que entrara, le dio vino en una taza de jade y dijo: «Yo soy de una buena familia que vive lejos de aquí. Me han obligado a servir como esclava en esta casa. Aquí echo todo de menos, pues, aunque tengo palillos de jade para comer y bebo vino en cálices de oro, y me visto de seda y terciopelo y puedo tener cuantas joyas desee, para mí todo eso no son más que guijarros y teluchas. Buen Molo, tú dominas la magia, te ruego que me ayudes en este problema y a cambio serviré a tu señor gustosamente como esclava y no olvidaré en toda mi vida tu buena acción».

El joven miró a Molo. Él estaba de acuerdo y dispuesto a hacerlo. Pidió permiso para guardar el ajuar en bolsos y sacos. Fue y vino tres veces hasta que se hubo llevado todo. Luego cogió a su señor y a Amanecer a la espalda y voló con ellos por encima de los muros de piedra. Ningún centinela del castillo del príncipe se había dado cuenta de nada. Una vez en casa, escondió a Amanecer en las habitaciones más tranquilas.

Cuando el príncipe se dio cuenta de que le faltaba una es-

clava y de que uno de sus perros salvajes había sido asesinado dijo: «Seguro que esto lo ha hecho un poderoso héroe de la espada». Luego dio órdenes estrictas de que no corriera el rumor y que se siguiera investigando lo ocurrido en secreto.

Habían pasado dos años y el joven ya no pensaba en peligro alguno. Cuando los capullos florecían en primavera, condujo a Amanecer en un pequeño palanquín hacia el río. Fue descubierta por un criado del príncipe, el cual informó a su señor. El joven tuvo que ir a verle. Como no podía ocultar los hechos, le contó toda la verdad.

El príncipe le dijo: «Toda la culpa es de Amanecer. A vos no os echo nada en cara. Y como ahora es vuestra esposa, tampoco quiero hacerle nada. El único que tiene que pagar la culpa es Molo».

Entonces ordenó a cien guerreros armados con arcos y espadas que rodearan la casa del joven y que, pasara lo que pasara, cogieran prisionero a Molo. Molo cogió su puñal y voló por encima del muro. Miró a su alrededor como hacen los halcones. Las flechas llegaban en una nube tan compacta como si fueran gotas de lluvia, pero ninguna le dio. En un instante desapareció y nadie supo adónde fue.

Después de más de diez años, alguna gente de su señor le vio en el sur comprando medicinas. Seguía pareciendo igual de joven que antes.

54. *La cajita dorada*

En la dinastía Tang vivió un conde en el campamento de Ludschou. Tenía una esclava que sabía tocar música y que era

también muy diestra en la lectura y en la escritura, de modo que el conde se servía de ella para escribir sus misivas secretas.

En una ocasión hubo una gran fiesta en el campamento. La esclava le dijo: «El timbal grande suena hoy muy triste; seguro que al músico que lo toca le ha ocurrido alguna desgracia».

El conde hizo venir al músico y le preguntó: «Se me ha muerto la esposa —le respondió—, pero no me atrevía a pedir vacaciones; por eso mi timbal suena tan triste, a pesar de mi voluntad».

El conde le dejó marcharse a su casa.

En aquella época se daban muchas riñas y envidias entre los condes que vivían a lo largo del río Amarillo. El emperador quería que hubiera concordia entre ellos, porque había unido a los condes por lazos familiares. Así, la hija del conde de Ludschou se había casado con el hijo del conde de Webo. Pero eso no era de gran ayuda. El anciano conde de Webo padecía de los pulmones, y, cada vez que hacía calor, empeoraba y solía decir: «¡Si yo estuviera en Ludschou! Allí hace más fresco y quizá me sentiría mejor».

Entonces reunió un ejército de tres mil guerreros, les dio una soldada estupenda, consultó los oráculos para establecer el día más favorable y se puso en camino para ocupar Ludschou por las armas.

Al conde de Ludschou le llegó la noticia. Pasaba los días y las noches preocupado y no veía ninguna solución. Una noche, cuando ya se había dado el toque de queda y el campamento había cerrado sus puertas, se puso a dar vueltas al patio apoyado en su bastón. La única que le seguía era su esclava.

«Señor —le dijo—, hace un mes que no podéis dormir y que habéis perdido el apetito. Y vivís sin compartir con nadie vuestras preocupaciones. Me equivocaría si no dijera que es a causa de Webo.»

«Es un asunto de vida o muerte —le contestó el conde—. Las mujeres no entienden de eso.»

«Yo no soy más que una muchacha sencilla —le dijo la esclava—, y sin embargo he acertado con la causa de vuestras preocupaciones.»

El conde reconoció que sus palabras tenían sentido y le dijo: «Tú eres una muchacha fuera de lo común. Realmente estoy pensando en una solución cuando todo está en calma».

La esclava le dijo: «Es fácil de resolver. No tenéis que preocuparos por eso, ¡señor! Voy a ir al encuentro de Webo y voy a ver lo que ocurre. Ahora es la primera guardia. Si me marcho ahora, podré estar de regreso en la quinta guardia de la noche».

«Si no consigues nada —repuso el conde—, vas a empeorar todavía más el problema.»

«El fracaso es totalmente imposible», le contestó la esclava.

Luego fue a su habitación y se preparó para emprender el viaje. Peinó sus cabellos negros como los cuervos, los anudó en un moño sobre la nuca y los sostuvo con horquillas de oro. Luego se puso una túnica corta bordada con hilos púrpura y se calzó unos zapatos trenzados de seda negra. En el seno escondió un puñal con líneas de dragones y en la frente escribió el nombre de un dios poderoso. Se inclinó ante el conde y desapareció.

El conde se sirvió vino, mientras la esperaba. Y cuando despuntaba la estrella del amanecer, la esclava se movió con la ligereza de una hoja temblorosa y le hizo una reverencia.

«¿Ha ido todo bien?», le preguntó el conde.

«No ha habido ningún problema en la tarea», le contestó la muchacha.

«¿Has matado a alguien?»

«No, no llegué a tanto. Pero me he llevado la cajita dorada, que estaba en la parte más alta de su campamento, como garantía de seguridad.»

El conde le pidió que le contara todo lo que había ocurrido y ella empezó a decírselo: «Aparecí a la hora en que doblan los tambores y encontré a Webo tres horas antes de la medianoche. Cuando pasaba por la puerta de entrada, vi a los guardianes de los escudos, que dormían en el lugar de la guardia. Sus ronquidos resonaban como truenos. Los centinelas del campamento se paseaban de arriba abajo y yo entré en el dormitorio atravesando la puerta de la izquierda. Allí estaba echado vuestro pariente con los cortinajes a la espalda, durmiendo como un bendito. Junto a su almohada había una rica espada; y al lado, una cajita de oro abierta. En la cajita había algunas notas. En un papel estaba escrito su edad y el día de su cumpleaños. En la otra el nombre del dios del gran oso. Dentro había varillas de incienso y perlas. Las velas de la habitación daban una luz débil y el incienso de la copa se estaba terminando justo entonces. Las sirvientas estaban echadas a su alrededor sin temer nada y dormían. Les pude quitar los tocados y levantarles las vestiduras sin que se despertaran. La vida de vuestro familiar estaba en mis manos; pero no quise llevar la carga de haberlo matado. Por eso cogí la cajita de oro y me volví. El reloj de agua mostraba la tercera hora cuando llegué. Ahora tenéis que hacer ensillar a toda prisa un caballo y enviar a un hombre a Webo, para que le lleve la cajita de oro. Entonces el señor de Webo entrará en razones y dejará de lado sus planes de conquista».

El conde de Ludschou ordenó a un oficial que cabalgara hacia el campamento de Webo tan rápidamente como fuera posible. Cabalgó durante todo el día y la mitad de la noche antes de llegar. En el campamento estaban todos excitados

con la pérdida de la caja de oro. Se había rebuscado hasta en el último rincón. El enviado golpeó la puerta con la correa de la montura y pidió ver al señor de Webo. Como era una hora tan desacostumbrada, el señor de Webo supuso que se trataba de alguna noticia importante y salió de su habitación para recibir al emisario. Éste le dio una carta en la que ponía: «Ayer llegó a nosotros un extranjero. Contó que había cogido con sus propias manos una caja de oro de la cabecera de vuestra cama. Yo no me atreví a retenerla y por eso os envío al mensajero para que os la restituya rápidamente». Cuando el señor de Webo vio la caja de oro tuvo mucho miedo. Recibió al emisario en sus habitaciones, le agasajó con un banquete y le premió con grandes riquezas.

Al día siguiente, volvió a recompensar al huésped y le dio tres mil balas de seda y cincuenta telas del mejor tejido, el de cuatro vueltas, como regalo a su señor. También le escribió una carta al conde de Ludschou:

«Mi vida está en vuestras manos. Os agradezco que me hayáis dado un buen trato y lamento mi actitud, por lo que quiero mejorarme. A partir de ahora tiene que haber entre nosotros una paz duradera y amistad, y yo no volveré a tener ese tipo de intenciones. La milicia que he reunido en torno a mí me servirá para protección contra los ladrones. Les he desarmado y les he mandado de vuelta a trabajar en el campo».

A partir de entonces existió entre los dos parientes que vivían al norte y al sur del río Amarillo una amistad sincera.

Un día, la esclava se presentó para despedirse de su señor. Él le dijo: «Tú has nacido en esta casa. ¿Adónde quieres ir? Te necesito de tal manera que no puedo darte la libertad».

«En mi vida anterior —le contestó la esclava— fui un hombre. Era un médico que ayudaba a los enfermos. En una ocasión llegó una mujer en estado que padecía de lombrices. Por

error le di a beber un licor de dafne y murieron ella y el niño que llevaba en su seno. Por eso me gané el castigo del dios de los muertos y me reencarné en una muchacha en un estado social bajo. El recuerdo sobre mi vida pasada me ha venido a la memoria; me ocupé celosamente de mi moral y encontré un maestro poco común que me enseñó el arte de manejar la espada. Ahora ya hace diecinueve años que os sirvo. Por vos fui al campamento de Webo para que vuestros bienes estuvieran a salvo. Con ello conseguí que volvierais a vivir en paz con vuestro familiar y así he salvado la vida de miles de hombres. Para una mujer débil eso siempre es una buena acción, suficiente, para borrar mi antigua culpa. Ahora quiero apartarme del mundo y vivir contemplativamente en la tranquilidad de las montañas para purificar mi corazón y poder lograr mi santidad. Quizá pueda entonces volver a mi anterior estado. Os lo ruego. ¡Dejadme marchar!»

El conde vio que no podía retenerla por más tiempo, por eso preparó un gran banquete e invitó a muchos huéspedes para que se despidieran de ella. En la mesa había algunos caballeros notables. Todos la honraron con brindis y poemas.

El conde ya no podía dominar su intranquilidad, y tampoco la esclava, que se inclinó llorando. Luego dejó discretamente la mesa y nadie sabe adónde fue.

55. *Yang Gui Fe*

La esposa preferida del emperador Ming Huang de la dinastía Tang era la conocida Yang Gui Fe. Le había encantado de tal manera con su belleza que él hacía todo lo que ella quería.

Trajo a la corte a su primo, que era un jugador y un borracho, y por su culpa se levantaron murmullos de descontento contra el emperador. Finalmente hubo un alzamiento y el emperador se vio obligado a huir. Huyó con toda la corte al país de las Cuatro Corrientes.

Al llegar a un puerto de montaña se amotinaron incluso sus propias tropas. Gritaron que el primo de Yang Gui Fe era el culpable de todo y que había que matarle; en caso contrario, ellos no seguirían con el emperador. El emperador no encontró ninguna excusa. Libró al primo, al que mataron los soldados. Pero todavía no estaban contentos. «Mientras Yang Gui Fe siga con vida va a hacer todo lo posible para vengar la muerte de su primo. ¡Ella también tiene que morir!»

Ella se escapó llorando a ver al emperador. Él también lloraba amargamente y quería protegerla, pero los soldados estaban cada vez más nerviosos. Al final, un eunuco la colgó de un peral.

El emperador echaba tanto de menos a Yang Gui Fe que dejó de comer y no podía dormir. Uno de sus eunucos le habló de un hombre llamado Yang Schï Wu, que sabía hacer venir a los espíritus. El emperador le hizo llamar. Yang Schï Wu vino.

Esa misma noche pronunció el conjuro y su alma se separó del cuerpo para ir en busca de Yang Gui Fe. En primer lugar fue al mundo de las tinieblas, donde vivían las sombras. Pero por mucho que buscó y preguntó, no encontró huella alguna de ella. Luego subió al cielo superior, donde la luna, el sol y las estrellas trazan sus movimientos, y la buscó en el espacio vacío, pero tampoco se encontraba allí. Volvió y se lo contó al emperador. Él no estaba contento y le respondió: «¡Yang Gui Fe era de una belleza tan celestial que quizá no tuviera alma!».

El mago le dijo: «Entre las montañas y los valles y los tranquilos abismos viven los santos. Voy a ir allí a preguntar por ella».

Entonces erró por las cinco montañas sagradas, entre los cuatro grandes ríos y en las islas y mares. Había estado en todas partes. Al final llegó al país de las hadas y preguntó a un hada por ella.

El hada le dijo: «Yang Gui Fe forma ahora parte de los inmortales y vive en el gran palacio del sur».

Así que fue al palacio y llamó a la puerta. Una muchacha salió y le preguntó qué quería. Él le contó que le había enviado el emperador a buscar a su señora. Le dejó entrar. Atravesaron amplios jardines en los que había flores de jade y árboles de coral que despedían un agradable aroma. Finalmente llegaron a una alta torre y una esclava alzó la cortina que cubría la puerta. El mago hizo una reverencia y miró a su alrededor. Allí estaba Yang Gui Fe en un trono. Llevaba un tocado de esmeraldas y una capa de plumas de cisne amarillo. Su rostro resplandecía rosado, pero tenía arrugas de preocupación en la frente.

Ella le dijo: «Ya sé que el emperador me echa de menos. Pero no hay camino alguno que me pueda llevar al mundo de los hombres. No puedo volver contigo. Antes de mi nacimiento era un hada celeste y el emperador también era un inmortal. Ya entonces nos amábamos locamente. Cuando el emperador fue enviado a la tierra por el Señor, yo también fui a vivir entre los hombres y allí le encontré. Dentro de doce años volveremos a encontrarnos. El emperador me juró amor eterno una vez, en la noche del día séptimo, cuando estábamos mirando a las tejedoras y a los pastores. Tenía un anillo que rompió; me dio una mitad y la otra la guardó él mismo. Coge la mitad, llévasela al emperador y dile que no debe olvidarse de

las palabras secretas de la séptima noche. Pero no tiene que sufrir mucho por pensar en mí».

Luego le dio el anillo haciendo esfuerzos para contener los sollozos. El mago llevó el anillo. Al verlo, el dolor que le producía al emperador la ausencia de amor se renovó.

Dijo: «Lo que hablamos aquella noche nunca lo supo nadie más. Tú me devuelves el anillo, en él reconozco que tus palabras son verdad y que mi amada realmente se ha convertido en un hada inmortal».

Entonces guardó el anillo y le dio al mago una gran recompensa.

56. *El médico*

Ya en su más tierna juventud, Sun Sï Mo había alcanzado el dominio de todas las ciencias. Vivió durante muchos años apartado en las montañas. Pero cuando el emperador Tai Dsung, de la dinastía Tang, le hizo llamar, volvió. El emperador quería darle un puesto en el gobierno, pero él lo rechazó y ayudaba a los hombres trabajando como médico. Llevaba un anillo de hierro hueco en el que hacía rodar una esfera. La sacudía e iba por los pueblos y ciudades. Cuando venía a verle un enfermo lo curaba en el sitio, incluso aunque estuviera enfermo desde hacía muchos años. Sabía punzar, quemar y sajar, y anulaba los venenos más potentes.

En una ocasión, llegó a los pies de la montaña del sur. Allí había un tigre monstruoso en medio del camino, que agarrándole del borde de la túnica con sus dientes, movía la cola y parecía querer decir algo.

«¿Qué te ocurre? —le preguntó el médico—. ¡Enséñamelo!» El tigre abrió sus fauces. Tenía un hueso de ternera en el paladar. Le había producido una herida fea, de modo que no podía tragar. El médico le cerró con su aro de hierro la faringe y con un bisturí bien afilado cortó el hueso y se lo sacó. Luego le puso un emplasto de hierbas en la herida y enseguida estuvo bien. El tigre dio una voltereta de alegría y se marchó.

En otra ocasión encontró a un anciano que padecía de dolores de vientre. El médico le dio una píldora y le curó la enfermedad. El anciano se inclinó agradecido; luego se convirtió en un dragón y desapareció en el aire. Desde entonces al médico le siguen un dragón y un tigre escondidos.

Otra vez estuvo una princesa enferma y le rogaron al médico que la curara. Pero la muchacha era tan vergonzosa que no quería darle la mano para que le tomara el pulso.

El médico le dijo entonces: «Que la enferma sostenga en cada mano tres hebras de seda, así podré saber lo que le ocurre».

Hicieron lo que había ordenado y de detrás de la cortina salieron seis hebras de seda. El médico las comprobó una a una; luego dijo: «La princesa padece de melancolía».

Le dio un purgante y la enfermedad desapareció como si hubieran soplado sobre ella.

Una vez se encontró con otro médico famoso. Le dijo a modo de advertencia: «Veo por tu aspecto que padeces una enfermedad grave. ¡Te aconsejo que te trates!».

El otro se enfadó y le contestó: «Me siento fresco y fuerte y no me duele nada. ¡Vaya tontería que dices, viejo!».

Pero apenas habían transcurrido unos meses cuando el otro tuvo una enfermedad grave y murió.

En una aldea había una mujer que se había muerto en un parto. La llevaban a enterrar. El médico se fijó en la caravana

y vio que del ataúd caía un hilillo de sangre fresca; entonces dijo: «La mujer no está muerta. ¡Traédmela enseguida, que yo puedo curarla!».

Siguieron sus consejos y abrieron el ataúd, pinchó a la mujer en el vientre con una aguja y al momento nació un niñito. Tanto la madre como el hijo vivieron.

Otra vez llegó a una aldea. Detrás del pueblo había un hombre en la calle que había sido mordido mortalmente por un lobo. Tenía el vientre abierto y los intestinos fuera. Un perro de la aldea se acercó a saltos a comer los restos. El médico mató al perro, le sacó el corazón y el hígado y se los trasplantó al hombre. Luego le hizo una sutura y le dio una pomada. Poco después el hombre volvió en sí.

Se levantó, miró a su alrededor y le preguntó al médico: «Me sentía cansado y me he echado a dormir un poco aquí. Tenía una bolsa. ¿Por qué me la has robado?».

El médico le respondió. «Tú no reconoces al que es bueno contigo. Un lobo te había medio comido y te he salvado la vida. ¡Y me tratas de ladrón!»

Pero el otro no quiso oír nada y le llevó ante el juez. El juez reconoció al médico por su sabiduría y supo por él lo que había ocurrido. Le devolvió su libertad. Pero el otro hombre no estaba contento y armó un gran jaleo. Los esbirros no podían con él. Entonces el médico le roció con una poción mágica y cayó inmediatamente muerto al suelo. Examinaron su cuerpo, vieron que estaba cosido y cuando el juez lo estudió, efectivamente estaban allí el corazón y el vientre del perro. El médico dijo sollozando: «Sólo siento haber matado al perro y tener que cargar con una culpa más».

Un inmortal le dijo una vez: «Tú has hecho un gran servicio a los enfermos con tu ayuda. Pero en tus recetas utilizas muchos animales muertos. Matar a los animales es un pecado.

Por eso sólo alcanzarás la inmortalidad cuando te hayas separado de tu cuerpo. No se te dejará seguir viviendo con un cuerpo mortal».

Desde entonces el médico sólo empleó plantas y hierbas para curar a los enfermos.

Al final pareció ponerse enfermo y murió. La expresión de su rostro no se transformó con la muerte. Cuando llevaban su cuerpo en el ataúd, lo único que quedó fueron las vestiduras, lo mismo que si se tratara de la envoltura vacía de una cigarra.

Cuando el emperador Ming Huang estuvo en el país de las Cuatro Corrientes, vio en sueños a un anciano de barba blanca y de cabellos canosos que decía haciendo una reverencia: «Yo soy el médico Sun Si Mo. Vivo en la montaña Omi. Como supe de la venida de vuestra alteza, me apresuré a venir a saludaros, aunque también tengo una petición. Estoy preparando la piedra de la sabiduría. Para ello necesito ochenta medidas de soldadura real del país de las Cuatro Corrientes. Si tenéis la bondad de regalármelo, enviádmelo a la montaña Omi».

El rey se lo prometió y le mandó lo que deseaba a la montaña Omi, donde el médico apareció y cogió el encargo muy agradecido.

«Aquí, en la montaña, no tengo papel; por eso he escrito mi agradecimiento en una piedra, por favor, ¡copiadla!»

Y el enviado vio, efectivamente, una piedra en la que habían escrito con cinabrio rojo. Cuando hubo copiado las palabras, desaparecieron el anciano y la piedra. Desde entonces, tan pronto se hacía visible como invisible.

La última vez que se le vio, se presentó a un muchacho de diez años que se había consagrado a Buda. Se lo llevó a casa. Sacó cierto polvo de su manga, hizo una incisión y lo echó en ella. Luego bebió él y dio de beber al muchacho. El muchacho

se alzó hacia el cielo y el anciano subía con él. Cuando miraron el cacharro en que había cocido la infusión, vieron que se había convertido en oro amarillo.

Sun Si Mo fue adorado posteriormente como rey de los médicos, y se encuentran templos dedicados a él incluso en nuestros días. A su derecha y a su izquierda se ven un tigre y un dragón.

57. *El monje de Yangtsekiang*

El budismo nació al sur de la India en la isla de Ceilán. Allí vivía el hijo de un rey bramán. En su juventud había abandonado su hogar y había renunciado a todo deseo y sentimiento. Había hecho penitencia con una gran fuerza de voluntad para poder salvar a todos los seres vivos. Con el tiempo aprendió todas las ciencias ocultas y recibió el nombre de Buda.

En tiempos del emperador Ming Di de la dinastía Han, se vio una luz dorada hacia el oeste que no dejaba de lucir y parpadear.

El emperador soñó que era un santo de oro de veinte pies de altura con la cabeza coronada y los pies descalzos, vestido con vestiduras hindúes, que le dijo: «Yo soy el santo del país de la Noche. Mis enseñanzas se tienen que propagar en el país de la Mañana».

Cuando el emperador despertó, se maravilló del sueño y envió emisarios a las tierras del este para que se enteraran si la historia era verdad.

De esta manera llegaron las enseñanzas de Buda a China y siguió creciendo su importancia hasta la época de la dinastía

Tang. En aquella época, desde el emperador y el rey hasta el labrador de la aldea, los sabios y los tontos, todos sentían el mismo respeto por Buda. Bajo las dos últimas dinastías, por el contrario, se fueron olvidando las enseñanzas. Los monjes budistas van en nuestros días a las casas de las personas ricas, recitan las suras y rezan a cambio de dinero. Ya no se oye hablar de los grandes santos de antaño.

En la época del emperador Tai Dsung de la dinastía Tang, hubo una gran sequía, que obligó al emperador y a sus funcionarios a levantar altares para rogar que lloviera.

El rey dragón del mar del Este habló entonces con el viejo dragón de la Vía Láctea y le dijo: «Hoy han pedido allí abajo que llueva sobre la tierra y el Señor ha escuchado las súplicas del rey de Tang. Mañana tienes que dejar caer tres pulgadas de lluvia».

«No, sólo tiene que llover dos pulgadas», le contestó el viejo dragón.

Así que ambos dragones hicieron una apuesta y el que perdiera tenía que convertirse en salamandra.

Al día siguiente llegó repentinamente la orden del Señor Superior, que decía que el dragón de la Vía Láctea tenía que convocar al espíritu del viento y de las nubes, y que tenía que hacer caer tres pulgadas de lluvia sobre la tierra. No había posibilidad de llevarle la contraria.

Entonces el viejo dragón pensó para sí: «El rey dragón predice el futuro mejor que yo. Pero si ahora no quiero convertirme en salamandra, haré que caigan sólo dos pulgadas de lluvia e informaré a la corte celestial de que la orden ha sido ejecutada».

El emperador Tai Dsung también había dirigido una plegaria al cielo en acción de gracias. La plegaria era la siguiente: «El preciado líquido eran dos pulgadas. Te rogamos sumisamente

que nos envíes más lluvia para que las áridas regiones puedan mejorarse».

Cuando el Señor leyó la petición, se puso muy furioso y dijo: «El malvado dragón de la Vía Láctea se ha atrevido a disminuir la cantidad de lluvia que yo ordené que cayera sobre la tierra. Ese pecador no puede seguir con vida. Así que, en el mundo de los hombres, el caballero We Dschong le cortará la cabeza para escarmiento de todos los seres vivos».

Esa noche, el emperador Tai Dsung tuvo un sueño en el que vio entrar a un gigante, que conteniendo las lágrimas le rogaba: «¡Salvadme, emperador! El Señor ha decretado, enfadado porque yo decidí por mi cuenta disminuir la cantidad de lluvia, que We Dschong me corte mañana la cabeza a mediodía. Pero si vos no dejáis ahora dormir a We Dschong y eleváis otra plegaria para salvarme, todavía se puede reparar la desgracia».

El emperador accedió. El dragón hizo una inclinación y se fue.

Al día siguiente, el emperador hizo venir a We Dschong. Bebieron juntos té y jugaron al ajedrez. Al mediodía, We Dschong se sintió de repente cansado y con sueño, pero no se atrevía a despedirse. El emperador, como acababan de comerle un peón, concentró la mirada en el juego y se puso a pensar. Y entonces We Dschong empezó a roncar, haciendo tanto ruido que sus ronquidos parecían truenos. El emperador se asustó mucho y le llamó, pero no se despertó. Hizo que dos eunucos le sacudieran, pero tardó mucho rato en volver en sí.

«¿Por qué os habéis quedado dormido de repente?», le preguntó el emperador.

«Soñaba —le contestó el otro—, que el Señor de los dioses me había ordenado decapitar al viejo dragón. Acabo de cortarle la cabeza y todavía me duele el brazo del esfuerzo.»

Antes de que hubiera terminado de decirlo, cayó del aire la cabeza del dragón, del tamaño de una fanega. El emperador se asustó mucho y se levantó.

«He pecado contra el viejo dragón», dijo. Se retiró a sus habitaciones en el palacio sintiendo un gran peso en su corazón. Se quedó en la cámara echado, cerró los ojos y no dijo nada más. Lo único que se percibía era la respiración por la nariz.

Vio de repente a dos personas vestidas de púrpura que llevaban en la mano una tarjeta con un nombre. Le dijeron: «El viejo dragón de la Vía Láctea se ha quejado del emperador en el mundo inferior. Os rogamos que hagáis preparar un coche».

El emperador siguió de mala gana a los dos hombres y delante del palacio encontraron el carro ya preparado. El emperador montó y se alzó volando por los aires. Al instante se encontró en la ciudad de los muertos. Cuando entró, vio al dios de la gran montaña, sentado en medio de los diez príncipes del infierno colocados a su derecha y a su izquierda. Todos ellos se levantaron, se inclinaron ante él y le hicieron sentarse.

El dios de la gran montaña dijo: «El viejo dragón de la Vía Láctea ha sufrido un castigo bien merecido. Pero vuestra majestad había prometido interceder por él al Señor más poderoso para que la vida del dragón fuera perdonada. Como se olvidó del asunto a causa del ajedrez, ha cometido una falta. El viejo dragón no deja de quejarse ante mí. Cuando pienso que durante mil años ha estado dedicado a lo sagrado y que tiene que volver a entrar en el círculo de las encarnaciones, me parece que es realmente triste. Por eso, he pedido a los diez príncipes de las salas que me aconsejen para encontrar una solución, y he hecho venir aquí a vuestra majestad para tratar del asunto. En el cielo, en la tierra y en el mundo inferior, la única enseñanza que no conoce fronteras es la de Buda. Cuando

vuestra majestad vuelva al mundo, tendrá que hacer que se ofrezcan grandes sacrificios a los treinta y tres dioses del cielo. Tres mil seiscientos sacerdotes budistas consagrados leerán las suras para liberar al viejo dragón, para que pueda volver a subir al cielo y mantener su antiguo estado. Pero las escrituras y las fórmulas mágicas del mundo de los hombres no son lo suficientemente poderosas. Hay que ir al cielo del oeste y recoger las palabras de la verdad».

El emperador accedió, y el dios de la gran montaña y los diez príncipes del infierno se levantaron y dijeron inclinándose: «¡Pediremos por tu regreso!».

De repente se le abrieron los ojos a Tai Dsung, y se vio en su real cama. Luego tomó conciencia de su culpa e hizo llamar a los sacerdotes budistas y les ordenó que fueran a buscar las suras al cielo del oeste. El monje de Yangtsekiang, que respondía al nombre de Hüan Dschuang, se instaló en la corte. Hüan Dschuang se llamaba originariamente Tschen. Su padre había aprobado durante el gobierno del anterior emperador el más alto examen y fue premiado con el puesto de gobernador de un antecesor del círculo en Yangtsekiang. Se fue con su mujer a su nuevo distrito. Cuando hubieron atravesado el río en su barco, se encontraron con una banda de ladrones. El cabecilla mató a todo el séquito, arrojó a Tschen, el padre, al río, redujo por la fuerza a la mujer y falsificó los papeles del anterior destino; se dirigió con un nombre falso a aquella ciudad y recibió el sello. Todos los sirvientes y criados que tomó eran miembros de su banda. Encerró a la mujer raptada en una habitación de la torre. En aquel tiempo, la mujer ya estaba embarazada de tres meses. Por eso siguió viviendo, aunque ella hubiera preferido morir, pues tenía la esperanza de tener un hijo varón que continuara el apellido Tschen en la familia y pudiera vengar la afrenta.

Cuando llegó el día del parto, se fingió enferma para que el ladrón no se acercara a ella, y dio a luz un hijo. Los sirvientes eran fieles servidores del ladrón, por eso ella temió que el asunto fuera hecho público.

Bajo la torre había un pequeño lago. Del lago nacía un arroyo que, atravesando los muros, iba a desembocar al Yangtse. Cogió un cestillo de bambú, cerró las aberturas y colocó al niñito dentro. Luego se cortó un dedo y escribió con su sangre la hora y el día del nacimiento en una cinta de seda; añadió que cuando el muchacho tuviera doce años, vendría a salvarla. Luego anudó la cinta de seda en torno al dedo que se había cortado, y la puso junto al niño en el cesto. Por la noche, cuando no había nadie en los caminos, dejó el canasto en el arroyo. Flotó siguiendo la corriente hasta llegar al Yangtsekiang. Siguió en el río hasta llegar al monasterio de la Montaña de Oro, que estaba construido en una isla en mitad del río. Allí lo encontró un sacerdote, que había ido a recoger agua. Lo pescó y se lo llevó al monasterio.

Cuando el abad vio la cinta escrita con sangre, ordenó a los sacerdotes y a los discípulos que no hablaran de ello con nadie y se llevó al niño al monasterio.

Cuando tuvo cinco años, empezó a leer las sagradas escrituras. El muchacho era más inteligente que sus compañeros de escuela y pronto conoció el significado de las sagradas escrituras y se adentró cada vez más profundamente en sus secretos. Así que le dejaron hacer los votos y cuando llegó al último estadio, le dieron el nombre de «El monje de Yangtsekiang».

En el duodécimo año de su vida, era fuerte y alto como un hombre, pero el abad, que sabía el deber que estaba obligado a cumplir, le pidió que se reuniera con él en una habitación tranquila. Allí cogió el manuscrito redactado con sangre y el dedo, y le dio ambos.

Cuando el monje hubo leído lo escrito, se tiró al suelo y lloró amargamente. Luego dio las gracias al abad por todo lo que había hecho por él. Se marchó a la ciudad en la que vivía su madre. Anduvo alrededor del edificio del funcionariado, golpeó el llamador en forma de pez de madera y gritó: «¡Liberación de todas las penas, liberación de todas las dificultades!».

Desde que el ladrón que había asesinado a su padre ocupara el puesto con un nombre falso, se había preocupado de que le hicieran fijo en su cargo, gracias a sus poderosos contactos. Pero a la mujer, que ya hacía diez años que tenía junto a él por la fuerza, le dejaba un poco más de libertad.

Aquel día estaba él ausente por asuntos de su cargo. La mujer estaba en la casa y, cuando oyó golpear tan fuertemente el llamador de la puerta y escuchó las palabras de liberación, sintió que le hablaba la voz del corazón. Ordenó a una de las sirvientas que llamara al sacerdote. Éste entró por la puerta de atrás. Apenas ella le vio, se dio cuenta de que se parecía a su padre rasgo por rasgo, y no pudo contenerse más; le brotaron lágrimas como si fueran manantiales. El monje de Yangtsekiang se dio cuenta de que ella era su madre. Cogió la carta escrita con sangre y se la entregó.

Ella le acarició y le dijo llorando: «Mi padre es un funcionario importante que se ha retirado de los negocios y que vive en la capital. Yo no pude escribirle, porque este ladrón me ha tenido duramente encerrada. Por eso he pasado mi vida esperando a que llegaras. Ahora date prisa en ir a la capital y venga a tu padre, con lo cual la muerte no me supondrá ninguna pena; pero tienes que darte prisa para que nadie se entere».

Y allí se dirigió rápidamente el monje.

Primero volvió al monasterio para despedirse del abad y luego se fue a la gran ciudad de Sianfu.

En aquella época ya había muerto su abuelo, pero todavía

vivía un tío, que era conocido en la corte. Reunió a los soldados y mató al ladrón, pero la madre ya se había ahorcado.

Desde entonces, el monje de Yangtse vivió en una pagoda de Sianfu y fue conocido con el nombre de Hüan Dschuang. Cuando el emperador le hizo llegar la orden, él ya tenía unos veinte años. Fue a ver al emperador y le honró como a un maestro. Luego se puso en camino hacia la India.

Estuvo ausente diecisiete años. Escribió tres colecciones de libros y cada una de ella constaba de quinientos cuarenta rollos. Con ellos se dirigió a presencia del emperador. El emperador se alegró muchísimo y escribió de su propio puño y letra una introducción a las sagradas enseñanzas en las que aparece contada toda esta historia. Entonces se ofreció un enorme sacrificio para salvar al dragón.

Segunda parte

I. Cuentos de niños

1. *De cómo los malos consejos de mujer son más peligrosos que cuchillos afilados*

Hubo una vez dos hermanos que vivían en la misma casa. El mayor escuchó los malos consejos de su mujer y se distanció de su hermano. El verano ya había llegado y era hora de sembrar el mijo de altos tallos. El hermano pequeño no tenía simiente y le pidió al mayor que se la prestara. El mayor le aconsejó a su mujer que se la diera. Ella cogió el grano, lo echó en una gran marmita, lo coció bien cocido y se lo dio al hermano menor. El hermano pequeño no se dio cuenta de nada, se marchó y lo sembró en sus tierras. Pero como el grano estaba cocido, no germinó. Tan sólo una semilla no estaba bien cocida, así que no brotó más que un tallo. Como el hermano pequeño era de natural trabajador y diligente, lo regaba y lo cavaba todo el día, de modo que el tallo creció con la fuerza de un árbol y echó una espiga como un baldaquín, tan grande que daba sombra a medio Oriente. En el otoño ya estaba madura, entonces el hermano pequeño cogió un hacha y la derribó. Apenas había caído la espiga al suelo cuando apareció repentinamente con un zumbido un ave roc de gran ta-

maño, cogió la espiga y se la llevó en el pico. El hermano pequeño la siguió hasta el borde del mar.

El pájaro se volvió hacia él y le habló en el lenguaje de los hombres: «No me hagas daño. ¿Qué es para ti una espiga? Al este del mar está la isla del Oro y de la Plata. Te conduciré a ella. Allí podrás coger lo que quieras y hacerte muy rico».

El hermano pequeño estaba contento y se subió a la espalda del pájaro. Éste le dijo que cerrara los ojos, de manera que sólo oía los silbidos del aire, como si atravesara un fuerte viento, y, a sus pies, oía los bramidos y crujidos de la marea y de las olas. En un santiamén descendió el pájaro sobre una isla. «Ya hemos llegado», le dijo.

Entonces el hermano pequeño abrió los ojos y miró a su alrededor, estaba rodeado por todas partes de brillos y de destellos, sólo había objetos amarillos y blancos. Escogió una docena de piedras pequeñas y las guardó en su pecho.

«¿Te basta con eso?», le preguntó el ave roc. «Sí, me basta», le respondió.

«Bien —le dijo el ave roc—, la desmesura es madre de todos los males.» Luego lo montó de nuevo en su espalda y se lo volvió a llevar a través del mar.

Cuando el hermano pequeño llegó a su casa, se compró una buena tierra y vivió con gran desahogo.

Su hermano tuvo envidia de él y lo perseguía preguntándole: «¿Dónde has robado el dinero?».

El hermano pequeño le contó la verdad al pie de la letra. Entonces el mayor se fue a casa a que su mujer le aconsejara.

«¡No hay cosa más fácil! —le dijo la mujer—. Cuezo el grano otra vez, dejando uno crudo, luego lo siembras y veremos qué ocurre.»

Dicho y hecho. Volvió a salir un tallo que sólo dio una espiga y, cuando llegó la cosecha, apareció otra vez el ave roc y se

la llevó en el pico. El hermano mayor se alegró y la siguió. El ave roc volvió a decir lo mismo que la vez anterior y llevó al mayor a la isla. Allí vio montones de oro y de plata por doquier. Las piedras grandes eran como montañas, las pequeñas como ladrillos y las más menudas como granos de arena. El brillo lo cegaba con su reflejo. Lo único que sentía era no poder trasladar montañas, de modo que se agachó y levantó todo el peso que pudo.

El ave roc le dijo: «¡Ya está bien!, no puedes con ello». «Espera un momentito —le respondió el hermano mayor—. ¡No tengas tanta prisa!, tengo que llevarme alguna piedra más.» Mientras, iba pasando el tiempo.

El ave roc le pidió en varias ocasiones que se apresurara. «Enseguida saldrá el sol —le dijo—, y tiene tanta fuerza que hace arder a los hombres.» «Espera todavía un poquito», le contestó el hermano mayor.

En ese momento salió la Roja Esfera, mostrándose en todo su poder.

El ave roc se marchó volando al mar, plegó sus amplias alas y se zambulló en el agua para defenderse del calor. El hermano mayor se consumió bajo el sol.

2. *Los tres versificadores*

En una familia había tres hijas. La mayor se casó con un doctor, la segunda con un magistrado y la tercera, que era especialmente inteligente y hábil conversadora, se casó con un campesino.

En una ocasión resultó que sus padres celebraban un cum-

pleaños, así que fueron las tres hijas con sus maridos a desearles que tuvieran una larga vida. Los suegros prepararon una comida para sus tres yernos y les sirvieron vino de cumpleaños en la mesa. El marido de la mayor, que sabía que el marido de la pequeña no había ido a la escuela, lo quiso poner en un aprieto.

«Esto resulta muy aburrido si lo único que hacemos es beber —dijo—. ¡Hagamos un juego con la bebida! Cada uno tiene que componer unos versos con sentido en los que se encuentren las expresiones: "en el cielo", "en la tierra", "en la mesa" y "en la habitación". El que no sea capaz de hacerlo tiene que beberse tres vasos en prenda.»

Todos los presentes estuvieron de acuerdo, salvo el marido de la hermana pequeña, que se vio en un aprieto y quiso marcharse a casa. Pero los invitados no le dejaron que se fuera y lo obligaron a que se sentara.

El marido de la hermana mayor fue el primero en empezar: «Quiero ser yo el que componga los primeros versos. Dicen así:

»En el cielo, orgulloso, el fénix revolotea,
en la tierra reposa pacientemente la cordera,
a la manera de los antiguos, lectura en la mesa y recitación,
en susurros llamo a la muchacha a mi habitación».

El marido de la segunda hermana continuó: «Los míos dicen así:

»En el cielo, la tórtola vuela,
en la tierra hoza el buey en la polvareda,
en la mesa se estudia la historia pasada,
en la habitación la muchacha con la escoba trabajaba».

El marido de la hija más pequeña tartamudeaba y no le salía nada.

Cuando le presionaron todos, empezó a decir con voz insegura:

Por el cielo vuela - una bola de plomo,
en la tierra anta - un tigre,
en la mesa hay - una tijera,
en el cuarto llamo - a un mozo de cuadra.

Los otros dos cuñados batieron palmas y empezaron a reírse en voz alta:

«No hay rima alguna en esos cuatro versos —le dijeron—. Y, encima, no tienen sentido. Una bola de plomo no es ningún pájaro y el mozo de cuadra trabaja fuera de la casa. ¿Cómo quieres llamarlo desde tu cuarto? Paparruchas, paparruchas. ¡Que beba!».

Pero antes de que hubieran acabado de hablar, la pequeña levantó la cortina que los separaba de los aposentos femeninos y salió. Estaba enfadada, pero aun así no podía disimular una sonrisa.

«¿Cómo que nuestros versos no tienen sentido? —dijo—. Escuchadme, que os los voy a explicar. La bola del cielo va a matar a vuestro fénix y a vuestra tórtola; el tigre que está en la tierra se comerá a vuestro buey y a vuestra oveja. La tijera de la mesa es para cortar vuestros libros viejos. Y llegamos al mozo de cuadra del cuarto, que, bueno, se puede casar con vuestras muchachas.»

Entonces habló el marido de la mayor: «¡Bien hecho, cuñadita! ¡Vaya si sabes hablar!». Si fueras un hombre, serías doctor hace mucho tiempo. Como castigo seremos nosotros los que nos bebamos los tres vasos».

3. *De cómo un hombre perdió a causa de su avaricia un gran premio por ganar otro menor*

Érase que se era una anciana que tenía dos hijos. El mayor, que no era buen hijo, dejó a su madre y a su hermano, pero el menor se ocupaba con tanto celo de su madre, que todos hablaban de lo buen hijo que era.

En una ocasión hubo una función de teatro a las afueras del pueblo y él llevó a su madre a cuestas para que pudiera verla. A las afueras del pueblo había un paso estrecho, allí resbaló y cayó en mitad del desfiladero. La madre murió a causa de un desprendimiento de piedras. Por todas partes se veían rastros de sangre y de carne desgarrada. El hijo acariciaba el cadáver de su madre y lloraba amargamente. Estaba pensando en suicidarse, cuando, de repente, se dio cuenta de que había un sacerdote junto a él.

Éste le dijo: «No temas, puedo resucitar a tu madre».

Mientras hablaba, se inclinó, unió la carne y los huesos colocándolos en su sitio, después lo bendijo y la madre volvió a la vida. Entonces el hijo se arrodilló ante él lleno de alegría, pero vio que de un risco pendía todavía un pedacito de carne de su madre, que mediría una pulgada.

«No podemos dejarlo aquí», dijo guardándolo en su seno.

El sacerdote le dijo: «¡Tú sí que eres un buen hijo!». Cogió el trocito de carne de la madre, formó con él un hombrecito, lo bendijo y, dando un salto, aquél se llenó de vida. Se había convertido en un espléndido muchachito.

«Se llama Pequeña-Ventaja —dijo volviéndose hacia el hijo—. Puedes considerarlo tu hermano. Eres pobre y no tienes con qué alimentar a tu madre. Cuando necesites algo, Pequeña-Ventaja te lo proporcionará.»

El hijo se lo agradeció repetidamente. Luego volvió a coger a su madre a la espalda, le dio a Pequeña-Ventaja la mano y se marchó a casa. Cuando le dijo a Pequeña-Ventaja: «¡Trae carne y vino!», aparecieron inmediatamente la carne y el vino y también había arroz al vapor cociéndose en la cazuela. Si le decía a Pequeña-Ventaja: «¡Trae dinero y paño!», se llenaba la bolsa de dinero y los paños llenaban un cesto hasta los bordes. Todo lo que le pedía se lo concedía, de modo que llegaron a vivir con gran desahogo.

Pero el hermano mayor le tenía mucha envidia y cuando hubo un trofeo de ajedrez en el pueblo, cogió a su madre a la espalda con gran esfuerzo y se dirigió al torneo. Cuando llegaron al paso, fingió que tropezaba y dejó caer a su madre al fondo del desfiladero, con la única preocupación de que su madre se hiciera realmente pedazos. Y, ciertamente, la madre cayó tan mal que se diseminaron los miembros y el tronco por todas partes. El hijo bajó sosegadamente, colocó entre las manos la cabeza de su madre y fingió que lloraba.

Pronto apareció el sacerdote y le dijo: «Puedo volver a la vida a la difunta recubriendo sus huesos con carne y sangre».

Entonces hizo lo mismo que en la ocasión anterior y la madre volvió de nuevo en sí. Pero el hijo mayor ya había escondido con antelación una de sus costillas.

Luego la sacó y le dijo al sacerdote: «Nos ha sobrado una costilla. ¿Qué hacemos con ella?».

El sacerdote cogió el hueso, lo rodeó de barro y de tierra, lo bendijo como la vez anterior y formó un hombrecito, que era como Pequeña-Ventaja, aunque con un cuerpo mayor.

«Se llama Gran-Obligación —dijo—. Si te ocupas de él, te servirá de ayuda.»

El hijo volvió a cargar a su madre a la espalda. Gran-Obligación lo seguía.

Cuando llegaban a la puerta de la propiedad, vio a su hermano pequeño, que traía en brazos a Pequeña-Ventaja.

«¿Dónde vas?», le dijo.

El hermano le contestó: «Pequeña-Ventaja pertenece al mundo de los dioses y no le gusta quedarse mucho tiempo entre los hombres. Quiere volver al cielo y yo le voy dando escolta».

«¡Pues dame a mí a Pequeña-Ventaja! ¡No dejes que se vaya!», replicó el hermano mayor.

Pero antes de que hubiera terminado de hablar, Pequeña-Ventaja se elevó al cielo. El hermano mayor dejó caer rápidamente a su madre al suelo y extendió los brazos para atrapar a Pequeña-Ventaja al vuelo. Pero ya no pudo alcanzarlo y mientras se iba elevando, Gran-Obligación cogió a Pequeña-Ventaja de la mano y los dos juntos atravesaron las nubes y desaparecieron.

El hermano mayor pataleaba y lloriqueaba diciendo. «¡Ay, como ambicionaba la Pequeña-Ventaja he descuidado la Gran-Obligación!»

4. *¿Quién es el pecador?*

Había una vez diez labradores que iban juntos por el campo. Se vieron sorprendidos por una tormenta y se refugiaron en un templo semiderruido. Los truenos cada vez se oían más cercanos y el fragor era tal, que hacía vacilar la luz a su alrededor. Un rayo zigzagueante cayó a continuación en los alrededores del templo y los campesinos se asustaron tanto que pensaron que todo aquello sucedía porque había un pecador

entre ellos, al que quería fulminar el trueno. Para saber quién era, acordaron colgar sus sombreros de paja delante de la puerta. Aquel a quien le desapareciera el sombrero, sería el que la suerte había designado.

Apenas acababan de dejar sus sombreros fuera, cuando uno desapareció, y los que no habían perdido el sombrero sacaron sin compasión alguna al desgraciado. Cuando se hubo alejado del templo, oyó un relámpago que hacía eses y que cayó con una fuerza retumbadora.

Aquel a quien habían echado fue el único justo al que perdonó el rayo que cayó en la casa. Los nueve restantes pagaron con la vida su dureza de corazón.

5. *La tinaja mágica*

Érase una vez un hombre que se encontró una gran tinaja de barro mientras estaba cavando. La cogió, se la llevó a casa y le dijo a su mujer que la limpiase. En cuanto metió el cepillo en la tinaja, ésta se llenó de cepillos. Por muchos que sacaran, siempre quedaban. El hombre empezó a vender cepillos y la familia vivía muy bien.

En una ocasión se cayó por descuido una moneda dentro de la tinaja. Inmediatamente desaparecieron los cepillos y se llenó la tinaja de dinero. Entonces la familia se hizo rica, pues podían sacar tanto dinero de la tinaja como quisieran.

El hombre tenía un abuelo mayor en casa, que era débil y temblón. Como no servía para otra cosa, le encargó que sacara dinero de la tinaja con una pala. Y, cuando el abuelo estaba cansado y no podía más, el hombre se enfadaba y le gritaba furioso, diciéndole que no era más que un vago y que no

quería trabajar. Pero un día el viejo se debilitó, cayó dentro de la tinaja y murió. El dinero desapareció inmediatamente y la tinaja se llenó de abuelos muertos. El hombre tuvo que sacarlos y enterrarlos, para lo cual necesitó todo el dinero que había ganado. Y cuando terminó, rompió la tinaja y fue tan pobre como antes.

6. *El hombre afortunado y la mujer desgraciada*

Érase una vez un príncipe orgulloso que tenía una hija. Pero la hija era su desdicha. Cuando llegó la hora de que tomara esposo, hizo que se reunieran todos los jóvenes que estaban libres delante del palacio de su padre. Quería lanzarles una pelota de seda roja y al que le diera, sería su esposo. Entonces se reunieron muchos príncipes y condes delante del palacio. En medio de ellos estaba también un mendigo. Y la princesa vio que le entraba un dragón por las orejas y le salía por la nariz; pues era un hombre afortunado. Entonces le lanzó la pelota al mendigo y él la cogió.

Su padre le preguntó furioso: «¿Por qué has tirado la pelota en las manos del mendigo?».

«Es un hombre afortunado —le respondió la princesa—, quiero casarme con él, quizá reciba yo parte de su fortuna.»

Pero el padre no quería consentirlo y como ella seguía con su idea, la echó lleno de rabia del palacio.

Así que la princesa tuvo que marcharse a vivir con el mendigo. Vivía con él en su pequeña cabaña y se veía obligada a buscar hierbas y raíces y a cocinarlas para poder comer algo, y la mayoría de la veces, ambos pasaban hambre.

Un día le dijo su marido: «Quiero irme y probar mi suerte. Cuando la haya encontrado, volveré a buscarte». La princesa le respondió: «Sí», y él se marchó. Pero la princesa vivía en la necesidad y preocupada, ya que su padre seguía siendo duro e inflexible. Si su madre no le hubiera dado comida y alimentos en secreto, se hubiera muerto de hambre en todo aquel tiempo.

Pero el mendigo hizo fortuna y se convirtió en emperador. Volvió y se presentó a su mujer, pero ella ya no lo conocía, sólo sabía que él era emperador.

Él le preguntó cómo le iba.

«¿Por qué me preguntáis cómo me va?», le respondió ella. «Soy demasiado poca cosa para vos.»

«Y ¿quién es tu marido?»

«Mi marido es un mendigo. Se marchó en busca de su suerte. Ya hace dieciocho años y todavía no ha vuelto.»

«¿Qué haces tú mientras tanto?»

«Lo espero hasta que vuelva.»

«¿No quieres tomar otro hombre puesto que hace tanto tiempo que está fuera?»

«No, seguiré siendo su esposa hasta en la muerte.»

Cuando el emperador vio la fidelidad de su esposa, se dio a conocer, hizo que la vistieran con ropas maravillosas y se la llevó a su palacio. Allí vivieron felices y contentos.

Después de unos días le dijo el emperador a su esposa: «Vivimos tan festivamente como si fuera Año Nuevo».

«¿No podemos vivir así puesto que somos el emperador y la emperatriz?»

Pero la mujer era desafortunada. Cuando había sido emperatriz durante dieciocho días, enfermó y murió.

El hombre, por el contrario, vivió todavía muchos años.

7. *El pájaro de las nueve cabezas*

Hace mucho tiempo hubo un rey y una reina que tenían una hija. Un día la niña salió al jardín a dar un paseo. De repente se desencadenó una gran tormenta que la arrastró. La borrasca era producida por un pájaro de nueve cabezas. El pájaro cogió a la princesa y se la llevó a su guarida. El rey no sabía dónde estaba la princesa desaparecida. Por eso hizo proclamar en todo el país: «El que me devuelva a mi hija, la princesa, se convertirá en su esposo».

Un joven había visto al pájaro llevando a la princesa a su guarida, pero el refugio estaba en medio del rompiente de un acantilado, al que no se podía descender desde arriba ni llegar desde abajo. Mientras rodeaba los acantilados, llegó otro joven, que le preguntó qué estaba haciendo. Le contó cómo el pájaro de las nueve cabezas había secuestrado a la hija del rey y cómo la había llevado al refugio de la montaña. Al otro se le ocurrió una idea. Le dijo a su amigo que viniera y entre los dos hicieron llegar a la guarida al joven, metiéndole en una cesta. Una vez que hubo alcanzado el refugio, vio a la hija del rey, que estaba allí dentro limpiándole las heridas al pájaro de las nueve cabezas, ya que el perro celeste le había cortado la décima cabeza de un mordisco y la herida seguía sangrando. La princesa le hizo señas al hombre de que se escondiera. Cosa que él hizo. El pájaro se sintió tan a gusto después de que la princesa le hubo limpiado las heridas y vendado, que fue cerrando los ojos de cada una de sus nueve cabezas hasta quedarse dormido. Entonces salió el hombre de su escondite y le cortó todas las cabezas con su espada, después sacó a la princesa y quería que la subieran en la cesta, pero la hija del rey le dijo: «Sería mejor si tú subieras el primero y luego subiera yo».

«No —le contestó el joven—. Yo prefiero esperar aquí abajo y asegurarme de que estás a salvo.» Aunque al principio la princesa no quería, al final se dejó convencer y se metió en el cesto, pero antes de entrar cogió una flecha hecha con pelo, la partió en dos, le dio una parte y se guardó la otra mitad. También le dio la mitad de su pañuelo de seda y le recomendó guardar los dos. Cuando los otros dos jóvenes hubieron subido a la hija del rey, la cogieron y dejaron al joven en el agujero a pesar de lo que chilló y rogó.

El joven se puso a dar vueltas a la guarida y vio a muchas doncellas; las había secuestrado el pájaro de las nueve cabezas y las iba matando a medida que tenía hambre. En la pared había un pez colgado, cosido con agujas. Al mover el pez se convirtió en un hermoso joven, que le dio las gracias por haberle salvado. Hicieron un pacto de amistad de por vida. Poco a poco se dio cuenta de que tenía un hambre atroz y se puso a rebuscar por la guarida en busca de alimentos, pero lo único que había por allí eran piedras. De repente vio un gran dragón que lamía una piedra. El joven hizo lo mismo y dejó inmediatamente de sentir hambre. Luego le preguntó al dragón cómo podía salir de aquel agujero. El dragón movió la cabeza y la cola indicándole que tenía que subirse encima de él. Apenas se había montado en la cola del dragón cuando al instante se encontró en la tierra, y el dragón había desaparecido. Siguió su camino y se encontró un escudo hecho con piel de sapo lleno de lindas perlas; eran perlas mágicas. Cuando se arrojaban al fuego, el fuego dejaba de arder; cuando se arrojaban al agua, las aguas se apartaban y se podían atravesar. Cogió las perlas del escudo y las guardó. Poco más tarde llegó a la orilla del mar. Echó al agua una perla y las aguas del mar se abrieron, de forma que pudo ver al dragón del mar. Éste le gritó: «¿Quién me molesta aquí en mi reino?». El joven le respondió:

«Me he encontrado unas perlas en un escudo de piel de sapo, he arrojado una al agua y las aguas se han abierto ante mí». «Si es así —le contestó el dragón—, ven conmigo al mar y viviremos juntos.» Él se dio cuenta de que era el mismo dragón que había visto en la cueva. También estaba allí el joven con el que le unían lazos de amistad eterna. Era el hijo del dragón.

«Has salvado a mi hijo y sellado un pacto de amistad con él, así que yo seré como tu padre», le dijo el viejo dragón, y lo obsequió con vino y comida.

Un día le dijo su amigo: «Seguro que mi padre quiere recompensarte, pero no cojas ni dinero ni piedras preciosas, coge sólo el recipiente de calabaza que está allí; con él puedes encantar lo que quieras».

Y así fue. El dragón mayor le preguntó lo que quería como premio y él le contestó: «No quiero dinero ni piedras preciosas, sólo quiero la cantimplora de calabaza que tienes ahí».

Al principio el dragón no se lo quería dar, pero al final se lo entregó y él se marchó del palacio del dragón.

Cuando volvió a salir a la superficie, donde se respiraba aire seco, tuvo hambre. Inmediatamente apareció una mesa llena de buena comida y él bebió y comió. Había andado durante largo tiempo y se sentía cansado. Al momento apareció un asno en el que se montó. Había cabalgado cierto tiempo y el asno le resultó incómodo; entonces apareció un carro al que se subió, pero el coche daba demasiadas sacudidas y pensó: «¡Ojalá tuviera una litera! ¡Iría mejor!». Y apareció la litera y él se subió a ella. Los porteadores lo llevaron a la ciudad donde estaban el rey, la reina y su hija.

Como el otro hombre había llevado a la hija del rey, debía casarse con ella. Pero la hija del rey no quería y decía: «No es justo. Mi salvador vendrá. Tiene la mitad de mi flecha y la mitad de mi pañuelo como prenda». Pero como el joven no ve-

nía y había pasado tanto tiempo y el otro apresuraba al rey, éste perdió la paciencia y proclamó: «¡Mañana será la boda!». La hija del rey anduvo desconsolada por las calles de la ciudad buscando y rebuscando a ver si encontraba al que la había salvado. Justo aquel día llegó la litera a la ciudad. La hija del rey vio la mitad del pañuelo en la mano del joven. Llena de alegría lo cogió y se lo llevó a su padre. Luego tuvo que enseñar la mitad de la flecha. Correspondía exactamente con la otra mitad. Entonces el rey se dio cuenta de que él era el verdadero salvador. El falso novio fue castigado, se celebró la boda y vivieron felices y comieron perdices hasta el final de sus días.

8. *La cueva de los animales*

Érase una vez una familia con siete hijas. En una ocasión salió el padre a buscar leña y se encontró siete huevos de pato salvaje. Se los llevó a casa sin pensar en dárselos a sus hijas. Quería comérselos con su mujer. Por la noche se despertó la hija mayor y preguntó qué estaba cocinando su madre. La madre le respondió: «Estoy cocinando huevos de pato. Te voy a dar uno pero no debes decírselo a tus hermanas». Y se lo dio. Después se despertó la segunda hija y le preguntó a la madre qué era lo que estaba cocinando. Ella le respondió: «Huevos de pato. Si no se lo dices a tus hermanas, te daré uno». Y lo mismo sucedió con las otras hijas. Al final las hijas se habían comido todos los huevos y ya no quedaba ninguno.

A la mañana siguiente, el padre estaba muy enfadado con sus hijas y les dijo: «¿Quién viene conmigo a casa de la abue-

la?». En realidad quería llevar a sus hijas a las montañas y dejarlas allí para que se las comieran los lobos. Las hijas mayores se dieron cuenta de ello y le contestaron: «Nosotras no vamos contigo». Pero las dos más pequeñas le contestaron: «Nosotras vamos contigo», y se marcharon con su padre. Cuando llevaban andado un buen trecho dijeron: «Pero ¿cuándo vamos a llegar a casa de la abuela?». El padre les contestó: «Enseguida». Cuando hubieron llegado a las montañas les dijo el padre: «¡Esperadme aquí! Yo voy por delante a la aldea a decirle a la abuela que estáis de camino». Y se marchó en el carro tirado por el asno. Ellas se quedaron esperando tiempo y tiempo, y el padre no venía. Al final comprendieron que el padre no iba a ir a recogerlas y que las había dejado abandonadas en la montaña. Se fueron adentrando cada vez más en las profundidades del monte buscando un techo donde refugiarse por la noche. Encontraron una gran roca y buscaron algo que poder enrollar para usar como almohada y ponerlo en el lugar en que iban a echarse a dormir. Entonces se dieron cuenta de que la roca era la entrada que cubría una cueva. Vieron una luz en la caverna y se metieron dentro. El resplandor provenía de las numerosas piedras preciosas y joyas de todo tipo que había allí. La cueva era el hogar de un lobo y de un zorro que tenían numerosas vasijas llenas de piedras preciosas y perlas, que despedían luz por la noche. Ellas se dijeron: «Ésta sí que es una cueva bonita, vamos a irnos a la cama ahora mismo». Ya que allí había dos camas de oro con colchas bordadas con hilos de oro. Así que se tumbaron y se quedaron dormidas. Por la noche llegaron el lobo y el zorro a su casa. El lobo dijo: «Huelo carne humana». Y el zorro le contestó: «¿Qué dices, hombre? Aquí en nuestra cueva no hay hombre que pueda entrar, con lo bien cerrado que está». El lobo le dijo: «Bueno, pues vamos a meternos en la cama a dormir». El zorro le replicó: «Vamos a

dormir en los calderos que están cerca de la chimenea, que ahí se está un poco más caliente por el fuego». Un caldero era de oro y el otro de plata. Y allí se acostaron.

Cuando las chicas se levantaron por la mañana temprano, vieron al zorro y al lobo allí echados y les entró un gran miedo. Cubrieron los calderos y pusieron muchas piedras de gran tamaño encima, de modo que el lobo y el zorro no pudieran salir. Después hicieron un fuego. El lobo y el zorro dijeron: «¡Qué calorcito hace por la mañana! ¿Cómo puede ser esto?». Al final tenían demasiado calor y empezaron a gritar: «¡Dejadnos salir! Os daremos muchas piedras preciosas y oro y no os haremos ningún daño». Pero las chicas no les escuchaban y hacían un fuego cada vez mayor, de forma que el lobo y el zorro se murieron dentro de los calderos.

Las chicas vivieron felices en la cueva durante muchos días. Pero el padre sintió nostalgia de sus hijas y se fue a la montaña a buscarlas. Se sentó justamente a descansar en la piedra que era la entrada de la cueva y golpeó su pipa para que cayera la ceniza. Las muchachas gritaron desde dentro: «¿Quién llama a nuestra puerta?». El padre dijo: «¿No es ésa la voz de mis hijas?». Y las hijas gritaron: «¿No es ésa la voz de nuestro padre?». Levantaron la piedra y vieron que era su padre, y el padre se alegró de volver a verlas y se maravillaba de cómo habían podido llegar a esa gruta llena de perlas y piedras preciosas. Ellas se lo contaron todo. El padre fue a buscar a algunas personas para que lo ayudaran a llevar las piedras preciosas a casa. Una vez que hubieron llegado a la casa, la mujer se sorprendió de saber el origen de todos aquellos tesoros. Las hijas y el padre se lo contaron todo y se convirtieron en una familia muy rica, y vivieron felices hasta el final de sus días.

9. *La pantera*

Érase una vez una viuda que tenía dos hijas y un hijo pequeño. En una ocasión les dijo la madre a sus hijas: «¡Cuidad bien de la casa! Yo voy a ir a casa de la abuela con vuestro hermano».

Las hijas prometieron hacerlo y entonces la madre se marchó. Mientras iba de camino se encontró con una pantera que le preguntó adónde iba. Ella le contestó: «Mi hijo y yo vamos a casa de mi madre».

«¿No quieres descansar un poco?», le preguntó la pantera. «No —le respondió la mujer—, ya es tarde y hay un largo camino hasta la casa de mi madre.» La pantera no dejó de hablar con ella y al final ella cedió y se sentó al borde del camino. «Voy a peinarte un poco los cabellos», le dijo la pantera.

La mujer dejó que la pantera la peinara. Como le metía las garras entre el pelo, le cortó un trozo de piel y se lo comió.

«¡Basta! —gritó la mujer—. La forma que tienes de peinarme me hace daño.» La pantera le cortó un trozo de piel mucho mayor. La mujer quería pedir auxilio, así que la pantera se volvió contra ella y se la comió; después se dirigió a donde estaba su hijo y también lo mató a mordiscos. Luego se vistió con el traje de la mujer y metió los huesos del niño que aún no se había comido en su cesta.

De esta forma se fue a la casa de la mujer, donde estaban las dos hijas, y llamó a la puerta: «¡Abrid la puerta, hijas!, que vuestra madre ha vuelto».

Pero ellas miraron por una rendija y contestaron: «Nuestra madre no tiene los ojos tan grandes».

La pantera les respondió: «He estado en casa de la abuela y he visto cómo ponían huevos sus gallinas; me he alegrado y por eso se me han puesto tan grandes los ojos».

«Nuestra madre no tiene esas manchas en la cara.»

«La abuela no tenía cama y he tenido que dormir sobre los guisantes, que se me han clavado en el rostro.»

«Nuestra madre no tiene esos pies tan grandes.»

«¡Estúpidas! Es de tanto andar. Y ahora abridme inmediatamente la puerta!»

Las hijas se dijeron entre ellas: «Pues sí que debe de ser nuestra madre», y abrieron. Pero en cuanto la pantera estuvo dentro, se dieron cuenta de que no era su madre.

Por la noche, cuando las chicas ya estaban en la cama, la pantera se puso a roer los huesos del niño que se había traído.

Las hijas le preguntaron: «Madre, ¿qué estás comiendo?». «Estoy comiendo remolacha», fue su respuesta.

Las hijas le dijeron: «Madre, ¡danos también a nosotras un poco de tu remolacha! Tenemos mucha hambre».

«No —les contestó—, no os daré. ¡Portaos bien y dormid!»

Pero las chicas insistieron tanto que la falsa madre terminó por darles un dedo de la mano. Las chicas vieron que era un dedo de su hermano y dijeron entre ellas: «Tenemos que escaparnos rápidamente, porque si no nos comerá también a nosotras».

Así que salieron corriendo por la puerta, treparon a un árbol y le dijeron a la madre disfrazada: «¡Sube! No podemos ver la boda del hijo del vecino». Pero ya era tarde, por la noche.

La madre salió y cuando vio que estaban en el árbol les gritó enfadada: «Yo no puedo trepar».

Ellas le contestaron: «Métete dentro de un cesto y échanos un cabo para que te subamos».

La madre hizo lo que le decían, pero cuando el cesto llegó a mitad de altura, lo movieron de un lado para otro y lo hicieron chocar contra el árbol. La falsa madre tuvo que volver a

convertirse en pantera para poder salir del cesto. La pantera saltó del cesto y se marchó corriendo.

Mientras, se había hecho de día; las hijas bajaron del árbol y se sentaron delante de la puerta de su casa llorando a su madre. En aquel momento llegó un vendedor de agujas que les preguntó por qué estaban llorando.

«Una pantera se ha comido a nuestra madre y a nuestro hermano —contestaron las chicas—. Ahora se ha marchado, pero seguro que vuelve y también nos come a nosotras.»

El vendedor de agujas les dio un par de agujas diciéndoles: «Ponedlas en el cojín de la silla con las puntas hacia arriba». Las chicas le dieron las gracias y siguieron llorando.

Luego vino un cazador de escorpiones; les preguntó por qué estaban llorando.

«Una pantera se ha comido a nuestra madre y a nuestro hermano —le dijeron las chicas—. Ahora se ha marchado, pero seguro que vuelve y nos come también a nosotras.»

Él les dio un escorpión y les dijo: «¡Ponedlo en la cocina detrás del hogar!». Las chicas le dieron las gracias y siguieron llorando.

Más tarde pasó por allí un vendedor de huevos, que les preguntó por qué lloraban.

«Una pantera se ha comido a nuestra madre y a nuestro hermano —le respondieron las muchachas—. Ahora se ha ido, pero seguro que viene y nos come también a nosotras.»

Él les dio un huevo y les dijo: «¡Ponedlo en las cenizas del hogar!». Las chicas le dieron las gracias y siguieron llorando.

Después pasó un mercader de tortugas por allí y ellas le contaron su historia. Él les dio una tortuga diciéndoles: «¡Metedla en el cántaro de agua del patio!». Luego llegó un hombre que vendía mazas de madera. Les preguntó por qué lloraban. Ellas le contaron toda la historia. Él les dio una maza y les dijo:

«¡Colgadla sobre la puerta que da a la calle!». Las muchachas le dieron las gracias e hicieron lo que les habían dicho los hombres.

Cuando ya era de noche, llegó la pantera a la casa. Se sentó en la silla que estaba en el cuarto y se le clavaron las agujas que estaban en el cojín. Se marchó corriendo a la cocina, quería encender un fuego y ver con qué se había pinchado; entonces el escorpión le clavó su aguijón en la mano. Cuando logró por fin que ardiera el fuego, explotó el huevo y le saltó a un ojo, de forma que la dejó ciega. Entonces salió al patio, metió la mano en el cántaro de agua para refrescarla y la tortuga le mordió. El dolor le hizo correr hacia la puerta de salida, allí le cayó la maza de madera en la cabeza y la mató.

10. *Las grandes lluvias*

Hubo una vez una viuda que tenía un hijo. Este hijo tenía un gran corazón y todo el mundo lo quería. Un día le dijo a su madre: «Los demás niños tienen una abuela, el único que no la tiene soy yo y eso me pone muy triste».

«Vamos a buscarte una abuela», le respondió su madre. Y sucedió que llegó una mendiga a su puerta, la cual era muy pobre y estaba muy débil. En cuanto el niño la vio, le dijo: «¡Tú tienes que ser mi abuela!», y fue a ver a su madre y le dijo: «A la puerta hay una mendiga, quiero que ella sea mi abuela». La madre estaba contenta y le gritó que entrara en casa. La anciana estaba muy sucia y llena de pulgas y piojos. El niño le dijo a su madre: «¡Venga, vamos a lavar a la abuela!». Lavaron a la mujer, pero tenía muchos piojos. Se los quitaron todos y los

echaron en un puchero. El puchero se llenó con todos los piojos. Entonces la abuela habló: «¡No los tiréis! ¡Enterradlos en el jardín! Pero no los desenterréis hasta que lleguen las grandes lluvias».

«¿Cuándo llegarán las grandes lluvias?», le preguntó el niño.

«Cuando al león de las dos piedras que está delante de la prisión se le pongan los ojos rojos, llegarán las grandes lluvias», le respondió la abuela.

El niño fue corriendo a donde estaba el león, pero todavía no se le habían puesto los ojos rojos. La abuela le dijo también: «Construye un pequeño barco de madera y guárdalo en un cestillo». El muchacho lo hizo. Todos los días iba hasta la prisión y miraba al león; la gente que estaba en la calle se extrañaba.

Un día, cuando fue a ver al pollero, éste le preguntó por qué iba siempre a ver al león. El chico le respondió: «Cuando al león se le pongan rojos los ojos, llegarán las grandes lluvias». Pero el pollero se rio de él y al día siguiente, muy temprano por la mañana, fue y le pintó los ojos al león. Cuando el chico vio que los ojos del león estaban rojos, se fue corriendo a casa y se lo dijo a su madre y a su abuela. La abuela les dijo: «¡Desenterrad rápidamente el puchero y sacad el pequeño barco del cesto!». Cuando hubieron desenterrado el puchero, estaba lleno de perlas y el pequeño barco se hizo cada vez mayor hasta alcanzar el tamaño de un barco de verdad. La abuela les dijo: «¡Coged el puchero y subid al barco! Cuando lleguen las grandes lluvias debéis salvar a los animales que sean arrastrados; pero a los hombres que tengan la cabeza negra, no los salvéis!». Entonces ellos subieron al barco y la abuela desapareció.

Empezó a llover y la lluvia caía del cielo cada vez con ma-

yor fuerza; al cabo, ya no eran gotas aisladas sino un diluvio que cubría todo. Entonces llegó un perro flotando y lo pusieron a salvo en el barco. Poco después llegaron una pareja de ratones con sus crías, que chillaban de miedo. También a ellos los salvaron. El agua había llegado ya hasta la altura de los tejados de las casas. En un tejado había un gato sentado en actitud servil, gritando quejumbroso. También a él lo metieron en el barco. Pero el volumen del agua era cada vez mayor y ya había llegado hasta las copas de los árboles. En un árbol había un cuervo, aleteando y graznando. A él también lo subieron al barco. Por último llegó un enjambre de abejas. Los animales se habían calado y apenas podían volar. También dejaron entrar a las abejas. Después llegó un hombre de cabellos negros arrastrado por una ola. El chico dijo: «¡Madre, vamos a salvarle también a él!». La madre no quería hacerlo. «Pero la abuela nos ha dicho que no debemos salvar a ningún hombre que tenga pelo negro.» El muchacho replicó: «¡Vamos a salvar al hombre! Me da pena y no puedo ver cómo se hunde en el agua». Así que salvaron también al hombre.

Poco a poco fueron descendiendo las aguas. Ellos desembarcaron y se despidieron del hombre y de los animales. Entonces el barco se volvió pequeño y lo guardaron en una cajita.

El hombre codiciaba sus perlas, fue a ver al juez y acusó al muchacho y a su madre. Ambos fueron encerrados en la prisión. Entonces llegaron los ratones y royeron la pared hasta hacer un agujero. A través del agujero entraba el perro, que les traía carne y el gato, que les traía pan, de modo que no padecieron hambre en el encierro. Pero el cuervo se fue volando y volvió con una carta para el juez. La carta la había escrito un dios y decía: «Yo recorría los caminos como mendiga en el mundo de los humanos. El chico y su madre me acogieron.

El muchacho me trató como a su abuela y no le dio asco lavarme toda mi suciedad. Por eso les he salvado de las grandes lluvias, con las que destruí la ciudad de pecadores en la que vivían. ¡Tú, juez, debes dejarlos en libertad, si no quieres que haga caer la desgracia sobre ti!».

El juez se hizo llevar ante ellos y les preguntó lo que habían hecho y cómo habían hecho para llegar allí sobre las aguas. Le contaron todo y coincidía con la carta del dios. Entonces castigó al hombre que se había quejado a él y les dejó a ellos dos en libertad.

Cuando el muchacho se hubo lavado, entró en la ciudad. En aquella ciudad había muchos hombres porque resultaba que la princesa quería casarse, pero para conseguir al hombre que la mereciera, se había metido en un palanquín cubierto de velos y se había hecho llevar junto con otras muchas literas a la plaza del mercado. En todos los palanquines había mujeres cubiertas por velos y la princesa estaba en medio de todas. El que encontrara el palanquín correcto, se casaría con la princesa. También el muchacho se dirigió allí y cuando llegó a la plaza vio a las abejas que habían salvado de las grandes lluvias, rodeando un palanquín. Se dirigió al palanquín y la princesa estaba allí dentro. Se celebró el matrimonio y vivieron felices y comieron perdices.

11. *El zorro y el tigre*

En una ocasión, el zorro se encontró con un tigre. Le mostró los dientes, estiró el pescuezo amenazante y se lo quería comer. El zorro le dijo: «Señor, no penséis que sois el único rey

de los animales. Vuestro valor no llega a igualar el mío. Vamos a ir juntos y vos os mantendréis detrás de mí. Si los hombres me ven y no me temen, entonces podéis comerme». El tigre estuvo de acuerdo y siguió al zorro como éste le había dicho a un camino muy grande. En cuanto los viandantes veían de lejos al tigre, les entraba miedo y se marchaban.

Entonces le dijo el zorro: «¿Y ahora qué? Yo iba delante; la gente me veía a mí y no a vos».

El tigre bajó la cola y se marchó.

El tigre sí que se había dado cuenta de que la gente tenía miedo del zorro, pero no se había dado cuenta de que al zorro lo temían por el tigre.

12. *El señuelo del tigre*

El hecho de que el zorro utilizara el miedo que producía el tigre es sólo una parábola; pero el hecho de que el tigre utilice un señuelo se lee con frecuencia en los libros de historia y también los abuelos hablan de ello, así que algo de verdad debe de haber. A saber, que cuando un tigre se come a un hombre, su espíritu no puede alejarse de él y el tigre lo utiliza como señuelo. Cuando sale a cazar a sus presas, el espíritu del hombre que se ha comido debe ir delante de él para cubrirlo, de modo que los humanos no puedan ver al tigre. El espíritu se convierte en esos casos en una bella muchacha o en un trozo de oro o en un paño de seda. Se utilizan todo tipo de artimañas para atraer a los hombres a los desfiladeros de las montañas. Entonces aparece el tigre y devora a la víctima. El nuevo espíritu se convierte en señuelo. El anterior queda liberado de su

servidumbre y se puede marchar, y del mismo modo ocurre con los siguientes.

Se dice de la gente poderosa que obliga a otros con artimañas a producir daños a terceros: «Son el señuelo del tigre».

13. *El zorro y el cuervo*

El zorro es un experto en poner buena cara y en utilizar astucias. En una ocasión, vio a un cuervo que estaba posado en un árbol con una pieza de carne en la boca. El zorro se puso bajo el árbol, miró hacia arriba y empezó a alabarlo.

Empezó diciendo: «Vuestro plumaje es de un negro sin tacha; me muestra que tenéis la sabiduría de Lactes, pues su color oscuro significa la verdad. La forma en que alimentáis a vuestra madre muestra que vuestro amor filial iguala a la solicitud del maestro Dsong para con sus padres. Vuestra voz es fuerte y áspera, lo cual quiere decir que poseéis el mismo valor con el que en una ocasión el rey Hiang hizo huir a los enemigos sólo con su voz. Realmente, vos sois el rey de las aves».

El cuervo lo escuchó y contestó halagadísimo: «¡Por favor, por favor!».

Pero antes de que se diera cuenta del error, cayó del pico abierto la carne al suelo.

El zorro empezó a comérsela y le dijo con una sonrisa: «Acordaos de lo siguiente, señor: cuando alguien os alaba sin causa, seguro que lo hace con algún fin».

14. *¿Por qué los gatos y los perros son enemigos?*

Un hombre y una mujer tenían un anillo de oro. Era un anillo (de la fortuna) mágico y el que lo poseía tenía siempre suficiente para vivir. Pero ellos no lo sabían y vendieron el anillo a bajo precio. Pero en cuanto el anillo salió de la casa se fueron empobreciendo cada vez más, de manera que al final ya no sabían cómo iban a sacar lo suficiente para comer. También tenían un gato y un perro, que tuvieron que padecer hambre como ellos. Los animales deliberaron entre sí para ver cómo podían volver a ayudar a las personas para que volvieran a tener la misma suerte que antes. Al final, el perro encontró la solución.

«Tienen que volver a tener el anillo», le dijo al gato.

El gato le contestó: «El anillo está bien escondido en un cofre al que nadie tiene acceso».

El perro le dijo: «Tú caza un ratón. El ratón roerá el cofre y lo abrirá, cogiendo el anillo. Dile que si no quiere hacerlo, lo matas de un mordisco y así lo hará».

Al gato le gustó esa solución y cogió un ratón, luego fue a la casa, donde estaba el cofre. El perro cerraba la marcha. Llegaron a un gran río y, como el gato no sabía nadar, el perro lo subió a su lomo y lo atravesó a nado con él encima. El gato llevó al ratón a la casa, donde estaba el cofre. El ratón royó un agujero y sacó el anillo. El gato cogió el anillo en la boca y volvió a la corriente del río, donde lo estaba esperando el perro, y atravesó el río encima de él. Fueron juntos a casa a llevar el anillo de la suerte a su amo y su ama.

El perro sólo podía desplazarse por tierra; cuando había una casa en medio del camino, tenía que bordearla. El gato, sin embargo, trepaba ágilmente y atajaba por el tejado, de

forma que llegó mucho antes que el perro y le llevó el anillo a su amo. Éste le dijo a su mujer: «El gato sí que es un buen animal, siempre le daremos de comer y lo cuidaremos como a nuestro propio hijo».

Sin embargo, cuando el perro llegó a la casa, lo golpearon y lo ataron porque no había ayudado a traer el anillo a casa. El gato estaba al lado del perro ronroneando y sin decir nada. El perro se enfadó entonces con el gato porque lo había engañado para conseguir su premio y, siempre que lo veía, lo perseguía e intentaba cogerlo.

Desde ese día, los perros y los gatos son enemigos.

II. Cuentos fantásticos

15. *El esbirro*

En una ciudad situada en los alrededores de la bahía de Kiautschou hubo una vez un esbirro que se llamaba Dung. Un día, cuando volvía de la escuela de ladrones, ya había caído la noche. Antes de atravesar el río que pasaba por la ciudad, se sentó a la orilla, se preparó una pipa y se quitó los zapatos. Al levantar la vista vio a un hombre que llevaba un sombrero rojo y traje de esbirro, que estaba mascando tabaco.

Le preguntó asombrado: «¿Quién eres? Por el traje que llevas debes pertenecer a nuestro oficio, pero no te he visto nunca en nuestro círculo. ¡Por favor, cuéntame de dónde vienes!».

El otro le dijo: «Estoy cansado por el largo viaje y quería disfrutar contigo de una pipa de tabaco. Espero que no tendrás nada en contra».

Dung le alcanzó la pipa y el tabaco, pero él le dijo: «¡No hace falta! Me basta con olerlo».

Estuvieron hablando un momento y atravesaron juntos el río. Fueron confiando más en el otro y el segundo le dijo: «Voy a decirte francamente que yo soy el esbirro superior de los infiernos y que estoy por debajo del dios de la Gran Montaña.

En el mundo, tú eres un esbirro conocido. Tengo el poder de aparecer en el mundo inferior. Como nos complementamos tanto, me gustaría hermanarme contigo».

Dung estaba contento y preguntó: «¿Qué te trae por aquí exactamente?».

El otro le respondió: «En vuestra cofradía hay uno que se llama Wang. Antes era el intendente del grano y en una ocasión mató a un oficial. El hombre se quejó de él en el mundo inferior. El príncipe de los infiernos no puede pronunciarse y por lo tanto ha pedido al señor de la Gran Montaña que lo resuelva. El señor de la Gran Montaña ha decidido que hay que acortar sus bienes y su vida. Primero hay que quitarle sus posesiones terrenales, luego hay que mandar su alma al infierno. Yo he sido enviado como juez de la muerte para llevármelo. Pero existe la arraigada costumbre de ir a saludar al dios de la ciudad antes de ir a buscar a la persona. El dios de la ciudad pronuncia entonces una orden de búsqueda y envía a uno de sus espíritus-esbirros para que atrapen el alma y me la entreguen luego. Entonces yo ya puedo llevármela».

Dung preguntó por los detalles; pero el otro le contestó: «Ya lo verás tú mismo más tarde».

Una vez que hubieron llegado a la ciudad, Dung invitó al otro a alojarse en su casa y lo obsequió con vino y comida. Pero el otro sólo hablaba y no tocaba ni la copa ni los palillos.

Dung le dijo: «Con las prisas no pude preparar una comida mejor. ¿Es demasiado mala para ti?».

El invitado le respondió: «¡Oh, no, ya estoy lleno y bebido! Nosotros disfrutamos sólo con el olor; somos diferentes a los hombres».

Todavía era noche cerrada cuando se marchó para visitar el templo de la ciudad.

Apenas despuntaba la mañana cuando ya estaba de vuelta para despedirse. Dijo: «Ahora todo está arreglado, me marcho. Dentro de dos años irás a Taianfu, la ciudad de la Gran Montaña y allí nos veremos».

Dung se encontraba a disgusto con aquel asunto. Unos días más tarde llegó la noticia de que aquel Wang había muerto efectivamente. La cofradía viajó a la aldea del difunto para dar el pésame. Entre el cortejo iba Dung. El dueño del albergue era el arrendatario de la casa de Wang.

Dung le preguntó: «Cuando murió el señor Wang, ¿no ocurrió nada fuera de lo ordinario?».

«Ocurrió algo muy inquietante —respondió el patrón—, y mi madre, que tiene mucho trabajo en la casa, volvió al hogar y cayó postrada por unas fiebres. Estuvo un día y una noche sin sentido; casi no se sentía su respiración. Volvió en sí, precisamente el mismo día en que se recibió la noticia de la muerte del señor Wang. Ella contó lo siguiente: "He descendido al mundo inferior y allí lo encontré. Tenía cadenas en el cuello y varios demonios se lo llevaban a rastras. Yo le pregunté qué había hecho. Él me respondió: 'Ahora no tengo tiempo de contártelo. Cuando vuelvas pregúntale a mi segunda esposa, así lo sabrás todo'". Mi madre fue entonces a verla ayer e hizo sus averiguaciones. Entre lágrimas le contó la mujer: "Nuestro señor fue durante mucho tiempo un funcionario, pero no volvió". En Nanking era el responsable del grano; también había allí un oficial de alto cargo con el que nuestro señor tenía una gran confianza. Incluso se habían juramentado en una hermandad. Por entonces vino una vez a nuestra casa y ambos bebieron y hablaron. Un día le preguntó a nuestro señor: "Nosotros, los funcionarios de la administración, tenemos una gran riqueza y también una buena paga. Tú eres oficial, ya estás en el segundo nivel, pero tus bienes son tan escasos que no

es posible que puedas vivir con eso. ¿Tienes otros ingresos?". El oficial le replicó: "Nos entendemos tan bien que puedo hablarte abiertamente. Nosotros, los oficiales, estamos obligados a buscarnos otros ingresos adicionales para llenarnos un poco los bolsillos. Junto a la paga tenemos algunas pequeñas ganancias; también añadimos más soldados en la lista de los que realmente son. Si quisiéramos vivir sólo de nuestro salario, nos moriríamos de hambre". Cuando nuestro hombre hubo escuchado estas palabras, no podía dejar de pensar que, al cubrir este tipo de intrigas criminales, hacía un flaco servicio al Estado y de que sus ganancias seguramente serían perjudiciales. Por otro lado, también pensaba que no era justo traicionar la confianza de su amigo. Mientras iba pensando, se internó en las habitaciones interiores. En el patio había un pabellón circular. Sumido en profundos pensamientos, puso las manos en la espalda y empezó a dar la vuelta alrededor del pabellón. Finalmente dio una patada al suelo y dijo con un sollozo. "Cada uno es el más próximo a sí mismo; sacrifico al amigo". Después escribió un informe en el que delataba al oficial. Hubo una orden imperial. Se examinó el asunto y se condenó a muerte al oficial. Nuestro hombre, por el contrario, fue ascendido de rango inmediatamente y desde entonces sigue ascendiendo con rapidez. Nadie conoce el asunto aparte de mí. Pero cuando mi madre contó su encuentro en el mundo inferior, toda la familia empezó a llorar. Hicieron venir cuatro tiendas de budistas y de taoístas, que deben ayunar y decir misa durante treinta y cinco días, para salvarle. Se han quemado montañas de billetes, seda y muñecas de paja. Todavía no se han terminado los festejos.»

Cuando Dung hubo oído todo esto, tuvo mucho miedo.

Dos años más tarde, recibió la orden de ir a Taianfu a celebrar una fiesta de ladrones. Pensó para sus adentros: «Mi ami-

go el espíritu debe de ser muy poderoso para haber sabido con tanta antelación de este viaje. Tengo que informarme sobre él, quizá me lo encuentre cara a cara».

Cuando hubo llegado a Taianfu se puso a buscar un albergue.

El fondista lo recibió con estas palabras: «¿Sois vos el señor Dung y venís de la bahía de Kiautschou?».

«Ése soy yo —respondió Dung, asombrado—. ¿De qué me conoces?»

El fondista le respondió: «Ayer por la noche se me apareció el esbirro del templo de la montaña y me dijo: «Mañana vendrá de la bahía de Kiautschou un hombre llamado Dung, que es un buen amigo mío». Luego me describió exactamente vuestro físico y vuestro traje y me dijo que le escuchara con atención y que cuando llegarais debería trataros con respeto y de ninguna manera cobraros, que él me pagaría cumplidamente. Cuando os vi llegar, todo coincidía exactamente con mi sueño, por eso os reconocí. Ya he preparado un cuarto tranquilo para vos y os ruego que me sigáis».

Dung lo siguió encantado. El posadero le sirvió con gran cuidado e hizo que no le faltaran ni comida ni bebida.

A las doce de la noche se presentó el espíritu. Sin haber abierto la puerta, se encontró de pie junto a la cama, le dio la mano y le preguntó cómo le había ido en el tiempo en que no se habían visto.

Dung le respondió a todo y le dio las gracias por habérsele aparecido al posadero en sueños.

Se quedó a vivir algunos días allí. A diario iba a pasear a la Gran Montaña y por las noches venía su amigo a hablar con él. En el curso de la conversación le preguntó entre otras cosas cómo le iba a aquel señor Wang.

«Ya se ha pronunciado su juicio —le contestó el otro—. Ese

hombre ha pecado conscientemente y ha llevado traidoramente a su amigo a la muerte. No hay un pecado mayor a éste. Como castigo, volverá a la vida convertido en un animal.» Después siguió diciéndole: «Ahora, cuando vuelvas a casa, tienes que cuidarte de tu salud. El destino te ha concedido setenta y ocho años de vida. Cuando se haya cumplido el tiempo, yo iré a buscarte en persona. Te procuraré un puesto de esbirro en el mundo inferior. Así podremos estar siempre juntos».

Cuando hubo terminado de hablar, desapareció.

16. *La recompensa peligrosa*

Junto a la Gran Montaña vivía un hombre llamado Hu Wu-Bau. En una ocasión se fue a pasear a la montaña. Allí se encontró con un mensajero vestido de rojo que le llamó diciéndole: «¡El señor de la Gran Montaña quiere verte!». El hombre se asustó mucho pero no se atrevió a replicar nada. El emisario le pidió que cerrara los ojos y, cuando un rato más tarde le permitió abrirlos, se encontraban delante de un gran palacio. Entró a ver al dios. Éste le preparó una comida y le dijo: «El hecho de haberos llamado hoy responde únicamente a la razón de que me he enterado de que queréis emprender un viaje al oeste. Así que me gustaría entregaros una carta para mi hija».

«¿Y dónde se encuentra vuestra hija?», le preguntó el hombre.

«Está casada con el dios del Río —fue la respuesta—. Lo único que tenéis que hacer es llevar la carta con vos. Cuando os encontréis en medio del río Amarillo, golpead el barco gri-

tando: "¡Falda verde!", entonces aparecerá alguien a buscar la carta.»

Con estas palabras le entregó la carta y luego le condujeron de nuevo al mundo superior.

Cuando llegó en el transcurso de su viaje al centro del río Amarillo, hizo lo que el dios le había dicho y gritó: «¡Falda verde!» y, efectivamente apareció una muchacha vestida de verde, que lo agarró de la mano y le pidió que cerrara los ojos. De esta manera lo condujo al palacio del dios del Río y él entregó la carta.

El rey del Río lo agasajó enormemente y se lo agradeció lo mejor posible. Al despedirse le dijo: «Os agradezco el largo camino que habéis hecho para llegar hasta mí. No tengo nada más que este par de zapatos verdes de seda para regalaros. Cuando los llevéis puestos, podéis andar cuanto queráis, que no os cansaréis nunca. También os abrirán los ojos de forma que podréis ver a los espíritus y a los dioses».

El hombre le dio las gracias por el regalo y se volvió al barco. Continuó su viaje hacia el oeste y un año más tarde volvió. Cuando hubo llegado a la Gran Montaña, pensó que estaría bien hacerle un relato al dios. Así que volvió a golpear en el árbol y pronunció su nombre. El emisario rojo volvió a salir del agua y lo condujo a presencia del señor de la Gran Montaña. Le contó que le había entregado la carta al dios del Río y le contó lo que había visto. El dios de la Montaña se lo agradeció mucho. Durante la comida que el dios de la Montaña había preparado para él, se retiró un momento a un lugar tranquilo. Allí vio de repente a su difunto padre, atado y cargado de cadenas, teniendo que realizar trabajos desagradables con varios cientos más de malhechores.

Entre lágrimas le preguntó: «Padre, ¿qué haces aquí?».

El padre le respondió: «Durante mi vida he pisado el pan,

por eso se me condenó a trabajar en este lugar. Ya han pasado dos años y la amargura es indecible. Tú conoces al dios de la Montaña, puedes rogarle por mí que me libere de este servicio y que me destine como dios de la Agricultura de nuestro pueblo».

El hijo se lo prometió. Se volvió al lugar en que estaba e intercedió por su padre ante el dios de la Montaña. Éste se mostró reacio a su petición pero le habló amablemente: «La muerte y la vida siguen distintos caminos. No es bueno seguirlos mucho tiempo conjuntamente».

El hombre se volvió a su casa. Pero aproximadamente un año más tarde, murieron todos sus hijos uno tras otro. En su dolor se dirigió al dios de la Gran Montaña.

Golpeó el árbol. El emisario del traje rojo apareció y lo condujo al palacio. Allí presentó su queja y le pidió al dios piadosa protección. El dios de la Montaña sonrió: «Ya os he dicho antes que la vida y la muerte siguen caminos diferentes y que no es bueno seguirlos a los dos durante mucho tiempo. Porque ocurren estas cosas». Envió al mensajero a buscar a su padre. El padre vino y el dios le dijo: «Te he perdonado tu castigo y te he enviado de vuelta a tu hogar como divinidad de la agricultura. Tu obligación era dar suerte a los tuyos. En lugar de eso se han muerto casi todos tus nietos. ¿Por qué?».

El anciano le respondió: «Todo el tiempo que estuve alejado de casa, estaba deseando volver. Tenía vino y comida para dar y tomar. Entonces pensé en mis nietecitos y les llamé».

El dios de la Montaña designó luego un nuevo dios para el pueblo y envió al padre a otro puesto. Desde entonces no ocurrió ninguna desgracia más en la familia.

17. *La venganza*

Érase que se era un muchacho llamado Ma. Su padre le daba él mismo clases en casa. La ventana del piso superior daba sobre la terraza del viejo Wang, que tenía un jardín de crisantemos. Un día, el muchacho se levantó temprano. Estaba de pie apoyado en la ventana mirando el amanecer. El viejo Wang apareció en su balcón y se puso a regar sus crisantemos. Cuando hubo terminado y quiso darse la vuelta, apareció un repartidor de estiércol que llevaba dos cubos a la espalda y que parecía querer ayudarle a regar. Al anciano no le gustó y le dijo que se fuera. Pero el estercolero quería subir a la casa. Así estuvieron yendo y viniendo alrededor de la terraza. El tiempo era lluvioso, el balcón estaba resbaladizo, el borde de la terraza era elevado y estrecho y, cuando el anciano quiso echar con la mano al repartidor de estiércol, éste perdió el equilibrio, resbaló y se cayó. El anciano se precipitó a bajar para ayudarle, pero se le habían caído los cubos de la espalda y estaba en el suelo con la piernas extendidas. El anciano se asustó de lo que vio. Sin decir una palabra, cogió al repartidor de estiércol por los pies y lo arrastró por la puerta de atrás hasta el río que pasaba por allí. Luego fue a buscar los cubos y los puso junto al cadáver. Luego regresó a casa, cerró la puerta y se volvió a meter en la cama.

El joven Ma pensó, a pesar de su corta edad, que era mejor no hablar de un asunto que trataba sobre la muerte de un hombre. Cerró la ventana y se separó de ella. El sol iba ascendiendo paulatinamente y oyó fuera un grito: «¡Junto al río hay un cadáver!». El policía levantó acta, a mediodía llegó el juez acompañado del sonido de los gongs, el observador de cadáveres se arrodilló y descubrió el cadáver, pero no había ningu-

na herida. Entonces decretó: «Ha resbalado y se ha matado al caer». El juez preguntó a los vecinos, y los vecinos le dijeron que ellos no sabían nada. El juez ordenó que lo metieran en un ataúd, lo selló y emitió un decreto para que se buscara a los familiares del desconocido difunto. Luego se marchó.

Habían pasado ya nueve años. El joven Ma tenía veintiún años y era bachiller. Su padre había muerto y la familia era pobre. Por eso reunió en la habitación en la que él mismo había estudiado antaño a algunos estudiantes a los que enseñaba a escribir.

La época de los exámenes se acercaba. Ma se había levantado más temprano para trabajar. Abrió la ventana y vio en una lejana callejuela a un hombre con dos cubos en la espalda que se iba acercando. Se fijó con más atención en él, era el repartidor de estiércol. Después del primer susto, pensó que venía a vengarse del viejo Wang, pero pasó de largo por la puerta del anciano sin detenerse. Anduvo algunos pasos más hasta la puerta de la familia Li; allí entró. Los Li eran gente rica y como vecinos próximos que eran, tenían la costumbre de visitarse unos a otros. Le pareció lo más normal, y salió para ir al encuentro del hombre.

Delante de la puerta de la familia Li, se encontró con un viejo servidor y le dijo: «La señora de la casa siente que ha llegado el momento. Es muy urgente. Tengo que ir a buscar una partera».

Él le preguntó: «¿No acaba de entrar en esta casa un hombre con dos cubos?».

El sirviente lo negó. Pero antes de que hubiera terminado de decirlo, salió una muchacha de la casa y dijo: «Ya no tenéis que ir a buscar a la partera. La mujer acaba de tener un varón». Entonces se le ocurrió a Ma que el vendedor de estiércol había venido para reencarnarse y no para vengarse, pero se asom-

braba de que el vendedor de estiércol hubiera hecho méritos para nacer en una familia tan rica. Se guardó todo para su capote y se interesó por la salud del niño.

Habían pasado otros siete años y el niño iba creciendo. No tenía ningún interés por los estudios; le encantaba atrapar a los pájaros. El viejo Wang seguía teniendo buena salud y estando robusto. Ya tenía más de ochenta años y con el tiempo su amor a los crisantemos había ido aumentando.

Un día en que Ma se había vuelto a levantar pronto y estaba de pie apoyado en la ventana, estaba el viejo Wang en el balcón y regaba los crisantemos. El joven Li estaba en el piso superior de su casa y hacía volar a sus palomas. De repente algunas palomas se fueron volando al borde de la florida terraza. El muchacho temió que se marcharan volando de allí y las llamó varias veces. Las palomas no se movieron. El muchacho no sabía qué hacer; cogió unos guijarros y se los lanzó. Sin querer, le dio al viejo Wang. El viejo se asustó, se resbaló y se cayó del balcón. Pasaba el tiempo y el anciano no se levantaba. Estaba caído con las piernas extendidas. El muchacho se asustó al verlo. Sin decir nada, cerró calladamente la ventana y se marchó. El sol ya estaba alto y todos los hijos y nietos vinieron a buscar al anciano. Al encontrarlo dijeron: «Se ha resbalado y se ha muerto de la caída». Y le saludaron de la forma en que era costumbre hacerlo.

18. *El vidente*

Érase una vez un hombre que junto con algunos amigos curiosos invocaba a los espíritus. Un día se había aparecido un

conocido doctor de la Edad Media. Pero su conversación era árida y poco culta y las rimas de sus poemas no eran exactas. Siempre que lo llamaban aparecía inmediatamente.

Una vez que se encontraban en medio de una ronda de respuestas y de preguntas, dijo: «Me quiero ir». Ellos le preguntaron: «¿Adónde?». Él les dijo: «La familia Tsiän me ha invitado a comer». Y luego se calló como una ostra. La familia vivía en los alrededores. Los amigos tenían curiosidad; así que se dirigieron allí para informarse del asunto. Entonces oyeron que había habido una defunción por enfermedad.

Días más tarde volvió el espíritu. Le preguntaron: «¿Fuiste a comer a casa de aquella gente?».

«Sí», fue la respuesta.

«¿Era rica la comida?»

«Pues sí, bastante buena.»

Entonces le preguntaron sarcásticamente: «La gente ha rezado a los dioses, no a los hombres famosos. Quieren tener al dios de la Ciudad o al de la Agricultura. ¿Cómo es que un hombre tan conocido como tú puede ir a comer con ellos?».

Viéndose en un mal paso, respondió: «Yo no soy el doctor. Soy Li Be-Niän de Chantung».

«¿Quién fue Li Be-Niän?», le preguntaron.

«Yo era un comerciante de algodón en la época de Kanghis y encontré la muerte aquí cuando me encontraba de camino. Mi alma vive en el templo que hay junto al río. Conmigo viven además de mí otras doce almas sin hogar. Como no habíamos cometido graves pecados, podemos movernos. Las ofrendas que se hacen en el pueblo nos llegan bien.»

Ellos le preguntaron: «¿Las ofrendas para los dioses de la Ciudad y otros dioses están siempre destinadas a un dios determinado? ¿Cómo vosotros, almas sin nombre, podéis mezclaros entre esos dioses?».

La respuesta fue: «El dios protector de la Ciudad y los otros no entran sin más en la casa de la gente. Las ofrendas que les dan allí, se quedan sin tocar. Entonces las utilizamos nosotros».

La pregunta siguiente fue: «Cuando vosotros, los que no tenéis nombre, os coméis las ofrendas de los dioses celestes y ellos se enteran, ¿no os castigan?».

«¡Qué les importan a los dioses celestes esas ofrendas! Sólo son costumbres de uso entre hombres insensatos. Es corriente que los demonios tomen posesión de un cuerpo humano para obligar a que les ofrezcan dones de los que alimentarse, e incluso a ellos no les ocurre nada. Así que las criaturas celestiales deben preocuparse aún menos cuando nos servimos de las ofrendas alimenticias destinadas a ellos. El té y el vino que me han conseguido ni siquiera lo he obtenido por coacción.»

«Si eso es así —le siguieron preguntando—, ¿por qué te has apropiado entonces del nombre de ese conocido doctor?»

«Vuestro médium tenía en la mano la fórmula mágica y buscaba un espíritu. No se atrevía a rogar a los verdaderos santos. Siempre iba a buscar a uno de nosotros trece. Pero como de todos nosotros el único que sabe escribir un poco soy yo, me liberó para acomodarme a vuestros deseos. Pero si yo hubiera dado mi verdadero nombre, Li Be-Niän, ¿me hubierais honrado tanto? Yo vi que en este lugar muchas familias habían rezado a ese doctor que escribieran por ellos; por eso supe que era un hombre conocido y me presenté bajo su nombre.»

«Si los vuestros no están unidos en grupos, ¿por qué no volvéis vos a Chantung?»

«Por todas partes hay espíritus, en los pasos, en los vados, en los puentes. Si no se les entrega dinero, no te dejan pasar.»

«Y si yo hago arder cien billetes de manera que puedas volver a casa, ¿te parece bien?»

«¡Sí, claro, muchas gracias! Pero si queréis hacerme un servicio, necesito también cien piezas de oro para poder pagar al espíritu del puente en cuya casa he vivido; si no, no podré salir con bien.»

Así que el hombre hizo arder billetes para ayudar al espíritu. Pero desde entonces no volvió a convocar a ningún espíritu.

19. *Los espíritus de los ahorcados*

Al gran poeta Su Dung Po le gustaba contar historias de espíritus; pero él mismo no había visto ninguno. Otro, que respondía al nombre de Yüan Dschan, había escrito en un tratado que no existían los espíritus. Un día apareció un sabio que deseaba verle.

«Desde los tiempos remotos —dijo—, existen historias reales que hablan de los dioses y de los espíritus. ¿Cómo habéis llegado a negarlas?»

Entonces Yüan Dschan le fue desgranando, una tras otra, razones bien fundamentadas, de forma que no era posible seguir contradiciéndole.

El sabio se enfadó.

«Yo mismo soy un espíritu», le dijo.

Y antes de que hubiera acabado de pronunciar estas palabras, se convirtió en un diablo de cuerpo verde y con el cabello rojo, que daba miedo mirar y que era temible. Se hundió en la tierra y desapareció. No mucho tiempo más tarde, murió Yüan Dschan.

Hay diferentes tipos de espíritus, pero entre todos ellos los peores son los espíritus de los ahorcados. Los espíritus son generalmente mujeres que proceden casi siempre de familias campesinas pobres. Las aldeanas simples, que son maltratadas por sus suegras o están condenadas a padecer hambre y duros trabajos, están a menudo descontentas con su suerte. Pueden pelearse con sus madres políticas o hacerse insultar por sus maridos. Entonces no ven nada más allá y por necesidad ponen fin a sus vidas. A menudo sucede que ingieren veneno o que saltan a un pozo. Lo más corriente, sin embargo, es que se ahorquen. Los abuelos y los ancianos suelen contar que los espíritus de los ahorcados siempre incitan a otras mujeres a penderse de las vigas y a encontrar la muerte por este medio. Pues sólo así pueden abrírseles las puertas del mundo inferior y pueden volver al círculo de las reencarnaciones. El espíritu de las nuevas ahorcadas se pone a buscar de nuevo sus suplentes. Por eso es tan corriente que las mujeres tontas se ahorquen. En los cuentos y en las historias se dicen muchas cosas sobre los espíritus de los ahorcados. A menudo puede ser por casualidad, pero quiero relatar ahora una historia que yo mismo oí en boca de gentes dignas de crédito.

En Tsingtschoufu vivía un hombre que había aprobado un examen de entrada a la escuela militar y que tenía que trasladarse a Tsinanfu para establecerse. Era la época de las lluvias, así que se vio detenido por el barro y por la lluvia. Avanzaba muy lentamente y por la noche no pudo llegar al albergue del pueblo. Después de la puesta del sol llegó a un pequeño caserío y pidió cobijo. Pero en todo el pueblo no había más que familias pobres que no tenían sitio en sus casas. Así que le indicaron que fuera a un viejo templo que había a la entrada del pueblo para que pasara allí la noche.

Las imágenes de los dioses del templo se habían vuelto tan

borrosas que no se podían distinguir. La puerta estaba cubierta por gruesas telas de araña y el polvo cubría la entrada. Así que salió al aire libre y encontró unos viejos escalones. Arrebujó la bolsa en la piedra, ató su caballo al tronco de un viejo árbol de la vida, sacó la bota de la bolsa, se puso cómodo y bebió.

El día había sido cálido. Tras las fuertes lluvias volvió a aclarar. La luna se iba ocultando. Él estaba agradablemente entorpecido por la bebida, cerró los ojos y se dispuso a dormir.

De repente oyó un fuerte ruido en el templo, un viento helado le corrió por el rostro, de manera que le hizo volverse y mirar. Vio salir del templo a una mujer vestida con un viejo vestido rojo, cuyo rostro era tan blanco como la cal del muro. Miró a su alrededor como si temiera encontrarse a un hombre. Como el soldado no estaba falto de valor, se hizo el dormido y no se movió. Volvió a mirarla con los ojos semicerrados. Y se dio cuenta de que se sacaba una cuerda de la manga y de que desaparecía. Entonces cayó en la cuenta de que se trataba del fantasma de un ahorcado. Se incorporó silenciosamente y la siguió. Efectivamente, se dirigía al pueblo.

Cuando hubo llegado a una puerta, se escurrió a través de una rendija de la puerta del patio. El soldado saltó el muro detrás de ella. Se trataba de una casa de tres habitaciones. En la última ardía una lámpara con una llama vacilante. Miró por la ranura de la ventana y vio a una mujer de unos veinte años sentada en la cama llorando con fuertes sollozos y un pañuelo todo mojado por las lágrimas. Junto a ella había un niño durmiendo. La mujer miraba las vigas del tejado. Tan pronto se echaba a llorar como se ponía a acariciar al niño. Cuando el soldado miró con más atención, vio que el fantasma del ahorcado estaba en las vigas. La cuerda la tenía alrededor del cuello e imitaba el movimiento de los ahorcados. Cada vez que

movía la mano, la mujer miraba hacia ella. Todo esto duró mucho tiempo.

Por fin dijo la mujer: «Tú dices que lo mejor sería morir. Bien, no me importa morir, pero no puedo separarme del niño».

Y volvió a echarse a llorar. El fantasma se reía y volvía a enroscar la cuerda en el cuello.

Entonces dijo la mujer, decidida: «Ya está. Voy a morir».

Con estas palabras, se puso a abrir su cesto de la ropa, sacó otros vestidos y se maquilló sirviéndose de un espejo. Luego cogió un banco y se subió en él. Ató el cinturón de su vestido y lo hizo pasar al otro lado de la viga. Ya había metido el lazo en el cuello e iba a saltar, cuando el niño se despertó de repente y se echó a llorar. La mujer se bajó y consolaba a su hijo y lo cogía. Y según lo consolaba, lloraba ella, de forma que las lágrimas le caían de los ojos como perlas ensartadas. El fantasma frunció la frente y siseó como si temiera perder su presa. Tras un momento, el niño se había vuelto a dormir profundamente y la mujer volvió a empezar a mirar hacia arriba. Se levantó, subió al banco y ya estaba a punto de enrollarse la cuerda en el cuello, cuando el soldado empezó a gritar y a tamborilear en la montaña. La rompió y entró de un salto en la habitación. La mujer cayó al suelo y el fantasma desapareció. El soldado hizo volver en sí a la mujer. Vio que en las vigas se balanceaba una cuerda como un lazo sin fin. Como sabía que era del fantasma de la ahorcada se lo llevó.

Luego le dijo a la mujer: «¡Cuida bien de tu hijo!, no tenemos más que una vida para perder». Y salió.

Se acordó de que su caballo y su equipaje estaban todavía en el templo y se fue a cogerlos. Cuando llegó a la salida del pueblo, allí se encontraba el fantasma esperándole.

Se inclinó y le dijo: «Desde hace muchos años busco a una

que ocupe mi lugar y hoy que ya estaba tan cerca, me habéis estropeado el negocio. Ya no hay nada que hacer, pero hay una cosa que me he dejado con las prisas. Seguro que la habéis encontrado. ¡Os ruego que tengáis la bondad de devolvérmela! Si la recupero, no me importa no haber encontrado a una sustituta».

El soldado le mostró entonces la cuerda y dijo con una sonrisa: «¿Es esto? Pero si os la devuelvo seguro que alguien se colgará. No puedo soportar la idea».

Mientras lo decía se enrolló la cinta al brazo y la echó diciendo:

«¡Fuera, fuera!».

La mujer se enfadó, su rostro se puso verde oscuro, los cabellos le caían enmarañados por la nuca, las venas de los ojos se le abultaban, la lengua le colgaba de la boca, alargó los brazos y quería agarrarle. El soldado golpeó con el puño cerrado y por error se golpeó a sí mismo la nariz, de modo que empezó a sangrar. Le saltaron varias gotas de sangre a ella y, como los espíritus no pueden soportar la sangre humana, se separó de él, se quedó unos pasos por delante y empezó a maldecirle. Estuvo así un buen rato, hasta que el gallo cantó en el pueblo y entonces el fantasma se desvaneció.

Mientras tanto, los campesinos de la aldea le habían estado buscando para darle las gracias. Pues mientras él se había alejado de la mujer que había salvado, había vuelto su marido a casa y le había preguntado a la mujer lo que había ocurrido. En primer lugar se enteró él y luego los vecinos que se habían reunido delante de su casa porque habían oído llorar a su mujer. Así que todos se pusieron a buscar al soldado en las afueras del pueblo. Lo encontraron cuando todavía daba golpes con el puño al aire y hablaba a gritos. Lo llamaron y él contó lo que le había pasado. En su brazo desnudo se podía ver todavía el

lazo; pero se le había pegado al brazo y lo rodeaba como si fuera un lazo de carne rojiza.

La mañana estaba despuntando. Montó a caballo y siguió su camino.

20. *Historias de fantasmas*

Si se muere una persona, lo primero que se hace es colocar el cadáver en la cama con el rostro mirando hacia arriba. Se la viste con un traje nuevo y se pone en la cabecera una espiga de mijo y una red de arar en el pecho, para que el cadáver no pueda levantarse. Pues en algunas ocasiones se oye que hay cadáveres que se ponen en pie. Los ancianos cuentan que un cadáver se levanta cuando le llega la respiración de una persona viva o cuando los perros y los gatos lo husmean. En esos casos, el cadáver imita a la persona. Si se sienta ella, también lo hace el cadáver; si la persona se pone de pie, también el cadáver se sustenta sobre las piernas. Si el hombre se echa a correr por el miedo que tiene, también el cadáver lo sigue corriendo, como si fuera arrastrado por alguna fuerza. A pesar de todo, estos cadáveres no pueden hablar.

Se dice que mientras un cuerpo muerto no se encuentre en el ataúd, la gente que lo vela no puede ponerse a dormir colocando los pies a los pies del muerto, pues mientras el hombre está durmiendo, la fuerza de la luz se dirige hacia abajo, a las suelas de los zapatos. Si en ese momento le roza por casualidad el pie al cadáver, la fuerza de la vida entra como un torrente en el cuerpo muerto y allí se mezcla con la fuerza de la oscuridad, de forma que el cadáver recibe una vida aparente.

También puede ocurrir que los cadáveres que ya han sido enterrados no se corrompan y que anden paseándose. Ésos son los fantasmas. Si están así mucho tiempo, se convierten en espíritus de la sequía, pues son capaces de provocar largas sequías. Cuando suben las nubes al cielo y se ve que va a llover, el espíritu de la sequía coge una escoba y reúne las nubes, de forma que se concentran sobre su tumba. El cielo vuelve a estar claro y el sol sale de nuevo. Existe un método para reconocer a estos espíritus de la sequía: se mira si entre las tumbas que se encuentran alrededor de alguien que ha sido enterrado recientemente hay una en la que se vea humedad causada por la lluvia, en tanto que alrededor de ella todo está seco. Tiene que ser ésa. Los ancianos reúnen entonces a toda la gente; abren la tumba y sacan el ataúd. Si entonces se ve que el cuerpo no se ha descompuesto sino que le han crecido cabellos blancos y verdes, se le golpea fuertemente con bastones y se le prende fuego. Entonces se oye un siseo. Por eso está extendida en el campo generalmente la costumbre de que mientras está de cuerpo presente, se esconden cuidadosamente las escobas, para que no las robe y se convierta en espíritu de la sequía. Si uno de estos espíritus mantiene durante mucho tiempo la escoba, se convierte en un hombre lobo o en un ogro, que vuela por el cielo.

En la dinastía Sung vivió un hombre que tenía una voluntad especialmente fuerte. Tras su muerte se convirtió en fantasma y acabó transformándose en un hombre lobo de cabellos dorados. Este hombre lobo parecía un león, pero era mucho mayor y tenía todo el cuerpo cubierto de vello dorado, que medía un pie de longitud. Comía un número incontable de hombres y animales. Los magos no podían dominarlo hasta que llegó por fin Wen Dschou el santo. Él lo amaestró y podía cabalgar sobre él.

Dentro del budismo hay tres personas poderosas que ayudan en caso de necesidad y cuyas representaciones es posible ver en todas partes. Las tres montan en animales. Una es el santo Pu Hiän, que cabalga sobre un león; otra es el santo de la túnica blanca, que cabalga sobre un elefante. A esta divinidad se le rinde culto en la isla de Putou, en el mar del sur, con el nombre de Guan Yin o diosa de la Piedad. La última es justamente Wen Dschou el santo, el que cabalga sobre el hombre lobo.

21. *La muchacha difunta*

Érase que se eran cinco culis. Llegaron una noche a un albergue y querían pasar la noche. El posadero les rechazó porque todas las habitaciones estaban completas. Pero ellos, con súplicas, lo convencieron, así que el posadero les condujo a un patio interior. En el lado oeste había una casa con tres habitaciones. En la habitación central había un cadáver de muchacha de cuerpo presente. Y su rostro estaba cubierto por un papel blanco. Los cinco se asustaron de esta visión y no se atrevían a entrar.

El posadero se lo explicó: «Es mi nuera, ha muerto recientemente. Mi hijo se ha ido a comprar un ataúd y todavía no ha vuelto, por eso está todavía de cuerpo presente. No me queda otro sitio donde podáis dormir. Así que tendréis que conformaros».

Los cinco pensaron: «Ya ha oscurecido y no hay otro lugar donde pasar la noche, así que podemos quedarnos aquí por una noche. Somos cinco y, además, ¿de qué íbamos a tener miedo?».

Así que entraron todos juntos en la casa. En la alcoba interior había un lugar donde dormir protegido por un muro. Era amplio y cómodo. El posadero encendió una lámpara y les trajo algo de comer. Después de haber comido, cuatro de ellos se durmieron inmediatamente, pues estaban muy cansados, pero el quinto era de un natural asustadizo. Se echó en un lado, pero no podía conciliar el sueño. De repente, escuchó en el cuarto de al lado un siseo que procedía de la cama en la que estaba el cadáver. Abrió los ojos y miró en aquella dirección. Vio que la luz de la lámpara se había vuelto completamente verde y la muchacha se levantó y entró en el dormitorio. Les sopló a sus cuatro compañeros en el rostro. El miedo no lo dejaba actuar, y, puesto que no veía otra salida, se tapó el rostro con la ropa de cama y se quedó acostado abrazado a sí mismo. La difunta se volvió hacia él, inclinó la cabeza y lo bendijo. Lo bendijo tres veces y luego se marchó. Él oyó el crujido de la cama, levantó las sábanas y miró furtivamente en dirección a ella. El cadáver estaba de nuevo acostado con el rostro hacia arriba. Pero ahora tocaba con los pies a sus compañeros; nadie se había despertado. Le tiró del brazo al cadáver. Nadie se enfadó. Escuchó con atención; ya no respiraba. Entonces se dio cuenta de que sus cuatro compañeros estaban muertos. Tuvo un miedo indescriptible y pensó que lo mejor sería marcharse simplemente de allí. Pero apenas había esbozado un movimiento, cuando volvió a oír un ruido en el lecho. Él se incorporó para salir del lecho. El cadáver ya estaba sentado. No perdió tiempo en abrocharse la ropa o en calzarse los zapatos, descorrió el pestillo del cerrojo y salió rápidamente. Trepó por el muro y se escapó de allí. Pero la muerta corría detrás de él. Él hubiera querido llamar al posadero; sin embargo tenía miedo de que ella pudiera darle alcance. Lo único que podía hacer era seguir corriendo y entrar en los campos lo

más rápido posible. El fantasma le iba pisando los talones. Así corrieron durante una milla y entonces llegó a un monasterio. Llamó al portalón lleno de miedo. Pero el bonzo, que oyó jaleo a aquella hora avanzada de la noche, se temió que fuera un ladrón y dudaba si abrirle. El cadáver ya llegaba a su altura. Muerto de miedo, vio un pino delante de la puerta de entrada al monasterio; era tan grueso que no se podía rodear con los brazos. Se escondió detrás del árbol a toda prisa. El cadáver cogió el árbol con ambos brazos e intentaba agarrarle. El miedo fue superior a él; se cayó del árbol y estuvo caído sin sentido. La muerta también se paró, con los brazos todavía alrededor del árbol.

El bonzo, al oír que fuera todo estaba de nuevo en calma, encendió una luz, abrió la puerta y echó una mirada. Y vio a una mujer con los ojos cerrados agarrada al tronco y a un hombre detrás de ella caído en el suelo suspirando muy fuerte. Le sacudió un brazo y le hizo volver en sí y le contó entonces todo lo que le había ocurrido.

Cuando el día empezaba a despuntar llegó allí también el posadero buscando el cadáver. Contó que los cuatro huéspedes estaban muertos y que él no sabía qué hacer para ayudarles. El bonzo le aconsejó que diera parte al encargado. El funcionario vino y ordenó que se llevaran el cadáver de la mujer. Pero la mujer estaba tan fuertemente abrazada al árbol que no podían soltarlo. Mirándolo de cerca parecía que los dedos de ambas manos estaban profundamente hundidos en la madera. Hubo que recurrir a toda la fuerza para soltarla.

El hombre empezó a llorar y dijo: «Hemos salido cinco y sólo vuelvo yo. ¿Cómo voy a librarme de que piensen que yo he matado a los otros?».

El funcionario envió, al sitio de origen del hombre, un certificado explicando las circunstancias en las que había ocurri-

do la muerte e hizo que enviaran también allí los cuatro cadáveres para que los enterraran.

22. *El muchacho travieso*

En los alrededores de Kiautschou vivía un sabio. Un hombre rico le había contratado como preceptor y estaba a unas millas de su hogar. Tenía un hijo de quince años que se había quedado en casa. El muchacho ya había aprendido las sagradas escrituras y estaba intentando componer. Su padre le había ordenado que trabajara aplicadamente. Le había dado doce temas de composición y cien páginas de antiguas escrituras, que tenía que copiar con el pincel. Después de la fiesta de las linternas se había marchado y tenía que regresar por la fiesta de la primavera. En ese espacio de tiempo, el muchacho tenía que haberlo terminado todo y el padre quería examinar las tareas que le había encomendado. El padre le recomendó vivamente que no perdiera el tiempo y le encargó a su tío, que también era un gran sabio, que lo vigilara. Apenas se había marchado el padre, cuando el hijo no hacía más que andar por la calle y no tocaba las tareas. Era un chico muy bueno para los estudios y creía que las doce composiciones y las cien páginas de escritura iba a hacerlas rápidamente. Le gustaba vagabundear sin rumbo fijo y pensaba que iba a terminar el trabajo rápidamente en los días anteriores a la venida de su padre.

Pero el tío vino a verle y cuando se dio cuenta de la holgazanería del muchacho, se enfadó y le dijo: «Le voy a contar a tu padre todo lo que has hecho».

El muchacho tuvo miedo entonces; porque el padre era inconmovible y duro, y a menudo le había pegado hasta dejarle medio muerto. En medio de la ofuscación, tomó opio para envenenarse. Lo metieron en un ataúd y lo pasearon y lo enterraron provisionalmente delante del pueblo.

Cuando le dieron la noticia a su padre, se hizo el propósito de volver al día siguiente a su hogar. La segunda noche de vela, el hijo se presentó delante de él repentinamente. Le hizo una pregunta, pero no recibió respuesta alguna. El padre ya estaba en la cama y, antes de que tuviera tiempo de asustarse, el chico se deslizó bajo las sábanas junto a él. Tenía el cuerpo tan frío como el hielo y estaba llorando. El padre, asustado, se levantó. El muchacho lo agarraba con fuerza y seguía llorando. El padre, que no pudo soportarlo, llamó a algunas personas para que vinieran en su ayuda. Vinieron a ver qué ocurría, pero el muchacho sólo era visible para su padre; los demás no vieron nada. Esto duró hasta aproximadamente el amanecer, luego el chico desapareció.

El padre dejó entonces su puesto y se volvió apresuradamente a casa. Cuando se hizo de noche, volvió a aparecer el muchacho en la casa paterna. En cuanto vio a su padre, se dirigió hacia él lleno de cólera. Pero la madre no veía ni oía nada. El padre terminó por ponerse enfermo y lo veía incluso a la luz del día.

En una ocasión, el tío pasó por delante del pueblo. Cuando se encontraba a algunos pasos de la tumba, el muchacho surgió repentinamente delante de la sepultura, le arrojó piedras con ambas manos y le iba gritando reproches detrás de él. El tío tuvo miedo y se marchó corriendo a casa, se acostó y se puso también enfermo.

El muchacho había estado anteriormente prometido con una muchacha de la aldea vecina e incluso se había fijado una

fecha para la boda. En la noche de la fecha, la muchacha vio de repente a un estudiante que entraba en su cama, que le cogió la mano llorando y le dijo: «Yo soy tu prometido. Me he muerto por accidente. Siento que nuestra boda no se haya realizado. Hoy he venido a despedirme de ti. ¡Mantente siempre virtuosa y no me olvides!». Se marchó con lágrimas en los ojos. En aquella época también otra gente lo vio como un fantasma que vagabundeaba.

Ya había pasado un mes. Los labradores se reunieron para tomar una decisión. Dijeron: «No podemos tolerar esta situación más tiempo». Hicieron llamar a un mago para que conjurara al espectro. El mago llegó a la tumba y se puso a examinar cuidadosamente todos los alrededores. Entonces dijo: «Este muchacho se está convirtiendo en espíritu de la sequía. Hubiera podido hacer mayores daños. Por suerte todavía estamos a tiempo y podemos conjurarle». Luego cortó estaquillas de melocotonero y las introdujo en las cuatro esquinas, escribió con tinta china de color rojo encantamientos que fijó a los palos de melocotonero, de forma que el fantasma no pudiera salir. Luego mandó venir a algunas docenas de hombres fuertes, que rodearon la tumba con picas y garrotes. Ocho personas valientes abrieron el sarcófago. Cuando el sarcófago apareció, la tablilla delantera estaba rota. Miraron dentro por la abertura, pero no estaba el cadáver. Sólo se veían los dos zapatos en el fondo del ataúd. El propio cadáver estaba colgado de la tapa, enrollado en el aire. Se había desvestido y las vestiduras estaban enrolladas en el suelo. Habían crecido pelillos blancos por todo el cuerpo. Quemaron el cadáver y desde entonces se terminó el encantamiento. El padre volvió a sanar.

23. *La codicia castigada*

Al sur de Yangtsekiang vivía un hombre que ocupaba un puesto de profesor en Sütschoufu en la frontera con Schantung. Cuando llegó, la casa del maestro todavía no estaba terminada. Habían cogido una casa de dos pisos en la vecindad, en la que el profesor podía vivir y dar clases. La casa se encontraba cercana a la orilla del río, fuera del pueblo. Por todas partes se extendía una amplia llanura poblada de braña. Al maestro le gustó el paisaje.

Una noche, apoyado en la puerta, estaba contemplando la puesta del sol. El humo que salía de las cabañas se iba mezclando poco a poco con las sombras del anochecer. Todos los ruidos diurnos habían cesado. De repente vio el resplandor de un fuego que ardía en la orilla del río. Se dirigió rápidamente hacia allí para ver de qué se trataba. Se encontró un ataúd de madera del que procedía el brillo del fuego. Pensó para sí: «Las piedras preciosas que se les dan a los muertos brillan en la oscuridad. Quizás haya joyas dentro». En su interior creció la codicia y le hizo olvidar que el ataúd es la cama de los muertos. Levantó una gran piedra y con ella partió en dos la tapa del féretro. Se inclinó para mirar con mayor atención. Dentro del ataúd había un joven tumbado. Tenía el rostro blanco como el papel. Llevaba un sombrero de luto, su cuerpo estaba vestido con vestidos de tela de cáñamo y calzaba sandalias de paja. El maestro se asustó del aspecto y se marchó corriendo. Pero el muerto, que ya se había incorporado, salió del ataúd y lo persiguió. Por suerte, la casa no se encontraba lejos. Corrió cuanto pudo, subió escaleras arriba y cerró la puerta tras él. Poco a poco, la respiración volvió a su ritmo normal. Fuera no se oía ningún ruido. Así que pensó que quizás el muerto no

había llegado allí. Abrió la ventana y echó una ojeada hacia abajo. El cadáver estaba apoyado en la pared de la casa. Vio que la ventana estaba abierta. Salto tras salto llegó a la ventana. El maestro, asustado, cayó por la escalera y se quedó sin sentido. El cadáver cayó también entonces al suelo en el piso de arriba.

A aquella hora, los estudiantes ya se habían ido a casa. El dueño de la casa vivía en otro lugar, así que nadie se dio cuenta de lo que ocurría. Al día siguiente, los alumnos llegaron a la escuela. La puerta estaba cerrada. Llamaron y nadie respondió. Entonces echaron abajo la puerta y se encontraron a su profesor caído. Le echaron una pócima de jengibre en el rostro, pero tardaron mucho en hacerle volver en sí. Cuando le preguntaron, les contó lo que le había ocurrido. Subieron arriba todos a uno y cogieron el cadáver y lo llevaron al pueblo, donde lo incineraron. Luego volvieron a meter los restos en el ataúd. El maestro dijo entonces lloriqueando: «Por la ganancia de un instante he estado cerca de perder la vida». Renunció a su puesto y regresó a su hogar. En toda su vida no volvió a hablar de ganancias.

24. *Una noche en el campo de batalla*

Érase que se era un comerciante que recorría el sur de Schantung con sus mercancías. Era más o menos la segunda noche que pasaba al aire libre cuando se desencadenó una fuerte tormenta por el norte. Vio una posada junto al camino, cuyas luces se acababan de encender. Se dirigió allí a tomar un trago y pidió albergue. Un anciano tuvo piedad de su mal estado y le

dijo: «Acabamos de preparar una comida para guerreros que vienen de lejanas tierras y no nos queda nada de vino para vos, pero aquí al lado hay un cuartito en el que podéis pasar la noche». Con estas palabras lo guio a la habitación. El comerciante no podía dormir del hambre y de la sed que tenía. Fuera oía ruido de hombres y de caballos. Como no le parecía un asunto muy claro, miró por una rendija de la puerta y vio que toda la posada estaba llena de soldados sentados en el suelo comiendo y bebiendo y contando anécdotas de la guerra de las cuales él no sabía nada. Tras un momento se dijeron unos a otros: «¡Que llega el señor feudal!». Muy a lo lejos se oía la llamada del centinela. Todos se dieron prisa en seguirle y entonces vio una comitiva de linternas de papel; en medio de ella iba un hombre de larga barba con aspecto de guerrero. Descabalgó, entró y se sentó en el puesto más elevado. Los soldados estaban de pie junto a la puerta esperando sus órdenes; el posadero trajo vino y alimentos, que él masticó chasqueando la lengua.

Cuando hubo terminado, sus oficiales entraron y él les dijo: «Lleváis ausentes mucho tiempo. Volved con los vuestros. Yo también quiero descansar un poco. Hay tiempo suficiente para regresar cuando llegue la orden de partida».

Los oficiales acataron la orden y se alejaron. Él gritó entonces: «¡Que venga Atsi!». Y entonces se acercó un joven oficial desde la izquierda de la casa. Los que trabajaban en el albergue cerraron las puertas y se retiraron. Atsi acompañó al de la barba larga a la puerta que estaba a la izquierda, por cuya grieta se veía la luz de una lámpara. El comerciante salió de puntillas de su cuarto y les observó por la rendija. Dentro de la habitación había una cama de bambú sin sábanas ni almohadas. La lámpara estaba en el suelo. El de la barba larga se cogió la cabeza con las manos, se la quitó y la puso en la cama. Atsi

le cogió luego los brazos, que también se desprendieron, y los puso con cuidado en su sitio al lado de la cabeza. Entonces el anciano se echó a través de la cama. Atsi le cogió el cuerpo, que se rompió por las caderas, y lo dividió en dos segmentos que cayeron al suelo. La lámpara se apagó en cuanto cayeron. El comerciante, muerto de miedo, se dio prisa en volver a su cuarto, se cubrió el rostro con las mangas y se acostó. Pasó toda la noche desvelado. A lo lejos oyó cantar al gallo. Tuvo un escalofrío, retiró las mangas de la cara y vio que el cielo empezaba a aclararse. Echó una ojeada a su alrededor y se vio en medio de la maleza. A su alrededor sólo había campo sin cultivar, no se veía casa alguna ni ninguna tumba. A pesar del frío, anduvo tres millas hasta que llegó al siguiente albergue. El posadero estaba en ese momento abriendo la puerta y le preguntó sorprendido que de dónde venía tan temprano. Él le relató lo que había ocurrido y quiso averiguar qué sitio podía ser aquel en el que había pasado la noche. «En los alrededores hay por todas partes antiguos campos de batalla —fue la respuesta—; aquí se ven algunas apariciones.»

25. *El desvalijador de tumbas*

En Hangtschou vivió un hombre que se llamaba Dschu. Se ganaba la vida desvalijando sepulturas. Tenía seis o siete compañeros. Cuando era de noche profunda y todo era negrura y oscuridad, cogían las azadas y cavaban en torno a las sepulturas. Eran infelices porque encontraban muchas más piernas secas que oro y plata. Así que cogieron una tablilla de llamar a los espíritus para que les dijeran dónde había tesoros enterrados.

Un día se les apareció el rey de la Montaña y les dio la siguiente rima:

Las tumbas abrís
y de los bienes de los difuntos os servís.
Tal es peor que el robo y la rapiña. Si no lo queréis dejar
vuestras cabezas os he de hacer cortar.

Dschu se asustó muchísimo y durante un año dejó esta actividad.

Pero como sus seguidores no tenían nada que comer, le insistieron para que volviera a llamar a los espíritus, y Dschu lo intentó otra vez. Vino un espíritu y dijo: «Soy uno de los espíritus del agua del mar del Oeste. Allí hay una pagoda a cuyos pies se encuentra un pozo de piedra; al oeste del pozo está la tumba de un hombre rico. Podéis abrirla y encontraréis mil monedas de plata». Dschu se alegró mucho y se fue hacia allí con sus compañeros con la azada al hombro. Buscaron por todas partes el pozo de piedra sin encontrarlo. Mientras iban buscando, les llegó una especie de voz, que les susurraba en los oídos: «¿No hay un pozo allí, bajo el sauce al oeste de la pagoda?». Miraron en aquella dirección y encontraron un pozo seco y cegado. Cavaron a un profundidad de tres o cuatro pies y encontraron un sarcófago de piedra de un tamaño enorme. Aunque toda la banda hacía enormes esfuerzos, no podían levantarla. Entonces se dijeron: «En el monasterio de la calma hay un bonzo que tiene una fórmula mágica con la que puede hacer flotar en el aire las barras de acero. Si la recita cien veces aquí, el sarcófago se abrirá solo».

Fueron a buscar al bonzo y le prometieron una parte del botín. El bonzo era también un miserable. Cuando hubo oído sus palabras, se dirigió hacia aquel lugar corriendo. Dijo el

encantamiento más de cien veces; entonces se abrió el sarcófago un poco. De allí salió un brazo negro, de una longitud de una buena braza, metió al bonzo dentro, lo partió a mordiscos y se lo comió, de manera que la carne y la sangre salpicaron alrededor y los huesos cayeron al suelo con un ruido siniestro. Dschu y su banda echaron a correr en todas direcciones. Cuando al día siguiente volvieron a ver qué había ocurrido, no encontraron el pozo por ninguna parte.

En el monasterio de la calma faltaba un bonzo. Todos sabían que Dschu había ido a buscarle, así que acusaron a Dschu ante el juez. Dschu perdió en aquel asunto todos sus bienes y al final se ahorcó en la prisión.

26. *Go Schu Han*

En la época del emperador Tang existió un poderoso caballero que se llamaba Go Schu Han. En su juventud vivió en Sianfu. Su mujer se había muerto de una enfermedad. Pero como él la había amado mucho, colocó su ataúd en la habitación del oeste y no queriendo separarse de ella, dormía él también en el mismo cuarto. A media noche, la luz de la luna entraba en la habitación y el suelo brillaba como si estuviera cubierto de nieve. Go Schu Han se acostó suspirando y no podía conciliar el sueño.

De repente se abrió la puerta y entró un monstruo; era un ogro. Medía unos diez pies de altura, llevaba pantalones de piel de leopardo, tenía dientes de sierra y sus cabellos revoloteaban. A sus pies iban siguiéndole tres demonios, con cadenas de perlas que bailaban a la luz de la luna.

Iban diciéndose unos a otros: «El que está en la cama será un hombre famoso. ¿Qué tenemos que hacer?».

El segundo dijo: «Ya está durmiendo».

Después cogieron el ataúd y lo sacaron al patio. Le ataron las manos, sacaron el cadáver y lo desgarraron; luego se sentaron en un círculo y empezaron a comérselo. Todo el suelo se llenó con las salpicaduras de sangre, y las vestiduras de seda volaron en jirones.

Aquel momento era desagradable para Go Schu Han. No podía seguir mirando; por eso cogió una espada, la arrojó en la dirección en la que ellos estaban y gritó con fuerte voz: «¡Agarra al diablo!».

El demonio se asustó y se marchó. El otro se aprovechó de su miedo, volvió a levantar su espada y lo persiguió. Se escaparon dirigiéndose hasta la parte sudeste del jardín, donde subieron por el muro y desaparecieron. Uno se quedó atrás y a éste le cortó un dedo; era tan grueso como un brazo, cubierto de un vello tupido, y de él caían gruesas gotas de sangre.

Cuando los criados oyeron el jaleo, se apresuraron a acudir y preguntaron lo que ocurría. Go Schu Han les ordenó que recogieran los restos de los huesos de su esposa. Pero en el lugar de la desagradable comida no se veía nada. Entraron en la habitación y allí estaba el ataúd intacto, como antes. Los criados pensaron que su amo lo había soñado; pero encontraron sangre en el muro y también huellas. Nadie pudo explicarse lo que significaba aquello, pero un par de años más tarde Go Schu Han era efectivamente conocido.

27. *La mujer transformada*

Al sur de Yangtsekiang vivió un sabio que recorría regularmente la montaña de Guai Gi. Llegó a una aldea de la montaña. La familia que le daba alojamiento tenía una hija que le gustó y la tomó como concubina. Unos años más tarde era nombrado funcionario y se marchó con su concubina al distrito en el que había sido nombrado. La mujer, que anteriormente siempre había sido cariñosa y dulce, empezó de pronto, sin razón, a ser salvaje y díscola. Regularmente ocurría que llevada por la cólera, golpeaba a muchachos y a muchachas e incluso los mordía hasta hacerles sangre. Entonces el hombre se dio cuenta de que su mujer era realmente mala y en su corazón creció el enfado contra ella.

En una ocasión él fue de caza con algunos amigos. Y atraparon grandes cantidades de zorros y de liebres, que él hacía llevar a la cocina. Mientras él atendía a los huéspedes, ella se encerró en la cocina, cogió los zorros y las liebres y se los comió crudos. Una de las criadas, que la observaba en secreto, se lo dijo al hombre. El marido se dio cuenta de que su esposa no era un ser humano, por eso se abstuvo de ella y durmió separado.

En otra ocasión, un criado había cazado un corzo y se lo había traído al marido. Él dio la excusa de que tenía que hacer un viaje y abandonó la casa, pero se escondió para observar la conducta de su mujer.

No tuvo que esperar mucho para ver a su esposa completamente transformada entrando en el salón con los cabellos al viento, el busto descubierto y los ojos que le lloraban como fuentes. Llevaba al corzo en la mano izquierda, con la derecha le arrancó la piel, lo desgarró y se lo comió, de forma que los huesos producían chasquidos.

El hombre sintió un gran pánico. Cogió a una docena de sus criados que llevaban palos y espadas y entró en la habitación. Cuando la mujer lo vio entrar, se rasgó las vestiduras y se puso de pie, inamovible. Se había convertido en un ogro. Lanzaba rayos por los ojos, tenía dientes afilados como espadas, sus músculos estaban tensos y todo el cuerpo era azul. Todos los criados tenían miedo y no se atrevían a acercarse. El hombre, de miedo, perdió el conocimiento y cayó al suelo. La mujer ogro miró entonces en todas direcciones con miedo, como si temiera algo. Luego agarró la mitad del corzo, saltó el muro y se marchó. Lo hizo tan rápidamente que dejó tras de sí una nube de polvo. Nadie supo nunca adónde se había marchado.

28. *El país de los ogros*

En Annam vivía un hombre llamado Sü que se ganaba la vida como comerciante en un barco. En medio de una gran tormenta fue arrojado a una costa lejana. Allí se elevaban escarpadas montañas llenas de una vegetación pimpante. Vio algo en el campo que se asemejaba a las casas de los hombres, así que cogió las provisiones y salió a la orilla. Apenas había llegado a la montaña cuando vio, en ambas laderas, aberturas como cavernas, apretujadas como celdas de abejas. Se quedó de pie y echó una ojeada a uno de los agujeros. Dentro había dos ogros que tenían dientes tan afilados como espadas. Sus ojos eran como lámparas de fuego. Estaban desgarrando un ciervo sin cocinar con sus garras y se lo comían. El hombre se asustó muchísimo al verlos y quiso huir, pero los ogros ya lo

habían visto, lo cogieron y se lo llevaron a su cueva. Los dos seres hablaban entre ellos con gritos animales. Le arrancaron la ropa del cuerpo y se lo querían comer. Él sacó rápidamente de su mochila pan y carne seca y se los dio. Ellos se repartieron los alimentos, se los comieron y pareció que les gustaba. Se pusieron a rebuscar en su bolsa; él les hacía señas con las manos para indicarles que ya no quedaba más.

Luego dijo: «¡Dejadme en libertad! En mi barco tengo sartenes y cazuelas, vinagre y condimentos. Con eso puedo cocinar comida para vosotros».

Pero los ogros no entendieron lo que decía y seguían siendo desagradables. Entonces él intentó hacerse entender haciendo signos con las manos y al final parecía que habían comprendido algo. Fue con ellos al barco, se llevó los enseres de cocina a la cueva, cogió arroz, hizo un fuego y cocinó el resto del ciervo. Cuando estuvo cocido, les hizo probarlo. Los dos seres comieron con gran placer. Después salieron de la cueva y cerraron la abertura con un gran bloque de piedra. Al poco tiempo volvieron con otro ciervo que habían atrapado. El vendedor lo despellejó, buscó agua fresca, lavó la carne y cocinó varias ollas hasta arriba. De repente apareció todo un rebaño de ogros que se comieron lo que había cocinado. Se sentían realmente con fuerzas después. Todos señalaron las ollas, que les parecían muy pequeñas. A los tres o cuatro días, uno de los ogros se trajo una olla colgada al hombro que fue la que se utilizó siempre a partir de entonces.

Ahora se amontonaban los ogros en torno al vendedor, le traían lobos y antílopes, que le hacían cocinar para ellos, y, cuando ya estaban llenos, lo llamaban para que comiera con ellos.

Así pasaron algunas semanas y fueron confiando en él, por lo que lo dejaban andar con libertad de un sitio para otro. Con

el tiempo el vendedor escuchó los gritos que lanzaban y pudo entenderlos, y no pasó mucho tiempo antes de que pudiera él mismo hablar el lenguaje de los ogros. Con lo cual ellos estaban todavía más contentos. Trajeron a una mujercita para que se casara con el comerciante. Pero él tenía miedo de ella y no se atrevía a acercarse. La mujer ogro lo tomó a la fuerza y obtuvo gran placer de él. Le regaló objetos preciosos y frutas para que se calmara y acabaron viviendo amorosamente como esposos.

Un día, todos los ogros se levantaron muy pronto y todos llevaban al cuello una cadena de resplandecientes perlas. Le ordenaron al comerciante que cocinara muchísima carne.

El comerciante le preguntó a su mujer qué significaba aquello. «Hoy es una fiesta muy importante —le dijo ella—, hemos invitado al gran rey a comer.»

A los otros ogros les dijo: «El comerciante no tiene una hilera de perlas».

Entonces cada ogro le dio cinco perlas y ella misma añadió diez, de forma que tenía más de cincuenta perlas. Las engarzó y se las puso al cuello. Cada una de esas perlas valía varios cientos de táleros de plata.

El comerciante cocinó entonces la carne. Luego entró con todos en la cueva a recibir al gran rey. Llegaron a una amplia cueva; en medio había un gran bloque de piedra, liso y brillante, que parecía una silla. Alrededor había asientos de piedra. El lugar de honor estaba cubierto por una piel de leopardo; todos los restantes, con pieles de ciervo. Varias docenas de ogros estaban sentados en filas y en hileras.

De repente se levantó una gran tormenta que hacía vibrar el polvo, y un monstruo cuyo aspecto era semejante a la de un ogro apareció. Todos los ogros, muy excitados, fueron a reci-

birle. El gran rey entró en la cueva, se sentó con las piernas recogidas y miró a su alrededor con sus redondos ojos de águila. Todos le siguieron a la cueva. Se instalaron a ambos lados de él, levantaron sus miradas hacia él y pusieron los brazos en el pecho en forma de cruz, para mostrarle de esta forma su respeto.

El gran rey asintió con la cabeza, los miró y preguntó: «¿Están aquí todos los de la montaña Wo-Me?».

Todos asintieron.

Luego miró al comerciante y dijo: «Y ¿de dónde viene ése?».

Su mujer contestó por él y todos alabaron su cocina. Unos trajeron la carne cocinada y la pusieron en la mesa. El gran rey comió hasta sentirse satisfecho. Lo alabó con la boca llena y le ordenó que le enviara siempre esa comida.

Luego miró al comerciante y le dijo: «¿Por qué tu collar es tan corto?».

Mientras hablaba, cogió diez perlas de su propio collar, gruesas y redondas como balas de escopeta. Su mujer las cogió rápidamente para él y se las colgó al cuello. El comerciante cruzó los brazos y le dio las gracias en el lenguaje de los ogros. El gran rey se marchó después, montado en la tormenta como si volara.

El comerciante había vivido cuatro años con su mujer cuando ella dio a luz a trillizos: dos varones y una niña; todos ellos tenían el aspecto exterior humano, al contrario que su madre.

Un día se encontraba el comerciante solo en casa; una mujer de otra cueva se presentó e intentó inducirle a que cayera en la tentación. Él no quería. La ogresa se enfadó y lo cogió por debajo del brazo. Mientras tanto, su mujer llegó a casa y ambas se enzarzaron en un horrible combate con las manos.

La esposa mordió a la otra en una oreja y la otra se fue. Desde entonces la ogresa vigiló a su marido y no permitió que lo miraran.

Volvieron a pasar tres años y los niños fueron aprendiendo a hablar. Él también les enseñó el lenguaje de los hombres. Crecieron y se hicieron tan fuertes que podían andar sobre las montañas como si fuera un llano.

Un día en que su mujer se había ausentado con uno de los niños y con la niña durante media jornada, el viento del norte soplaba con fuerza y en el corazón del comerciante creció la añoranza de su antiguo hogar. Cogió a su hijo de la mano y lo llevó a la orilla del mar. Allí estaba todavía su viejo barco. Subió con su hijo a bordo, y en un día y una noche volvió a Annam.

Al llegar a su casa, vio que su mujer se había casado mientras tanto con otro hombre. Cogió dos de sus perlas y las vendió con una ganancia de mucho oro, con lo que podía mantener una casa elegante; a su hijo le dio el nombre de Pantera. Cuando tuvo catorce años era tan fuerte que podía levantar un peso equivalente a quince quintales. Pero era rudo y le gustaba la lucha. El general de Annam, sorprendido por su valor, lo nombró coronel, y realizó tales servicios en el sofocamiento de una rebelión que con dieciocho años ya era ayudante de general.

En aquel tiempo, otro comerciante había sido también arrastrado a la isla Wo-Me por la tormenta.

Al llegar a tierra vio a un jovencito, que le preguntó asombrado: «¿No sois un hombre del Reino del Medio?».

El comerciante le contó cómo había llegado allí arrastrado por las olas y el joven lo llevó a una pequeña cueva que se encontraba en un valle escondido. Luego llevó al hombre carne de ciervo y habló con él. Le contó que su padre también

procedía de Annam y resultó que era un viejo conocido del comerciante.

«Tenemos que esperar a que sople el viento del norte —le dijo el joven—, entonces os acompañaré y os daré un beso para mi padre y para mi hermano mayor.»

«¿Y por qué no vienes conmigo a buscar a tu padre?», le preguntó el comerciante.

«Mi madre no es del Reino del Medio —le respondió el joven—, es diferente en el aspecto y en el lenguaje, por eso no puedo ir.»

Un día se levantó un fuerte viento del norte y el joven acompañó al comerciante al barco y le recomendó al despedirse que no olvidara ninguna de sus palabras.

El comerciante se dirigió al palacio del ayudante de general Pantera cuando llegó a Annam y le contó todo lo que había visto.

Cuando Pantera oyó hablar de su hermano, le entró una gran pena. Pidió un permiso y se hizo al mar junto con dos soldados. Pronto se levantó un tifón que formaba olas como picos, que salpicaban hasta el cielo. El barco se hundió y Pantera cayó al mar. Fue recogido por una criatura que lo arrastró a una playa en la que había casas. El ser que le había cogido parecía un ogro, por eso le habló en el lenguaje de los ogros. El ogro le preguntó asombrado quién era y él le contó toda su historia.

El ogro le dijo lleno de alegría: «Wo-Me es mi antiguo hogar. Está a ochocientas millas de aquí. Éste es el país de los dragones venenosos».

Luego fue a un barco en el que tuvo que entrar Pantera, luego el ogro arrastró el barco al agua, que parecía una flecha atravesando las olas. Pasó toda la noche hasta que vieron tierra al norte. Había un joven en la orilla que buscaba con la

mirada. Pantera reconoció a su hermano. Saltó a tierra, se dieron la mano y se echaron a llorar. Entonces se volvió hacia el ogro que le había conducido hasta allí para darle las gracias, pero ya había desaparecido.

Pantera preguntó entonces por su madre y por su hermana y supo que ambas estaban bien. Quería ir a verlas con su hermano, pero éste le dijo que esperara y fue él solo. No mucho más tarde volvió acompañado de la madre y de la hermana. En cuanto vieron a Pantera ambas se echaron a llorar de lo contentas y tranquilizadas que estaban. Pantera les rogó que lo acompañaran a Annam.

Pero la madre le respondió: «Me temo que si voy contigo, los hombres se van a burlar de mí por mi aspecto».

«Yo soy un oficial con un alto grado —le respondió Pantera—, la gente no va a atreverse a ofenderte.»

Todos se fueron con él en el barco. Un viento propicio hinchó la vela y algunas ráfagas de viento les condujeron. Al tercer día llegaron a tierra. Todos los hombres que encontraron se marcharon corriendo asustados. Pantera cogió su capa y la dividió en tres para que los otros pudieran cubrirse.

Al llegar a la casa y ver al marido, la ogresa empezó a regañarle porque no le había dicho nada cuando se había marchado a su hogar. Los miembros de la familia que venían a saludar a la esposa del dueño de la casa lo hacían temblando y estremeciéndose. Pantera recomendó a su madre que aprendiera la lengua del Reino del Medio, que se vistiera de seda y que se acostumbrara a comer los alimentos de los hombres. Ella estuvo completamente de acuerdo; pero la madre y la hija se hicieron ropa de hombre. El hermano y la hermana eran de tez bastante clara y se parecían a los hombres del Reino del Medio. Al hermano le dieron el nombre de Leopardo y a la hija, Hija de Ogro. Ambos tenían una gran fuerza física.

A Pantera le parecía mal que su hermano fuera tan poco cultivado, así que lo puso a estudiar. Leopardo era muy inteligente, a la primera lectura entendía lo que decía el libro, pero no tenía ninguna inclinación por el oficio de sabio. El tiro y montar a caballo era lo que más le gustaba. Por eso ascendió muy pronto entre los guerreros y se casó con la hija de un funcionario muy conocido.

Hija de Ogro no encontró ningún hombre, porque todos tenían miedo de la suegra. La primera mujer de unos de los que estaban al mando de su hermano murió y él se sintió dispuesto a casarse con Hija de Ogro. Ella podía tensar los arcos más fuertes; era capaz de hacer diana en el pájaro más pequeño situado a cien pasos. Nunca caía su flecha a tierra sin haber ensartado algo. Cuando su marido iba a la batalla, ella siempre lo acompañaba y, cuando fue nombrado general, lo fue en gran parte gracias a los servicios que ella le prestaba.

Leopardo había llegado a los treinta años a ser mariscal de campo. Su madre lo acompañaba en las campañas de guerra. En cuanto se le acercaba un enemigo poderoso, ella empuñaba el arma y sacaba el cuchillo para salirle al paso en lugar de su hijo. Entre los enemigos a los que se enfrentaron no hubo ninguno que no se escapara asustado. Por su valor, el emperador le concedió el título de «supermujer».

En los libros de cuentos se dice siempre que los ogros son poco frecuentes, pero si lo pensamos dos veces, no son tan infrecuentes. Un hombre tan noble tuvo finalmente en su casa un ogrito de ésos.

29. *La muchacha secuestrada*

Al oeste de la antigua capital de Lo Yang había un monasterio en ruinas. Allí había una pagoda monstruosa que tenía varios cientos de pisos. En su punto más alto podían sostenerse de pie tres o cuatro personas.

En los alrededores vivía una linda muchacha; un día de verano que hacía calor, ella estaba en el patio para refrescarse. Se levantó de repente un remolino producido por una tormenta y se llevó a la muchacha. Cuando abrió los ojos se encontraba en la cumbre de la pagoda. Junto a ella estaba un muchacho vestido como un estudiante.

Él era muy guapo y cortés. Le dijo: «Hemos sido destinados por el cielo el uno para el otro».

Luego cogió pan y vino y celebró con ella la boda. Desde entonces, se asentaba durante el día y volvía por la noche. Cuando se iba, cerraba con piedras la entrada de la pagoda. También había destruido algunos tramos de las escaleras para que ella no pudiera salir de su encierro. Cuando él llegaba a casa, siempre traía vino y comida que repartía con la muchacha. También le regalaba maquillaje y polvos, trajes y faldas, y todo tipo de adornos. Decía que lo había comprado en el mercado. También colgó un carbunclo, de forma que por la noche la pagoda estaba bien iluminada. La muchacha tenía todo lo que su corazón deseaba; pero, a pesar de todo, no se sentía bien.

A lo largo del mes, él había ido teniendo confianza en ella y un día, al marcharse, se olvidó de cerrar la ventana. La muchacha lo espiaba en secreto y entonces vio cómo su muchacho se convertía en un ogro con los cabellos rojos como la rubia y el rostro negro como el carbón. Las pupilas se le salían

de las órbitas y la boca se asemejaba a una sopera de sangre. Entre los labios asomaban afilados colmillos y dos alas batían en su espalda. Voló hacia la tierra y volvió a convertirse en un ser humano.

La muchacha estaba asustadísima y se echó a llorar. Miró hacia abajo de la pagoda; vio a un paseante que se acercaba. Le llamó, pero la pagoda era tan alta, que su voz no llegó hasta abajo. Le hizo señas con las manos, pero el paseante no miraba hacia ella. Ya no sabía qué hacer, cuando, de pronto, se le ocurrió lanzarle los antiguos vestidos que había llevado puestos con anterioridad. Se agitaron con el aire y llegaron al suelo.

El paseante cogió la ropa, entonces miró a la parte superior de la pagoda y descubrió arriba del todo, en la zona más alta, un personajillo que le pareció una muchacha, pero no podía distinguir los rasgos de su rostro. Durante mucho tiempo se esforzó en vano y finalmente se hizo una luz.

«A la hija de nuestro vecino —se dijo a sí mismo—, se la llevó una tormenta mágica. ¿No será ella la que está quizás ahí arriba?»

Luego recogió la ropa y se la mostró a los padres de la muchacha. Al verla, ellos se echaron a llorar.

La muchacha tenía un hermano que era tan fuerte y valeroso como no había otro en los alrededores. Cuando oyó la historia, cogió su pesada hacha y se fue a la pagoda. Al llegar allí se escondió entre la hierba y esperó a ver qué ocurría. Cuando el sol acababa de ponerse, apareció un muchacho que subía la montaña. Se convirtió en un ogro, desplegó las alas e intentó volar. El hermano le lanzó su hacha y le dio en el brazo. Dio un gran aullido y luego se marchó volando a las montañas del oeste. Cuando el hermano vio que no se podía escalar la pagoda, regresó y se puso de acuerdo con algunos

vecinos. Con ellos volvió a la mañana siguiente y subieron a la pagoda. La mayor parte de la escalera estaba en buenas condiciones; el ogro sólo había destruido la parte superior de la misma. Con otra escalera pudieron llegar arriba y el hermano hizo bajar a su hermana y la llevó de regreso a casa sin problemas.

Desde entonces se acabó la aparición.

30. *El ogro que volaba*

En Sianfu vivió un viejo monje budista al que le gustaba pasearse por los parajes desiertos. En sus paseos llegó al Kuku-Nor. Allí vio un árbol seco que medía cien pies de altura y que tenía una anchura de varias brazas. Por dentro estaba hueco y se podía ver la luz del cielo que entraba por la parte superior.

Había continuado andando durante algunas millas cuando vio a lo lejos a una muchacha vestida de rojo con los pies descalzos y el busto descubierto. Corría con los cabellos sueltos e iba tan rápida como el viento. Al instante llegó a donde él se encontraba.

«¡Ten piedad de mí y sálvame la vida!», le dijo ella.

Cuando el monje le preguntó lo que ocurría, ella le respondió: «Hay un hombre que me viene persiguiendo. Dile que no me has visto y yo te estaré agradecida toda la vida».

Después de decirle esto, se fue corriendo al árbol y se metió dentro de él.

El monje avanzó otro trecho. Entonces se encontró con un hombre que montaba en un caballo que llevaba una armadura. Vestía una túnica de oro. A la espalda llevaba un arco y en

el costado una espada. El caballo corría como un rayo y a cada paso avanzaba dos millas. No había diferencia alguna entre correr sobre el suelo o volar en el viento.

«¿Has visto a la muchacha de la falda roja?», le preguntó el desconocido. Y, al decirle el monje que no había visto nada, le siguió preguntando: «¡Bonzo, no puedes mentir!, esa muchacha no es humana, es un ogro volador. Hay cientos de tipos de ogros y todos hacen mal al hombre. He vencido a un gran número de ellos y pronto habré terminado con todos, pero ésta es la peor. Hoy por la noche he recibido tres veces la orden divina, así que he sido nombrado por el cielo. Somos ochocientos los que hemos salido en todas direcciones a capturar a esa diablesa. Si no dices la verdad, monje, pecas contra el cielo».

El monje ya no se atrevió a mentirle y señaló hacia el alto árbol. El enviado del cielo saltó del caballo, entró en el árbol y la buscó. Luego volvió a montar en el caballo, que lo condujo a la abertura superior. El monje miró hacia arriba, entonces vio aparecer en la parte superior del árbol un rayito rojo. El enviado del cielo lo persiguió. Subieron a las nubes y se perdieron de vista. Tras un momento cayó una lluvia de sangre. El ogro había sido alcanzado por una flecha o capturado.

El monje contó en una ocasión esta historia a los sabios, los cuales la pusieron por escrito.

31. *El arte de los venenos*

Las salvajes dinastías de los Miau y de los Man del sur criaban con regularidad serpientes venenosas, escorpiones y ciempiés, y eran entendidos en preparar un veneno que procedía de

estos animales. El arte se heredaba de generación en generación y se utilizaba para dañar a la gente de otros países. Este arte se conoce bajo el nombre de inyectar veneno. Esconden el veneno en las uñas y cuando ofrecen vino o té, vierten rápidamente con el dedo una pequeña cantidad en el vaso, muy poco, como un polvillo. Antes de que el otro pueda darse cuenta, ya tiene el veneno en el cuerpo. El veneno rápido actúa un par de días más tarde; el lento, después de meses o de años. Si el veneno actúa, muere el individuo, o en los mejores casos, sufre graves daños irreparables. El que el veneno actúe lenta o rápidamente depende totalmente de ellos, y ninguno de los que cae en sus manos puede escaparse.

Estos salvajes son ineptos para el cuidado de las tierras y poco dotados para el comercio. Por eso seducen a menudo a los chinos para que hagan esos trabajos por ellos. Les dan a sus hijas por esposas para que se olviden de sus hogares.

Érase una vez un hombre de Cantón que realizaba negocios en aquellas tierras. Se sintió atraído por los ojos de una muchacha Miau y la tomó por esposa. Pero, dado que tenía grandes posesiones en su hogar, con el tiempo lo echó de menos. Quiso ir allí con la muchacha; pero ella no estaba de acuerdo, así que le hizo jurar que iba a volver y fijaron un plazo.

Él le dijo: «Será dentro de tres años».

Ella le dio a beber un vino como despedida y le confió después: «¡No puedes incumplir tu palabra! Te he dado veneno y si no vuelves en el tiempo establecido, morirás. No creas que vas a poder quedarte en casa con tu esposa y con tus hijos indefinidamente!».

El hombre volvió a su hogar. Pasaron dos años y no ocurrió nada malo, así que pensó: «La muchacha de Miau me ha dado drogas inofensivas para que vuelva. ¿Dónde va a encon-

trar un veneno que se pueda llevar varios años en el cuerpo antes de que empiece a actuar?».

Cuando llegó el momento, no cumplió su promesa y se quedó donde estaba.

Un día había bebido y estaba un poco alegre, notó algo rígido que le subía por el esófago y que lo hacía doblarse de las punzadas. Vomitó una cabeza serpiente dorada; sólo la cabeza del reptil salía de su boca, pues el cuerpo de la serpiente seguía dentro de él. Entonces se asustó mucho y se dio cuenta de que el veneno había empezado a actuar. Hizo que engancharan rápidamente los caballos y que lo llevaran de vuelta al país de Miau. Apenas se habían puesto en camino cuando la cabeza de la serpiente desapareció. Al saludar a la muchacha de Miau le confesó su culpa y le pidió perdón. Y ella deshizo la magia. A partir de entonces, el hombre cumplió rigurosamente los plazos cuando viajaba entre Cantón y Miau y no volvió a atreverse a romper su palabra.

Ocurría que el que era envenenado sufriera desarreglos y perdiera el brillo de las pupilas. Si durante siete días tomaba extractos de melocotones, jalea real y otros remedios contra serpientes y venenos, cocidos con vino viejo, y lo bebía con agua alada, podía sanar. Pasado ese tiempo no había salvación posible; por eso, todos los que visitaban el país de Miau se guardaban bien de beber ni una copa de agua.

32. *La magia negra*

La gente salvaje del sudoeste practica numerosos tipos de magia negra. Con frecuencia casan a sus hijas con gente del Rei-

no del Medio. La gente pobre trabaja para ellos y el matrimonio no se consuma.

Éste era el caso de un hijo de familia pobre que fue prometido a la familia de un salvaje. Tuvo que trabajar durante tres años y sólo después le fue prometida la mujer en matrimonio. La boda se celebró y les instalaron en una casita espléndida como habitación de boda. La prometida era guapísima y debía contar dieciocho o diecinueve años. Según la costumbre entró en la habitación con antorchas encendidas, pero cuando el esposo levantó la cortina de la cama y quiso subir a ella, la muchacha había desaparecido y no la encontraron en ninguna parte. Las puertas y las ventanas estaban cerradas como antes y él no sabía adónde se había ido. Así pasó un mes. Durante el día estaba presente y por la noche desaparecía, pero incluso de día no le decía ni una palabra. Entonces el esposo se enfadó.

En la casa también vivía una hermanita pequeña. A menudo iba al patio a jugar. Cuando se le presentó la oportunidad, él le preguntó por primera vez lo que ocurría. Al principio ella no quiso contarle nada pero, con el tiempo, el muchacho consiguió que confiara en él gracias a algunos dulces que le daba, y finalmente le confesó que se trataba de un arte de magia. Si él rociaba las cuatro esquinas de la casa con la sangre de gallinas y perros y le rasgaba de un manotazo el vestido a su esposa, ella no podría escapársele. Hizo lo que la hermanita le había dicho y en cuanto la esposa llegó al amanecer, cerró la puerta y subió a la cama, él se acercó rápidamente y la agarró por las mangas. Ella se encontró en un gran apuro, pero no pudo escaparse.

Entonces la joven le dijo sonriente: «Seguro que esto te lo ha revelado la lengua ligera de mi hermanita. No era por mi voluntad por lo que yo no me convertía en tu esposa, sino por

obedecer a mis padres, a los que no me atrevía a desobedecer; pero, puesto que ha pasado esto, eso quiere decir que hemos sido destinados el uno para el otro por el cielo».

Se convirtieron en esposo y esposa y cada día se amaban más. Los padres se enteraron del asunto y lo odiaron por eso en silencio.

Un día su mujer le dijo: «Mañana por la mañana es el cumpleaños de mi madre y tú tienes que ir también a felicitarla. Seguro que nos ofrecerán vino y comida. Puedes beber el vino, pero no se te ocurra probar la comida. ¡Recuérdalo bien!».

Al día siguiente, la mujer y su marido entraron en la sala y la felicitaron. Ambos padres parecían contentísimos y les esperaban con vino y con dulces. El yerno bebió, pero no comió nada. Los padres políticos lo inducían con palabras agradables y actitudes corteses a que los probara. El yerno no sabía cómo iba a salir del aprieto. Al final pensó que no le deseaban mal alguno y, cuando vio en el plato las gambas frescas y hermosas y los cangrejos, comió un pedacito muy pequeño. Su mujer le lanzó una mirada de censura. Hizo como si estuviera bebido y quiso despedirse.

La suegra le respondió: «Hoy es mi cumpleaños. ¡Tienes que probar la pasta de cumpleaños!». Luego le colocó una gran fuente delante con cintas de pasta que parecían hilos de plata, condimentados con carne grasa y olorosas setas. El esposo no había probado manjares tan deliciosos en los tres años que había permanecido en la casa. El aroma se le metió tentadoramente en la nariz y no pudo evitar coger los palillos. Su mujer le lanzó una mirada torcida; él hizo como que no la veía.

Ella carraspeaba indicándole algo; él hizo como si no oyera nada. Al final le dio una patada por debajo de la mesa, y entonces él se acordó de todo.

Todavía no había comido la mitad y dijo: «¡Estoy lleno!».

Y se marchó con su esposa.

«Éste es un mal asunto —le dijo la mujer—. No me has hecho caso y ahora seguro que vas a morir.»

Él no lo creía hasta que empezó a sentir fuertes dolores en el vientre, que pronto se volvieron insoportables, hasta el punto de caer al suelo sin conocimiento. Su mujer se dio prisa en colgarle con los pies hacia arriba y la cabeza hacia abajo de la viga de la techumbre de la habitación, y colocó un calentador con carbones ardientes bajo su vientre y junto al fuego, justo debajo de su boca, un gran recipiente con agua en el que había vertido aceite de sésamo. Cuando el fuego le había calentado suficientemente el cuerpo, se oyó en su interior un ruido como de un trueno, abrió la boca y empezó a vomitar violentamente. ¡Lo que pudo salir! Había gusanos venenosos mezclados con ciempiés, escuerzos y renacuajos, que cayeron a la vasija con agua. Ella lo desató, lo llevó a la cama y le dio a beber vino con realgar.[1] Él se sintió mejor.

«Lo que has comido creyendo que eran gambas y cangrejos —le dijo su mujer—, eran renacuajos y sapos, y la pasta de cumpleaños eran gusanos venenosos y ciempiés. ¡Pero tienes que seguir teniendo cuidado! Mis padres saben que no has muerto y van a maquinar otros engaños.»

Unos días después, el suegro habló con él: «En el acantilado que hay delante de la cueva crece un gran árbol, en el árbol hay un nido de fénix. Tú todavía eres joven y puedes trepar. ¡Vete inmediatamente allí y tráeme los huevos!».

El marido volvió a su casa y se lo contó a su mujer.

«Coge palos de bambú largos —le dijo ella— y átalos jun-

1. Mineral compuesto por arsénico y azufre utilizado en la farmacopea árabe. *(N. del t.)*

tos. En la parte superior sujeta una hoz. Te voy a dar nueve panes y siete veces siete huevos de gallina. Mételos en una cesta. Cuando llegues allí, verás un nido enorme arriba entre las ramas. No trepes al árbol. ¡Tíralo abajo con la hoz! ¡Luego tira el palo y corre todo lo que puedas! Si aparece un monstruo y te sigue, tírale los panes de tres en tres; al final tira los huevos al suelo y ¡ven tan rápido como puedas a casa!, así podrás salvarte.»

El hombre se lo aprendió bien y se fue. Y, ciertamente, allí estaba el nido del ave, tan grande como un pabellón circular. Él sujetó la hoz al palo y golpeó con todas sus fuerzas para hacerlo caer. Dejó el palo en el suelo, no miró y se puso a correr. De repente oyó el ruido de un trueno que se alzaba sobre su cabeza. Cuando levantó la vista, vio a un enorme dragón que medía muchas brazas de la cola a la cabeza y unos diez pies de envergadura. Sus ojos brillaban como dos antorchas y por la boca echaba llamaradas de fuego; lanzó dos llamaradas buscando hacia el suelo y entonces el hombre se dio prisa en tirar los panes. El dragón los cogió y pasó un rato hasta que se los hubo comido. Pero apenas se había alejado unos pasos de él, cuando el dragón ya lo seguía al vuelo. Volvió a arrojarle los panes, y en cuanto se los hubo comido, vació la cesta y los huevos rodaron por la tierra. El dragón todavía no había calmado su apetito y continuó su venganza, hambriento. Pero en cuanto vio los huevos, dejó de perseguirle, y como los huevos rodaban en todas direcciones, tardó un cierto tiempo en comérselos todos. Mientras tanto, el hombre pudo llegar a casa.

Al entrar en la habitación y ver a su mujer, le dijo sollozando: «Me he escapado por los pelos de no estar en la barriga del gusano. Si esto continúa así, me voy a morir».

«¿De dónde eres?», le preguntó la mujer.

«Mi hogar se encuentra a más de cien millas de aquí, en el Reino del Medio. Mi anciana madre vive todavía. Lo único que me preocupa es que seamos tan pobres.»

La mujer le respondió: «Yo huiré contigo y buscaremos a tu madre. ¡No te apene tu pobreza!».

Con estas palabras cogió todas las perlas y piedras preciosas que estaban a la vista en la casa, las metió en un saco y le dijo al hombre que se las anudara a los riñones. También le dio un paraguas. De noche cerrada treparon al muro por una escalera y se marcharon.

Ella le dijo: «¡Lleva el paraguas a la espalda y corre tan deprisa como puedas! ¡No abras el paraguas ni mires a tu alrededor! Yo te seguiré disfrazada».

Él se dirigió como ella le había dicho hacia el norte y corrió con todas sus fuerzas. Había corrido durante un día y una noche más de cien millas, y ya había traspasado la frontera del país de los salvajes cuando le empezaron a fallar las piernas y sintió hambre. Ante él había una aldea de montaña. Se paró a la entrada de la aldea para descansar, sacó algo de comida de la bolsa y comió. Miró a su alrededor sin ver a su mujer.

Entonces se dijo para sus adentros: «Al final me ha engañado y no viene».

Cuando hubo terminado de comer, bebió un trago de un manantial y siguió andando cansinamente. Cuando llegó la hora más caliente del día, empezó a caer una fuerte y repentina lluvia de montaña. Con las prisas, olvidó lo que su mujer le había dicho y abrió el paraguas para protegerse de la lluvia. La mujer cayó del paraguas, completamente desnuda, al suelo.

Ella lo reprendió: «¡Vuelves a no escucharme! ¡Ahora tenemos problemas!».

Le hizo ir rápidamente a la aldea a comprar un gallo blan-

co, siete tazas negras y media pieza de paño rojo de fibras de ortiga.

«¡No mires el precio!», añadió a gritos.

Fue al pueblo, compró todo y volvió. La mujer rasgó la tela, se hizo una falda con ella y se la puso. Apenas se habían alejado unas millas cuando vieron hacia el sur una nube roja que avanzaba tan rápida como el vuelo de un ave.

«Ésa es mi madre», dijo la mujer.

Al instante ya se encontraba por encima de sus cabezas. La mujer cogió las tazas y las arrojó en su dirección, arrojó las siete, y las siete volvieron a caer. Entonces se oyó llorar y gemir a la madre entre las nubes y volvió a desaparecer.

De nuevo siguieron andando durante cuatro horas. Y oyeron tras de sí un sonido como el que se oye al rasgar la seda, y entonces vieron una nube, negra como la pez, que se acercaba a contraviento.

«¿Qué desgracia, es mi padre! —dijo la mujer—. Es cuestión de vida o muerte. No nos va a dejar escapar. Por amor a ti voy a romper los votos más sagrados.»

Con estas palabras cogió rápidamente el gallo blanco, le cortó la cabeza y la arrojó al aire. Entonces se abrió la nube negra y cayó al borde del camino el cuerpo sin vida del padre, separado de la cabeza. La mujer lloró amargamente y cuando ya no le quedaron más lágrimas, enterraron el cuerpo. Luego se dirigieron ambos al hogar del marido. Allí encontraron a la madre todavía con vida. Cogieron las perlas y las piedras preciosas y las vendieron, se compraron una gran tierra, construyeron una bonita casa y fueron ricos y respetados en todos los alrededores.

33. *La muchacha fiel*

Entre los salvajes del sur hay muchas familias. Están los Hui, los Li, los Yau, los Babesifu y muchos otros. En Kuangsi hay ochenta y tres ramas. Los más fuertes de todos son los Li. Entre ellos existe la costumbre de que cuando una muchacha es apta para conocer varón, se le elige siempre un hombre de paso en la casa. Tras unos meses, el hombre coge la lepra o una urticaria peligrosa y se le echa. Sólo entonces se realiza un verdadero matrimonio con una familia importante de la misma familia. Esto se llama transferir la lepra. Si esto no se hiciera así, la muchacha enfermaría; por eso una muchacha que no ha contagiado la lepra de esta manera, no puede encontrar un verdadero esposo.

Hubo una vez un joven en Kuilin que era de familia rica. Como tenía un maestro que lo vigilaba demasiado estrechamente y un padre que al mismo tiempo lo castigaba, no aguantó más y se escapó de casa. Se perdió y llegó por descuido al país de los salvajes, a los que les pidió de comer. Hubo un anciano que tuvo piedad del joven, lo llevó a su casa y le dio de comer y de beber como a un rey.

Le dijo: «Me parece que no estás acostumbrado a andar por los caminos. Tengo una hija que está deseando tener marido. Te la doy por esposa».

El joven pensó para sus adentros que ya tenía una prometida en casa. Pero como estaba sin comida y tenía frío, dijo a todo que sí. El anciano reunió a todos los de la casa. Se preparó una cámara nupcial y allí condujeron al hombre. La esposa ya estaba allí. Era de un físico hermoso y parecía una muchacha buena.

La noche era tranquila y todo estaba en calma. Ambos se

encontraban sentados tímidamente uno junto a otro y no sabían qué decir. La muchacha se sentó alejada con la cabeza entre las manos y lloraba con un llanto inconsolable y fuerte. El joven estaba cansado del viaje y se durmió enseguida. Al primer canto del gallo se despertó y vio a la muchacha, que seguía sentada aparte.

«Es tarde, la noche es fría —le dijo él—, ¿no quieres echarte y descansar?»

La muchacha se puso colorada de vergüenza y dijo entre lágrimas: «Éste es un mal matrimonio. No debéis tener piedad de mí».

Entonces le contó todo lo que ocurría y añadió: «Cuando os vi tan joven y hermoso, no pude soportar llevaros a la muerte, prefiero morir yo».

Le preguntó también por su nombre y por el lugar en que vivía, todo ello con exactitud. Cuando el día empezaba a despuntar, le dio dinero y le hizo darse prisa en marcharse. Y así es como él volvió a casa.

Unos dos años más tarde, la muchacha cayó enferma de lepra. Los padres se enfadaron y la echaron de casa. La muchacha pensó: «Voy a ver al joven otra vez y después moriré».

Se puso en camino arrastrando su enfermedad. Durante el día mendigaba la comida en pueblos y caseríos, y por la noche buscaba reposo en cuevas y cavernas. Escaló montañas y cruzó ríos. Durante meses se arrastró con el cansancio en el alma. Al final llegó a Kuilin. Buscó la casa del joven, lo llamó por su nombre y pidió verlo. El guardián de la puerta le dijo enfadado que siguiera su camino y ella se desmoronó llorando delante de la puerta.

Cuando el joven había vuelto a casa, se había aplicado duramente a los estudios y ya había aprobado el primer examen. Por entonces los padres habían elegido una fecha favorable

para la boda. Al día siguiente tendría lugar el matrimonio. Los parientes y los conocidos se habían reunido para ayudar con los preparativos de la fiesta. El padre había hecho preparar una comida de fiesta para los invitados.

Cuando el joven se estaba sentando a la mesa, oyó el ruido y las llamadas a la puerta, salió a mirar lo que ocurría y vio a la muchacha con el rostro cubierto de ampollas de pus, que se estaban abriendo, con las pupilas sin brillo, la nariz colgante, los labios distendidos y una voz ronca. La miró asustado sin reconocerla.

La muchacha le dijo: «¿No os acordáis de cuando hace dos años estuvisteis en nuestra casa? Ahora tengo la enfermedad y mis padres me han echado. Ahora que os he visto de nuevo, muero gustosamente».

Entonces los recuerdos del pasado aparecieron de repente y entre sollozos le dijo: «Erais tan bella como una flor y ¡en qué os habéis convertido! De todas formas habéis hecho una buena obra conmigo y os juro que no os abandonaré». Mientras hablaba, cogió a la muchacha de la mano y subió con ella al salón, para que saludara a sus padres y a todos sus conocidos.

Entonces se arrodilló, pidió la palabra y dijo: «Si no hubiera conocido a esta muchacha, hace tiempo que estaría enterrado. La suerte que tenemos hoy es un regalo de ella».

El padre habló generosamente: «¡Que ella también sea la esposa de mi hijo! Cuando mañana tenga lugar la boda, que sea doblemente celebrada. Ambas serán como hermanas y no habrá mujer primera ni mujer segunda».

Todos los amigos y conocidos estuvieron de acuerdo y escanciaron vino para desearle suerte, y todas las conversaciones alrededor de la mesa giraban en torno a la virtud de la muchacha. Ella, sin embargo, se inclinaba profundamente y

decía llorando: «Estoy gravemente enferma y voy a morir hoy o mañana. ¿Cómo voy a poder ser la esposa de este señor y a celebrar un matrimonio con él? Sólo os pido que me preparen una habitación donde pueda morir».

El padre miró disimuladamente a la muchacha y se dio cuenta de que su enfermedad era tan mala que no podía mandarla a la boda, entonces hizo que le prepararan una habitación en el patio de atrás para que pudiera vivir allí. Una sirvienta barrió el suelo, la llevó allí y le extendió mantas y cojines en el suelo.

El cuarto se utilizaba de ordinario como cámara para guardar el vino. En las cuatro paredes y en las esquinas había jarras de vino. La muchacha le preguntó sobre ellas a la sirvienta.

La sirvienta le respondió: «Es un buen vino añejo, si tenéis sed, podéis serviros a voluntad».

Al día siguiente se iba a celebrar la boda, el ruido de los tambores llegaba hasta el cielo. Las flautas y los silbidos ensordecían. La muchacha oía la alegre algarabía y estaba desconsolada. Entonces se acordó del vino, abrió una tinaja para sacar un poco, apareció una serpiente venenosa con el cuerpo cubierto de dibujos en blanco, que se encontraba enrollada en la jarra. La muchacha se echó hacia atrás asustada. No habían cerrado bien la tina y la serpiente se había colado dentro buscando comida y se había emborrachado con el vino.

La muchacha se dijo: «He oído que el veneno de las serpientes mata a los hombres. Mejor es beber el veneno y morir a esperar hasta que la enfermedad termine conmigo».

Cogió vino con una copa y bebió todo lo que pudo. Cayó al suelo sin sentido, se enrolló en sus mantas y se durmió.

A media noche empezó a sudar de forma que las gotas de

sudor le quemaban. Sintió un picor extraño en sus miembros y cuando se frotaba, casi no podía soportarlo. Las pústulas de la lepra empezaron a desaparecer, se formaron costras y cuando se cayeron, salió piel sana. Volvieron a salirle los cabellos y las cejas y antes de que hubiera pasado una semana, el esperpento había vuelto a ser una belleza, exactamente la misma muchacha hermosa que había sido antes de caer enferma.

Cuando se enteraron de la noticia, vinieron todos los de la casa a desearle suerte. El hijo no sabía qué hacer de la alegría, se organizó un nuevo matrimonio y él volvió a contraer matrimonio. Incluso la primera mujer apreciaba a la muchacha. Se amaron como hermanas y desde el principio hasta el fin no hubo ni riñas ni envidia entre ellas. La mujer extranjera dio a luz a tres hijos, todos los cuales desempeñaron altos cargos de honor, y gracias a sus hijos llegó a ser madre del emperador. En todos los alrededores conocían su fama y todos decían: «Es en premio a su virtud».

34. *La piel pintada*

En Taiyüanfu vivió un hombre que se llamaba Wang. Una mañana que había salido, encontró a una muchacha que llevaba un hato al brazo y que andaba sola. Avanzaba a duras penas con sus pequeños pies. Él apresuró el paso y la alcanzó. Era una muchacha preciosa de unos dieciséis años.

Le gustó mucho y por eso le dijo: «¿Adónde vais tan sola a una hora tan temprana?».

La chica le respondió: «Los extraños no pueden hablarse

unos a otros de sus problemas. ¿Por qué os tomáis el trabajo de preguntarme?».

El joven le dijo: «¿Cuál es vuestra pena? Si puedo ayudaros, lo haré con mucho gusto».

La muchacha le respondió tristemente: «Mis padres no tenían dinero. Me vendieron como esclava a un hombre muy rico. Su mujer estaba celosa, por la mañana me regañaba y por la noche me pegaba. No lo aguanté más y me escapé».

«Y ¿adónde os dirigís?»

«La gente que se ha perdido no tiene hogar.»

Entonces el jovencito le propuso: «Mi casa no está lejos de aquí. ¿Queréis tomaros la molestia de ir a ver qué os parece?».

La muchacha estaba muy contenta y aceptó. El joven le cogió el hatillo y se lo llevó a casa.

La chica vio que no había nadie en la habitación y le preguntó: «¿No tenéis esposa?».

«Éste es sólo mi cuarto de estudio», le contestó él.

«El sitio es bueno —le dijo la muchacha—. Si os apiadáis de mí y queréis salvarme la vida, nadie debe saber ni una palabra de que estoy aquí.»

El joven se lo prometió y la escondió en la apartada habitación. Pasaron los días sin que nadie supiera nada de ella. Al final le dio algunas pistas a su mujer. Ella se enfadó al saber que era una esclava de una casa importante y lo empujó para que la echara, pero él no le hizo caso.

Un día que fue al mercado se encontró con un sacerdote que le miró asombrado. Le preguntó con quién se había encontrado. «Con nadie», le contestó.

«No digáis que con nadie —le dijo el sacerdote—, estáis rodeado por un halo de desgracia. ¿Por qué decís que con nadie?»

El joven volvió a mentir con firmeza.

El sacerdote dijo entonces: «¡Es raro encontrar en el mundo a un hombre que va derecho a su muerte y que no quiere entrar en razón!».

El joven se desazonó con estas palabras y la muchacha le parecía un poco sospechosa. Pero luego pensó de otra manera: «A todas las claras es una hermosa muchacha. ¡Qué desgracia va a atraer sobre mí! Creo que el sacerdote ha querido ganarse un dinerillo con la nigromancia».

En éstas llegó a la puerta de su casa. Estaba cerrada por dentro y no se podía entrar. Se preguntó quién podía haberlo hecho y escaló la pared, pero la puerta de la habitación estaba también cerrada. Entonces se puso junto a la ventana y espió lo que ocurría dentro. Vio a un horrible demonio con el rostro verdiazul, cuyos dientes parecían sierras. Había extendido una piel de hombre en la cama y tenía un pincel con pintura en la mano con el que estaba pintando. Cuando hubo terminado, arrojó el pincel, cogió la piel y se la puso como si fuera un vestido, convirtiéndose en la muchacha.

El joven, al ver esta farsa, se marchó asustadísimo y se arrastró a cuatro patas para salir del patio.

Buscó apresuradamente al sacerdote. Nadie sabía adónde había ido. Él siguió su pista a pesar de todo y terminó por encontrarlo en un campo. Se arrojó a sus pies y le rogó que lo salvara.

El sacerdote le dijo: «Vamos a ahuyentarlo. Ese ser también corre un peligro real. Está buscando a alguien que lo sustituya y yo no quiero tener sobre mi conciencia el dañar su vida».

Mientras hablaba le dio un hisopo mágico y le ordenó que lo colgara en la puerta de la habitación. Al despedirse de él, le dio una cita en el templo del Señor Verde.

El joven volvió a su hogar. No se atrevía a ir al cuarto de

estudio, así que durmió en el cuarto de dentro. Colgó el hisopo encantado.

Debía de ser la primera ronda de la noche cuando oyó en la puerta un ruido de cadenas. Él mismo no se atrevió a ir a ver lo que ocurría, y mandó a su mujer. Ella vio a la muchacha que venía, pero cuando vio el hisopo no se atrevió a entrar. Se quedó de pie delante y le rechinaban los dientes. Estuvo así un largo tiempo y luego se marchó.

Un poco más tarde volvió y dijo en tono retador: «El sacerdote quiere asustarme, pero yo no me asusto. Antes me lo como y lo escupo».

Cogió el hisopo y lo rompió. Luego abrió la puerta con fuerza y entró. Se dirigió a la cama del hombre, le rasgó el cuerpo, cogió su corazón y desapareció.

La esposa llamó a la criada. Trajeron luz; pero el hombre ya había muerto. Sangraba a borbotones del pecho. La mujer tuvo miedo y sollozó en voz baja. Al día siguiente envió al hermano de su marido a informar al sacerdote.

El sacerdote estaba encolerizado: «He tenido piedad de ella, y ¡vaya una frescura la de la diablesa!». Mientras lo decía, acompañaba al hermano a la casa. La muchacha había desaparecido. El sacerdote alzó la cabeza y miró en todas direcciones.

«Por suerte aún no se encuentra lejos —dijo—. ¿Quién vive en el patio que está orientado hacia el sur?»

El hermano respondió: «Allí vivo yo».

«Allí es donde se encuentra ahora», dijo el sacerdote.

El hermano se asombró; él no sabía nada del asunto.

El sacerdote preguntó: «¿No ha llegado ningún extraño a vuestra casa?».

«Yo estaba en el templo, había ido a buscaros, no lo sé. Tengo que ir a preguntar.»

Un rato más tarde volvió. «Sí que hay alguien allí. Hoy por la mañana llegó una anciana que buscaba un puesto como criada de nuestros servidores. Se ha quedado con la gente y todavía se encuentra allí.»

«¡Es ella!», le dijo el sacerdote.

Se dirigió allí, cogió una espada de madera, se colocó en el centro del patio y gritó: «¡Hija del diablo, devuélveme mi hisopo!».

La muchacha que se encontraba en la habitación se asustó y se puso pálida. Salió por la puerta con la intención de escaparse. El sacerdote la golpeó. La muchacha cayó y la piel de persona se desprendió resquebrajándose. Se convirtió en un demonio que se retorcía en el suelo gruñendo como un cerdo. El sacerdote le cortó la cabeza con la espada de madera y entonces el monstruo se convirtió en un denso humo que se arremolinaba en compactos torbellinos a nivel del suelo. El sacerdote adelantó una botella en forma de melón, la abrió y la colocó en medio del humo. Éste empezó a moverse en oleadas y al momento había desaparecido en la botella, como cuando se sopla con la boca. El sacerdote volvió a cerrarla y se la metió en el bolsillo. Todos observaban la piel de hombre: las cejas, los ojos, las manos y los pies. Estaba completa y todo estaba claramente imitado. El sacerdote la enrolló, y hacía el mismo ruido que cuando se enrolla una hoja de papel. Luego se la guardó también y se dio la vuelta para marcharse.

La mujer le detuvo en la puerta y entre lágrimas le pidió que devolviera la vida a su esposo. El sacerdote se excusó; eso sobrepasaba sus poderes. La mujer empezó a quejarse con más fuerza, se arrojó al suelo y allí se quedó delante de él.

El sacerdote reflexionó mucho tiempo y luego dijo: «Mis

artes no son lo suficientemente poderosas para despertar a los muertos. Pero existe un hombre que quizá pueda. Si vais a verlo y se lo pedís, seguro que lo conseguiréis». Cuando le preguntaron quién era, respondió: «En el mercado hay un loco que siempre se encuentra entre los excrementos. Podéis intentar conmoverle con vuestras súplicas, pero si se ríe de vos y os hace burla, ¡no os enfurezcáis!».

El cuñado de la mujer ya había visto al loco, así que el sacerdote se despidió.

El cuñado acompañó allí a la mujer. Se encontraron a un mendigo que cantaba en la calle como alguien que se ha vuelto loco. Se le caía el moco de la nariz y estaba tan cubierto de suciedad que no podía uno acercársele. La mujer se arrastró de rodillas hacia él. El mendigo se rio: «¡Cariño!, ¿te gusto?». La mujer le explicó entonces su súplica. El loco empezó a reírse: «Hay hombres suficientes para ti. ¿Por qué vamos a resucitar a uno?». La mujer siguió suplicándole. Entonces él le dijo: «¡Qué gracia, suponer que yo puedo devolver la vida a un muerto! ¿Acaso soy yo el príncipe de los infiernos?». Se enfadó y golpeó a la mujer con un bastón. Ella se aguantó el dolor y se dejó hacer. Poco a poco se juntaba la gente del mercado y estaban todos tan juntos que formaban una muralla. El mendigo carraspeó, se escupió en la mano, se la puso a ella en la boca y le dijo: «¡Cómetelo!». La mujer se puso colorada y pareció como si no pudiera soportarlo, pero acordándose de las palabras del sacerdote, se sobrepuso y se lo tragó. Notó algo duro que le descendía por el esófago como un terrón redondo, que se le quedó en el pecho atascado.

El mendigo empezó a reírse a carcajadas: «Cariño, te gusto de verdad». Dicho esto, se levantó, se marchó y no volvió a preocuparse de ella. Ella le siguió. Se dirigía a un templo. Ella le siguió allí, también dentro del templo, para buscarle. Había

desaparecido. Le buscaron por delante y por detrás. No había huella alguna.

Ella se volvió a casa sin ganas y avergonzada. Tristísima por la horrible muerte de su esposo y arrepentidísima del oprobio que había sufrido para nada, rompió a llorar desconsoladamente, deseando sólo la muerte.

Había que lavar el cadáver del esposo y prepararlo para el entierro. La gente de la casa se mantenía apartada y miraban sin atreverse a entrar. La mujer abrazó el cadáver, puso en orden las vísceras y se echó a llorar. Lloraba tan fuerte que la voz se le atragantaba en el pecho y se ahogaba. De repente sintió que el terrón que estaba en su pecho subió y salió, y antes de que tuviera tiempo para darse la vuelta, había caído en el agujero del pecho del difunto. Asustada, vio entonces que era un corazón humano, que se movía hacia delante y hacia atrás en el pecho. La respiración de la vida surgió como una nube de polvo. Ella estaba asombradísima y cerró con ambas manos la herida del pecho. Tuvo que empujar con todas sus fuerzas. En cuanto dejaba un poco el aire, se escapaba por la rendija. Rasgó su pañuelo de seda y se lo ató alrededor. Cuando tocó con la mano el cadáver, vio que se iba calentando paulatinamente. Lo cubrió con una manta. Cuando volvió a verlo a media noche, respiraba por la nariz; al romper el día había vuelto a la vida. Lo único que dijo es que tenía un recuerdo desdibujado como en los sueños. Sentía también un dolor sordo alrededor del corazón. La herida se había cerrado. Había una cicatriz del tamaño de una moneda. Finalmente sanó del todo.

35. *La secta del loto blanco*

Érase una vez un hombre que pertenecía a la secta del loto blanco. Podía fascinar a la masa con sus artes de nigromancia, y muchos de los que adoraban las artes mágicas le tenían como maestro.

Un día el maestro quiso ausentarse. Colocó en la entrada un bol que estaba recubierto con otro bol y les ordenó a los discípulos que tuvieran cuidado con ella. Además, les advirtió que no abrieran el recipiente y miraran lo que había dentro.

Apenas se había marchado cuando los discípulos levantaron la tapa y vieron que en el recipiente había agua pura. En el agua había un barquito de paja con velas y mástiles como las de verdad. Se asombraron y lo golpearon con el dedo. Entonces se ladeó. Volvieron a colocarlo rápidamente en la posición inicial y cubrieron el recipiente. Pero el mago volvía a estar allí y les reprendió enfadado: «Por qué habéis desobedecido mi orden?».

Los discípulos se pusieron de pie y mintieron.

Pero el mago les dijo: «¡Mi barco se ha ladeado en el mar! ¡No podéis engañarme!».

Otro día encendió en la habitación una vela enorme y les ordenó que la vigilaran para que el viento no la apagara. Era la hora del segundo relevo y el mago no había vuelto todavía. Estaban cansados y tenían sueño, así que se fueron a la cama y se quedaron dormidos. Cuando se despertaron, la vela se había apagado. Se levantaron rápidamente y volvieron a encenderla, pero el mago volvió a entrar y les reprendió otra vez.

«De verdad que no hemos dormido. ¿Cómo ha podido apagarse la vela?»

El mago siguió diciendo muy enfadado: «¡Me habéis dejado durante cincuenta millas en la oscuridad, y seguís diciéndome tonterías!».

Los discípulos tuvieron entonces mucho miedo.

Él practicaba todo tipo de artes negras de las cuales algunas son inenarrables.

Al correr el tiempo sucedió que uno de los discípulos tuvo amores prohibidos con la esclava favorita del mago. Él se dio cuenta, pero se lo calló y no dijo nada. Hizo que el discípulo fuera a alimentar a los cerdos. Apenas había atravesado la pocilga cuando se convirtió en cerdo. El mago hizo llamar al carnicero para que lo matase y vendió la carne. Nadie supo nada del asunto.

El padre del discípulo terminó por ir allí a preguntar por él, dado que hacía mucho tiempo que no había ido a casa. El mago le despidió diciéndole que hacía mucho tiempo que no estaba allí. El padre volvió a su casa y se informó por todos los medios del paradero de su hijo, pero no encontró la más mínima huella. Sólo un compañero que sabía el secreto, se lo contó al padre. El padre llevó al mago ante el juez. Pero éste se temía que el mago se volviera invisible y no se atrevió a apresarle. En lugar de ello informó a sus superiores y pidió mil guerreros armados. Ellos rodearon la casa del mago. Él estaba dentro y le cogieron con la mujer y el hijo. Le encerraron en una jaula de madera y le pasearon por la ciudad.

El camino pasaba por una montaña. En medio de la montaña apareció un gigante, que era tan alto como un árbol. Tenía los ojos como tazones, la boca como una ensaladera y los dientes medían un pie de largo. Los guerreros se pararon temblando y no se atrevían a moverse. El mago dijo: «Éste es el espíritu de la montaña, mi mujer puede derrotarle».

Hicieron lo que había dicho y liberaron a la mujer de sus

ataduras. La mujer cogió una espada y se enfrentó a él. Pero el gigante era un salvaje y la venció completamente. Todos sintieron entonces más miedo.

El mago les dijo: «Si ha matado a mi mujer, mi hijo tiene que seguir con la obra».

Entonces dejaron al hijo libre. Pero también él fue vencido. Ninguno sabía qué hacer.

El mago lloró de rabia y dijo: «Primero ha matado a mi esposa y ahora a mi hijo. ¡Que el cielo le devuelva la misma moneda! Nadie puede vencerlo más que yo».

Y le sacaron de la jaula, le dieron una espada y le hicieron enfrentarse a él. El mago y el gigante lucharon durante un rato. Al final, el gigante cogió al mago, le agarró de la garganta, estiró el cuello y se lo tragó; luego se marchó tranquilamente.

Pero los soldados se dieron cuenta demasiado tarde del engaño del mago.

III. Cuentos artísticos

36. *El marido despiadado*

Hangtschou fue antiguamente la capital de la China del sur. Por allí había muchos mendigos. Los mendigos tenían la costumbre de elegir un representante que se ocupaba, ante el gobierno, de los que ejercían la mendicidad, pero tenía que vigilar que los mendigos no molestasen a los habitantes de la ciudad. Recibía de cada mendigo la décima parte de lo que sacaba. Cuando llovía y nevaba y no se podía salir a mendigar, tenía que ocuparse de que los mendigos tuvieran algo que comer, también se responsabilizaba de los preparativos de bodas y de entierros. Los mendigos le obedecían siempre.

En Hangtschou había también uno de estos príncipes de mendigos que se llamaba Gin, y en cuya familia se había heredado el cargo desde hacía ya siete generaciones. Los peniques que recibían de la mendicidad, los prestaban con intereses. De esta manera vivieron con comodidad y llegaron a ser ricos.

El viejo mendigo había perdido a su mujer a los cincuenta años y tenía un único descendiente. Era una muchacha que se llamaba Hijita de Oro. Tenía un rostro hermosísimo y él la quería como si fuera un tesoro. En su juventud había estudia-

do. Sabía escribir, componer poesías y narrar historias; también era experimentada en las labores femeninas; estaba dotada para el canto y la danza y para tocar la flauta y el arpa. El viejo príncipe de los mendigos quería por encima de todo un esposo cultivado para su hija, pero como era el príncipe de los mendigos, las familias acaudaladas lo rechazaron y él no quería nada con las que eran menos importantes. Así es que la muchacha había alcanzado los dieciocho años de edad y todavía no estaba prometida.

Por aquel entonces vivía en Hangtschou, cerca del puente de la Paz, un sabio que se llamaba Mosü. Tenía veinte años y se hacía querer en todas partes por su belleza y por sus dotes. Sus padres habían muerto y era tan pobre que apenas podía vivir. Hacía mucho que la casa y los bienes se habían empeñado o vendido, y él vivía en un templo abandonado y algunos días se acostaba sin haber calmado el hambre.

Un vecino tuvo piedad de él.

«El príncipe de los mendigos tiene una hija que se llama Hijita de Oro —le dijo un día a Mosü—. Es hermosísima, él es rico y tiene dinero y sin hijos varones que hereden. Si tú te casas con esa familia, todos sus bienes serán tuyos. ¿No es eso mejor que morir de hambre siendo un sabio pobre?»

Mosü se encontraba entonces en la mayor necesidad. Al oír estas palabras se alegró muchísimo. Le pidió en ese mismo momento al vecino que hiciera de casamentero para él.

Aquél fue a hablar con el príncipe de los mendigos. El príncipe habló del asunto con Hijita de Oro y como Mosü era de buena familia y además era dotado y culto y no se oponía a formar parte de la familia por su matrimonio, ambos se alegraron mucho de la resolución. Dijeron que estaban de acuerdo y quedaron prometidos.

Así entró Mosü en la familia del mendigo. Mosü se alegraba

de la belleza de su mujer, además tenía suficiente comida y buenos trajes. Se sintió más feliz de lo que había esperado y vivió feliz y en paz con su esposa.

El príncipe de los mendigos y su hija, para los que la baja escala social de la familia había sido durante mucho tiempo una espina clavada en el corazón, animaban a Mosü a estudiar con aplicación, porque esperaban que se hiciera un nombre y que así también la familia participaría de los honores. Le compraban libros viejos y nuevos a los precios más elevados y le daban cada vez más dinero para que se ocupara de importantes negocios. También le pagaron los derechos de examen. Así que su sabiduría iba aumentando de día en día y su fama se extendió por todos los alrededores. Aprobó todos sus exámenes uno tras otro y con veintitrés años fue nombrado oficial del registro civil de la región de Wu We: volvió de la audiencia del emperador montado en un caballo y vestido de fiesta.

Mosü era natural de Hangtschou; así que toda la ciudad supo enseguida que había aprobado los exámenes y la gente se apiñaba a ambos lados de la calle para verle cuando se dirigía a caballo a casa de su suegro. Los viejos y los jóvenes, las mujeres y los niños, se reunían para disfrutar del espectáculo. Un mirón despreocupado gritó: «¡El yerno del viejo mendigo ha obtenido un cargo oficial!».

A Mosü se le subieron los colores de vergüenza al oírlo. Se sentó en su habitación sin decir nada y enfadado. Pero el viejo príncipe de los mendigos estaba tan contento que no se dio cuenta de su malhumor. Hizo preparar una gran comida a la que invitó a todos sus amigos y vecinos. Pero los invitados eran en su mayoría mendigos y pobres. Él quería que Mosü los acompañara en la comida. Mosü se dejó convencer con mucho esfuerzo para salir de la habitación. Cuando vio a los invitados que estaban en la mesa, sucios y harapientos como una

horda de diablos hambrientos, se volvió a encerrar, disgustado. Hijita de Oro, que se dio cuenta de lo contrariado que estaba, intentó de mil maneras volver a ponerle de buen humor, pero fue en vano.

Unos días más tarde, Mosü se puso en camino para ocupar su nuevo puesto acompañado de su esposa y de un séquito. De Hangtschou a Wu We, el viaje se hace por agua, así que cogieron un barco que les llevó hacia Yangtsekiang. El primer día llegaron a una ciudad en la que echaron el ancla. La noche era clara y la luna se reflejaba en el agua. Mosü se sentó en la parte delantera del barco para disfrutar de la luz de la luna. De repente empezó a pensar en el viejo príncipe de los mendigos. Su mujer era ciertamente buena e inteligente; pero cuando le diera hijos, seguirían siendo nietos del mendigo y esta deshonra no había quien se la quitara. Entonces concibió un plan. Llamó a Hijita de Oro para que saliera del camarote a ver la luz de la luna. Ella se acercó a él muy contenta. Los mozos, las sirvientas y la tripulación del barco hacía tiempo que se habían ido a dormir. Él miró en todas direcciones. No se veía a nadie. Hijita de Oro estaba de pie en la parte delantera del barco. No se esperaba nada malo cuando él la empujó al agua. Después se hizo el asustado y empezó a gritar: «¡Mi mujer ha dado un paso en falso y se ha caído al agua!».

Los sirvientes se levantaron rápidamente al oírle e intentaron sacarla del agua.

Pero él dijo: «La corriente ya la ha arrastrado, no trabajéis en vano». Luego ordenó precipitadamente que se continuara el viaje.

Quién iba a pensar que se diera la feliz casualidad de que también entonces el señor Hü, el funcionario de comercio de la provincia, iba a tomar posesión de su puesto y también llegó a aquel sitio. También él estaba sentado con su mujer en el

camarote con la ventana abierta, disfrutando del frescor y de la luz de la luna.

Oyeron a alguien que lloraba en la orilla. Era una muchacha. Se dieron prisa en enviar a gente para que la ayudaran. La subieron a bordo. Era Hijita de Oro.

Cuando cayó al agua, sintió que algo la sujetaba bajo los pies, de forma que no se hundió. La corriente la había arrastrado a la orilla. Subió a rastras. Luego se acordó de que su marido había olvidado su antigua pobreza al alcanzar distinciones. Y aunque no se había ahogado, estaba sola y abandonada y se puso a llorar sin poder evitarlo.

Cuando el señor Hü le preguntó qué le ocurría, ella le contó llorando toda la historia. El señor Hü le levantó el ánimo: «Ahora tienes que dejar de llorar —le dijo—. Si quieres ser mi hija adoptiva, nosotros cuidaremos de ti.» Hijita de Oro asintió, agradecida. La señora Hü ordenó a las criadas que le dieran otras ropas a cambio de las mojadas y que le prepararan un sitio donde dormir. A las sirvientas les ordenaron que la llamaran señorita y que no le dijeran a nadie una palabra del accidente.

Así siguieron el viaje y después de unos días el señor llegó a su lugar de destino. Wu We, donde Mosü era funcionario, pertenecía a su demarcación y también él vino a saludar a su superior. Cuando el señor Hü vio a Mosü, pensó: «¡Qué pena que un hombre tan dotado sea tan duro de corazón!».

Unos meses más tarde, el señor Hü se dirigió a sus subordinados: «Tengo una hija que es bella y buena y me gustaría un yerno que viviera en mi familia. ¿No conocéis a ninguna persona que sea la indicada?».

Todos los subalternos sabían que Mosü era joven y que había perdido a su esposa, así que le recomendaron vivamente.

El señor Hü respondió: «Yo también he pensado en él. Es joven y ha alcanzado rápidamente su puesto; me temo que se haya fijado objetivos más altos y no quiera emparentarse con mi familia».

«Es de familia pobre —le contestaron—, y es vuestro subalterno. Si queréis darle esa alegría, seguro que estará de acuerdo y que no dirá que no al matrimonio.»

«Si todos creéis que es viable —contestó el señor Hü—, haced el favor de ir a ver lo que opina del asunto. Pero no podéis decirle que yo os he enviado.»

Así que fueron a ver a Mosü y le dijeron: «El señor Hü tiene una hija y busca un yerno que entre en su familia».

Mosü, que había estado pensando en cómo revalorizarse a ojos del señor Hü, estuvo encantado y les pidió inmediatamente que hicieran de mediadores en el asunto, prometiéndoles un buen premio si la unión se llevaba a término.

Volvieron e informaron al señor Hü.

Él les dijo: «Me alegro de que ese señor no se avergüence del matrimonio. Pero mi mujer y yo amamos realmente a esa hija, así que casi no podemos decidirnos a dejarla de nuestra mano. El señor Mosü es joven y distinguido y nuestra hija está muy mimada. Si él no la trata bien o luego se arrepiente más tarde y entra en otra familia, mi mujer y yo quedaríamos inconsolables. Por eso hay que aclararlo todo antes y cuando se haya comprometido por escrito le aceptaré en mi familia».

Le transmitieron a Mosü todas estas condiciones y él dijo que estaba de acuerdo en ello. Trajo oro y perlas y seda de colores como regalo de boda. Luego se buscó un día propicio para la boda.

El señor Hü pidió a su mujer que hablara con Hijita de Oro.

«Tu padre —le dijo— tiene piedad de que hayas sido dejada así, por eso te ha buscado un joven culto.»

Pero Hijita de Oro le respondió: «Yo soy de un origen humilde, pero sé lo que hay que hacer. Me casé una vez con Mosü para toda la vida. Aunque él no me quiso, yo no quiero pertenecer a nadie más hasta mi muerte. No estoy preparada para casarme otra vez y para ser infiel».

Después de hablar así, cayeron lágrimas de sus ojos. Cuando la señora Hü vio que su resolución era inamovible, le contó de qué se trataba.

«Tu padre —le dijo— está escandalizado de la falta de amor de Mosü. Aunque lo único que quiere es que volváis a estar juntos, sólo le ha dicho que eres nuestra hijita querida. Por eso Mosü estaba muy contento y dispuesto a casarse. Como la boda se celebra esta noche, tienes que hacer esto y lo otro para que tu justa rabia contra él se enfríe un poco.»

Al oír todo esto, Hijita de Oro se secó las lágrimas y les dio las gracias a sus padrastros. Luego se acicaló para la nueva boda.

Esa noche Mosü vino con campanillas en el sombrero y con un echarpe rojo en el pecho montado sobre un caballo enjaezado y con un gran séquito. Todos sus amigos y conocidos venían con él, para tomar parte en la fiesta.

En la casa del señor Hü todo se había decorado con abigarradas telas y linternas. Mosü bajó del caballo delante de la sala. El señor Hü había preparado un banquete de fiesta y condujo a Mosü y a su esposa a la mesa. Cuando hubieron bebido tres copas, vinieron las esclavas y le rogaron a Mosü que fuera a la habitación interior. Dos esclavas trajeron a la novia cubierta de velos rojos. Tras la llamada del maestro de ceremonias, rindieron ambos homenaje al cielo y a la tierra y luego lo hicieron los padrastros. Más tarde fueron a la habitación de la boda. Había velas de colores encendidas y el banquete estaba servido. Mosü se encontraba en el noveno cielo de lo feliz que era.

Cuando quiso entrar en la habitación, vinieron de ambos lados siete u ocho muchachas que llevaban bastones de bambú en la mano, con los que le golpearon sin piedad. Le quitaron a golpes el sombrero de fiesta que llevaba en la cabeza y luego cayeron los golpes sobre los hombros y la espalda.

Mosü pidió ayuda. Entonces escuchó una dulce voz que decía: «¡No matéis al esposo sin corazón a golpes, traedlo aquí a que me salude!».

Entonces las sirvientas se apartaron del esposo y se apresuraron a ponerse junto a la esposa, a la que quitaban los velos.

Mosü movía la cabeza golpeada y decía: «¿Qué he hecho?...». Pero al abrir los ojos, la única que se encontraba ante él era su esposa ¡Hijita de Oro!

Retrocedió asustado y gritó: «¡Un fantasma, un fantasma!». Pero todas las sirvientas se echaron a reír a carcajadas.

Al final aparecieron el señor Hü y su mujer, y él le dijo: «Mi querido yerno, ten la seguridad de que es mi hijastra, a la cual recogí en mi viaje hacia aquí, y no un fantasma».

Mosü cayó rápidamente de rodillas y dijo: «He pecado, ¡tened piedad de mí!», y no paraba de humillarse.

«Eso no tiene nada que ver conmigo —repuso el señor Hü—. Si nuestra hija quiere entenderse contigo ahora, está todo bien.»

Hijita de Oro le escupió en el rostro y le dijo: «¡Tú, infame sin corazón!, eras pobre y pasabas necesidad. Te acogimos en la familia y te hicimos estudiar, de forma que lograste algo y te hiciste un nombre. Pero en cuanto recibiste el cargo oficial y te respetaron, se cambió tu amor en odio, olvidaste tus deberes de esposo y me tiraste al río. Por suerte encontré entonces a mi padrastro, que me recogió como si fuera una hija suya. Si no, mi tumba hubiera sido el estómago de los peces. ¡Cómo pue-

des llevar esto sobre tu conciencia! Y ¿cómo voy a estar de acuerdo con mi matrimonio y a vivir otra vez contigo?».

Después de haber dicho esto, empezó a llorar en voz alta y a gritarle a la cara una y otra vez que era un canalla sin corazón.

Mosü se quedó mudo de la vergüenza, postrado de rodillas ante ella y pidiéndole perdón.

Cuando el señor Hü vio que Hijita de Oro había armado suficiente jaleo con los insultos, le ayudó a levantarse y le dijo: «Querido hijo, si reconoces tu culpa, Hijita de Oro irá calmando su rabia. Sois pareja hace tiempo. Pero hoy en mi casa habéis vuelto a contraer matrimonio. Escuchad lo que os digo: Mosü, tú has cargado con una pesada culpa; por eso no tienes que enfadarte por que tu mujer esté un poco enojada, sino tener paciencia con ella. Voy a llamar a mi mujer para que os ayude a hacer las paces».

El señor Hü entró en la casa después de haberles dicho esto y les envió a su mujer, la cual consiguió al final con mucho trabajo que ambos hicieran las paces y que volvieran a unirse en matrimonio.

Se tuvieron respeto y amor, tanto como antes. Todo era felicidad y alegría, y cuando murieron, años más tarde, el señor Hü y su esposa, lloraron por ellos como si fueran sus verdaderos padres.

37. *La bella Giauna*

Érase una vez un descendiente de Confucio cuyo padre tenía un amigo que era funcionario en el sur y que tomó al joven

como secretario. Pero al llegar al lugar en que iba a trabajar, el amigo de su padre había muerto. Se encontró en una situación muy apurada porque no tenía medios para pagar el viaje de vuelta a casa. Por eso buscó alojamiento en el monasterio de Puto, donde copiaba las escrituras sagradas para pagar su manutención.

A unos cien pasos al oeste del monasterio había una casa abandonada. Un día en que había caído una gran nevada, y que el joven Kung había llegado por casualidad a la puerta de la casa, vio a un muchacho bien vestido y de muy buena presencia. Le hizo una reverencia y le pidió que se acercara. Kung era culto y sensible al comportamiento cortés. Al ver que el joven sentía el mismo placer, le tomó simpatía y le siguió al interior de la casa. La casa estaba ricamente decorada. Había cortinas delante de las puertas y en la pared estaban colgados cuadros de buenos maestros antiguos. Sobre la mesa había un libro que tenía por título: *Historia del Anillo de Coral*. Anillo de Coral era el nombre de una cueva.

Hubo una vez un monje de Puto que era cultísimo. Un anciano le había conducido a la cueva. Allí vio una librería con gran cantidad de libros. El anciano dijo: «Ésta es la historia de varias dinastías». En la segunda habitación se encontraba la historia de los primeros pueblos de los hombres. La tercera habitación estaba vigilada por dos perros. El anciano le dijo: «En esta habitación hay tratados de los inmortales sobre cómo han alcanzado la inmortalidad. Los dos perros son dos dragones». El monje ojeó los libros. Todos ellos eran obras de épocas antiquísimas, que él no había visto jamás. Le hubiera gustado quedarse en la vieja cueva; pero el anciano le dijo: «No es posible», y lo hizo sacar por un muchacho. Esta cueva recibía el nombre de Anillo de Coral y estaba descrita en el libro que se encontraba sobre la mesa.

El joven le preguntó a Kung por su nombre y su origen, y él le contó toda su historia. El hombre lo sintió mucho y le aconsejó abrir una escuela.

Kung le replicó con un suspiro: «En los alrededores soy un perfecto desconocido y no tengo a nadie que responda por mí».

El joven le contestó: «Si no os parezco totalmente indigno ni tonto, me gustaría ser vuestro alumno».

El joven Kung estaba contentísimo: «No me atrevo a ser vuestro maestro, pero podemos inclinarnos juntos sobre la sabiduría». Entonces él le preguntó por qué la casa había permanecido inhabitada durante un largo tiempo.

El joven le respondió: «El propietario de la casa se ha marchado de la región. Nosotros procedemos de Schensi y hemos alquilado la casa por algún tiempo. Sólo hace un par de días que nos hemos trasladado aquí».

Ambos hablaron y se gastaron mutuamente bromas, y el joven le invitó a pasar la noche allí. Hizo que un muchachito encendiera un brasero de carbón.

Luego desapareció en la habitación interior; pronto volvió y dijo: «Mi padre está aquí».

Mientras Kung se levantaba, entró un anciano de larga barba blanca y con las cejas también blancas y le dijo a modo de saludo: «Estáis de acuerdo en instruir a mi hijo, os estoy muy agradecido, pero no debéis tratarlo como a un amigo, tenéis que ser exigente con él».

Hizo que trajeran ropa de seda y una gorra de cebellina y también le ofreció medias y zapatos, para que pudiera cambiarse. Le llevaron vino y comida. Los cojines y los manteles, la mesa y las sillas eran de materiales desconocidos para él. El brillo abigarrado de los colores que lo formaban cegaba la vista. Después de haber bebido unos vasos de vino, el anciano

se volvió a retirar y entonces el joven mostró sus composiciones. Todas ellas eran al estilo de las de los viejos maestros y no en octavas modernas.

Cuando le preguntó por qué, el joven le respondió sonriendo: «No me importa nada aprobar los exámenes del Estado».

Volvió a tomar la copa y escanció más vino.

Luego se dirigió al criado: «¡Vete a ver si el viejo señor está ya dormido!; si duerme puedes ir a buscar sin ruido a la pequeña Hiang-Nu».

El criado salió. El joven hizo sonar un estuche bordado. Al momento entró una esclava vestida de rojo y de gran belleza. El joven le hizo cantar «el lamento de los enamorados». Los tonos emocionados hacían fundirse el corazón. Luego se hizo traer otra gran copa de la cual bebieron. Ya era la hora del tercer relevo antes de que fueran a dormir.

Al día siguiente se levantaron pronto y se pusieron a aprender. El joven era extremadamente inteligente. Le bastaba haber leído las cosas en voz baja una vez para aprenderlas de memoria. Al cabo de un mes había hecho notables progresos. Seguían la vieja costumbre de hacerle escribir una composición cada cinco días y, una vez que se la había entregado, bebían juntos. En cada una de estas ocasiones, llamaban a Hiang-Nu.

Pero una noche, cuando el vino ya les había embriagado un poco, Kung miró a Hiang-Nu un poco fijamente. El joven dejó ver sus pensamientos y le dijo: «Todavía no habéis poseído a ninguna mujer. Más pronto o más tarde tendré que pensar en procuraros una bella compañera. Hiang-Nu es la sirvienta de mi anciano padre, por eso no puedo dárosla».

Kung le respondió: «Os agradezco vuestra amabilidad, pero si no es tan bella como Hiang-Nu prefiero no tener ninguna».

El joven se rio: «Si de verdad la encontráis hermosa, es que realmente no tenéis ninguna experiencia —le replicó—. Vuestro deseo es fácil de cumplir.»

Y así transcurrió medio año. Había llegado la época de las lluvias vaporosas. Entonces le salió a Kung un tumor del tamaño de un melocotón en el pecho, y durante la noche le aumentó hasta alcanzar el tamaño de una taza. Impedido por el dolor, permaneció acostado sin poder comer ni dormir. El joven se ocupaba día y noche de cuidarle y también el anciano se informaba de su estado.

El joven dijo: «Esta enfermedad sólo puede curarla mi hermana Giauna. Envía a alguien a buscarla a casa de la abuela». El anciano estuvo de acuerdo y envió a su criado.

Al día siguiente volvió el criado con la noticia: «Giauna está de camino. La tía y la prima A-Sung vienen con ella».

Poco después, el joven hizo entrar a la hermana. Tenía trece o catorce años, era de una belleza que hacía enloquecer y tan delgada como la hierba del prado. En cuanto el enfermo la vio, olvidó todos sus dolores y se le puso la cara valiente.

El joven le dijo a su hermana Giauna: «Éste es mi mejor amigo, al que quiero como si fuera un hermano. ¡Hermanita, te ruego que le cures de su enfermedad!».

La muchacha enrojeció a causa de su timidez; luego se acercó a la cama del enfermo. Mientras le tomaba el pulso, le parecía que desprendía el perfume de las orquídeas.

La muchacha dijo sonriendo: «No me extraña que tenga esta enfermedad. Su corazón late desbocado. La enfermedad es peligrosa, pero no incurable. La sangre coagulada se ha acumulado, si no la sacamos, no se le pasará».

Diciendo estas palabras cogió la ajorca de oro de su brazo y la colocó en la zona dolorida. Con mucha lentitud fue clavándosela y el pus se alzó a más de una pulgada por encima

del brazalete, de modo que todo el pus se quedó dentro del espacio interior de la pulsera. Luego sacó de su cinturón de seda una navaja con un filo tan fino como el papel. Con una mano sostuvo el anillo y con la otra cogió el cuchillo e hizo una ligera incisión en el círculo. Brotó sangre negra que cayó a la cama y a la esterilla. Pero el joven Kung estaba tan encantado con la presencia de la bella Giauna que no sólo no sintió dolor alguno, sino que lo único que experimentó fue dolor por el hecho de que ella fuera a terminar tan pronto y se marchara de su lado. Cortó la carne infectada rápidamente, luego hizo que le trajeran agua y le limpió la herida. Se sacó de la boca una bolita roja y se la puso en la herida. La movió en círculo y él sintió como si el calor del vapor y la llama le hicieran arder. Volvió a moverla y sintió un picor y una contracción; cuando la pasó por tercera vez ya estaba completamente curado.

La muchacha se volvió a meter la bolita en la boca y dijo: «Ahora está bien».

Luego se marchó rápidamente a las habitaciones interiores. El joven Kung se levantó de un salto para ir a darle las gracias.

Ya se había curado de su enfermedad, pero sus pensamientos estaban siempre en los cuentos felices. Dejó de lado los libros y estaba todo el día como alelado. Su amigo, que se había dado cuenta, le dijo: «Hoy puedo por fin encontraros una bella esposa».

Él le preguntó: «¿Quién es?».

«La hija de mi tía, A-Sung. Tiene diecisiete años y no es nada fea.»

«Seguro que no es tan bella como Giauna», pensó Kung.

Luego recitó en silencio los versos de una canción:

A quien la mar una vez contempló,
pareciole superficial el flujo de los ríos.
Cuando se ven pasar las nubes de la montaña Wu,
nada se encuentra que las iguale.

El jovencito sonrió: «Mi hermanita Giauna es todavía demasiado joven —le respondió—. Y además es la única hija de mi padre y a él no le gustaría que se casara con alguien de fuera. Sin embargo, mi prima A-Sung no es fea. Si no me creéis esperad a que vayan ambas a pasear al jardín, entonces podréis observarlas sin ser visto».

Kung se echó bajo la ventana al acecho y efectivamente vio a Giauna, que llevaba a una joven de la mano cuya hermosura era incomparable. Giauna y ella parecían hermanas y sólo la edad las diferenciaba.

El joven Kung estaba encantado y le pidió a su amigo que hiciera de mediador. Él aceptó. Al día siguiente ya vino a dar su enhorabuena y a comunicar la noticia de que todo estaba arreglado. Se erigió un pabellón especial para la joven pareja y allí se celebró el matrimonio. El joven Kung se sentía como si se hubiera casado con un hada y los nuevos esposos se amaron lo indecible.

Un día, el amigo vino excitado a ver a Kung y le dijo: «El propietario de esta casa vuelve y mi padre quiere que volvamos a Schensi. Se acerca la hora de los adioses. ¡Qué triste es todo esto!».

Kung quería irse con ellos, pero su amigo le aconsejó que volviera a su hogar.

Kung apeló a las penalidades; pero el joven le respondió: «¡No tenéis que preocuparos de eso! Yo mismo voy a acompañaros».

Un poco más tarde se presentó el padre con A-Sung y le

regaló cien doblones de oro. Al hacerlo, el joven les cogió a él y a su mujer de la mano y les dijo que cerraran los ojos. Se levantó un viento tormentoso en el aire. Él sólo se dio cuenta de que el viento zumbaba en sus orejas.

Un poco más tarde dijo: «Ya hemos llegado». Abrió los ojos y vio su antiguo hogar. Entonces supo que su amigo no era un ser humano.

Llamó alegremente a la puerta de su antigua casa. Su madre le abrió y, al ver que venía con una joven tan hermosa, se alegró enormemente. Él se dio la vuelta hacia su amigo, pero ya había desaparecido.

A-Sung sirvió a su suegra con gran aplicación, y su belleza y virtud se conocieron a lo largo y a lo ancho del territorio. El joven Kung se convirtió rápidamente en doctor y en el supervisor de prisiones de Schensi. Se llevó consigo a su mujer, pero dejó a la madre en casa porque para ella era un viaje muy largo. A-Sung le dio un hijo.

Kung mientras tanto se hallaba en desacuerdo con un censor itinerante. Se quejaron de él y perdió su cargo. Un día, mientras daba un paseo por los alrededores de la ciudad, se encontró con un jovencito muy hermoso que iba montado en una mula negra. Al fijarse en él, vio que era su antiguo amigo. Se echaron, riendo y llorando, el uno en los brazos del otro y el joven le llevó a un pueblo. En medio de gruesos árboles que daban una espesa sombra, había una casa cuyos pisos llegaban hasta las nubes. A la primera ojeada se veía que era una vivienda rica. Kung pidió noticias de la hermana Giauna y le contestaron que se había casado. Se quedó a pasar la noche y luego se marchó a buscar a su mujer.

Giauna también había llegado entretanto; cogió en brazos al hijito de A-Sung y dijo riendo: «Prima, has mezclado nuestra estirpe con sangre extraña».

Kung la saludó y volvió a darle las gracias por la amabilidad que había tenido al curarle su enfermedad. Ella le contestó sonriendo: «Os habéis convertido en un hombre conocido y la herida hace tiempo que se cerró. ¿Todavía no habéis olvidado el dolor?».

Luego llegó el marido de Giauna y se hicieron las presentaciones. Más tarde se fueron cada uno por su lado.

Un día fue el joven preocupado a ver a Kung: «Hoy nos ha caído encima una gran desgracia —le dijo—. No sé si querréis socorrernos.»

Kung no supo de qué se trataba, pero le ofreció con alegría su ayuda. Entonces el joven les hizo una seña a todos los de la familia y todos se reunieron afuera, delante de la sala.

Luego continuó: «Quiero contaros toda la verdad: somos zorros. Hoy nos aflige el peligro del rayo. Si queréis salvarnos, existe la esperanza de que sigamos con vida; si no es así, coged a vuestro hijo y marchaos para que no os veáis implicados en el peligro».

Pero Kung le juró que quería compartir con ellos la vida y la muerte.

Él le pidió que se quedara guardando la puerta con una espada y le dijo: «Cuando el trueno empiece a enroscarse, quédate quieto».

Repentinamente se alzaron oscuras nubes en el cielo y el cielo se cubrió como si fuera a caer la noche. Él dio un vistazo; todos los edificios habían desaparecido y detrás de él vio sólo una colina en la que había una gran caverna cuyas dimensiones se perdían en la oscuridad. El trueno le sorprendió en medio de su pánico. Cayó una gran lluvia a riadas y un viento de tormenta se levantó desgarrando de raíz gruesos árboles. Se le iba la vista y se le ensordecían los oídos, pero mantuvo la espada en la mano y se quedó sin moverse como si fuera una

roca. De repente vio en medio del humo negro y del brillo de los relámpagos a un monstruo con un pico afilado y largas garras llevando un cuerpo humano. Cuando prestó mayor atención, reconoció a Giauna por la ropa. Saltó hacia él y le golpeó con la espada. Al momento cayó el cuerpo a tierra. Un fuerte trueno hizo retumbar el suelo y Kung cayó derribado muerto.

Después volvió a aclararse y volvió a brillar el sol.

Giauna volvió en sí y, al ver a Kung muerto a su lado, se puso a sollozar diciendo: «Ha muerto por culpa mía. ¡Cómo voy a seguir viviendo!».

A-Sung vino también y entre ambas le llevaron a la cueva. Giauna hizo que A-Sung le sostuviera la cabeza y que su hermano le abriera la boca. Ella misma le agarró la barbilla y le colocó en la lengua su bola roja. Luego presionó los labios de él contra los suyos y sopló. La respiración volvió a su garganta con un ruido sordo y en poco tiempo había vuelto en sí.

Toda la familia estaba de nuevo reunida y nadie había recibido daño. Se recuperaron de sus miedos poco a poco y estaban completamente felices cuando llegó de repente un muchacho con el mensaje de que el marido de Giauna había muerto con el trueno y que toda la casa había sido destruida. Giauna se echó a llorar y los otros intentaron consolarla.

Al final Kung dijo: «No es bueno quedarse para siempre debajo de la tierra. ¿No queréis venir conmigo a mi casa?».

Empaquetaron sus pertenencias y volvieron al hogar. Les dio a su amigo y a su familia un jardín abandonado para que fuera su hogar, que ellos cercaron cuidadosamente. Sólo se abría la cancela cuando Kung y A-Sung venían. Giauna y su hermano jugaban con ellos al ajedrez, bebían vino y conversaban como si fueran miembros de su familia.

El hijito de Kung tenía un rostro un poco picudo, que re-

cordaba a un zorro y cuando iba por la calle, la gente se volvía y le llamaba «Cría de zorro».

38. *Ying Ning o la historia de la bella sonriente*

Wang Dsï Fu de Lo Tiän en Gü Dschou había perdido a su padre siendo un niño. Era muy inteligente y ya con catorce años aprobó su primer examen. Su madre se ocupaba de él con mucho cariño y nunca le dejaba salir solo de casa. Le prometió con una mujer de la familia Siau que murió antes de que se celebrara el matrimonio. Todavía no había ninguna otra candidata propuesta, cuando ocurrió que en la fiesta de las linternas salió con su primo Wu por invitación de éste para poder hablar un poco con él. El primo Wu fue llamado a la salida del pueblo por uno de los servidores de su padre. Y Wang Dsï Fu decidió, con el corazón latiéndole, seguir él solo a esa corriente de nubes compuesta de muchachas alegres que iban en procesión. Delante de él iba una jovencita con su criada. Sus dedos jugaban con una ramita de almendro. Ninguna otra podía parangonarse con su belleza. Hubiera deseado atrapar su linda faz. Él la miró sin pudor, despreocupado de la curiosidad que suscitaba en los otros. Ella huyó riéndose y le dijo a la sirvienta: «Ese señor tiene brillantes ojos de ladrón». Y dejó caer la flor. Él la cogió lleno de melancolía; llegó a casa habiendo perdido el rumbo y muy intranquilo. Allí guardó su flor bajo la almohada y se quedó adormilado.

Desde entonces perdió el sueño y dejó de comer, para gran preocupación de su madre. Ella hacía ofrendas y rezaba por él; pero él adelgazó y perdió fuerzas. Por mucho que el

médico le diera medicinas para curar el mal, él iba a su perdición.

Un día llegó casualmente Wu y la madre le encargó de que investigara lo que ocurría. Cuando Wu llegó al lecho del enfermo se le saltaron las lágrimas. Wu se dirigió a él y le habló con calma hasta que el otro le hubo contado todo el asunto. Wu sonrió: «Tu mente está también muy enferma. Hacer que tu deseo se cumpla no es difícil. Voy a preguntar por ella. Si ha ido a pasear a pie por los alrededores del pueblo es que no es de familia pudiente. Si no está prometida, seguro que podemos arreglarlo todo fácilmente. Por otro lado, creo que con una buena dote seguro que estará de acuerdo con tu voluntad. Ahora piensa en tu salud y el resto, ¡déjalo en mis manos!». Cuando Wang le hubo oído, no pudo por menos que sonreír a pesar de su voluntad. Wu se marchó e informó a la madre. Luego se puso a buscar a aquella muchacha. Pero fue en vano. No encontró huella alguna, por lo que la madre de Wang se puso muy triste y ya no veía solución. Sin embargo, la cara de su hijo había recobrado la serenidad; desde que Wu había hablado con él, incluso podía comer. Un día vino su primo de nuevo y él le preguntó qué había descubierto. Él empezó a contarle mentiras: «Ya la he encontrado. Es la hija de mi tía, así que también es prima tuya. No está prometida, aunque teniendo en cuenta que hay algunos prejuicios contra el matrimonio a causa de la proximidad de parentesco, seguro que sus padres estarán de acuerdo en cuanto se enteren de todas las circunstancias». La alegría le llegó al joven Wang hasta las pupilas y preguntó por la vivienda. Wu, sabiendo como era, le explicó: «Está en la montaña del Sur, a dos millas de aquí». Cuando Wang le hubo jurado que seguiría mejorando, el otro le prometió seguir adelante y después salió.

Wang iba poniéndose cada día más fuerte. Cogió la flor que

tenía debajo de la almohada y la miró. Ya estaba seca, pero seguía intacta. Dejó volar sus pensamientos y jugó con la flor como si ésta fuera la muchacha. Se enfadó porque su primo tardaba mucho en volver a entrar. Envió a un mensajero, pero Wu se había escapado y no volvió. El joven Wang estaba nervioso y no tenía confianza. Luego se tranquilizó pensando que en realidad dos millas no querían decir en absoluto que por eso no estuvieran acostumbrados a recibir a los extraños. Se puso en camino con la flor bajo el brazo.

Nadie supo nada de la decisión; se marchó él solo y no se encontró a nadie a quien hubiera podido preguntarle el camino. Cuando había andado ya dos millas en dirección a la montaña del Sur, se empezaron a amontonar rocas delante de él. La hierba clara se ofrecía refrescante a sus ojos, todo estaba en completa calma, lo único que se oían eran los pájaros que volaban de un sitio a otro. A lo lejos, en las profundidades del valle se veía un pueblecito que se encontraba edificado como si fuera un tupido jardín. Allí se dirigió. No había muchas casas y sin embargo eran verdaderamente bonitas y graciosas con sus techos de paja. Al norte había una casa delante de cuya puerta crecían unos sauces llorones. Los melocotoneros y albaricoqueros, mezclados con finos bambúes, se alzaban por encima de la pared, y los pájaros cantaban y piaban en sus ramas. Subió a un gran peñasco, liso y plano, que se encontraba frente a la puerta para descansar allí. Oyó repentinamente una voz de muchacha tierna y delicada que gritaba un nombre desde lejos y entonces vio a la joven, que iba hacia el oeste llevando una rama de flores de albaricoque en la mano, intentando con esfuerzo ponérsela en la cabeza, que llevaba inclinada. Pero en cuanto vio al muchacho, se paró un poco, y sonriendo se dirigió a la casa, mientras sus dedos jugaban con la ramita. Él pudo darse cuenta de que se trataba precisa-

mente de la muchacha que se había encontrado en la fiesta de las linternas. Su corazón se llenó de alegría, pero no había ningún camino que le condujera hasta ella. En la puerta no había nadie a quien dirigirse, así que estuvo todo el día sentado y andando alrededor hasta la caída de la noche con el corazón alegre y sin pensar en la sed o el hambre. Sólo pudo ver algunas veces a la muchacha, quien le espiaba y se asombraba de que él no se marchara. Una ancianita que se apoyaba en un bastón salió, miró hacia él y le dijo: «¿Dé dónde venís? He oído que estáis esperando ahí fuera desde esta mañana temprano. ¿Qué pensáis hacer? ¿No tenéis hambre?». El joven se puso rápidamente de pie, hizo una reverencia y le contestó: «Quería visitar a unos parientes». Tuvo que repetirlo dos veces para que la vieja, que era dura de oído, le comprendiera; entonces ella le preguntó cómo se apellidaban aquellos importantes parientes. Pero como él no supo decirlo, ella se rio y le invitó a entrar: tendría que dejar la visita para otra ocasión. Él siguió muy contento a la anciana a través de la puerta de entrada y por el camino, que estaba empedrado de cantos blancos y rodeado por tupidos arbustos de flores rojas. Las paredes interiores de la casa eran blancas y estaban tan pulidas como si fueran espejos. A través de la ventana se veían los racimos de flores de un manzano. Todo estaba limpio y era hermoso: cojines, alfombras, mesas y cama. Mientras una sirvienta preparaba la comida por orden de la anciana, él contaba cosas sobre sí y sus parientes. La anciana le preguntó: «¿Vuestro abuelo no se llama Wu?». Cuando le hubo respondido afirmativamente, ella le dio una explicación: «¡Entonces sois sobrino mío! Vuestra madre es mi hermana pequeña. Como en estos años atrás hemos vivido en muy malas relaciones y no había hombre en la casa, se acabó la comunicación entre la familia. Sobrino, habéis crecido tanto que no os he reconocido». Él

repuso: «Precisamente he venido a causa de mi tía y con las prisas he olvidado el nombre». «Me llamo Tsin —le dijo—, y no tengo hijos. Aquí sólo hay una muchachita que nació de una concubina. Su madre ha vuelto a casarse y me la ha dejado para que la eduque. No es nada tonta, pero ha tenido poca formación y no sabe lo que es realmente la vida. Esperad un poco que voy a ir a buscarla, para que os salude.» Entonces se presentó la sirvienta y sirvió la comida. Él comió y después la anciana hizo que fueran a buscar a la muchacha. Pasó mucho tiempo y luego se oyó una risa sofocada afuera. La anciana le gritó: «Ying Ning, tu primo está aquí. ¡Deja de reírte ahí afuera!». La criada la hizo entrar de un empujón. Ella cerraba la boca, pero no podía dejar de reírse. La anciana la miró con ojos llenos de seriedad: «Hay un huésped y tú no dejas de reírte. ¿Qué es esto?». Entonces dejó de reírse. La muchacha avanzó y Wang le hizo una reverencia. La anciana le dijo: «Éste es tu primo. Somos de la misma familia y no nos conocemos todavía. ¡Qué vergüenza!». El joven le preguntó: «¿Qué edad tiene la prima?». La anciana no le oyó, y Ying Ning volvió a echarse a reír de forma que ella no pudiera verla. La anciana dijo: «¡Ya ves que no ha aprendido nada! ¡Ya tiene dieciséis años y se comporta tan tontamente como una niña!». «Entonces es justo un año más joven que yo», contestó el joven. «Entonces tú ya tienes diecisiete años —dijo la anciana—, ¿con quién estás casado?» Él le contestó que todavía no tenía esposa, a lo que ella replicó: «¿Cómo es posible que tú con tu físico y con tu talento no estés prometido? Ying Ning tampoco tiene esposo. Haríais buena pareja. ¡Qué pena que exista el impedimento del parentesco!». El joven no dijo nada, miraba a Ying Ning y no le daba tiempo a mirar a ningún otro sitio. La criada le susurró a Ying Ning al oído: «Sigue teniendo brillantes ojos de ladrón», con lo cual Ying Ning volvió a echarse a

reír. La sirvienta la miró y dijo: «Vamos a ver si los melocotones verdes ya están en flor!». Ying Ning se levantó, manteniendo la manga delante de la boca y se dirigió a la puerta a pasitos cortos.

La anciana hizo que le prepararan la cama al joven y le dijo: «Te quedarás con nosotras todavía un par de días. Si te aburres, el jardincito de detrás de la casa te ofrecerá divertimento y también hay libros para leer».

Al día siguiente, Wang salió al jardín. El césped era como una alfombra y alrededor del camino había gatitos de papel. Había una casita para el jardinero rodeada de una vegetación tupida de flores y de arbustos. Iba dando un paseo tranquilamente entre las flores, cuando oyó sobre su cabeza a una avispa que bajaba desde el árbol. Echó una mirada y vio a Ying Ning que estaba allí sentada y que empezó a reírse. El joven le gritó: «¡Para, te vas a caer!». Pero ella bajó y no podía tenerse en pie de la risa. El joven se sacó la flor de la manga para mostrársela a Ying Ning y le dijo: «La dejaste caer en la fiesta de las linternas; por eso la he guardado». Ella le preguntó: «¿Qué pensaste entonces?». Él le respondió: «Quería mostrarte mi amor, que nunca te olvida de esta forma. Pero ahora los felices presagios se vuelven contra mí». La muchacha le dijo: «¡Eso es una tontería!, cuando te vayas haré que mi sirvienta te haga un ramo con flores del jardín que sea grande de verdad, de forma que no puedas cogerlo». «¡Eres realmente tonta!», le dijo entonces el joven. «A ver, ¿por qué soy tonta?», preguntó la muchacha. «No amo las flores, sino sólo a la que has sostenido en tu mano.» Ning Ying le dijo: «¡El que los parientes se tengan amor se da por supuesto!». Wang repuso: «El amor del que yo hablo no es el amor a la familia, sino el amor entre un hombre y una mujer». «¿Es diferente?» «Por supuesto, el hombre y la mujer pasan juntos la noche.» La muchacha estuvo

reflexionando un largo momento con la cabeza inclinada y luego dijo: «¡Yo no acostumbro a dormir por la noche con otras personas!». Todavía no había terminado de hablar cuando vino la sirvienta; el muchacho se alejó confuso. Hasta más tarde no se volvieron a encontrar en presencia de la madre. Ella les preguntó que dónde habían estado. La muchacha le dijo: «¡Al primo le gustaría dormir conmigo por la noche!». Wang le lanzó una mirada de aviso muy tímidamente, a la cual Ying Ning respondió con una sonrisa y no siguió hablando. Por suerte la anciana no había oído nada.

Había pasado la hora de la comida, cuando llegó la gente que la familia de Wang había enviado con dos asnos. Tras un viaje de locura habían encontrado a su dueño. Wang le rogó a la anciana que permitiera a Ying Ning que volviera con él a visitar a su madre. A él le encantaría conducirla. «Mejor hoy que mañana», fue la respuesta. «Mi intención era que la condujeras a ver a su tía, tiene que conocerla.» Entonces la anciana hizo llamar a Ying Ning, le dijo que empaquetara sus cosas y que se fuera con su primo. Ella se ocupó de la comida para el viaje y luego le dijo a Ying Ning: «La familia de tu tía tiene dinero y puede alimentar sin problemas a uno más. No tienes ninguna necesidad de volver rápidamente a casa. Aprende allí música y buenos modales, para que más tarde puedas servir bien a tus suegros y luego ¡intenta que tu tía te encuentre un buen partido!». Así se despidió de Wang y de Ying Ning.

La madre de Wang se sorprendió mucho de ver a la linda muchacha y le preguntó a su hijo quién era, a lo que él le respondió que era su prima. La madre le dijo entonces: «Lo que el primo Wu te dijo era sólo una mentira. A mí no me queda ninguna hermana, de forma que tampoco puedo tener una sobrina». Pero Ying Ning le dijo: «Yo no soy la hija de la primera mujer. Mi padre se llamaba Tsin. Cuando murió, yo todavía

llevaba pañales, por lo que no sé nada más». La madre le dijo: «Mi hermana estaba casada con un tal Tsin, pero hace mucho que está muerta. ¿Cómo es que de repente está viva?». En ese momento llegó el primo Wu y Yin Ning se metió en la casa al llegar él. Wu preguntó todos los detalles, reflexionó un buen rato y luego preguntó: «¿La muchacha se llama Ying Ning?». Cuando le preguntaron cómo conocía él el nombre, respondió: «No es ningún secreto. Cuando la tía Tsin murió, el tío siguió viviendo un tiempo, hasta que una zorra lo encantó hasta que él terminó por consumirse. Pero la zorra le había dado un hijo que se llamaba Ying Ning, que estaba echado en la cama en pañales y que toda la familia vio. Más tarde se presentó a menudo. Luego se le pidió a un exorcista que hiciera un encantamiento que él hizo en la pared. Entonces la zorra cogió al niño y se marchó. ¡Seguro que es ella!». Cuando siguieron hablando, oyeron en el cuarto de al lado una carcajada. Era la risa de Ying Ning. El primo Wu quería verla y, cuando la madre fue a buscarla, la muchacha temblaba de la risa y no podía ver nada. Sólo cuando la madre le ordenó que entrara, pudo retener la risa. Y, en cuanto hubo saludado a Wu, se dio la vuelta y se volvió a oír en su habitación una carcajada, que sorprendió a todos los habitantes de la casa. Wu salió para ver qué ocurría. Se puso a buscar el pueblo y la tumba de la tía Tsin; pero no encontró ni el pueblo ni la sepultura. Volvió. La madre se temió que se tratara de un espíritu. Entró en donde ella estaba y le contó la historia de Wu. Ying Ning no se asustó nada; tampoco estaba intranquila por no tener ahora hogar alguno. Y seguía riéndose llena de alegría.

Cada día iba temprano a la cama de la madre a saludarla. Era diestra en todas las labores, pero siempre estaba preparada para echarse a reír, y, aunque se lo prohibieran, no podía remediarlo. Su risa era bonita; tenía una risa maravillosa, no le

hacía ningún daño a su donaire. Por eso cualquiera le tenía simpatía y en la vecindad las jóvenes y las muchachas se peleaban por qué las visitara. Así que la madre eligió un día que fuera favorable para celebrar la boda. Pero como se temía que fuera de todas formas un espíritu, la espiaba cuando estaba al sol. Pero la sombra no era por ello más tenue, era igual que de costumbre. Llegó el día de la boda. Ella se había puesto un traje maravilloso y estaba preparada para la ceremonia de la confianza. Pero en cuanto empezó la ceremonia, ella volvió a echarse a reír y no podía hacer de ninguna forma las reverencias, así que hubo que acortar la fiesta.

Cada vez que la madre estaba turbada o muy enfadada, ella venía y se echaba a reír expulsando el mal humor. Si las criadas habían hecho algo y temían que las pegara, iban a verla a ella y le pedían que hablara en su favor a la suegra y así no les ocurría nada. Ella tenía un gran amor por las flores, en realidad era una pasión. Preguntaba por todas partes en la vecindad por ellas; y llegaba incluso a ceder sus alfileres de oro para poder comprar las más bellas. Unos meses más tarde había flores por todas partes, los paseos del jardín y los escalones, de forma que no quedaba ningún sitio libre de flores. Un rosal trepador de gran vivacidad se encontraba en la parte posterior de la casa, en el muro que separaba el jardín del vecino. A menudo subía Ying Ning a él para coger flores con que adornarse los cabellos. Un día vio al hijo del vecino, que la miraba sin apartar los ojos de ella. Ella no bajó la cabeza; se rio. El vecino pensó que ella estaba de acuerdo y todavía concibió más esperanzas. Ella le indicó un lugar bajo el muro y bajó; el vecino pensaba que se habían dado cita y al anochecer se dirigió muy contento a aquel lugar. La vio y sintiéndose muy feliz, fue a su encuentro; pero se apartó con un fuerte grito: no era Ying Ning; se trataba simplemente de la forma de un árbol podrido,

y un escorpión que había en un agujero de una rama le picó. El viejo vecino se presentó con su mujer y le preguntaron lo que había ocurrido. Él les contó toda la historia, pero se murió aquella misma noche. La vecindad se quejó entonces a Wang porque él practicaba con Ying Ning el arte de la brujería. Pero el oficial sabía que Wang era un verdadero sabio. Por eso tomó la queja de su vecino por maledicencia y como castigo le hizo azotar. Pero cuando Wang intercedió por él, le dejó que se marchara. La madre de Wang habló con Ying Ning: «¡Tú y tu descaro! Ya sabía yo que la soberbia no trae nada bueno. El juez es un hombre esclarecido, por eso no nos ha castigado. Pero si hubiera sido un tonto, seguro que hubiera llevado al tribunal público a la mujer y al hijo. ¿Con qué cara se hubiera presentado mi hijo entonces ante la familia?». Entonces Ying Ning la miró muy seriamente y no se volvió a reír. La madre le dijo que no tenía que dejar de reír para siempre, sólo cuando no hubiera una causa para reírse; pero Ying Ning no se volvió a reír, incluso cuando intentaban hacerla reír. A pesar de todo no se dejó abatir.

Un día que estaba sentada enfrente de su marido, empezaron a caérsele las lágrimas. A la pregunta de qué le ocurría le contestó ella con voz apagada: «Cuando pienso que hace tan poco tiempo que vivo contigo, creo que no debería decírtelo, porque podría asustarte o parecerte un impedimento. Pero viendo que vosotros dos, tú y tu madre me queréis tanto sin reservas, espero que no te importe que hable francamente contigo. Es verdad que soy la hija de una zorra. Al morir mi madre me confió el espíritu de la mujer difunta de mi padre, gracias a la cual hoy me encuentro aquí. Mi anciana madrastra está perdida en las montañas y nadie ha reunido sus miembros, de forma que no puede descansar en paz. ¡Si tú no tienes miedo al trabajo, calma sus penas!». Wang estuvo de acuerdo

y fueron a buscar un ataúd. Encontraron realmente el cuerpo y lo enterraron en la tumba familiar.

Desde entonces, el matrimonio iba siempre en primavera el día de los difuntos a la tumba de la familia Tsin y hacían ofrendas y se ocupaban de que nada faltara en la sepultura. Al año siguiente, la joven dio a luz un hijo que no sentía miedo alguno de los extraños y que siempre se estaba riendo, incluso cuando le tenían en brazos. Eso lo había heredado de su madre.

Cuando se considera la risa descarada y soberbia de Ying Ning y se piensa bien en la historia que le montó al vecino, parece un ser sin corazón. Pero por la forma en que se ocupó del entierro de su madrastra, se puede ver que su verdadero espíritu se escondía tras la risa.

39. *La princesa rana*

En el Yangtsekiang central hay un culto muy ferviente a la princesa rana. Existe un templo en el que hay miles y miles de ranas, muchas de un gran tamaño. El que incurre en la cólera del dios, tiene en su casa visiones muy extrañas: las ranas se encaraman en las mesas y en las camas; en los peores casos se suben a las paredes lisas sin caerse. Hay distintos tipos de presagios, pero todos significan que sobre la casa planea la desgracia. Los habitantes se apresuran entonces a sacrificar una res y a llevarla como ofrenda. Así se calma el dios y no ocurre nada más.

En aquellas tierras vivía un niño llamado Siä Kung-Schong. Era inteligente y guapo. Cuando tenía unos seis o siete años se

presentó una sirvienta vestida de verde en su casa. Ella se daba a sí misma el nombre de mensajera del rey de las ranas y dijo que el rey de las ranas quería casar a su hija con el joven Siä. El viejo Siä era un hombre recto y justo y como la cosa no le convencía, rechazó la propuesta argumentando que su hijo era todavía demasiado joven. A pesar de esta negativa no se atrevían a buscar otra prometida para el hijo.

Pasaron unos años y el joven fue creciendo. Le prometieron en matrimonio con una tal señorita Giang.

El rey rana le comunicó: «El joven Siä es mi yerno. ¡Cómo vas a atreverte a probar la fruta prohibida!». Entonces el padre de Giang se asustó y se volvió atrás en su palabra.

El viejo Siä se sentía muy disgustado. Preparó una ofrenda y se dirigió al templo a rezar. Explicó que él se sentía indigno de contraer lazos de parentesco con un dios. Cuando hubo terminado su plegaria, en la carne de la ofrenda y en el vino aparecieron grandes gusanos que pululaban reptando. Los echó y se volvió a casa con la cabeza llena de ideas negras. No supo qué más hacer y dejó que las cosas siguieran su curso.

Un día salió el joven Siä a la calle. Un mensajero se presentó ante él con la embajada del rey de las ranas, en la que le pedía que se presentara urgentemente ante él. No tuvo más remedio que seguir al mensajero. Él le condujo a través de una puerta roja a unas habitaciones magníficas de altos techos. En el salón había un anciano que bien tendría ochenta años. Siä se echó a sus pies en señal de homenaje. El anciano le dijo que se pusiera en pie y le señaló un sitio en la mesa. Enseguida llegaron muchachas y mujeres a toda prisa para ver cómo era. El anciano se volvió hacia ellas y les dijo: «¡Id a la habitación a decir que el novio ha llegado!».

Un par de muchachas se dieron prisa en salir. Un poco más tarde vino una anciana que estaba en la habitación y traía de

la mano a una muchacha de dieciséis años y de una belleza incomparable. El anciano se dirigió al joven y dijo: «Ésta es mi décima hijita. Pensé que vosotros dos estaríais bien juntos, pero tu padre nos ha rechazado porque somos de dos razas distintas. El matrimonio es un asunto que es importante durante toda la vida. Los padres sólo tienen que estar de acuerdo en un cincuenta por ciento de la decisión; al final la mayor responsabilidad recae en ti».

Siä mantuvo la vista en la muchacha y ella conquistó su amor en el corazón. Él se sentó sin decir nada. El anciano le dijo: «Lo sabía, el joven señor está de acuerdo. Idos, os traeremos a la novia».

Siä dijo que sí y se apresuró a decírselo a su padre. El padre estaba tan enfadado que estaba como loco. Le dio un pretexto y quería enviarle a que la rechazara dándole las gracias, pero Siä no quería ir. Mientras estaban con las idas y venidas ya había llegado el coche de la novia delante de la puerta. Una multitud de ranas verdes lo rodeaba y la señorita entró y se inclinó cortésmente ante los suegros. Cuando ellos la vieron se alegraron y por la noche se celebró la fiesta de la boda.

La nueva pareja vivió en paz y concordia. Y desde la boda los suegros reales se acercaban con frecuencia a su casa. Si los trajes que llevaban eran rojos, había una buena noticia; si eran blancos es que iba a haber una ganancia segura. Y así la familia fue prosperando con el tiempo.

Pero desde que habían emparentado con los dioses, las ranas pululaban por las habitaciones, por los patios, por todas partes, y nadie se atrevía a hacer nada. El único joven y despreocupado era Siä Kung-Schong. Si estaba de buen humor, no se preocupaba por las ranas, pero si estaba de mal humor, no tenía ninguna piedad y las mataba intencionadamente.

La joven esposa era en general respetuosa y discreta, pero podía enfadarse fácilmente. No estaba de acuerdo con lo que hacía su marido. Pero Siä no le daba el gusto de dejar de ser tan primitivo. Entonces ella le reprobó su actitud y él se enfadó.

«Tú te has creído —le dijo— que porque tus padres pueden atraer la desgracia sobre los hombres, ¿va un hombre justo a tener miedo de las ranas?»

La mujer evitaba miedosamente pronunciar la palabra «rana»; por eso se enfadó al oírle y le contestó: «Desde que vivo en vuestra casa, vuestros campos han producido más y se ha conseguido un mayor precio de compra. Eso no es poco. Pero ahora que en vuestra casa el joven y el viejo se sientan mano sobre mano y que han comido, haces como la joven lechuza que le saca a su madre los ojos cuando empieza a tomar alas».

Siä se enfadó todavía más y continuó diciendo: «Hace mucho que esos dones me parecen malos y le tengo antipatía. Yo no puedo llevar sobre mi conciencia el hecho de transmitir esa herencia a los hijos y a los nietos. Sería mejor que nos separásemos inmediatamente».

Así echó a su mujer, y antes de que sus padres se hubieran enterado, ella ya se había marchado. Sus padres le rogaron y le dijeron insistentemente que fuera a buscarla, pero él, que todavía estaba enfadado, no quiso ceder.

Esa misma noche se pusieron la madre y el hijo enfermos. Estaban agotados y no comieron nada. El padre se dirigió al templo lleno de preocupación para rogar perdón. Rezó con tanta devoción que tres días más tarde los enfermos volvían a estar curados. Y la princesa rana también volvió y ambos vivieron felices y en armonía como anteriormente.

La joven estaba todo el día allí, dedicada sólo a su limpieza

y a maquillarse, y no se ocupaba de las labores femeninas. De modo que la madre de Siä Kung-Schong se tenía que encargar siempre de la ropa de su hijo.

Un día que la madre estaba enfadada dijo: «Mi hijo tiene mujer y sin embargo yo me hago cargo de todo el trabajo. Entre nosotros es la nuera la que sirve a la suegra».

La princesa la oyó por casualidad. Entró enfadada y empezó a decir: «¿Acaso me he olvidado alguna vez, como es costumbre, de ir a ver cómo os encontrabais por la mañana o por la noche? Lo que me reprocháis es únicamente que yo me puedo ahorrar todas las cargas duras porque no tengo apego al vil dinero». La madre no le contestó ni una palabra. Lloró calladamente a solas para no tener que avergonzarse.

Su hijo entró a verla y vio las huellas de las lágrimas de su madre. Le obligó a decirle la razón y se enteró de lo que había ocurrido. Furioso, se lo echó en cara a su mujer. Ella argumentaba y no quería reconocer su falta. Al final Siä le dijo: «¡Es mejor no tener mujer alguna que tener una que no procura ninguna alegría a su suegra! Y además, ¿qué puede hacerme la gran rana si yo le hago daño además de enviar la desgracia y tomar mi vida?». Y volvió a repudiar a su mujer.

La princesa dejó la casa y se marchó. Al día siguiente se declaró un incendio en la casa que se extendió a varios edificios. Ardió todo. Ardieron las mesas y ardieron las sillas.

Siä se enfadó y fue al templo a quejarse: «Echar a una hija que no se porta de acuerdo con los deseos de sus suegros, muestra que en la casa no hay ninguna disciplina. Vos la apoyáis encima en sus faltas. Los dioses son tenidos por muy justos. ¿También hay dioses que enseñan a los hombres a temer a su mujer? Además, toda la pelea fue por culpa mía. Mis padres no tienen nada que ver en eso. Yo mismo podría castigarme a pagar por mis actos y palabras. Pero no es eso lo que vos

habéis hecho. Por lo tanto, yo también voy a quemar vuestra casa para darme el placer de la venganza».

Acto seguido se puso a amontonar leña delante del templo, encendió fuego y quería prenderla. Los vecinos se apresuraron hacia allí y le reprendían. Él, entonces, se tragó su rabia y se marchó a casa.

Cuando sus padres se enteraron de ello, se pusieron pálidos del miedo. A pesar de todo, en las horas que siguieron, el dios se les apareció a la gente de un pueblo vecino y les ordenó que volvieran a construir la casa de su consuegro. Cuando se hizo de día, arrastraron allí la madera para la construcción y se apresuraron a ponerse a trabajar. Todos se pusieron a construir una vivienda para Siä. Dijera lo que dijese, ellos no se dejaban apartar de su labor. A lo largo del día vinieron cientos de trabajadores, y un par de días más tarde habían vuelto a construir todas las dependencias; los objetos, cortinas y muebles estaban allí, en el mismo número que antes. Una vez que hubieron terminado el trabajo volvió la princesa. Atravesó el salón y reconoció su error con una gran cantidad de palabras amables y cariñosas. Luego se volvió hacia Siä Kung-Schong y le sonrió. Todos los habitantes de la casa habían trocado el odio en alegría. A partir de aquel momento, la princesa fue especialmente pacífica. Pasaron dos años sin que se dijera una sola palabra más alta que la otra.

La princesa tenía una gran antipatía a las serpientes. En una ocasión, el joven Siä puso una culebrilla en un paquete. Se la dio y le dijo que lo abriera. Ella se puso pálida y le reprendió. Entonces él se tomó también en serio la broma, se enfadó y le dijo cosas malas.

Al final le dijo la princesa: «Esta vez no voy a esperar a que me eches. Se ha terminado todo definitivamente», y salió por la puerta.

El padre de Siä se angustió muchísimo y él mismo golpeó a su hijo con un palo y le rogó al dios que tuviera la bondad de perdonarle. Por suerte no ocurrió nada malo. Todo estaba tranquilo y no se vio signo alguno.

Así pasó casi un año. Siä Kung-Schong echaba mucho de menos a la princesa y se arrepentía sinceramente. En secreto se dirigió al templo del dios y pidió que viniera la princesa. Pero no hubo ni ruido ni respuesta, aunque algo más tarde oyó que la hija del dios se había prometido con otro hombre. Perdió las esperanzas y buscó otro nuevo matrimonio. No encontró sin embargo a nadie que se igualara con la princesa y aumentó todavía más la añoranza que sentía por ella. Se dirigió entonces a la casa de los Yüan, familia a la que se decía que había sido prometida. Ya habían pintado los muros y limpiado el patio de hollín y estaba todo dispuesto para recibir al coche de la novia. El arrepentimiento y la desgana se apoderaron de él. No comió nada y se puso enfermo. Los padres estaban completamente destrozados por la preocupación e incapaces de dar un consejo.

En medio de su letargo sintió que alguien le acariciaba y decía: «¿Cómo le va a este hombre justo que quería siempre echar a su mujer de casa?». Él abrió los ojos y allí estaba la princesa.

Salió de la cama de un salto lleno de alegría y contestó: «¿Cómo es que has vuelto?».

La princesa le contestó: «En realidad, gracias a la forma que tienes de tratar mal a la gente, hubiera debido seguir la orden de mi padre y casarme con otro. Hace mucho que habían llegado los regalos de boda de la familia Yüan a nuestra casa. Pero yo te echaba mucho de menos y no podía sobreponerme. La boda había sido fijada para hoy y a mi padre le parecía una vergüenza devolver los regalos. Yo misma los cogí y los

puse delante de la puerta de entrada de su casa. Cuando volví a mi casa, mi padre vino corriendo hacia mí y me dijo: "¡Maldita ramera que no ha escuchado lo que yo le ordené! Si en el futuro vuelve a irte mal con Siä no voy a ayudarte más. Aunque te maten, no vuelvas a casa"».

A Siä se le caían las lágrimas por su fidelidad. Los sirvientes se apresuraron llenos de alegría a darles la buena nueva a los padres. Cuando éstos lo oyeron, no esperaron a que los jóvenes vinieran a verlos y fueron ellos mismos a las dependencias de su hijo. Les cogieron a ambos por las manos y se echaron a llorar. El joven Siä se había vuelto poco a poco juicioso y dejó de ser petulante. Cada día crecía el amor entre él y su esposa.

La princesa le dijo en una ocasión: «Antes, cuando me tratabas tan mal, yo me temía que no íbamos a seguir juntos hasta la vejez. Por eso no quería traer al mundo un hijo que fuera desgraciado. Pero ahora todo es distinto y voy a darte un hijo».

Y, efectivamente, no mucho más tarde vinieron de nuevo a la casa los divinos suegros vestidos de rojo y a los pocos días daba a luz la princesa. El feliz padre pudo acariciar a dos hijos a la vez.

Desde entonces no se interrumpieron nunca más las idas y venidas del rey de las ranas. Si alguno del pueblo incurría en la cólera del dios, éste intentaba en primer lugar ganarse la clemencia de Siä, y enviaba a la hija y a la esposa vestidas con sus mejores galas a que visitaran a la princesa de las ranas. Si la princesa sonreía, todo iba bien.

La familia Siä tiene una gran descendencia. La gente les llama los hombres rana. Los que viven cerca de ellos no se atreven a llamarlos así, pero los que viven más lejos sí.

40. *Atardecer*

El quinto día del quinto mes se celebra en el Yangtsekiang la fiesta del barco del dragón. Se construye un dragón de madera, se le dibujan las escamas del cuerpo y se pinta con oro y con colores llamativos. El barco se rodea de un tejido rojo y las velas y drizas son de seda y de brocado. La popa del barco recibe el nombre de cola de dragón y se extiende a más de diez pies. Unida a ella por un tejido hay una balsa posada en el agua. En ella hay muchachos que hacen volatines, se ponen con la cabeza hacia abajo y realizan todo tipo de equilibrios. A esa distancia del agua, el riesgo de ahogarse es grande; por eso existe la costumbre de que, si se utiliza a uno de esos muchachos, se les dé con anterioridad dinero a los padres antes de que el joven sufra un accidente. Así, si cae al agua, no hay luego ningún reproche. Más lejos, en el sur, la costumbre cambia un poco y en lugar de muchachos hay bellas cortesanas.

En Dschen-Giang vivió una viuda llamada Dsiang, cuyo hijo se llamaba Aduan. Al cumplir los siete años era de una habilidad tan rara que ningún joven podía igualarle. Con la fama aumentó el precio, así que cuando tenía dieciséis años seguía haciendo contorsiones, pero un día se cayó de la balsa dorada al agua y se ahogó. Era hijo único. Su madre le lloró y eso fue todo.

Pero Aduan no sabía que se había ahogado. Se presentaron a él dos hombres que le guiaron. En el centro de las corrientes de agua vio un nuevo mundo. Miró a su alrededor y vio que rodeando las circunvalaciones de la corriente había una especie de paredes escarpadas. A la vista había un palacio y dentro de él un hombre sentado vestido con armadura y yelmo.

Sus dos acompañantes le dijeron: «Éste es el príncipe de la guarida del dragón», y le hicieron arrodillarse.

El príncipe de la guarida del dragón parecía amable y de buen carácter y le dijo: «Podemos necesitar a un joven tan hábil como tú. Puedes ser el que cierre la danza de los brotes del prado».

Le llevaron a un lugar que estaba rodeado de edificios espaciosos. Entró: una legión de muchachos, todos ellos de unos catorce años, le saludó.

Una anciana se acercó a él y todos gritaron: «¡Ésta es madre Hiä!». Ella se sentó y le hizo mostrar una prueba de sus habilidades. Después le enseñó la danza del trueno volante del río de Tsiän-Tang y la música del reposo del viento del mar de Dung-Ting. Cuando los tambores y los gongs impedían oír otra cosa, volvieron a resonar en todos los patios y después volvió a hacerse el silencio en todos ellos. La madre pensó que Aduan no podría aprenderlo todo de una sola vez, así que le instruyó con mucha paciencia, pero Aduan se lo había aprendido todo rápidamente con una sola vez. La anciana se alegró. «Este chico no tiene nada que envidiar a nuestro Amanecer», dijo.

Al día siguiente, el príncipe de la cueva del dragón ofreció una representación de sus danzas. Cuando todos los grupos de bailarines estuvieron reunidos, el grupo de los ogros empezó el baile. Todos ellos tenían caretas de demonios e iban vestidos con trajes de escamas. Hacían sonar monstruosos gongs y sus timbales medían tanto que hacían falta cuatro hombres para medir su circunferencia. Sonaban como un ejército de truenos poderosos y su ruido no dejaba oír nada más. Cuando empezó la danza, se alzaron poderosas olas hacia arriba, que llegaron casi hasta el cielo, y luego volvieron a caer como estrellas fugaces surcando el aire.

El príncipe de la cueva del dragón les pidió que se dieran

prisa en terminar e hizo llamar al grupo de los ruiseñores. Todos los bailarines eran muchachitas muy bellas de dieciséis años. Tocaban delicadamente la flauta, que al momento hizo que se levantara un suave viento que cubría el ruido de las olas. El agua se fue poniendo tranquila como si se tratara de un mundo de cristal, transparente hasta sus fundaciones. Cuando hubieron terminado, se replegaron y se pusieron en el patio occidental.

Luego vino la danza de las golondrinas. Todas ellas eran niñitas. Detrás de ellas había una muchacha de unos quince años que bailaba con mangas flotantes y ondeantes giros la danza del ofertorio de las flores. De los recodos de la tela del vestido caían por todas partes flores de todos los colores que eran arrastradas por el viento y distribuidas por todo el patio. Cuando la danza hubo terminado, el grupo se dirigió también al patio occidental. Aduan la miró de reojo y en ese momento se enamoró de ella. Preguntó a las bailarinas de su grupo por ella. Ella era Amanecer.

Pero en ese momento llamaron a los de la danza de los brotes del prado. El príncipe de la cueva del dragón quería sobre todo ver cómo era Aduan. Aduan bailó. Siguió la melodía con alegría y aplicación. Encontró el equilibrio entre los momentos bajos y los altos. El príncipe de los dragones estaba encantado con su maestría. Le regaló un traje de cinco colores y un carbunclo engastado en barbillas de oro como adorno de la cabeza. Aduan hizo una reverencia dando las gracias por el regalo y se dio prisa en ir al patio occidental. Allí se encontraban todos los bailarines en grupos formando filas. Aduan sólo pudo lanzar una mirada desde lejos a Amanecer; pero también Amanecer le estaba mirando.

Poco a poco, Aduan se fue colocando al final de su fila y Amanecer también se había acercado, de modo que sólo esta-

ban distanciados por unos pasos. La severidad de las reglas no permitía que se salieran de la fila. Sólo podían mirarse el uno al otro y echar a volar su imaginación.

Acto seguido vino la danza de las mariposas. Los muchachos y las muchachas bailaron juntos. Las parejas estaban formadas por la igualdad de talla, de edad y de vestido. Cuando todos los grupos hubieron bailado, todos entraron en la marisma de los gansos. Las filas del grupo de los brotes del prado seguía al de las golondrinas. Aduan se adelantó a su fila. Amanecer se quedó rezagada de la suya. Ella volvió la cabeza y, al ver a Aduan, dejó caer uno de sus alfileres de coral para el pelo. Aduan lo escondió rápidamente en su manga.

Cuando regresó, enfermó de melancolía. No podía comer ni beber. Madre Hiä traía todo tipo de exquisiteces y venía a verle tres o cuatro veces al día, acariciándole con preocupación amorosa. A pesar de todo, él no mejoraba nada en su enfermedad. La madre se preocupó mucho y no sabía qué hacer.

Dijo: «La fiesta del río Wu está al caer, ¿qué vamos a hacer?».

Al anochecer vino un muchacho, que se sentó en el borde de su cama y se puso a hablar con él. Le dijo que era del grupo de danza de las mariposas y le preguntó con despreocupación: «¿Estás tan enfermo a causa de Amanecer?». Aduan le preguntó asustado por qué sabía él eso. El otro le respondió con una sonrisa: «Pues porque a Amanecer le pasa lo mismo».

Aduan se levantó conmocionado y le pidió ayuda. «¿Puedes andar todavía?», le preguntó el muchacho. «Si lo intento, debería poder», le respondió Aduan.

El muchacho le guio entonces en dirección al sur. Abrió una puerta y después del recodo anduvieron hacia el oeste. Volvieron a traspasar una puerta y él vio un campo de lotos, de una anchura de veinte yugadas. Las flores de loto crecían

sobre la tierra. Las hojas eran tan grandes como felpudos y las flores como sombrillas. Las flores cubrían el suelo bajo el que asomaban los peciolos de un pie de altura. El muchacho le guio allí y le dijo: «¡Ahora esperaré un poco aquí sentado!», y se fue.

Un poco más tarde, una muchacha apartó las flores de loto y entró. Era Amanecer. Se miraron el uno al otro llenos de miedo y de alegría, y se contaron cuánto se echaban de menos. También hablaron de cómo eran antes sus vidas.

Llenaron de piedras las corolas de las flores para que pesaran más y se inclinaran hacia el suelo y formaran un muro protector. Prepararon un suelo con hojas de loto en donde pudieran gozar en secreto de las alegrías del amor. Se prometieron encontrarse cada noche allí después de la puesta del sol y luego se despidieron.

Aduan volvió a su casa y su enfermedad empezó a mejorar. A partir de entonces se encontraron ambos en el campo de los lotos. Unos días más tarde tuvieron que acompañar al príncipe de los dragones a la fiesta del nacimiento del rey del río Wu. Cuando terminó la fiesta, todas las filas volvieron a casa, salvo Amanecer y una muchacha del grupo de los ruiseñores, que se habían quedado con el rey, para enseñar a bailar a las muchachas de su palacio.

Y así fueron pasando los meses y no se sabía nada de Amanecer. Aduan estaba preocupado por las dudas y sentía añoranza. Madre Hiä era la única que iba cada día al palacio del dios del río Wu. Él le dijo que Amanecer era su prima y le rogó encarecidamente que le llevara con ella para poder verla. Él lo llevó consigo y le dejó vivir unos días en el palacio del dios del Río. Pero las reglas eran tan estrictas en el palacio, que Amanecer no pudo verlo ni una sola vez. Él se volvió a casa disgustado.

Volvió a pasar un mes y él, que tenía la cabeza llena de dudas, sólo ansiaba la muerte.

Un día, madre Hiä entró y le dijo con pena que le acompañaba en el sentimiento: «¡Qué pena, le dijo, que Amanecer se haya tirado al río!».

Aduan se asustó muchísimo. Empezaron a llorar sin consuelo. Se rasgó las vestiduras, se guardó el oro y las perlas y se marchó con la única idea en la cabeza de unirse en la muerte a su amada. Vio la corriente del agua que se alzaba como muros ante él y aunque se lanzaba de cabeza a ellos, le rechazaban.

No podía volver porque tenía miedo de que le preguntaran por sus vestiduras de fiesta y que le castigaran duramente por haberlas perdido. Así que se quedó allí de pie sin saber qué hacer, con el sudor cayéndole hasta los talones.

Vio repentinamente un árbol muy alto al pie del muro. Trepó como un mono hasta la copa y luego se lanzó con todas sus fuerzas a las olas.

Y sin haberse mojado, se encontró nadando en el río. Sin esperárselo volvió a ver el mundo de los hombres que surgía ante sus ojos cegados. Nadó hasta la orilla y cuando ganó la orilla del río, pensó en su madre. Cogió un barco y se dirigió a su casa.

Una vez que hubo llegado a su pueblo, las casas que veía a su alrededor le parecía que eran de otro mundo. Al día siguiente entró en la casa de su madre. Oyó a una muchacha que decía bajo la ventana: «Tu hijo ha vuelto». El timbre de la voz se parecía al de Amanecer y, al ponerse al lado de su madre, vio que era realmente ella.

En ese momento, la alegría de las dos personas venció a la pena, pero en el rostro de su madre había dolor y dudas, el miedo y la alegría mezclados de mil maneras.

Cuando Amanecer estaba en el palacio del río, sintió que

su cuerpo se despertaba, pero como había reglas muy estrictas, tuvo miedo de que la castigaran duramente por sus sentimientos. Y como además no había podido ver una vez más a su Aduan, se arrojó a las aguas del río buscando la muerte, pero fue empujada hacia la superficie y se quedó flotando sobre las olas en un balanceo. Un barco que pasaba por allí la recogió. Le preguntaron que de dónde era. Amanecer había sido en tiempos una cantante famosa de Wu que se había caído al agua y de la que no se había encontrado el cadáver, así que ella pensó que no podía volver a su antigua vida y por eso respondió: «La señora Dsiang de Dscheng-Giang es mi suegra». Le alquilaron un barco que la condujera allí. La viuda Dsiang pensó que ella se había equivocado, pero la muchacha insistió en que no era ningún error y le contó a la anciana toda la historia. La viuda la encontró agradable por su encanto, pero se preocupaba de que era muy joven para pasar toda su vida como una viuda. La muchacha era respetuosa y trabajadora y cuando vio que en la casa había pobreza, cogió sus adornos de perlas y los vendió caros. La anciana estaba encantada al ver que la muchacha era tan sincera, pero como ella ya no tenía hijos, se temía que cuando la muchacha diera a luz los vecinos y amigos no quisieran aceptar la historia. Y se lo expuso a la muchacha. Ella le contestó: «Si verdaderamente tenéis un nieto, ¡por qué vais a preocuparos por lo que piensen los demás!». La vieja se calmó con esto.

Pero cuando resultó que Aduan volvió, la muchacha no sabía qué hacer de lo alegre que estaba y también la anciana creyó esperanzadamente que era verdad que su hijo no había muerto. En secreto fue a cavar la tumba de su hijo y allí estaban todos los huesos, así que le preguntó a Aduan. Entonces él tomó conciencia de que era un espíritu separado del cuerpo. Tuvo miedo de que Amanecer, al ver que era un espíritu, pu-

diera tener miedo y por eso le ordenó a su madre que no se lo dijera a nadie más, cosa que ella prometió. Entonces dijo en el pueblo que el cadáver que habían encontrado antaño no era el de su hijo, pero no le abandonaba de todo el miedo, porque los espíritus no pueden concebir hijos.

No mucho tiempo más tarde tuvo a su nieto en brazos. Le miró y no era diferente de otros niños, por eso su alegría fue por primera vez completa.

Con el paso del tiempo, Amanecer fue descubriendo que Aduan no era un hombre. «¿Por qué no me lo dijiste inmediatamente? —le preguntó—. Los espíritus sin cuerpo que se visten con los trajes del palacio del dragón se rodean de una envoltura tan estable que no pueden distinguirse de los hombres vivos. Si uno recibe el limo del cuerno del dragón se pueden pegar los huesos, y la carne y la piel vuelven a crecer. ¡Qué pena no habérnoslo podido procurar cuando estábamos allí!»

Aduan vendió sus perlas. Un comerciante extranjero le pagó un enorme precio por ellas y así la casa se volvió muy rica. En una ocasión en que se celebraba el cumpleaños de su madre, él bailó y cantó con su mujer para alegrarla. Se supo, y la noticia llegó al palacio del rey. El rey quería llevarse a Amanecer a la fuerza. Aduan, preocupado, se presentó al rey y le contó que él y su mujer eran espíritus sin cuerpo. Le hicieron la prueba, y al ver que no tenía sombra le creyeron, y así Amanecer no fue secuestrada.

41. *Margarita*

El padre de Ho Huans había muerto y le había dejado solo en edad temprana. El muchacho tenía una inteligencia excepcio-

nal y estaba bien dotado. Con once años le aceptaron en una escuela selecta como niño superdotado. Su madre le amaba por encima de todas la cosas y no le dejaba salir de casa. Cuando alcanzó la edad de trece años no había visto ni siquiera una vez a todos sus familiares.

En el mismo pueblo vivía un juez de paz que se llamaba Wu, que practicaba las ciencias ocultas. Fue una vez a la montaña y nunca volvió a su casa. Su hija se llamaba Margarita, tenía catorce años y era hermosísima. En su niñez había leído en secreto los libros de su padre y tomado como ejemplo la vida de Ho Siän Gu. Cuando su padre desapareció, se empeñó en permanecer soltera y su madre no podía sacarle esta idea de la cabeza.

Un día, Ho Huans estaba delante de la puerta espiándola. El muchacho, que no tenía ninguna experiencia, sintió que en su corazón crecía un sentimiento fuerte y mal conocido. Se lo contó todo a su madre y le pidió que enviara a alguien a buscar a la muchacha. La madre sabía que eso no era posible; por eso puso reparos. El muchacho se puso triste y se extraviaron sus pensamientos. La madre, preocupada, accedió al deseo de su hijo y envió a alguien a que fuera a visitar a la familia para concertar el matrimonio. Allí decían que no a todo. El muchacho veía ahora a su amada en todo lo que hacía y no sabía qué hacer.

Un día se encontró con un taoísta delante de la puerta. Llevaba una azadita de un pie. El muchacho la cogió en la mano, la observó y le preguntó que para qué servía.

El taoísta repuso sonriente: «Es para cavar las hierbas. Es una herramienta pequeña, pero con ella se pueden romper las piedras más duras».

El chico no se lo creía; entonces el taoísta golpeó con ella un muro de piedra y verdaderamente se vino abajo con el

primer golpe y se rompió. El muchacho estaba maravillado. Tenía el objeto en la mano y no quería devolverlo.

El taoísta le dijo sonriendo: «Como quieres tenerlo, te lo regalo».

El muchacho le ofreció encantado dinero, pero él no cogió nada. El muchacho se metió en casa con la azada. La probó con cantos y con piedras, no había nada que superara su fuerza. Entonces se le ocurrió que podría ver a su amada si hacía un agujero a través del muro. Se lo propuso sin tener malos pensamientos. Trepó rápidamente el muro de su patio y se marchó directo a casa de la amada. Tuvo que atravesar dos muros para llegar al patio interior. En un cuartito se veía todavía luz. Se deslizó de puntillas y se puso a espiar. Margarita estaba dentro vestida con un camisón. Poco después apagó la luz y todo estaba tranquilo y silencioso. Hizo un agujero en la ventana y entró. La muchacha estaba ya profundamente dormida. Poco a poco se quitó los zapatos y se deslizó sin hacer ningún ruido hacia la cama. Tenía miedo de que la muchacha pudiera despertarse y echarle fuera, por eso se arrastró silenciosamente hacia el borde interior de la cama y se echó allí junto a las colchas bordadas. Un suave perfume llegó a él y todas las penas de su corazón desaparecieron. Como había trabajado la mitad de la noche estaba muy cansado. Un rato más tarde, cerró los ojos y se durmió sin darse cuenta. La muchacha se despertó, oyó su respiración, abrió los ojos y vio el agujero en la pared. Se asustó muchísimo. Se levantó rápidamente y despertó a la sirvienta sacudiéndola. Descorrieron el cerrojo y salieron fuera, luego llamaron a la ventana del cuarto anexo donde dormían las otras sirvientas y pidieron ayuda. Vinieron todos, encendieron la luz, armados con palos para ver lo que ocurría. Entonces vieron a un estudiante joven que dormía dulcemente sobre la colcha de la cama. Miraron más

de cerca y entonces vieron que se trataba del joven Ho Huans. Hubo que sacudirle para que se despertara. Se puso de pie. Sus ojos veían como estrellas fugaces y por eso no parecía muy asustado. Todos le trataron como a un ladrón y, en medio del susto, se pusieron a gritarle.

Él se echó a llorar y dijo: «No soy un ladrón. Es sólo que tengo mucho cariño a la señorita y quería estar una vez cerca de ella».

Entonces vieron los agujeros en la pared y le dijeron que un muchacho no era capaz de hacerlos. Entonces sacó la azada y habló de su fuerza maravillosa. También les dejó que la probaran. Ellos se asustaron y se maravillaron de ese regalo de los dioses. Las doncellas querían contarle todo a la madre. La muchacha estaba de pie con la cabeza inclinada, sumergida en profundos pensamientos, y pareció no estar de acuerdo.

Entonces se adelantaron a sus pensamientos y dijeron: «El muchacho es de buena familia y parece no haber tenido ninguna mala intención. Vamos a dejarle que se marche. ¡Seguro que terminará casándose con vos! ¿Qué tal si le decimos a vuestra madre mañana por la mañana que ha entrado un ladrón?».

La muchacha no respondió. Metieron prisa al muchacho para que se marchase; pero él quería que le devolvieran su azada.

Una de las doncellas se la dio sonriendo y le dijo: «¡Un muchacho de ideas fijas!; no olvida su arma del delito».

El muchacho descubrió que junto al cojín había una aguja de pelo y la escondió en su manga sin que le vieran. Una doncella le sorprendió. Él se disculpó precipitadamente. La muchacha no dijo ni una palabra pero no estaba enfadada. Una anciana le golpeó la espalda y le dijo: «¡No tenéis que elegir a un muchacho de ideas fijas! Todavía es joven y aún no tiene madurez».

Después le echaron fuera. Él volvió a pasar por los agujeros y retornó a su casa. No se atrevió a confiarle la historia a su madre y sólo le pidió que enviara a una casamentera. Ella no se atrevió a proponérselo en ese momento, pero quería buscarle otra esposa. Margarita se enteró, se preocupó y envió en secreto a una persona de su confianza a visitar a la madre del escolar para decirle que estaba de acuerdo. La madre, encantada, envió entonces a una casamentera a casa de la familia Wu.

Una doncella joven le había contado a la señora Wu lo que había ocurrido por la noche. A ella le pareció una vergüenza y estaba muy enfadada. Así que en cuanto apareció la casamentera aumentó su enojo. No se avenía a razones e insultaba al estudiante y a su madre. La casamentera se marchó de la casa asustada y contó lo que le había sucedido.

Entonces la madre Ho se enfadó y dijo: «Yo no he oído nada de lo que ha hecho el tonto de mi hijo. ¡Qué es eso de ponerse a insultar! ¿Por qué no les mató a ambos cuando les sorprendió en delito?».

A partir de entonces empezó a contárselo a todos sus familiares y conocidos. Llegó a oídos de la muchacha y ella se sentía morir de vergüenza. Su madre también lo sintió pero no podía hacer nada para arreglarlo. La muchacha hizo llegar en secreto a la madre de su amado amables disculpas y juró no casarse nunca con nadie más. Sus palabras eran tan tristes que la madre se calmó y no volvió a hablar de lo ocurrido, pero tampoco era posible hablar de la futura boda.

En los alrededores apareció un nuevo funcionario, que vio las composiciones del joven y las encontró extraordinarias. Le hizo venir a su presencia y le favoreció de todas las formas posibles. Un día le preguntó si ya estaba casado.

Él dijo que no y cuando el otro le siguió preguntando, el

joven repuso: «En otra época estuve prometido con la hija del difunto juez de paz Wu. Pero más tarde hubo desacuerdos y se rompió la promesa».

«Y tú, ¿sigues queriendo que sea tu esposa?», le preguntó el funcionario.

El joven le respondió afirmativamente poniéndose colorado. Entonces el otro sonrió: «Yo me voy a encargar de ello por ti».

Envió a un mediador con un regalo en oro para la familia. La madre se alegró, se fijó la boda y un año más tarde el joven condujo a la novia a casa de su madre.

La novia cogió la pequeña azada, la arrojó al suelo y dijo: «¡Vamos a destruir este útil de ladrón!». El joven repuso sonriendo: «Nos ha unido; no lo olvidemos». Con cuidado cogió el hacha, y la llevaba siempre consigo.

La doncella era amable, pero silenciosa. Por el día visitaba tres veces a su suegra. El resto del tiempo abría la puerta y se quedaba allí sentada sin moverse. Se ocupaba de las labores de la casa sólo raramente; en las ocasiones en que su suegra estaba ausente por un entierro o de visita para dar una enhorabuena, se ocupaba de que todo estuviera lo más ordenado posible. Después de dos años dio a luz un hijo, pero lo dejó al cuidado del ama sin preocuparse mucho por él.

Volvieron a pasar cuatro o cinco años y entonces habló con su marido: «Hace ocho años que disfrutamos de las alegrías del amor, pero no vamos a olvidarnos de las cosas importantes por las cosas pequeñas».

Él le preguntó asustado qué quería decir eso; pero ella se había sumergido en un profundo silencio. Se puso ropa de fiesta y visitó a su suegra, luego volvió a su habitación. Él la siguió para ver si necesitaba algo. Ella estaba echada sobre la cama con los ojos cerrados y no respiraba. La madre y el

hijo sintieron un profundo dolor. Encargaron un ataúd y la enterraron.

La señora Ho era anciana y frágil. Cada vez que cogía a su nieto en brazos pensaba en su madre y sentía una punzada en el corazón. Se fue poniendo enferma hasta el punto de no poder levantarse y de rechazar los alimentos. Sólo tenía ganas de comer pescado, pero no había peces en los alrededores, hacía falta recorrer cien millas para ir al primer sitio en que los vendían. Todos los sirvientes a los que enviaron volvían sin haber ejecutado la orden. Como el joven respetaba a su madre de verdad, no pudo soportar seguir viendo lo que ocurría. Cogió dinero y se marchó él solo. No se permitió reposo ni de día ni de noche. Por fin llegó a una montaña. El sol ya se había puesto. Cojeando, siguió avanzando paso a paso. Un viejo le alcanzó y le dijo: «Te has herido los pies caminando, ¿verdad?». Él le respondió que sí. El anciano le hizo sentarse en el borde del camino, encendió un fuego, puso polvo en un papel y le ahumó los dos pies. Cuando hubo terminado le dijo que intentara andar. El dolor había desaparecido y él se sintió al momento fortalecido. Le dio las gracias de corazón.

El anciano le preguntó por qué tenía tanta prisa y él le contó la enfermedad de su madre y al final le contó la historia de toda su vida.

«Y ¿por qué no vuelves a casarte?», le preguntó el anciano. «Porque no he vuelto a encontrar una mujer tan buena como ella», le contestó.

El anciano le indicó la dirección en que estaba el pueblo. «Allí vive una belleza. Si quieres venir conmigo yo intercederé por ti».

El joven lo rechazó. Tenía que ir a buscar pescado para la madre, que estaba enferma, y no tenía tiempo. El anciano le estrechó la mano y se puso de acuerdo en que viniera otro día.

Sólo tenía que entrar en el pueblo y preguntar por el viejo Wang. Luego se despidió y se marchó.

El joven volvió a casa, preparó el pescado y se lo dio a su madre para comer. Se mejoró de su enfermedad y un par de días más tarde ya estaba sana. Entonces él cogió un caballo y un mozo y se marchó a buscar al anciano. Cuando llegó al sitio en que había estado anteriormente, no encontró el emplazamiento del pueblo. Con la búsqueda fue pasando el tiempo. La noche cayó poco a poco, los alrededores eran escabrosos y no se podía ver claramente. Él se separó del mozo y subió a una montaña para ver si veía un lugar habitado por hombres. La ladera de la montaña era pedregosa y escarpada, y no se podía seguir a caballo, así que tuvo que subir a pie. Subió la niebla nocturna y por mucho que miraba no veía ningún pueblo. Quiso descender de la montaña, pero no encontraba el camino, y el miedo le hacía arder el corazón como si fuera de fuego. En medio de la trabajosa búsqueda encontró un muro abrupto del acantilado que descendía. Por suerte, unos pies más abajo había una pequeña llanura herbosa en la que podía echarse en caso de necesidad y era justo de la anchura necesaria. Miró hacia abajo y vio ante sí la profundidad negra y sin fondo. Tenía tanto miedo que no se atrevía a moverse. Por suerte, al borde del abismo crecían unos arbolitos que le rodeaban como si fuera una barandilla. Un poco más tarde descubrió bajo sus pies la abertura de una pequeña cueva. La alegría le caldeó el corazón; se metió en ella a cuatro patas. Pensaba descansar un poco y al día siguiente pedir ayuda. De repente vio en las profundidades una lucecita como una estrella. Se dirigió hacia allí. Dos o tres millas más tarde vio de repente edificios. No se veía ninguna vela encendida, y sin embargo había la misma claridad que si fuera de día. Una linda muchacha salió de una casa. Le miró y era Margarita. Cuando

lo vio dijo asustada: «¿Cómo has encontrado el camino que conduce hasta aquí?». El joven no se tomó el tiempo de responder, la agarró por la mano y se puso a llorar con fuerza. La muchacha lo hizo sosegarse y le preguntó por la madre y por su hijo. Él le contó entonces todo su sufrimiento y Margarita también se emocionó.

Él le dijo: «Hace más de un año que has muerto. ¿No estás en el mundo inferior?».

«No —le respondió ella—. Éste es un lugar de bienaventurados. No he muerto de verdad. Lo que enterrasteis no era más que un madero. Ahora has venido aquí y tienes que tomar parte en la bienaventuranza.»

Y así le condujo a ver a su padre. Era un hombre de una larga barba. El joven se adelantó para saludarle y Margarita dijo: «Ha llegado mi marido».

El anciano se alzó asustado, movió la mano y le saludó someramente. Margarita dijo: «Es bueno que haya venido; tenemos que hacer que se quede aquí», pero el joven dijo que su madre le iba a echar de menos y que no podía quedarse mucho tiempo.

El anciano le dijo: «Ya lo sé, pero si llegas unos días más tarde no pasa nada». Entonces le ofreció comida y vino y ordenó a la muchacha que le preparara una cama en el cuarto de al lado. Cuando se marchó, él quería tomar a su mujer. Ella se negó y le dijo: «Éste no es lugar para esos cariños», pero él la cogió del brazo y no volvió a soltarla. A través de la ventana se oía la risa reprimida de la doncella. Margarita se avergonzó todavía más. Mientras se estaban peleando entró el anciano y le dijo: «¡Gusano, si ensucias mi hogar, tendrás que marcharte!».

El joven sintió una vergüenza indecible, pero a pesar de ello repuso: «El amor entre un hombre y una mujer no es re-

chazado por nosotros, los hombres. ¿Quién os manda preocuparos de eso, viejo? A mí no me importa marcharme, pero mi mujer viene conmigo».

El anciano no lo contradijo. Le hizo señas a su hija de que le siguiera y luego le condujo a él a la puerta trasera de la vivienda. Apenas estuvo él delante de la puerta, el padre y la hija la cerraron de un golpe y desaparecieron. Él miró a su alrededor y vio una pared de piedra cortada ante él sin grietas ni incisiones. Estaba allí de pie solo y abandonado, y no sabía adónde ir. Miró al cielo. La luna sesgada brillaba arriba en el cielo y las estrellas ya habían comenzado a palidecer. Permaneció mucho tiempo allí enfadado. Él mismo se daba pena y se echaba las culpas, dio la vuelta al muro y gritó, pero no hubo respuesta alguna. Estaba encolerizado. Sacó el hachita de su cinturón y empezó a cavar un camino. Cavaba y se paraba. En un momento había cavado tres o cuatro pies. Entonces oyó una voz que venía de muy dentro y que le decía: «¡Niño depravado!», y entonces cavó con fuerzas renovadas. En lo más profundo del agujero se abrió una puerta. El viejo empujó a Margarita fuera y dijo: «¡Vete, vete!», y volvió a cerrar la pared de piedra. Ella le dijo enfadada: «Si me quieres como esposa, ¿por qué has tratado así a mi padre? ¿Quién era ese anciano taoísta que te dio ese maldito objeto con el cual tú conduces a la gente a la desesperación?».

Cuando el joven hubo recuperado a su esposa estaba contento y consolado y la dejó hablar. Lo único que le preocupaba era que el camino fuera tan escarpado y la vuelta a casa tan difícil. Margarita rompió dos ramas; cada uno se sentó en una de ellas y se convirtieron en caballos que se echaron a volar. En un momento estuvieron en casa.

El joven había faltado siete días. Cuando se separó del mozo, éste le había buscado por todas partes y luego se había

vuelto a casa y se lo había dicho a la madre. Ella había enviado a gente en todas las direcciones. Habían buscado por todo el valle y la montaña, pero sin encontrar ningún rastro. Ella estaba sin saber qué hacer de la pena y entonces oyó que su hijo había vuelto. Se dirigió a su encuentro felicísima. Y cuando miró hacia él, vio a la mujer. Se hubiera caído desmayada del susto, pero su hijo le contó lo que había sucedido y la madre estuvo contenta de que volviera a estar con ellos.

Margarita tenía miedo de que la gente se pusiera a hablar de su curioso destino, por eso le pidió a la madre que se marcharan a vivir a otro sitio. Ella estuvo de acuerdo y se mudaron. Nadie supo nada del asunto. Vivieron dieciocho años felices y entonces murió la madre.

Margarita le dijo a su marido: «En mi hogar hay un prado en el que vive un faisán que incuba ocho huevos. Vamos a enterrarla allí. Nuestro hijo ya es mayor. No tenemos que volver aquí».

El marido estuvo de acuerdo. Después del entierro enviaron al hijo solo de vuelta, pero cuando un mes más tarde él volvió y preguntó por sus padres, ambos habían desaparecido.

42. *La añoranza*

Yüo Dschung era de Sianfu. El padre había muerto joven. Él había nacido después de la muerte del padre. La madre estaba consagrada a Buda. No comía ningún alimento impuro y no bebía vino. A su hijo, al crecer, le gustaba el vino y las conversaciones alegres. En silencio se oponía a la religión de su madre. Con frecuencia le traía grasa y dulces e intentaba ha-

blarle en la comida, pero la madre le echaba siempre. Más tarde la madre enfermó. Él se ocupó de ella lo mejor posible. Tuvo ganas de comer carne. Al hijo le fue imposible encontrar carne, así que se cortó un trozo de la pierna izquierda y se lo llevó.

Apenas había mejorado un poco de su enfermedad cuando sintió el remordimiento de haber ido en contra de sus promesas. No comió nada más y se murió. El hijo, amargado por el sufrimiento, cogió un cuchillo afilado y se cortó también carne de la pierna derecha, de forma que se veía el hueso. Los sirvientes vinieron en su ayuda. Le vendaron y le dieron medicinas y mejoró. En su corazón, él pensaba en la amarga privación de su madre y en lo insensata que había sido. Por eso quemó todos los retratos de Buda a los que ella rezaba y colocó una tablilla para hacer ofrendas a su madre. Y cada vez que estaba borracho lloraba y se lamentaba allí delante.

A los veinte años se casó, pero como siempre había observado la castidad, al cabo de tres días dijo: «El hecho de vivir como hombre y mujer es malo y no me divierte», y dejó marchar a su mujer.

El padre de su mujer hizo que los parientes fueran a rogarle que volviera a aceptarla tres o cuatro veces. Pero él permaneció incólume. El padre esperó entonces medio año y casó a su hija con otro hombre.

Yüo Dschung vivió soltero unos diez años. No era difícil de contentar para los que le rodeaban. Bebía con muchachos y con jugadores de ajedrez y cuando un vecino le pedía algo, nunca sabía decir que no. Si uno decía: «Mi hija no tiene calderos para su ajuar», se marchaba volando a su hogar y le daba los suyos. Y él cogía uno prestado a la vecindad para cocinar. Todos los pillos sabían cómo era y, tarde o temprano, le engañaban. Una vez, uno había perdido en el juego y no tenía dine-

ro para pagar, entonces vino a verle con la cara descompuesta y se quejaba diciéndole que estaba en gran necesidad y que se veía obligado a vender a su hijo. Yüo Dschung había ahorrado dinero para pagar los impuestos, dio la vuelta a sus bolsillos y se lo dio. No mucho tiempo más tarde vino el recaudador de impuestos a su casa y él tuvo que empezar a empeñar sus bienes. Así fue perdiendo poco a poco todas sus posesiones. Antes, mientras vivía desahogadamente, sus primos y parientes hacían apuestas para poder servirle de ayuda y él no decía nada cuando ocasionalmente se llevaban algún objeto de menaje de su casa. Pero desde que había perdido sus bienes, pocos siguieron siéndole fieles. Por suerte, todas estas cosas no le preocupaban.

Una vez estuvo enfermo el día del aniversario de la muerte de su madre y no pudo ir a la sepultura. Quería enviar a uno de sus primos a que hicieran una ofrenda para ella en su nombre. El criado fue a casa de todos ellos por orden; pero todos tenían una excusa para negarse. Por eso hizo la ofrenda en casa y lloró ante la tablilla que había erigido en su memoria. Eso le hizo darse cuenta de que no tenía ninguna descendencia. A partir de ahí, la enfermedad fue de mal en peor.

Mientras estaba aletargado sintió que alguien le acariciaba. Abrió un poco los ojos y vio a su madre. Asustado, le preguntó por qué había venido.

Ella le contestó: «Como no hay nadie en casa para visitar mi tumba, he venido aquí a comer, y entonces he visto que estabas enfermo».

Ella le preguntó adónde le gustaría irse a vivir. Él respondió: «Al sur, al mar».

Cuando hubo dejado de acariciarle, él sintió que se le enfriaban los miembros, abrió los ojos y miró a su alrededor, pero allí no había nadie. Su enfermedad empezó a mejorar.

Cuando pudo levantarse pensó en hacer una excursión al mar del sur, pero desgraciadamente no tenía con quién viajar. Resultó que en un pueblo vecino se organizaba una peregrinación. Vendió tres yugadas de tierra, cogió el producto de la venta y se agregó al grupo. Los peregrinos le rechazaban porque era impuro. Les pidió encarecidamente que le dejaran ir con ellos. El problema era la habitación en que vivía, que olía a carne de buey, a ajo y otros alimentos impuros. Por eso le detestaban tanto todos. Una vez que estaba borracho, aprovecharon la ocasión y se fueron sin decirle nada, así que tuvo que continuar viajando solo.

Al llegar a la frontera de Fulden, encontró a un conocido con el que bebió un vaso de vino. Allí había también una conocida cantante que se llamaba Copo de Nieve. Cuando él habló de su viaje al mar del sur, Copo de Nieve expresó el deseo de que la dejara unirse a él. Yüo Dschung estaba contento e hizo que fueran a buscar su equipaje. Y así viajaron los dos juntos. Lo compartían todo, aunque se mantenían castos. Cuando llegaron al sur, los peregrinos acababan de terminar sus ofrendas de pureza, y cuando le vieron venir con la cantante le despreciaron y se rieron de él todavía más que antes y le tomaron por demasiado corriente para poder dejarle que realizara con ellos su sagrada tarea.

Yüo Dschung y Copo de Nieve se dieron cuenta de lo que pensaban, así que esperaron hasta que se hubieron marchado a rezar y luego fueron ellos también. Los otros habían terminado la plegaria, estaban descontentos porque no habían visto ningún signo especial. Yüo Dschung y Copo de Nieve pasaron por delante de ellos y se postraron en tierra. De repente vieron que todo el mar se cubría de flores de loto; en las flores había unos seres que llevaban coronas en la cabeza de las cuales colgaban perlas. Copo de Nieve pensó que eran santos. Yüo

Dschung miró con atención y vio que todos los que estaban sentados en las flores de loto tenían los rasgos de su madre. Él corrió apresuradamente tras ellos y gritó: «¡Madre, madre!», y saltó al mar detrás de ellos. La multitud vio que todas las flores de loto se convertían en una puesta de sol que el mar tenía como si fuera brocado. Un poco más tarde, las nubes volvieron a ser mates y las olas transparentes y todo estaba oscuro.

Yüo Dschung estaba solo de pie junto a la orilla. Él mismo no sabía cómo había vuelto. Los zapatos y la ropa estaban completamente secos. Miró durante mucho tiempo el mar con añoranza y se echó a llorar. Su voz resonaba en los peñones y en las islas.

Copo de Nieve intentó consolarle calladamente. Ambos abandonaron el templo tristes. Alquilaron un barco para volver al norte. Copo de Nieve fue contratada en la travesía por un señor rico. Yüo Dschung siguió solo su viaje. Se encontró con un muchacho de ocho o nueve años que iba pidiendo por las casas, pero no parecía un mendigo. Cuando le preguntó, se enteró de que su madrastra le había echado de casa. Le dio pena. El chico era cariñoso y no quería separarse de él. Le rogó encarecidamente que le salvara. Y se lo llevó a casa. Le preguntó cómo se llamaba.

Él le contestó: «Me llamo Doloroso. Crecí en casa de un hombre llamado Yung, pero mi madre dice que soy el hijo de un hombre que se llama Yüo, que la repudió después de la boda».

Yüo Dschung tuvo miedo y pensó para sí: «¿Es posible que sea mi hijo?».

Le preguntó dónde había vivido el hombre que se llamaba Yüo.

El chico le respondió: «No lo sé, pero cuando mi madre murió me dio un escrito y me recomendó que no lo perdiera».

Yüo Dschung le pidió rápidamente el escrito.

Doloroso abrió su bolsa y lo sacó. Yüo Dschung lo leyó por encima; era el acta de repudio que él había dado en una ocasión a su esposa.

«Sí, Doloroso, eres mi hijo», le dijo.

Le preguntó cuándo era su cumpleaños y todo coincidía exactamente. En su interior sintió un gran consuelo. Pero sus propiedades se iban yendo, y dos años más tarde había vendido toda la tierra y ya no podía pagar a los sirvientes.

Un día que el padre y el hijo estaban cocinando juntos la comida, entró de repente una hermosa mujer; él la miró. Era Copo de Nieve.

Le preguntó asombrado de dónde venía.

Ella le dijo con una sonrisa: «Una vez fuimos casi como marido y mujer. ¿Qué andas preguntando? El que no pudiera seguirte antaño era porque mi vieja ama todavía vivía. Ahora ha muerto y pensé que cuando no se tiene marido, se considera alegremente que no tiene ningún valor; si se tiene marido, hay que sacrificar la pureza. Pensando cómo podría combinar ambas cosas pensé que donde mejor protegida estaría sería contigo. Por eso no me amilanó el largo viaje».

Mientras hablaba, se quitó los adornos y apartó al hijo de la cocina. Cuando llegó la noche, el hijo y el padre durmieron juntos como harían a partir de entonces y prepararon otro dormitorio para Copo de Nieve.

Copo de Nieve sabía la mejor manera de educar al hijo.

Cuando los parientes de Yüo Dschung se enteraron, le llevaron a éste alimentos de regalo. Ambos se alegraron y la mantuvieron como huésped. Copo de Nieve se había ocupado de todo lo que se necesitaba en una casa sin que Yüo Dschung preguntara de dónde había salido. Copo de Nieve fue sacando poco a poco su oro y sus perlas y volvió a comprar la anti-

gua propiedad. Así que resultó que los sirvientes y sirvientas y los caballos y reses aumentaban de día en día.

Yüo Dschung le prevenía a veces a Copo de Nieve: «Cuando esté borracho, mantente alejada de mí para que no vea copos de nieve». Ella se lo prometía sonriendo.

Un día que estaba muy bebido llamó con mucha insistencia a Copo de Nieve. Copo de Nieve entró con una belleza encantadora. Yüo Dschung la miró mucho tiempo. De repente sintió una enorme alegría y empezó a bailar como un loco alrededor de ella.

«Estoy despierto, a través del vino he llegado desde la luz de la tierra al vino. Esta casa en la que vivo es el palacio celestial.»

Estuvo mucho tiempo así sin parar.

A partir de entonces no volvió a beber en el mercado, bebía con Copo de Nieve. Copo de Nieve, que se mantenía alejada de la bebida, le acompañaba con té.

Un día que estaba un poco cargado condujo la mano de Copo de Nieve hacia él. Entonces ella descubrió las cicatrices de los cortes de su pierna, que se habían convertido en dos brotes de loto y que salían de su carne. Ella se maravilló pero él le dijo sonriendo: «Cuando veas que estas flores se abren dentro de veinte años, nuestro matrimonio habrá llegado a su fin», y Copo de Nieve le creyó.

Cuando hubieron buscado una esposa para Doloroso, Copo de Nieve fue traspasando paulatinamente el gobierno de la casa a la joven esposa y se retiró con Yüo Dschung a otro patio.

El hijo y su esposa venían tres veces por día a ver a los padres, pero sólo les proponían decidir cuando se trataba de asuntos complicados. Les encargaron dos sirvientas, una para que calentara el vino y otra para que preparara el té.

Un día, Copo de Nieve había ido a visitar a la joven pareja. La nuera tenía mucho trabajo y tardó mucho en volver. Doloroso fue con ella a ver qué tal estaba su padre. Cuando entraron vieron a Yüo Dschung descalzo sentado en la cama.

Les oyó llegar y abrió los párpados: «Madre e hijo han venido juntos, eso está bien», y volvió a cerrar los ojos.

Copo de Nieve se asustó mucho y dijo: «¿Qué vas a hacer?». Miró con atención y vio que las flores de loto de su pierna se habían abierto completamente. Le palpó. Ya no había respiración.

Puso las manos a toda prisa sobre las flores de loto y dijo temblando: «Vine desde lejos para seguirte y no era fácil. He educado a tu hijo y enseñado a tu nuera. Todo eso lo he hecho por amor a ti. ¿Por qué no me esperas otros dos o tres años?».

Una hora más tarde, él abrió de repente los ojos y dijo sonriendo: «Mujer, tú tienes tus propios asuntos, ¿por qué quieres obligar a otro a que se quede contigo para tu placer? De todas formas, me quedaré por ti».

Ella quitó las manos. Las flores habían vuelto a cerrarse. Y así siguieron viviendo juntos, hablando y riendo como antes.

Habían transcurrido tres años. Copo de Nieve tenía ya cerca de cuarenta años; pero seguía siendo tan joven y delgada como una veinteañera.

Un día, Copo de Nieve le dijo a Yüo Dschung: «Cuando uno muere, otras personas te cogen por los pies y por la cabeza. Eso no es puro ni bonito».

Por eso mandaron hacer al carpintero dos ataúdes. Doloroso preguntó sorprendido el porqué.

Ellos le dijeron: «No vas a entenderlo».

Cuando el trabajo estuvo terminado y ella se hubo bañado y arreglado, le dijo al hijo y a su mujer: «Me voy a morir ahora».

Doloroso le dijo sollozando: «Todos estos años te has ocu-

pado de mí como una madre, y ahora que ya no pasamos frío ni hambre quieres dejarnos y marcharte antes de que hayas tenido tiempo de disfrutar tu fortuna tranquilamente».

Ella le contestó: «La bondad que el padre siembra la cosecha el hijo. Toda la riqueza que tienes es el premio de tu padre. Yo no he merecido nada. Yo era originariamente una doncella del cielo en forma de ofrenda floral. Pero tuve pensamientos de mortal y por eso tuve que venir al mundo de los hombres. Fui dada a tu padre como esposa; pero me rechazó y tras un largo viaje en la locura nos volvimos a encontrar. Han pasado más de treinta años y mi tiempo ha tocado a su fin».

Luego se metió en el ataúd. El hijo la volvió a llamar, pero sus ojos ya se habían cerrado. Doloroso fue llorando a buscar a su padre para decírselo, pero el padre se había puesto también la mortaja y se metió en el ataúd para exhalar su último suspiro. Colocaron ambos ataúdes en el pabellón. Tardaron muchos días en cerrarlos con la esperanza de que resucitaran. Salía un resplandor de las flores de loto del padre, que difundía claridad alrededor de la estancia. Del ataúd de Copo de Nieve salía un perfume que embalsamaba los alrededores. Cuando cerraron los ataúdes, fueron desapareciendo el brillo y el perfume paulatinamente.

43. *El mono Sun Wu Kung*

En el lejano este, en medio del Gran Mar, hay una isla que se llama la montaña de las Flores y de los Frutos. En esa montaña hay una elevada peña. Desde el principio del mundo había reunido en sí todas las fuerzas secretas de las semillas del cielo

y de la tierra, del sol y de la luna. De ahí provenía su extraordinaria fuerza generadora. Un día reventó y produjo un huevo de piedra. Era redondo como una bola. Del huevo empollado con fuerzas mágicas salió un mono de piedra. Se inclinaba hacia todos los lados. Luego fue aprendiendo paulatinamente a andar y a saltar. En sus ojos ardían dos rayos de brillo dorado. Atravesaban hasta el más alto de los palacios del cielo y el Señor del Cielo tuvo miedo de ello. Envió al dios Ojos Que Veían Mil Millas y al dios Fino Oído a que se enteraran de lo que ocurría. Los dos dioses le informaron: «Los rayos provienen de los ojos del mono de piedra, que ha nacido de la piedra mágica; no hay razón para estar inquieto».

El mono fue creciendo, corría y saltaba por los alrededores, bebía de la fuente de los táleros y comía flores y frutas, y el tiempo se le pasaba como si fuera un juego sin fin.

Un día de verano, cuando buscaba el fresco con otros monos de la isla, entraron en un valle a bañarse. Vieron una cascada que caía de unos altos riscos. Los monos se dijeron unos a otros: «El que pueda saltar al agua sin que le ocurra nada, será nuestro rey». El mono de piedra dio un salto de alegría y dijo: «Yo me tiro». Cerró los ojos, se inclinó y saltó a la espuma rugiente. Cuando volvió a abrir los ojos, vio un puesto de hielo que estaba separado del mundo de fuera por el agua de la cascada que servía de cortina. El puente conducía a un castillo en la cueva que era confortable y estaba limpio. A la entrada había una inscripción sobre piedra que decía: «Éste es el cielo de la caverna, tras la cortina de agua en la montaña de la montaña bienaventurada de las Flores y de los Frutos». El mono, encantado, volvió a saltar al agua y contó a los otros monos lo que había encontrado. Escucharon encantados la noticia y le pidieron al mono de piedra que los llevara allí. Toda la banda saltó al agua hacia el puente de hielo; entraron en el castillo de

la gruta, donde encontraron ollas y peroles, tazas y fuentes en gran número. Pero todo era de piedra. Los otros tenían ahora al mono de piedra como rey y le llamaron el bello rey mono. Distribuyó entre los macacos, papiones y otros tipos de monos los cargos de funcionario y consejeros, sirvientes y ayudantes, y vivieron una vida feliz en la montaña. Por la noche dormían en su castillo, se mantenían alejados de los pájaros y de los animales, y el rey gozaba de una alegría ininterrumpida. Así pasaron más de trescientos años. Un día en que el rey de los monos estaba compartiendo una alegre comida con sus monos, empezó a llorar de repente. Los monos, asustados, le preguntaron por qué se sentía triste en medio de tanta alegría. El rey contestó: «Es cierto que estamos a salvo de las leyes y de los derechos de los hombres, cierto que los pájaros y los animales no se atreven a hacernos nada, pero nos vamos volviendo viejos y débiles y un día llegará la hora en que la vieja muerte nos llevará. Ahora ha llegado ese momento y no podemos seguir sobre la tierra». Cuando los monos le oyeron decir estas palabras, se torcieron sus rostros y se echaron a llorar. Un viejo mono se puso delante de ellos, sus brazos estaban tan fláccidos que podía alargar uno con el otro. Él les habló en voz alta: «Rey, el hecho de que hayáis llegado a esa conclusión indica que en vos ha nacido la búsqueda de la verdad. Entre todos los seres vivientes sólo hay tres clases a las que se les ahorra el poder de la muerte: los budas, los espíritus bienaventurados y los dioses. El que alcanza uno de esos tres estados, no vuelve al círculo de las reencarnaciones y sigue viviendo indefinidamente como en el cielo». El rey mono le contestó: «Y ¿dónde viven esas tres clases?». El viejo mono le respondió: «Viven en cavernas y en montañas sagradas en el gran mundo de los hombres». El rey se puso contento cuando lo oyó y explicó a sus monos que se iba a ir a buscar a los espíritus santos y a los

dioses para que le mostraran el camino que conduce a la inmortalidad. Los monos trajeron a rastras melocotones, otras frutas y vino dulce para celebrar la comida de despedida y se embriagaron de nuevo según las ganas de cada uno.

Al día siguiente, el bello rey mono se levantó tempranísimo, se hizo una buena balsa con madera de viejos pinos y cogió un palo de bambú para remar. Subió completamente solo a la balsa y remó hacia el Gran Mar. El viento y las olas eran favorables y llegó a Asia. Allí desembarcó. En la orilla encontró a un hombre que pescaba. Se dirigió hacia él, le golpeó tirándole al suelo, le quitó los vestidos y se los puso él. Entonces se puso a andar y visitó los lugares conocidos, fue a los mercados que crecían con profusión en las ciudades, se instruyó en las reglas del comportamiento, aprendió a hablar y se comportaba como un hombre culto. Su corazón le indicaba que preguntara por las enseñanzas de Buda, de los santos y de los dioses sagrados, pero la gente de aquel país sólo daba importancia al honor y a las riquezas. Ninguno de ellos podía preocuparse de la vida. Entonces se fue de un lado a otro y sin darse cuenta, pasaron nueve años. Al cabo de ellos llegó a la arena del mar del Oeste, y se le ocurrió que al otro lado del mar seguro que habría dioses y santos. Así que volvió a construirse una balsa, atravesó el mar del Oeste y llegó a los países occidentales. Dejó que la balsa siguiera flotando y se bajó en la orilla. Había pasado muchos días buscando cuando, de repente, vio una gran montaña con valles profundos y llenos de calma. El rey mono subió a la montaña y oyó a un hombre que estaba en el bosque cantando, y la canción sonaba como una melodía de los espíritus sagrados. Se apresuró a entrar en el bosque para ver quién era. Se encontró con un leñador que estaba trabajando. El rey mono se inclinó delante de él y le dijo: «Poderoso, divino maestro, me arrodillo ante vos para

rogaros». El leñador le dijo: «Yo sólo soy un simple trabajador. ¿Por qué me llamas maestro divino?». «Si no eres un dios —le respondió el rey de los monos—, ¿de dónde viene esa canción divina?» El labrador le respondió riendo: «Conoces bien la música. Es verdad que he cantado una canción que me ha enseñado un santo». «Si eres amigo de un santo —le dijo el rey mono—, seguro que él no vive muy lejos de aquí. ¡Te ruego que me muestres el camino que lleva a su morada!» El leñador repuso: «¡No está lejos, no está lejos! Esta montaña se llama la montaña del corazón. Dentro hay una cueva en la que vive un santo que se llama el Desconocido. Un número enorme de sus discípulos ha alcanzado las bienaventuranzas. Hay treinta o cuarenta discípulos que viven todavía en torno a él. Lo único que tienes que hacer es tomar el camino que sigue hacia el sur, no puedes dejar de encontrar su casa». El rey mono le dio las gracias al leñador y llegó a la cueva que éste le había descrito. La puerta estaba cerrada y no se atrevió a llamar, así que saltó a un pino y cogió piñas para comerse sus piñones. No mucho más tarde vino uno de los discípulos del santo, abrió la puerta y dijo: «¿Qué animal es ese que arma tanto ruido?». El rey mono saltó del árbol, se inclinó y respondió: «Vengo a aprender la verdad. No me he atrevido a hacer ruido». Entonces el joven no tuvo más remedio que echarse a reír y responder: «Nuestro maestro estaba sumido en sus pensamientos. El que Busca la Verdad me dijo que condujera al que esperaba fuera y realmente había alguien. ¡Bueno, puedes venir conmigo!». El rey mono se colocó correctamente el traje, enderezó su sombrero y entró. Un largo pasillo conducía a maravillosos edificios y a escondidas y calmas cabañas hasta llegar al sitio en que el maestro comía erguido en un sitial de mármol blanco. A su derecha y a su izquierda había jóvenes dispuestos a servirle. El rey mono se arrojó al suelo y le saludó humilde-

mente. Respondió a la pregunta del maestro contando cómo le había encontrado. Y cuando le preguntó cómo se llamaba, le respondió: «No tengo nombre, soy un mono nacido de una piedra». El maestro le dijo: «Pues yo te daré un nombre. Te llamaré Sun Wu Kung». El rey mono le dio las gracias contentísimo, y a partir de entonces se llamó Sun Wu Kung. El maestro ordenó a los más antiguos discípulos que instruyeran a Sun Wu Kung en la limpieza y el barrer, en el entrar y en el salir, en comportarse bien, en cavar los campos y regar el jardín. Un poco más tarde aprendió a escribir, a quemar incienso y a leer los sutras. Pasaron seis o siete años.

Un día, el maestro subió a su cátedra y empezó a hablar de la gran verdad. Sun Wu Kung comprendió el sentido oculto y empezó a bailar y a dar vueltas de la alegría. El maestro le paró: «Sun Wu Kung, todavía no has olvidado tu salvajismo. ¿Cómo se te ocurre comportarte tan indecentemente!». Sun Wu Kung le respondió haciendo una reverencia: «Os escuchaba con atención y en mi corazón comprendí el sentido de la palabra, y sin darme cuenta empecé a bailar de alegría; no fue el movimiento de un ser salvaje». El maestro le dijo: «Si verdaderamente estás maduro, voy a confiarte la gran verdad. Esta verdad, sin embargo, se puede alcanzar por trescientos sesenta caminos. ¿Qué camino debo enseñarte?». Sun Wu Kung le dijo: «El que queráis, maestro». El maestro dijo: «¿Debo enseñarte la magia?». Sun Wu Kung le preguntó: «¿Qué enseñanzas se aprenden en ella?». El maestro le contestó: «Se aprende a conjurar a los espíritus, a interrogar al oráculo y conocer con anterioridad la suerte o la desgracia». «¿Se puede alcanzar la vida inmortal?», le preguntó Sun Wu Kung. «No», le respondió. «Entonces no lo aprenderé.» «¿Debo enseñarte la ciencia?» «¿Qué es la ciencia?» «Son las nueve escuelas de las tres religiones. Se aprende a leer las sagradas escrituras, a hacer en-

cantamientos, tener trato con los dioses y poder llamar a los santos.» «¿Se puede alcanzar así la vida inmortal?» «No.» «Entonces no la aprenderé.» «El camino de la calma es muy bueno.» «¿Qué significa eso?» «Se aprende a vivir sin alimentos, a permanecer sin hacer nada en la calmada pureza y a permanecer sentado sumido en la concentración.» «¿Se puede alcanzar con ella la inmortalidad?» «No.» «Entonces no la aprenderé.» «El camino de las acciones es también muy bueno.» «¿En qué consiste?» «Se aprende a equilibrar las fuerzas de la vida, a ejercitar el cuerpo, a preparar el elixir de la vida, a deshacer la niebla y a dominar la respiración.» «¿Se puede alcanzar la vida inmortal a través de ello?» «Tampoco.» «¡Pues no la aprenderé, no la aprenderé!» Entonces el maestro se enfadó, saltó del púlpito, cogió el bastón y siguió hablando: «¡Este mono! ¡Esto no quiere aprenderlo, aquello no quiere aprenderlo! ¿Qué esperas?». Mientras hablaba con él, le sacudió tres veces en la cabeza con el bastón, se metió en la habitación interior y cerró detrás de sí la puerta principal. Los discípulos estaban muy enfadados y asediaron a Sun Wu Kung con reproches. Pero él no se preocupaba de eso, sino que sonreía tranquilo para sí; había entendido el acertijo que el maestro le había propuesto. Pensaba para sus adentros: «El que me haya golpeado tres veces la cabeza quiere decir que en la tercera hora de guardia debo estar preparado. El hecho de meterse en el cuarto interior y de cerrar la puerta principal detrás de él significa que tengo que ir por la puerta de atrás y que en secreto me confiará la gran verdad». Esperó hasta la noche y se acostó en apariencia con los demás discípulos para descansar, pero cuando hubo comenzado la tercera hora de la guardia nocturna se levantó silenciosamente y se deslizó a la puerta de atrás. Y sí que la encontró entreabierta, se deslizó dentro y llegó delante de la cama del maestro. El maestro dormía con la cara vuelta

hacia la pared. No se atrevió a despertarle y se arrodilló delante de la cama. Un rato más tarde, el maestro se incorporó y le recitó un verso:

«¡Difícil, difícil, difícil
es aprender la verdad!
¡Si no se encuentra el hombre ideal
Barro es todo lo que de ella se hablará!».

Sun Wu Kung respondió entonces: «Espero respetuosamente».

El maestro se puso el traje, se incorporó en la cama y continuó: «¡Maldito mono! ¿Por qué no estás durmiendo? ¿Qué buscas aquí?».

Sun Wu Kung le respondió: «Me habéis indicado ayer que tenía que venir a la hora de la tercera guardia por la puerta de atrás, para que me enseñarais la gran verdad. Por eso he osado venir. Si ahora queréis hacerme la gran merced de enseñarme, os estaré eternamente agradecido».

El maestro pensó para sí: «Esta cabeza de mono posee verdaderamente un espíritu, puesto que me ha entendido tan bien». Y le dijo: «Sun Wu Kung, te ha sido concedido. Voy a hablar abiertamente contigo. Acércate muy cerca porque voy a enseñarte el camino de la inmortalidad».

Y le dijo al oído una fórmula de los dioses para reunir las fuerzas de la vida, y le aclaró palabra por palabra el sentido oculto. Sun Wu Kung le escuchó con curiosidad y la aprendió rápidamente de memoria. Luego le dio las gracias, se fue otra vez adelante y se acostó. A partir de entonces aprendió a ejercitar la respiración correcta, a conocer las verdaderas semillas, almas y espíritus, y domó la fuerza natural de su corazón. Con estos trabajos volvieron a pasar tres años y entonces su obra estuvo terminada. Un día le dijo el maestro: «Ahora te

acechan tres peligros; quien quiere alcanzar algo extraordinario tiene que vencerlos, pues los demonios y los espíritus le persiguen por envidia. Y sólo cuando los haya vencido podrá vivir tanto tiempo como viva el cielo».

Sun Wu Kung se asustó y le preguntó: «¿Hay alguna manera de protegerse de estos peligros?».

El maestro le volvió a decir una fórmula secreta al oído, por la cual recibía el poder de convertirse setenta y dos veces.

Un día, el maestro se fue en compañía de sus discípulos a pasear por delante de la caverna. Llamó a Sun Wu Kung y le preguntó: «¿Qué tal vas con tu arte? ¿ya puedes volar también?».

«¡Claro!», le respondió.

«Pues ¡déjame verlo!»

El mono saltó hacia arriba y se alejó cinco o seis pies de la tierra. Bajo sus pies se concentraban las nubes sobre las cuales pudo avanzar varios cientos de pasos, luego tuvo que volver a dejarse caer a tierra.

El maestro le dijo riendo: «Eso es arrastrarse por las nubes, no flotar sobre las nubes como hacen los dioses y los santos, que en un día pueden recorrer todo el mundo. Te voy a enseñar el encantamiento de la voltereta de las nubes. Cuando das una voltereta de ésas puedes recorrer ocho mil millas».

Sun Wu Kung le dio las gracias muy contento, y a partir de entonces podía moverse de aquí para allá sin miedo alguno del espacio.

Un día, Sun Wu Kung estaba sentado con otros discípulos bajo los pinos que había delante de la puerta de entrada, hablando de los secretos de la enseñanza. Al final le rogaron que mostrara su arte de transformarse. Sun Wu Kung no pudo guardarse el secreto y accedió.

Sonriendo les dijo: «¡Ponedme a prueba! ¿En qué queréis que me convierta?».

Ellos le dijeron: «¡Conviértete en un pino!».

Sun Wu Kung dijo el encantamiento, se puso de pie y al momento había allí un pino. Entonces todos ellos empezaron a reír como si relincharan. El maestro oyó el jaleo y salió arrastrando su bastón detrás de él.

Les dijo: «¿Qué pasa para que arméis tanto ruido?».

Ellos le dijeron: «Sun Wu Kung se ha convertido en un pino, por eso nos reíamos».

«¡Ven aquí, Sun Wu Kung! —le dijo el maestro—. Dime, ¿qué obritas de arte estás haciendo? ¿Para qué tienes que convertirte en pino? Todo el trabajo que has realizado no te sirve más que para hacer magia delante de los otros. Eso demuestra que todavía no has dominado tu corazón.»

Sun Wu Kung le pidió humildemente perdón al maestro. Pero el maestro le dijo: «No tengo nada contra ti, pero debes marcharte».

Con lágrimas en los ojos le respondió Sun Wu Kung: «¿Y adónde voy a ir?».

«Al lugar de donde vienes, ¡allí tienes que volver!», le respondió el maestro. Y cuando Sun Wu Kung le dijo adiós tristemente, añadió el maestro: «Con tu arte descontrolado, seguro que atraes alguna desgracia sobre ti. No puedes decirle a ningún ser humano que eres mi discípulo. Si se te escapa, te quito el alma y la encierro en la caverna más profunda, de forma que tú no puedas alcanzarla en mil eternidades».

Sun Wu Kung le dijo: «¡No diré nada, no diré nada!».

Luego le dio de nuevo las gracias por toda la bondad que le había dispensado, dio una voltereta y subió por encima de las nubes.

Apenas había pasado una hora cuando se encontró sobre el mar y vio la montaña de las Flores y de los Frutos, que se alzaba ante él. Entonces se sintió alegre de estar en su casa, hizo

descender a la nube y gritó hacia la cueva: «¡Hijitos, he vuelto!». Vinieron en tromba desde el valle, de detrás de las rocas, de la hierba y de los árboles. Sus monitos llegaban a millares saltando, los grandes y los pequeños. Le rodearon, le saludaron y le preguntaron por sus experiencias. Sun Wu Kung les dijo: «Ahora conozco el medio de alcanzar la inmortalidad y ya no temo a la muerte». Todos los monos se alegraron mucho. Trajeron las flores y las frutas de la apuesta para honrar a Sun Wu Kung y volvieron a honrarle como el bello rey mono.

Sun Wu Kung reunió los monos a su alrededor y se informó de lo que había ocurrido en su ausencia.

Le dijeron: «Es muy bueno que volváis a estar aquí, gran rey. En los últimos tiempos vino un demonio que quería ocupar a la fuerza nuestro hogar. Luchamos con él, pero se llevó a muchos de vuestros hijos y seguro que volverá pronto».

Sun Wu Kung se enfadó mucho y dijo: «¿Qué demonio es ese que se permite esas audacias?».

Los monos le contestaron: «Es el rey de los demonios del caos. Vive en el norte, quién sabe a cuántas millas de distancia; nosotros sólo vimos que vino y se fue entre las nieblas y las nubes».

Sun Wu Kung les dijo: «Esperad, ¡voy a pagarle con la misma moneda!». Entonces dio una voltereta y se perdió sin dejar rastro.

En la parte más alejada del norte hay una montaña muy alta; en ella, una caverna en la que está escrito: «La caverna de los Riñones». Delante de ella bailan diablillos. Sun Wu Kung les dijo: «¡Deprisa, decidle a vuestro rey de los demonios que me devuelva a mis súbditos!». Los diablillos, asustados, fueron a comunicarlo dentro de la cueva. Allí estaba el rey de los demonios con su espada ante él. Salió. Pero era tan grande y tan gordo que no podía ver a Sun Wu Kung. Llevaba una armadu-

ra negra que le cubría de los pies a la cabeza, y su rostro era tan negro como la base de una cacerola. Sun Wu Kung le dijo: «¡Maldito demonio!, ¿adónde miras, que no ves al viejo Sun?». Entonces el demonio miró al suelo y vio un mono de piedra que estaba de pie delante de él, vestido con ropa roja, un cinturón amarillo y con botas negras. El rey de los demonios se echó a reír y le dijo: «Ni siquiera mides cuatro pies y no tienes más de treinta años, no tienes armas en la mano y ¡te atreves a armar todo este jaleo!». Sun Wu Kung le respondió: «Si te parezco muy pequeño puedo hacerme más grande. No desconfías de mí porque no llevo armas, pero con mis dos puños puedo golpear hasta el cielo». Y, al decirlo, se inclinó, cerró los puños y empezó a propinarle una paliza al demonio. El diablo era grande y tosco, pero Sun Wu Kung saltaba con destreza a su alrededor. Le golpeó entre las costillas y le dio en el flanco, y sus golpes eran cada vez más fuertes. El diablo, desesperado, alzó su gran cuchillo y lo empuñó dirigiéndolo a la cabeza de Sun Wu Kung. Pero él desvió el golpe y puso en juego sus transformaciones. Se arrancó un cabello, se lo metió en la boca. Lo masticó, luego lo escupió al aire y dijo: «¡Transfórmate!». Y se convirtió en cientos de monitos que golpeaban al demonio por todo el cuerpo. Sun Wu Kung tenía ochenta y cuatro mil cabellos en el cuerpo, cada uno de los cuales podía transformarse. Los monitos saltaban como flechas alrededor de él con sus ojos penetrantes, rodeaban al rey de los demonios por todas partes, le desgarraban las vestiduras y se le agarraban a las piernas, hasta que al final el grandullón cayó al suelo. Entonces apareció Sun Wu Kung delante de él, empuñó su cuchillo en la mano y le cortó la cabeza como si repartiera un melón. Luego se apresuró a entrar en la cueva y liberó a sus súbditos prisioneros. Volvió a guardar los cabellos que se transformaban, hizo fuego y quemó la caverna de los Riñones

hasta que no quedó nada. Luego cogió a los monos liberados y los condujo en un viento de tormenta a su caverna en la montaña de las Flores y de los Frutos, donde fue recibido con alegría por todos los monos.

Desde que Sun Wu Kung tenía la espada del rey de los demonios, les enseñaba a sus monos a utilizarla todos los días. Tenían espadas de madera y lanzas de bambú, y tocaban una música de guerra con silbatos de cáñamo. Hizo que construyeran un campamento para defenderse de todos los peligros. De repente se le ocurrió: «Si ejercitamos nuestras dotes podemos inducir a un rey animal o humano a luchar, y nosotros, con nuestras espadas de madera y lanzas de bambú, no les igualaríamos». «¿Qué hacer?», les dijo a sus monos. Cuatro papiones se adelantaron y dijeron: «En la capital del reino de Aulai hay innumerables guerreros. Allí hay también cobre y hierro. ¿Y si compráramos acero y cobre y por cada obra forjada uno de nosotros se dejara fundir?».

Una voltereta y Sun Wu Kung se encontró delante de la tumba de la ciudad. Se dijo: «Comprar armas a largo plazo es insostenible. Mejor voy a hacer un encantamiento y llevarme algunas». Sopló sobre la tierra y se levantó un viento de tormenta. La arena y las piedras volaban por delante de él y todos los guerreros de la ciudad se marcharon asustados. Entonces se dirigió a la casa del armamento, se arrancó un pelo, se convirtió en cientos de monitos, recogió todas las armas y se volvió a casa en una nube.

Reunió a su pueblo y se lo contó. En total eran cuarenta y siete mil. Pusieron en pie de alarma a toda la montaña, y a todos los animales mágicos y príncipes de los espíritus también. Salieron de setenta y dos cuevas y vinieron a honrarle como jefe.

Un día dijo el rey de los monos: «Ahora tenéis todas las ar-

mas, pero el cuchillo que le cogí al príncipe de los demonios me parece muy ligero. Ya no me va. ¿Qué se puede hacer?».

Los cuatro papiones se adelantaron y dijeron: «Con vuestra fuerza de espíritu, rey, no encontraréis una sola arma que os pueda servir en todo el mundo. ¿No podéis mirar bajo el agua?».

El rey de los monos les dijo: «Todos los elementos son mis súbditos y no hay lugar alguno al que no pueda ir».

Los papiones le dijeron: «El agua de ahí junto a nuestra cueva conduce al Gran Mar, al castillo del dragón del este. Si tenéis esa fuerza mágica, podéis ir a ver al dios de los dragones y que él os dé un arma».

El rey de los monos estuvo de acuerdo, saltó del puente de hielo y pronunció un encantamiento. Se dejó caer en las olas, que se apartaban de él, y se fue andando hasta el palacio del Agua de Cristal. Encontró allí a un tritón, que le preguntó quién era. Él le dijo su nombre y añadió: «Soy el vecino más próximo del rey de los dragones del mar del Este y vengo a visitarle».

El tritón le anunció en el palacio, y el rey de los dragones salió rápidamente a recibirle. Le hizo sentarse y le sirvió té.

Sun Wu Kung le dijo: «He aprendido ciencias ocultas y alcanzado la inmortalidad. He instruido a mis súbditos en el manejo de las armas para que protejan nuestra montaña; pero yo no tengo arma alguna que pueda utilizar y pensé que podríais prestarme una».

El rey de los dragones hizo que el general Platija trajera una gran pica. Pero Sun Wu Kung no se contentó con ella. Entonces ordenó al coronel Anguila que trajera un tridente de nueve dientes, que pesaba más de tres mil seiscientas libras.

Pero Sun Wu Kung la cogió en la mano y dijo: «¡Es demasiado ligera. Demasiado ligera!».

El rey de los dragones, asustado, hizo que le trajeran el

arma más pesada que tenía. Pesaba siete mil doscientas libras, pero seguía siendo demasiado ligera para Sun Wu Kung. El rey de los dragones le aseguró que no tenía ningún arma más pesada. Pero Sun Wu Kung no se dejó desviar del tema y dijo: «¡Mirad por ahí!».

Al final vino la reina dragón con su hija y le dijeron al rey dragón: «No es bueno buscar pendencias con los santos. En nuestro mar hay una gran barra de hierro; en los últimos tiempos ha despedido un brillo rojo, que es el signo de que ha llegado la hora de sacarla».

El rey dragón dijo: «Ya desde lejos se veía el resplandor dorado. Se trataba de una monstruosa barra de hierro, que tenía a ambos lados abrazaderas de oro».

Sun Wu Kung la levantó con todas sus fuerzas y dijo: «Es demasiado pesada. Debería ser un poco más corta y menos gruesa».

Apenas lo había dicho, cuando la barra se encogió. Volvió a intentarlo y se dio cuenta de que aumentaba o disminuía cuando se lo ordenaban. Podía hacerla reducirse hasta el tamaño de una aguja de bordar. Sun Wu Kung estaba encantado y se fue con la barra, que había vuelto a hacer aumentar, a dar vueltas por el mar, de manera que las olas se alzaban a la altura de una montaña y todo el palacio del dragón se sacudía. El rey de los dragones temblaba de miedo, y todas sus tortugas, peces y cangrejos escondieron la cabeza.

Sun Wu Kung dijo riéndose: «¡Muchísimas gracias por el bonito regalo!». Y añadió: «Ahora tengo un arma, pero no una armadura; mejor que intentar buscarla en dos o tres casas preferiría que tú me prestaras una». El rey de los dragones le dijo que él no tenía armaduras.

El mono le contestó: «¡No me iré hasta que me consigas una armadura!». Y empezó a mover su barra.

«¡No me hagas nada! —le dijo el rey asustado—. Voy a preguntar a mis hermanos.»

E hizo que tocaran un tambor de hielo y campanas de oro, y al instante vinieron los hermanos del rey de los dragones procedentes de todos los mares. El rey de los dragones les habló con calma: «Éste es un compañero muy peligroso al que no podemos irritar. Primero me ha cogido la barra con las abrazaderas de oro y ahora quiere una armadura. Lo mejor sería que le contentáramos ahora y que nos quejáramos después al Señor del Cielo».

Entonces los hermanos trajeron una armadura mágica de oro, botas mágicas y un casco mágico.

Sun Wu Kung les dio las gracias y volvió a su caverna. Saludó resplandeciente a los súbditos que venían a verle y les mostraba el palo con las abrazaderas de oro. Todos vinieron y querían levantarla una vez; pero era como si una libélula hubiera querido arrojar una flecha de piedra o una hormiga llevar una gran montaña. No se movía ni un pelo. Los monos abrieron la boca y sacaron la lengua; decían: «Padre, ¿cómo has podido arrastrar una cosa tan pesada?». Entonces él les contó el secreto de la barra y se lo mostró. A partir de ese momento se dedicó a ordenar su reino, nombró a los cuatro papiones caballeros y también a los siete espíritus de animales. Al buey, al dragón, al pájaro, al león y a los otros.

Un día se emborrachó, pero antes había hecho empequeñecer el bastón y se lo había escondido en la oreja. Cuando se durmió vio en su sueño a dos hombres que traían una tarjeta en la que estaba escrito: «Sun Wu Kung». No aceptaron ninguna oposición, le ataron y se llevaron su espíritu. Cuando llegó a una gran ciudad, el rey mono se fue despertando de su borrachera. Vio una placa de hierro delante de la puerta de la ciudad. Allí, escrito en mayúsculas, ponía: «Mundos inferio-

res». Entonces se le ocurrió de repente una idea y dijo: «¿Así que ésta es la morada de los difuntos? Pero yo hace tiempo que he escapado a su poder. ¿Cómo se atreven a arrastrarme aquí?». Cuanto más lo pensaba, más enfadado estaba. Sacó el palo con las dos abrazaderas de oro de detrás de la oreja e hizo que se volviera grande. Molió los dos ataúdes, rompió el cordón y enrolló su bastón alrededor de él hasta llegar a la ciudad. Los diez dioses de la muerte se asustaron, se inclinaron abrumados ante él y le preguntaron: «¿Quién sois?».

Sun Wu Kung contestó: «Si no me conocéis, ¿por qué hacéis que me vayan a buscar y que me traigan aquí? Yo soy el nacido santo por el cielo, Sun Wu Kung, de la montaña de las Flores y de los Frutos. Pero ¿quiénes sois vosotros? ¡Decidme rápido vuestros nombres u os golpearé!».

Los diez dioses de los muertos dijeron humildemente sus nombres.

Sun Wu Kung les dijo: «Yo, el viejo Sun, he alcanzado la fuerza de la inmortalidad. No tenéis nada que decirme. ¡Traed el libro de la vida!». La muerte no se atrevía a contradecirle, e hizo que el escribiente trajera el libro. Sun Wu Kung lo abrió de golpe. Y allí encontró bajo el parágrafo «monos», en el número 1.350, la inscripción: «Sun Wu Kung, el mono de piedra nacido del cielo. Su vida durará trescientos cuarenta y dos años, entonces morirá sin enfermedad».

Sun Wu Kung cogió el pincel de la mesa, tachó todos los monos del libro de la vida, tiró el libro y dijo: «¡Estamos en paz! De hoy en adelante no me volveré a dejar coger por vosotros».

Y con estas palabras, llevando su bastón, tomó el camino de salida del mundo inferior, y los diez dioses de la muerte no se atrevieron a ponerse en medio y se quejaron posteriormente al Señor del Cielo.

Cuando Sun Wu Kung hubo dejado la ciudad, se resbaló y se cayó al suelo. Entonces se despertó y notó que lo había soñado. Hizo llamar a los cuatro papiones y les dijo: «¡Admirable, admirable! Me llevaron al castillo de la muerte y armé un buen jaleo. Hice que me dieran el libro de la vida y he tachado la muerte de todos los monos». A partir de entonces, los monos de la montaña ya no murieron porque en el mundo inferior habían tachado sus nombres.

El Señor del Cielo estaba en su palacio y había reunido a todos sus sirvientes. Un santo se adelantó y le expuso la queja del rey dragón del mar del Oeste. Y otro se adelantó y le llevaba la queja de los diez dioses de la muerte. El Señor del Cielo leyó las quejas escritas. Ambas informaban sobre el salvaje e inconveniente comportamiento de Sun Wu Kung. Él ordenó que un dios bajara a la tierra y que lo hiciera prisionero. La Estrella del Anochecer se adelantó y dijo: «Ese mono ha nacido de las más puras fuerzas del cielo y de la tierra, del sol y de la luna. Ha aprendido las ciencias ocultas y se ha convertido en un inmortal. ¡Pensad, Señor, en vuestro gran amor a todos los seres vivientes y perdonadle sus pecados! Dadle una orden de que es llamado al cielo para recibir un encargo, para que recobre el sentido. Si pasa por encima de vuestros mandamientos, que sea castigado sin piedad». Al Señor del Cielo le pareció bien. Hizo que prepararan una ordenanza y ordenó a la Estrella del Anochecer que se la entregara. La Estrella del Anochecer se subió en una nube de colores e hizo que la bajara hacia la montaña de las Flores y de los Frutos.

Saludó a Sun Wu Kung y le dijo: «El Señor ha oído hablar de tus hazañas y quiere castigarte. Yo soy la Estrella de la Noche del cielo del oeste y he intercedido por ti, por eso me ha confiado que te conduzca al cielo para darte un puesto».

Sun Wu Kung estaba encantado y contestó: «Acabo de pen-

sar que quería hacer una visita al cielo y justo habéis venido vos, vieja estrella, a buscarme».

Hizo comparecer ante sí a sus cuatro papiones y les encargó: «¡Cuidad bien de nuestra montaña! Ahora me voy al cielo a dejarme ver un poco por allí».

Entonces subió a la nube con la Estrella del Anochecer y salieron volando. Él dio una voltereta y se adelantó tan deprisa que la Estrella del Anochecer se quedó atrás en la nube.

Ya se encontraba a la puerta del sur del cielo y entró con un andar descuidado. El centinela de la puerta quiso detenerle; pero él no le dejó hacer. La Estrella del Anochecer llegó en medio del intercambio de palabras, aclaró el asunto y le dejaron entrar. Cuando llegó ante el palacio del Señor del Cielo, permaneció de pie tranquilamente sin hacer una reverencia.

El Señor del Cielo le preguntó: «¿Así que esa cara llena de pelo con los labios abultados es Sun Wu Kung?».

Él le respondió: «Sí, yo soy el viejo Sun».

Todos los servidores del Señor estaban sorprendidos y decían: «Ese mono salvaje no hace ni una reverencia y se llama a sí mismo el viejo Sun. Su delito merece la muerte de mil maneras».

Pero el Señor le dijo: «Viene del mundo de abajo y no está acostumbrado a nuestro comportamiento. Debemos perdonarle».

Entonces ordenó que buscaran un puesto para él. El mayordomo informó: «No hay ningún puesto libre más que en las caballerizas, donde hace falta un encargado». Entonces le nombraron señor de las caballerizas de los caballos del cielo. Los sirvientes le dijeron que tenía que dar las gracias por esa bondad. Sun Wu Kung dijo solamente en voz alta: «¡A sus órdenes!», cogió su título de nombramiento y se dirigió a las caballerizas a ejercer allí su cargo.

Sun Wu Kung se ocupaba de su cargo con gran celo. Los caballos del cielo engordaron y realmente derrochaban abundancia. Antes de que se diera cuenta había pasado medio mes. Entonces sus amigos celestiales le prepararon una comida. Mientras bebían, él preguntó por casualidad: «¿Qué tipo de nombre es caballerizas?».

«Sólo el nombre de un puesto», fue la respuesta.

«¿Qué categoría tiene ese puesto?»

«No tiene ninguna categoría», le respondieron.

«¡Ah! —dijo el mono—, ¿es tan elevado que está por encima de las demás categorías?»

«No, no es nada elevado. ¡Nada elevado! —le respondieron—. No está dentro de la lista de las categorías, sino que es un puesto situado mucho más por debajo. Sólo tenéis que ocuparos de los caballos: si engordan recibís una buena nota; si adelgazan, se ponen enfermos o se caen, el castigo es inmediato.»

El rey mono se enfadó: «¡Tratarme tan mal a mí, al viejo Sun! —dijo—. En mi montaña yo era el rey, el padre. ¿Para qué necesita ése traerme a su cielo para que alimente a los caballos? ¡No lo seguiré haciendo! ¡No lo seguiré haciendo!».

Y ¡ay, qué cosas!, se subió a la mesa, se sacó el palo con las agarraderas de oro de detrás de la oreja, lo hizo crecer y golpeó con él un camino que llegaba hasta la puerta sur del cielo. Nadie se atrevió a detenerle.

Y al instante se encontró de nuevo en su montaña, y los suyos le rodeaban y le preguntaban: «Habéis estado diez años ausente, gran rey, ¿por qué no habéis venido hasta ahora?».

El rey de los monos dijo: «Estuve unos diez días en el cielo. Ese Señor del Cielo no sabe cómo tiene que utilizar a su gente. Me hizo señor de las caballerizas, tuve que dar de comer a sus caballos. Me avergüenzo mortalmente, pero no me he dejado hacer y ahora he vuelto».

Sus monos le prepararon, serviciales, una comida para consolarle. Mientras estaban bebiendo llegaron dos reyes de los demonios con un cuerno, que le traían un traje amarillo de emperador como regalo. Encantado, se escurrió hacia delante y nombró a ambos unicornios guías de la avanzadilla. Los unicornios le dieron las gracias y empezaron a halagarle: «Con vuestro poder y sabiduría, gran rey, ¿para qué queréis servir al Señor del Cielo? Estaría bien que os dierais a vos mismo igual nombre de Gran Santo del Cielo».

Al mono le gustaba oír lo que decían y dijo: «¡Bien, bien!», y ordenó a sus cuatro papiones que hicieran rápidamente un estandarte en el que estuviera escrito: «El igual al Gran Santo del Cielo», y a partir de ese momento, se hizo dar ese título.

Cuando el Señor del Cielo se enteró de la blasfemia del mono, ordenó a Li Dsing, el dios que llevaba la pagoda en la mano, y a su tercer hijo Notscha que cogieran prisionero al rey mono. Ellos sacaron de su cueva un carro de combate magnífico y lo llevaron a una cumbre, construyeron un campamento y enviaron a un noble campeón para que tuvieran una lucha cuerpo a cuerpo. Fue vencido sin ninguna dificultad por Sun Wu Kung y tuvo que huir, y Sun Wu Kung le llamó riéndose: «¡Vaya un saco de pus! ¡Y se llama a sí mismo campeón del cielo! No te voy a matar. ¡Márchate deprisa y deja paso a alguien mejor!».

Cuando Notscha vio todo esto, se apresuró a entrar en combate. Sun Wu Kung le dijo: «¿A quién perteneces, pequeño? No debes luchar, porque podría ocurrirte algo».

Notscha le gritó con voz potente: «¡Maldito mono! Yo soy el príncipe Notscha y he recibido la orden de hacerte prisionero». Y blandió su espada contra Sun Wu Kung.

Éste le dijo: «Bien, me quedo quieto aquí sin moverme».

Notscha se puso furioso y se convirtió en un dios de tres

cabezas y seis brazos, en cada uno de los cuales llevaba un arma de seis filos. Así se lanzó al ataque.

Sun Wu Kung se rio: «¡El pequeñajo sabe transformarse! Poco a poco. ¡Espera un instante! ¡Yo también voy a transformarme!».

Y él también se transformó en un ser de tres cabezas con seis brazos y golpeó con la barra de las abrazaderas de oro. Así empezaron el combate. Los golpes se sucedían con tal rapidez que parecía como si miles de espadas zumbaran en el aire. Después de treinta encuentros la lucha aún no estaba decidida. Entonces Sun Wu Kung halló la solución. Se arrancó sin que nadie se diera cuenta un pelo, lo convirtió en un ser igual a él y lo hizo seguir luchando con Notscha. Él se deslizó detrás de Notscha y le golpeó con su palo en el brazo derecho, de forma que se cayó del dolor y tuvo que abandonar la lucha, vencido.

Le informó a su padre Li Dsing: «Ese mono diabólico es demasiado poderoso. Nunca lograré vencerlo». No les quedó más remedio que volver al cielo e informar de la derrota. El Señor del Cielo agachó la cabeza y se puso a pensar en otro héroe que pudiera enviar.

Entonces se presentó la Estrella del Anochecer ante él y dijo: «Ese mono es tan fuerte y valeroso que no hay ninguno aquí de su talla. Se ha levantado porque el cargo en las caballerizas era poco importante para él. Lo mejor sería dejar actuar a la bondad y al derecho, y dejarle que haga lo que quiera nombrándole igual al Gran Santo del Cielo. Se le puede conceder solamente el título sin vincularlo a un cargo; y ya está». El Señor del Cielo estuvo de acuerdo y volvió a enviar a la Estrella del Anochecer a que fuera a llamar al nuevo santo. Cuando Sun Wu Kung se enteró de su llegada, dijo: «La Estrella del Anochecer es una buena persona». E hizo que su ejército

formara en fila para recibirle solemnemente. Él mismo se vistió con ropa de fiesta y le salió cortésmente al encuentro.

La Estrella del Anochecer le contó lo que se había decidido en el cielo y le dijo que ella traía consigo el nombramiento del Igual al Gran Santo del Cielo.

El Santo se rio y dijo: «Ya con anterioridad habéis intercedido por mí, vieja Estrella. Y ahora habéis vuelto a haceros cargo de mí. ¡Muchas gracias. Muchas gracias!».

Al entrar ambos en presencia del Señor del Cielo, éste le dijo: «El rango de Igual al Gran Santo del Cielo es muy elevado. Ahora ya no puedes montar escándalos». El Gran Santo le dio las gracias y el Señor del Cielo ordenó a dos hábiles maestros artesanos que le construyeran un palacio al este del huerto de melocotoneros de la Reina Madre del Oeste. Fue llevado al palacio con todos los honores.

Ahora el Santo estaba en su elemento. Tenía todo lo que su corazón deseaba y no estaba obligado a hacer ningún trabajo. Él se dejó hacer, e iba a capricho a pasear por el cielo y visitaba a los dioses. Hablaba a los tres Puros y a los cuatro soberanos con cierto respeto, pero a los Dioses del planeta, a los Señores de las Veintiocho Casas de la Luna y a los Creadores de las Familias de Animales y al resto de estrellas les llamaba confiadamente de tú. Y cada día se paseaba por las nubes del cielo sin tener nada que hacer.

Un sabio le dijo al Señor del Cielo: «El sagrado Sun está ocioso día tras día. Es de temer que llegue a tener pensamientos negativos. Sería mejor que le encargáramos alguna función».

El Señor del Cielo llamó al Gran Santo y le dijo: «Los melocotones de la vida en el huerto de melocotoneros de la Reina Madre estarán pronto maduros. Te encargo de que los vigiles. ¡Cumple concienzudamente con tu deber!».

Este encargo complació al Santo y le dio las gracias. Fue al huerto, donde los jardineros y los guardias le recibieron de rodillas. Él les preguntó: «¿Cuántos árboles hay en el huerto?».

«Tres mil seiscientos —le contestó el jardinero—. En la primera fila hay mil doscientos. Dan flores rojas y frutos pequeños. Cada tres mil años están maduros. El que come de ellos está sano y joven. Los mil doscientos de la fila de en medio tienen grandes flores y dan frutos dulces. Maduran cada seis mil años. El que come de ellos puede columpiarse en el amanecer sin hacerse viejo. Los mil doscientos de la última fila dan frutos a rayas rojas que tienen pequeñas semillas. Maduran cada nueve mil años. El que come de ellos tiene una vida tan larga como la del cielo y no cambia durante miles de eones.»

El Santo se alegró de escucharle. Comprobó las listas y, a partir de entonces, venía cada dos días a echar una ojeada. Los melocotones que estaban más atrás estaban ya casi todos maduros. Entraba en el huerto, enviaba a los guardianes y a los jardineros fuera con algún pretexto, se subía a los árboles y cada vez comía tantos melocotones como quería hasta hartarse.

Por aquella época, la Reina Madre del Oeste preparó el festín de melocotones al que solía invitar a todos los dioses del cielo. Envió a las hadas de los trajes de siete colores con cestas para que recogieran los melocotones. El guardián dijo: «El jardín está ahora al cuidado del Igual al Gran Santo, tenéis que decírselo a él primero». Y condujo a las siete hadas al huerto. Buscaron al Gran Santo por todas partes, pero no lo encontraron. Las hadas dijeron: «Nos han dado un encargo y no debemos retrasarnos. Vamos a ir empezando la recolección». En la primera fila recolectaron algunas cestas llenas, en la segunda había más claros entre los melocotones. En la de atrás sólo había un melocotón medio maduro. Bajaron la rama y lo

cogieron, luego la soltaron para que volviera a ponerse en su sitio.

Pero el Gran Santo, que se había convertido en un gusano del melocotón y que justamente se estaba comiendo su comida del mediodía en esa rama, al ser sacudido tan brutalmente, apareció en su verdadero estado, cogió su barra y quería golpearlas.

Las hadas le dijeron: «Venimos por orden de la Reina Madre. ¡No seas malo, Gran Santo!».

El Santo les dijo: «¿A quién ha invitado la Reina Madre?». Ellas le contestaron: «A todos los dioses y santos del cielo, de la tierra y de las profundidades».

«¿Me ha invitado a mí también?», preguntó el Gran Santo. «No lo sabemos», le contestaron.

Entonces el Santo se enfadó y dijo un conjuro: «¡Quietas, quietas, quietas!».

Las siete hadas se quedaron ancladas en el sitio en que estaban. Él cogió una nube y se dirigió al palacio de la Reina Madre.

Por el camino se encontró con el dios de los Pies Descalzos y le dijo: «¿Adónde vas?».

«Al festín de melocotones», le contestó.

Entonces el Santo le mintió: «El Señor del Cielo me ha dado la orden de decir a todos los dioses y santos que tienen que ir primero al pabellón de la claridad para hacer un ensayo de los ritos e ir luego juntos a ver a la Reina Madre».

El de los Pies Descalzos le creyó y dio la vuelta a su nube.

El Gran Santo tomó entonces la apariencia del de los Pies Descalzos y se dirigió al palacio de la Reina Madre. Allí hizo bajar su nube y entró tranquilamente. La comida ya estaba preparada, pero todavía no había llegado ningún dios. Olió de repente el aroma del vino y vio en una habitación de al lado

unas cien tinajas llenas de delicioso néctar. La boca se le hizo agua. Se arrancó algunos pelos y se convirtió en gusano del sueño. Estos gusanos se deslizan en las narices de los escanciadores y todos se duermen. Luego se dejó caer entre las deliciosas viandas, abrió las tinajas y bebió hasta que cogió una gran borrachera. Entonces se dijo para sí: «Esto no es nada seguro, mejor será que me vaya a casa a dormir». Salió del jardín con pasos inseguros, dando traspiés. Se confundió de camino y llegó a la casa de Lao Tse. Allí volvió en sí. Puso sus vestiduras en orden y continuó avanzando. Allí dentro no se veía a nadie, porque Lao Tse se encontraba en ese momento de visita en casa del dios de la Luz hablando con él, y todos sus sirvientes estaban con él y le escuchaban. Como no encontró a nadie, el Santo entró en la habitación más interior donde Lao Tse solía preparar el elixir de la vida. Junto al horno había cinco calabazas que estaban llenas con las píldoras de la vida ya listas. El Santo se dijo: «Hace tiempo que tengo la idea de preparar unas cuantas de estas pastillas. Así que me viene muy bien encontrarlas aquí», de modo que sacudió las calabazas y se comió todas las píldoras de la vida; como había comido y bebido bastante pensó para sí: «¡Malo, malo! Lo que he preparado no tiene arreglo. Si me cogen mi vida no va a estar segura. Así que es mejor que baje a la tierra y que siga siendo rey». Se hizo invisible y salió por la puerta oeste del cielo y volvió a la montaña de las Flores y de los Frutos, donde les contó a los suyos, que salieron a recibirle, sus aventuras. Cuando habló del néctar del huerto de los melocotoneros, sus monos le dijeron: «¿No podéis volver y robarles un par de botellas de vino, para que nosotros las probemos y seamos inmortales?».

El rey de los monos estuvo de acuerdo, dio una voltereta, se deslizó en el huerto y cogió cuatro tinas. Dos las sostenía bajo los brazos y dos en las manos. Desapareció sin de-

jar huella y las llevó a su cueva, donde se las bebió con sus monos.

Mientras tanto, las siete hadas que había inmovilizado el Santo recuperaron el movimiento después de un día y de una noche. Cogieron las cestas y le contaron a la Reina Madre lo que les había ocurrido. También los escanciadores vinieron corriendo y contaron la devastación que un extraño había producido en la comida y en la bebida. La Reina Madre se fue a ver al Señor del Cielo para quejarse. Poco más tarde llegó Lao Tse, contando el robo de las pastillas de la vida. El dios de los Pies Descalzos vino detrás e informó que el Igual al Gran Santo le había engañado, y también llegaron los sirvientes corriendo al palacio del Gran Santo y dijeron que el Santo se había ido y que no lo encontraban en ninguna parte. Entonces el Señor del Cielo se asustó y dijo: «Todas estas cosas, sin duda, las ha llevado a cabo ese diablo de mono».

Entonces se dio orden de capturar al mono a todo el ejército del cielo, compuesto por los dioses de las Estrellas, los dioses del Tiempo y los dioses de las Montañas. Li Dsing tenía el mando supremo. Puso en estado de batalla toda la montaña, extendió la red del cielo y de la tierra, de modo que nadie podía escaparse. Luego envió a sus más valientes caballeros a la lucha. El mono rechazó valerosamente todos los ataques desde primeras horas de la mañana hasta el anochecer.

Sus fieles habían sido encarcelados. Lo vio todo demasiado negro, se arrancó un pelo y se convirtió en mil reyes mono, todos los cuales golpeaban con barras de hierro de abrazaderas de oro. El ejército del cielo fue vencido y el mono se volvió a su cueva a descansar.

Guan Yin también había ido al banquete de los melocotones en el cielo y supo lo que había hecho Sun Wu Kung. Cuando fue a ver al Señor del Cielo, se encontraba allí justamente

Li Dsing contando la gran derrota que les había sido infligida en la montaña de las Flores y de los Frutos. Guan Yin le dijo al Señor del Cielo: «Puedo recomendaros a un héroe que seguro que acaba con el mono. Es vuestro nieto Yang Oerlang. Ha vencido a todos los espíritus de los animales terrestres y a los espíritus de las aves, y ha sometido a los elfos de los prados y de los bosquecillos. Él sabrá cómo hacer para vencer a ese tipo de demonio».

Fueron a buscar a Yang Oerlang, y Li Dsing le condujo al campamento. Li Dsing le preguntó a Yang Oerlang cómo iba a hacer para vencer al mono.

Él le contestó riéndose: «Creo que con él voy a tener que transformarme a porfía. Sería mejor que recogierais la red del cielo, de modo que no entorpezca la lucha». Le pidió a Li Dsing que se colocara en el aire llevando el espejo de los espíritus en la mano, para que cuando el mono se volviera invisible, se le pudiera localizar con el espejo. Después de haberse puesto de acuerdo, Yang Oerlang fue delante de la montaña con sus espíritus a luchar.

El mono salió de un salto y al ver ante él al gran héroe con sus lanzas de tres picas de cinc, le preguntó: «¿Tú quién eres?».

Él le contestó: «Yo soy Yang Oerlang, el nieto del Señor del Cielo». El mono le respondió riéndose: «Sí, sí, ya me acuerdo, su hija estuvo en secreto una vez con un tal señor Yang y tuvo un hijo. ¿Así que ése eres tú?».

Yang Oerlang hizo una mueca y le atacó con la lanza. Hubo una lucha encarnizada. Hicieron trescientos ataques en vano y entonces Yang Oerlang se transformó en un gigante de rostro negro y ojos rojos.

«No está mal —le dijo el mono—, pero yo también puedo hacerlo.»

Continuaron la lucha con esa apariencia. Los papiones del

mono tuvieron mucho miedo. Los espíritus de los animales y de las plantas de Yang Oerlang obstruían el paso con dureza al mono. La mayoría se golpeaban entre sí y los otros se escondían. Cuando el mono se dio cuenta, se sintió intranquilo. Recobró su apariencia, agarró el bastón y huyó. Yang Oerlang le pisaba los talones. El mono, al verse en peligro, escondió el palo, que había convertido en aguja, en su oreja, se convirtió en un gorrión y voló a lo alto de la copa de un árbol. Yang Oerlang, que le iba siguiendo de cerca, le perdió de repente, pero con su aguda vista descubrió que se había convertido en un gorrión. Arrojó la pica y la armadura y se convirtió en un gavilán, lanzándose hacia el gorrión. Él se alzó volando y subió por los aires convertido en cormorán. Yang Oerlang ahuecó su plumaje y se convirtió en una gran grulla de mar y salió disparado por las nubes a atrapar al cormorán. Éste descendió, voló sobre un valle y desapareció en la corriente de un arroyo convertido en pez. Cuando Yang Oerlang llegó al valle, había perdido su pista y se dijo: «Seguro que ese mono se ha convertido en un pez o en un cangrejo. Yo me voy a convertir también para cogerle». Se convirtió en un azor que volaba sobre las aguas. Cuando el mono, que estaba en el agua, vio al azor, reconoció a Yang Oerlang. Se dio prisa en huir; Yang Oerlang le seguía. Cuando llegó con el pico a poca distancia, se enderezó, salió a la tierra como serpiente de agua y se escondió en la hierba. Yang Oerlang, viendo que la serpiente de agua se escondía, se convirtió en águila y estiró sus afiladas garras para cogerla. La serpiente de agua saltó hacia delante y se convirtió en la más vulgar de las aves, en una avutarda moteada, y se colocó en la ladera de una montaña. Yang Oerlang, viendo que se transformaba en un animal tan común, no pudo seguir y apareció en su primitivo estado. Cogió su armadura y cargó contra él. La avutarda se resbaló y

cayó ladera abajo. Al llegar abajo se convirtió en mono en la capilla de un dios del campo. Cerró la boca como si fuera la entrada. Los dientes se convirtieron en batientes de puertas, la lengua en la imagen del dios y los ojos en ventanas. Pero no sabía dónde poner la cola, entonces la puso detrás, alzada como si fuera el asta de una bandera. Cuando Yang Oerlang llegó abajo, vio la capilla con su asta de bandera en la parte de atrás. Se rio y dijo: «¡Realmente es un demonio de mono! Quiere hacerme entrar en la capilla para morderme, pero no voy a entrar. Voy a golpear en las ventanas primero y luego romperé los batientes». Cuando el mono lo oyó tuvo mucho miedo. Dio un salto de tigre y desapareció en el aire sin dejar huella. De una voltereta llegó al templo de Yang Oerlang. Tomó su aspecto y entró. Los espíritus que estaban de guardia no tuvieron dificultad para reconocerle. Le recibieron de rodillas. El mono se sentó en el trono del dios y dejó que le dijeran oraciones.

Yang Oerlang subió al aire en dirección a Li Dsing cuando dejó de ver al mono y le dijo: «Con el mono me he convertido a porfía. Pero de repente he dejado de verle. ¡Mira en el espejo!». Li Dsing miró en el espejo de los espíritus; luego le dijo riéndose: «El mono se ha convertido en vos, está sentado en el templo como si fuera su casa y haciendo barbaridades allí». Al oírle, Yang Oerlang cogió la pica de las tres puntas de cinc y se dirigió rápidamente a su templo. Los espíritus que estaban a la puerta dijeron asustados: «¡Pero si el padre acaba de llegar! ¿Cómo es que ahora viene otro?». Yang Oerlang entró sin escucharles en el templo y apuntó con su pica a Sun Wu Kung. Éste tomó su propio aspecto y dijo riéndose: «¡Joven señor, no os enfadéis! El dios de aquí se llama ahora Sun Wu Kung». Sin decir una palabra, Yang Oerlang le atacó. Sun Wu Kung cogió su bastón y devolvió el golpe. Los guerreros se apresuraron a

salir del templo luchando, y envueltos en nubes y niebla volvieron a la montaña de las Flores y de los Frutos.

Mientras tanto, Guan Yin, Lao Tse, el Señor del Cielo y la Reina Madre estaban sentados en la sala del cielo en espera de noticias. Como no se supo nada, la Reina Madre dijo: «Voy a ir con Lao Tse a la puerta sur del cielo a ver qué ocurre». Al ver que la lucha aún no había terminado, le dijo a Lao Tse: «¿Qué tal si ayudáramos un poco a Yang Oerlang? Quiero encerrar a Sun Wu Kung en mi jarrón».

Pero Lao Tse le respondió: «Vuestro florero es de porcelana, con su bastón podría romperlo, pero yo tengo un anillo de diamante que puede encerrar a cualquier ser. Eso es lo que tenemos que utilizar». Lanzó su anillo desde la puerta del cielo por el aire y le dio a Sun Wu Kung en la cabeza. Como éste estaba bastante ocupado con la lucha, no pudo defenderse. Con el lanzamiento en la sien, resbaló, pero volvió a ponerse de pie queriendo huir. El perro de Yang Oerlang le mordió en la pata y cayó al suelo. Yang Oerlang y los suyos se acercaron y le ataron con cuerdas y le pusieron una cadena alrededor de la clavícula, de modo que no pudiera moverse. Lao Tse volvió a coger su anillo de diamante y se volvió con Guan Yin a la sala del cielo.

Sun Wu Kung fue conducido triunfalmente y condenado a ser decapitado. Le llevaron a la plaza de ejecuciones y le ataron a una columna. Pero todos los esfuerzos de darle la muerte con hacha, espada, truenos y rayos fueron vanos. No había nada que le dañara el más mínimo cabello.

Lao Tse dijo: «¡No es extraño! Este mono se ha comido los melocotones, bebido el vino y además se ha tragado mis píldoras de la vida. No puede pasarle nada. Lo mejor será que yo me lo lleve y lo meta en mi horno para fundir el elixir de la vida que hay en él. Entonces se desmoronará convertido en polvo y cenizas».

Cortaron las cuerdas de Sun Wu Kung y Lao Tse se lo llevó, lo metió en el horno y les ordenó a sus sirvientes que encendieran un fuerte fuego.

Alrededor del horno estaban grabados los dibujos de las ocho fuerzas de la naturaleza. Cuando el mono entró en el horno buscó protección en el signo del viento. El fuego no pudo apoderarse de él; lo único que le ocurrió es que el humo le irritó los ojos. Se quedó en el horno siete veces siete días; Lao Tse hizo que lo abrieran luego para echar una ojeada. Cuando Sun Wu Kung vio la luz, no se quedó quieto, sino que saltó fuera e hizo caer el horno mágico. Empujó a los guardianes y a los sirvientes al suelo, y el propio Lao Tse, que quiso cogerlo, recibió tal golpe de él que movía las piernas en el aire como si fuera una cebolla dada la vuelta. Sun Wu Kung se sacó el palo de la oreja y golpeó sin el menor reparo haciendo todo trizas, de tal forma que los dioses de las estrellas cerraron sus puertas y los guardianes del cielo se marcharon corriendo de allí. Llegó hasta el Palacio del Señor del Cielo y pudo ser detenido con su fusta de acero al pasar por la puerta de entrada. Le acosaron con los treinta y seis dioses del trueno, los cuales le rodearon pero no pudieron cogerle.

El Señor del Cielo dijo: «Buda siempre sabe lo que hay que hacer; ¡daos prisa en ir a buscarle!».

Vino Buda desde el oeste acompañado de Ananda y Kashiapa, sus dos discípulos. Cuando vio el jaleo dijo: «¡En primer lugar dejad las armas y sacad al Santo! Voy a hablar con él». Los dioses se apartaron. Sun Wu Kung le preguntó jadeando: «¿Quién eres tú para arriesgarte a hablar conmigo?».

Buda le contestó sonriendo: «Yo soy del bienaventurado oeste Sakiamuni Amitofu. He oído hablar de los disturbios que armas y he venido a domarte».

Sun Wu Kung le contestó: «Yo soy el mono de piedra. He

aprendido las ciencias ocultas. Puedo convertirme veintisiete veces y tengo una vida tan larga como el cielo. ¿Cómo ha ganado el Señor del Cielo el derecho a gobernar eternamente desde su trono? Debería hacerme un sitio. Eso me haría feliz».

Buda dijo sonriendo: «Tú eres un animal que posee la magia. ¿Cómo quieres gobernar como Señor del Cielo? Debes saber que el Señor del Cielo ha trabajado su virtud desde hace eones. ¿Cuántos años te faltan a ti para alcanzar su estado? Y pregúntate: ¿qué más sabes hacer además de convertirte en otros seres?».

Sun Wu Kung le respondió: «Sé dar volteretas. Con cada una de ellas me desplazo a ocho mil millas. ¡Seguro que eso vale para ser Señor del Cielo!».

Buda volvió a responderle sonriendo: «Vamos a hacer una apuesta. Si con una voltereta puedes salir de mi mano, yo le rogaré al Señor del Cielo que te haga un sitio, pero si no sales, aceptarás que te ponga una cadena».

Sun Wu Kung se aguantó la risa, porque pensaba: «¡Este Buda es un loco! Su mano no mide un pie. ¿Cómo no voy a poder saltarla?». Así que dijo con la boca grande: «Sí».

Buda extendió su mano. Parecía una hojita de loto. Sun Wu Kung saltó encima con un salto. Luego dijo «¡Fuera!», y dio una voltereta tras otra, pero lo único que hacía era girar como un torbellino. Mientras silbaba, vio cinco altas columnas rojas que se elevaban hacia el cielo y pensó: «Éste es el fin del mundo. Voy a volver y a convertirme en Señor del Cielo, pero antes quiero escribir aquí mi nombre como testimonio de que estuve aquí». Se arrancó un pelo, se convirtió en pincel y escribió con mayúsculas en la columna central: «El Igual al Gran Santo». Luego dio una vuelta alrededor y alivió sus necesidades en la primera de las cinco columnas. Después dio una voltereta para volver al sitio del que había venido. Saltó de la

mano y dijo sonriendo: «Bueno, ¡ahora date prisa en hacer que el Señor del Cielo me acomode su palacio! Fui al final del mundo y dejé allí constancia».

Buda le interpeló: «¡Mono infame, me has meado en la mano! ¿Me quieres hacer creer que has salido de mi mano? ¡Mira a ver si en mi dedo del centro está escrito "El Igual al Gran Santo" o no! Y mi pulgar está todavía mojado. ¿Sigues pretendiendo tener razón?».

Sun Wu Kung se asustó muchísimo, pues vio de una sola ojeada que era cierto. Dijo en voz alta que no se daba por satisfecho y que quería intentarlo otra vez, para así poder aprovechar la oportunidad de marcharse de allí. Buda le cubrió con su mano. Le sacó de la puerta de la ciudad y construyó una montaña de agua, fuego, madera, tierra y metal, con la que le cubrió cuidadosamente para que se quedara allí dentro. Un encantamiento que le hacía quedarse pegado a las rocas le mantuvo quieto.

Allí tendría que quedarse cientos de años hasta que se convirtiera y se liberara ayudando al monje de Yantsekiang a recuperar las sagradas escrituras del Oeste. Honró al monje como maestro y a partir de entonces se llamó El Errante. Guan Yin, a la que liberó, dio al monje una cadena de oro. Sun Wu Kung estaba determinado a llevarla e inmediatamente se le pegó a la carne, de forma que no podía quitársela. Guan Yin le dio una fórmula mágica al monje, con la que podía estrechar el anillo si el mono no quería obedecerle. A partir de ahí fue obediente y bien educado.

Notas

Primera parte

I. Sagas de los dioses

1. *Los cinco ancianos crean al hombre.* Fuente: tradición oral.

Los elementos se encuentran diseminados en las diferentes literaturas. Los cinco espíritus de los elementos: tierra, fuego, agua, madera y metal se utilizan conjuntamente en la creación. Estos cinco dioses se mencionan también en otros lugares.

El Anciano Amarillo, Huang Lau, tiene relación, fuera del texto, con la piedra amarilla. Huang Schï, véase el cuento de Dschang Liang (n. 51). Las enseñanzas del taoísmo y las de Huang Lau, ambas indicadas, no tienen su origen en el Anciano Amarillo, sino que Huang Lau es una refundición de Huang Di (el emperador amarillo) y Laudsï (Lao Tse). Los otros cuatro dioses, que aparecieron en la época de la dinastía Han, a pesar de que se pueden encontrar huellas separadas de ellos, como la Reina Madre del Oeste, Si Wang Mu, que ya aparecía en tiempos anteriores, van a aparecer corrientemente a partir de este momento.

El príncipe del palacio de jade, también llamado señor de nefrito. «Yü Huang Di» es la expresión popular del «dios amado». Tanto el jade como el nefrito tienen aquí un único sentido: ser testimonio de su majestad. Yü Huang es en todos los relatos, salvo en el n. 18, el dios superior entre los dioses. Está relacionado con Indra, que se encuentra en el cielo de las

traiyastrimas. que también está compuesto por treinta y tres salas. El significado astronómico está aquí especialmente claro. En algunos de los relatos que aparecen a continuación se revela que la mitología sobre Indra es también muy fructífera.

2. *El vaquero y la hilandera.* Fuente: tradición oral.

El vaquero está en la constelación del águila, la tejedora en la de la lira.

El río celeste que les separa es la Vía Láctea. El día 7 del séptimo mes se celebra la fiesta de su unión. El señor del cielo tiene nueve hijas en total, que viven en los nueve cielos. La mayor se casó con Li Dsing (véase Notscha, n. 4), la segunda es la madre de Yang Oerlang (véase n. 3), la tercera parió la estrella del año (Júpiter [compárese con Amanecer], n. 22), la cuarta vivió con un sabio piadoso y culto, llamado Dung Yung, al que ayudó a alcanzar honor y riquezas. La séptima es la tejedora, la novena tuvo que ser esclava en la tierra como castigo a su pecado. De la quinta, sexta y octava no se conoce nada más próximo.

3. *Yang Oerlang.* Fuentes: véase el Fong Schen Yän Yi y el Si Yu Gi.

Yang Oerlang es un cazador, como muestran el perro y el halcón que lleva consigo. El perro del cielo es literalmente el dios perro mordedor, que recuerda al perro de Indra. El dios también aparece como domador de los espíritus de animales de la «montaña de los melocotones»; compárese con Fong Schen Yän Yi, cuya historia se cuenta también detalladamente. La presentación de los diez soles originarios que había en el cielo, de los cuales mató nueve como defensa, también se contaba en la época del señor Yau. La defensa se llama allí Hou I o I; véase n. 5. Aquí se nombra a los titanes de las montañas en lugar del disparo.

4. *Notscha.* Fuentes: Fong Schen Yän Yi, y Si Yu Yi.

La hija mayor del señor del cielo; véanse las notas del cuento n. 2. En el Fong Schen Yän Yi se da a la madre de Notscha el apellido Yin, nombre de familia.

Li Dsing, el rey del cielo que lleva la pagoda, hace referencias claras

al dios Indra, señor del trueno y del relámpago. La pagoda sería luego un malentendido para Varja, el trueno. Notscha sería en ese caso una personificación del trueno; compárese con la mitología hindú según la cual Indra-Vadjrapani fue perseguido por su hermano pequeño. El anillo de oro es el Tschakrarad. El Gran Uno, Tai I, es el estado anterior al principio de escisión masculina y femenina. El origen es un estado muy anterior a la personificación del ser. En el Fong Schen Yän Yi, aparece una genealogía completa de los santos mitológicos del taoísmo, que se dividieron en guerreros que apoyaban al rey Mu de Dschou y al tirano Dschou Sin. Estos santos son, en gran parte, seres que representan el budismo o el brahmanismo. El Gran Uno es en el Fong Schen Yän Yi al mismo tiempo idéntico al personaje del viejo emperador Tschong Tang.

El dios dragón (Nagaradja) del mar del Este también aparece en la historia de Sun Wu Kung. Sobre dragones y serpientes, véanse igualmente algunas de las historias siguientes.

El tritón, el Yätscha chino, era también llamado Yatscha en la India. «El tendón del dragón» se refiere aquí a la médula espinal. Los nervios y tendones no se distinguen claramente.

«La madre rechazó a Notscha.» Aquí se habla de otra desgracia en la que disparando a ciegas el arco mágico mata a la servidora de la diosa de las piedras. El episodio no está aquí relatado.

«Tres espíritus y siete almas.» El hombre tiene tres espíritus, normalmente sobre la cabeza, y siete almas animales.

«Notscha estaba aquel día ausente de espíritu.» La representación es sólo un lugar de la divinidad, que se puede tomar o dejar a voluntad. Por eso hay que llamarlo con la plegaria con incienso y campanas. Si el dios no está presente, se trata de un simple pedazo de madera o de arcilla. De ahí que se explique claramente el poco respeto de los chinos cuando muestran a los extranjeros uno de sus templos. Pu Hiän, la bodhisattva del león (según el Fong Schen Yän Yi, un elefante). La Samantabhadra hindú, una de las cuatro grandes bodhisattvas de la escuela de los Tantras. Wen Dschu, el bodhisattva de los leones de la montaña con melenas de oro (Hou) es la Mañdjusri hindú.

El viejo Buda del resplandor, Jan Dong Gu Fu, es el Dîpamkara hindú.

La magia negra. En el Fong Schen Yän Yi se nombran tres discípulos de la escuela Hung Gün: Tsai Giau, que es experto en magia negra y que ayuda al tirano Dschou Sin. Su superior es Tung Tän Giau Dschou, en el que convergen todas las sectas secretas. Un poco más adelante, la Tschan Giau, uno de cuyos traidores mantiene a Lao Tse alejado, mientras que Yüan Schi Tiän Dsun (el principio de todo) toma parte en la lucha con sus discípulos.

«Los dátiles de fuego.» Dátiles, véase yuyuba: elixir de la vida.

5. *El hada de la luna.* Fuente: tradición oral.

Los únicos temas aparecen en Dschuang Dsï Huai Nan Dsï y otros. El protector Hou I (O conde I, príncipe de la protección), compárese con Dschuang Dsï, aparece en diferentes etapas en las sagas. Está en relación con los mitos sobre la luna, y se cuenta también de él que con su arco ha sacado a la luna de las tinieblas.

La reina madre es Si Wang Mu, véase n. 1.

Dinastía Tang del año 618 al 906 d.C.

«Las amplias salas del claro frío.» En la luna también hay una diosa del hielo. El conejo de la luna es una historia muy popular. Está en relación con la maduración del grano y con el elixir de la vida. El sapo de la lluvia Tschan, que tiene tres patas, vive en la luna. Según una de las versiones, Tschang O se ha transformado en este sapo.

6. *La estrella del amanecer y la estrella del anochecer.* Fuente: tradición oral (véase también Dso Dschuan).

Los nombres chinos de Lucifer y Hesperus son Tschen (o Schang) y Schen. Schen es una constelación que se sitúa cercana a Orión. También se busca la estrella Tschen en la constelación de Orión.

7. *La muchacha de la cabeza de caballo.* Fuente: véase Sou Schen Gi.

La historia se atribuye a la época de Hau. Se trata de una saga, que parece nacer en Setschuan. El caballo es la constelación celeste de la primavera, cuando se cuidan los gusanos de seda. De ahí proviene el título. La propia historia no da ninguna explicación. Aparte de esa diosa

existía también la espada del «dios campesino» (Schen Nung) a la que se adora como divinidad de los gusanos de seda. La diferencia es que la muchacha de la cabeza de caballo es más que la otra una representación totémica del gusano de seda. La esposa de Schen Nung, por el contrario, una divinidad protectora. Es la que enseñó a las mujeres el cuidado de los gusanos de seda. También se nombra a la esposa del señor amarillo. Las creencias del pueblo distinguen tres divinidades femeninas, que se ocupan indiferentemente de los gusanos de seda. La segunda es la mejor. Cuando es su año, la seda es de buena calidad.

8. *La Reina del Cielo* (véase Sü Tsi Hiä).

La reina del cielo Tiän Hou o también Tiän Fe Niang Niang es una de la divinidades taoístas que acostumbra a acompañar a las almas en su transmigración, especialmente importante es su culto en los lugares de arte. Aparece en los cuentos locales, que vienen de la provincia de Fukiän, y es una superposición de la Maritschi hindú (la cual también recibe culto bajo el nombre de Dschunti, la de los ocho brazos).

Tiän Hou pertenece a la dinastía manchú de las divinidades conocidas a nivel oficial.

9. *Nü Wa.* Fuentes: Liä Dsï, Fong Schen Yän Yi, entre otros.

Fu Hi significa «respiración ardiente». Nü Wa es originariamente un varón; el nombre, que está marcado con el símbolo utilizado para las mujeres (como muchos de los viejos apellidos de género), se refería generalmente a un ser femenino.

Gung Gung. El demonio de las aguas recuerda al babilónico Tihamat. Naturalmente no hay que pensar en un paso directo. Un informe dice que Nü Wa envió al dios del fuego (Dschu Yung) a que luchara contra Gung Gung.

«La montaña Inacabada» se refiere a Bu Dschou Schan chino.

La historia de la venganza de la diosa en el tirano Dschou Sin aparece en el Fong Schen Yän Yi. Dschou Sin fue el último gobernante de la dinastía Yin, que fue combatido por el rey Wu de la familia de los Dschou.

Da Gi, también pronunciado Dan Gi o Ta Gi. La conversión de los

veintinueve zorros en Da Gi proviene del Fong Schen Yän Yi. Sobre el tipo de zorro que se convierte en bella muchacha y molesta a los humanos, véanse las historias de zorros.

Bi Gan, el dios de la riqueza.

10. *El dios del fuego* (véase, entre otros, San Guo Yän Yi).

Sobre el caballero rojo, véase n. 1.

La montaña sagrada del sur se llama Sung-schan en Huan.

La estrella del fuego es Marte.

Las constelaciones del cuadrante sur del cielo se agrupan bajo el nombre de «Pájaro rojo».

El país de las cuatro corrientes es Sïtschuan, al oeste de la China actual.

11. *Los tres dioses que gobiernan el mundo.* Fuente: tradición oral.

Se trata aquí de la transposición del Trimurti hindú. La horrible aparición del tercero, que claramente no entendió el pueblo, de lo que dan testimonio las historias sobre ello, se refiere a Siva.

Sobre «El monje de Yangtsekiang», véase el cuento 55.

12. *Confucio* (véase Sou Schen Gi, entre otros).

Se pueden ver aquí diferentes historias que conjugan la personalidad de Confucio y los mitos sobre él. Se trata simplemente de una sabiduría sobrenatural que se aumenta todavía más en la historia.

Kilin, un animal de fábula con cuernos, parecido al okapi, que es de una gran bondad, es el príncipe de los animales cuadrúpedos. La montaña de cristal o de cristal de roca, como hijo de la cual aparece aquí Confucio, nos deja ver su relación de pertenencia con el oscuro señor del norte, cuyo elemento es el agua (y la sabiduría). Sobre el discípulo preferido de Confucio, Yän Hui, véanse las conversaciones de Kungfutse. La gran montaña o Tai Schan es la montaña sagrada de Schantung, cuya divinidad fue Huang Fe Hu.

Wu es un estado al sur de la vieja China, cerca de Yangtsekiang. Tschu era una región medio salvaje, aún más al sur de Wu.

El gran Yü es el mítico príncipe, que reguló por primera vez el recorrido de los ríos. Véanse Conversiones de Kungfutse.

Lu era el hogar de Confucio, en el oeste de Schantung.

«El florecimiento y la caída de los estados.» «Tschun Tsiu», uno de los cinco libros clásicos con un contenido de historia oriental, escrito por el propio Confucio.

Tsin Schï Huang, conocido por quemar libros y reorganizar la China en el año 220 a.C.

Schakiu (bola hueca de arena) se encuentra al oeste de la China de aquella época.

La dinastía Han vino tras la dinastía Tsin y ocupó el período desde el año 200 a.C. hasta el 9 d.C. «Los actos de cien generaciones pueden conocerse de antemano»; véanse las conversaciones de Kungfutse. II. 23.

13. *El dios de la guerra.* Fuente: San Guo Yän Yi, entre otros.

El dios de la guerra es un personaje histórico de la época de los tres ricos que se unieron para formar la futura dinastía Han, alrededor del año 250 a.C. Liu Be fundó «La pequeña dinastía Han» en Setschuan, ayudado por Guan Yü y Dschang Fe. Tsau Tsau formó el reino We; el tercer rico era Wu. Guan Yü o Guan Di, es decir, el dios Guan, se convirtió a través del tiempo en el ser más popular de las sagas chinas, dios de la guerra y salvador en una misma persona.

La conversación del monje con el dios Guan Di en la nubes, se aproxima a las enseñanzas budistas del karma. Puesto que Guan Di, aunque sea con motivos justificados, ha matado a hombres, tiene que soportar las consecuencias de sus actos aunque sea un dios.

II. De los santos y de los magos

14. *El halo de santidad.* Fuente: tradición oral.

El señor del cielo, Tiän Schï de Lung Hu Schan recibe el nombre de papa taoísta.

15. *Lao Tse.*

La historia del nacimiento tiene algunos puntos en común con la de Buda. El hecho de que tuviera el cabello blanco al nacer, es la explicación del nombre Lao Tse, al que también se le puede llamar «viejo maestro» o «viejo niño».

Los taoístas prefieren hablar del viaje de Lao Tse al oeste, antes que del nacimiento de Buda, que según otros, es una encarnación de Lao Tse. El guardián del paso de Han-Gu se conoce con el nombre de Guan Yin Hi, Liä Dsï o Dschuang Dsï.

Para sus referencias al Tao Te King, véase *El libro de los ancianos, que trata del sentido y de la vida*, introducción. La historia aparece aquí más desarrollada.

16. *El anciano.* Fuente: Schen Siän Dschuan.

El cinabrio se utiliza con frecuencia en la preparación del elixir de la vida. Véase el cuento n. 16.

Fu Hi, el de «la respiración ardiente», véase n. 9.

Las tortugas son especialmente longevas, véase Liä Dsï, V,I.

17. *Los ocho inmortales I.* Fuente: tradición oral.

Las leyendas de los ocho inmortales (Ba Siän) como grupo unitario no son anteriores a la dinastía de los mongoles. Naturalmente aparecen algunas colecciones ya anteriormente conocidas. Alguno de ellos, como Han Siang Dsi, son personalidades históricas; otros son puro mito. Hoy en día tienen un importante papel en el arte y en la artesanía. También se pueden ver sus emblemas con frecuencia.

Dschuang Li Küan tiene un abanico.

Dschang Go tiene una caña de bambú con dos varas (y un asno).

Lü Dung Bin tiene una espada en la espalda (y un cesto de flores)

Tsau Go Giu tiene dos tablillas (Yin Yang Han), que puede arrojar al aire.

Li Tiä Guai tiene una botella hecha con una calabaza (de la que sale un murciélago como símbolo de suerte)

Lan Tsaï Ho (que también se representa como femenino) tiene una flauta.

Han Siang Dsï tiene una cesta de flores y una azada para recoger hierbas.

Ho Siän Gu tiene una vasija (normalmente en forma de flor de loto).

18. *Los ocho inmortales II.* Fuente: tradición oral.

Recogido por Lic. W. Schüler.

Dios del campo-templito: Tu Di Miau, capillitas de piedra diminuta, que aparecen a la entrada de todos los pueblos.

19. *Los dos estudiantes.* Fuente: véase Tang Dai Tsung Schu.

La historia tiene lugar en tiempos del emperador Di (58-57 d.C.)

El motivo de las siete muchachas dormidas aparece con frecuencia en China. Véase también la bonita alegoría de la fuente de la flor de melocotonero, en la nota al capítulo LXXX del Tao Te King.

20. *El sacerdote de Lauschan.* Fuente: Liau Dschai Yän Yi.

Lauschan, montaña en la región de Kiautschou, conocida desde antiguo como lugar de residencia de los inmortales.

El hada de la luna es Tschang O, véase cuento n. 5. Véase allí la proximidad de «la sala de hielo».

21. *El campesino tacaño.* Fuente: Liau Dschai Yän Yi.

«Bonzo» se ha utilizado a cambio de «taoísta», que aparecía en el texto original.

Coche: En China este término designa a los coches que se arrastran con una sola mano. Los cochecitos chinos son carros de una sola rueda con dos puntos para agarrarlos.

22. *El castigo del incrédulo.* Fuente: Schen Siän Dschuan. Allí tiene su origen el hermano «pequeño».

We Be Yang es un ejemplo de la dinastía Han. Uno de los fundadores de las enseñanzas de alquimia del taoísmo.

23. *El lucero del alba.* Fuente: véase Scheng Siän Dschuan.

La madre de la estrella matutina (Dung Fang So) es, según la tradición, la tercera hija del señor del cielo. Véanse las notas al cuento n. 2. Dung Fang So, una encarnación de la estrella de madera o la estrella del gran año (Júpiter). El rey padre del este es uno de los cinco ancianos, representa a la madera (véase n. 1). Los castaños rojos son también los dátiles de fuego, los dioses de los frutos y permiten la inmortalidad. El cielo oscuro es el cielo del norte.

La niebla originaria, Hung Mong; véase Dschuang Dsï, XI. 4.

La estrella del amanecer podía silbar muy bien. El silbido es una fórmula mágica de los taoístas.

El emperador Wu de la casa Han (Han Wu Di) es uno de los príncipes que tenía grandes conocimientos sobre la magia. Fue emperador desde el 140-86 a.C. La grulla de tres patas del sol es la correspondencia de la rana de las tres patas de la luna.

El agua roja recuerda al agua «ligera» del palacio de la reina madre del oeste.

24. *El rey Mu de Dschou.* Fuentes: Liä Dsï, Mu Tiän Dsï Dschuan, Schen Siä, etc.

Mu de Dschou gobernó desde el año 1001 al 946 a.C. Bajo su nombre están agrupadas las historias del maravilloso viaje al lejano país del oeste, en especial al país de la Reina Madre (Si Wang Mu). Si Wang Mu es originariamente el nombre de una raza. Los fonemas tomaron luego el sentido de «reina madre del oeste» y así la mitología se encontraba con una puerta abierta para esta diosa, que algunos han identificado con Juno.

25. *La fidelidad de la mujer.* Fuente: Gin Gu Ki Guan.

Esta historia del filósofo Dschuang Dsï y su mujer es una saga adornada, que se ha tomado en lugar de la muerte de la mujer de Dschuang Dsï (Libro de Dschuang Sï, 2). También se han eliminado además algunos pasajes de la historia de Dschuang Dsï, como el conocido pasaje del sueño de la mariposa (II,2), entre otros. Su mujer era Tiän de nacimiento. La

casa de los Tiän reinó en el estado de Tsi (al oeste de Schantung) desde el año 379, tras haber usurpado largo tiempo la mayoría de los puestos estatales. El príncipe de Tschu. Tschu era un estado al sur del la antigua China.

26. *El rey de Huai Nan.* Fuentes: Schen Siän Dschuan, Huai Nan Dsï y otras.

El rey de Huai Nan se llamaba Liu An. Era originario de una familia de la dinastía Han. Se relacionaba mucho con la magia y reunió una gran cantidad de magos en su corte, cuyos trabajos están recogidos en una obra filosófica bajo su nombre. Vivió en la época del emperador Wu (véase n. 23). Como éste no tenía herederos, Liu An le hizo hacer un juramento, pero fue descubierto. En el año 122 a.C. se suicidó a consecuencia de este asunto. Nuestro relato muestra la imagen literaria de este hecho.

27. *El viejo Dschang.* Véase Schen Siän Dschuan.

«Casamentera»: para concertar un matrimonio, en la tradición china es imprescindible una casamentera que reúna ambas familias (igual que en otros pueblos orientales). Hay ancianas que se dedican a este oficio.

28. *El mago bondadoso.* Véase Tang Dai Tsung Schu, Schen Siän Dschuan y otros.

Moneda de cobre. Se refiere a la antigua moneda china de cobre, que tiene un agujero en el centro y que se reunían en grupos de quinientas o mil. Esta cantidad representaba unas ochenta pesetas actuales. Así que un millón serían entre unas ochenta y ciento sesenta mil pesetas. El valor del dinero en la China antigua era mucho más importante que hoy en día. «En el bazar persa»: en tiempos de la dinastía Tang, China tenía un importante comercio con el oeste. Los bazares persas estaban en las capitales, así que Si-An Fu en Schensi no era una excepción.

«Hornos de hierbas»: un cesto de tres pies que servía para destilar el elixir de la vida. Las hadas, los dragones y los tigres, estos dos últimos nombres también de constelaciones, los utilizan. El maestro utiliza para la preparación del elixir una ineludible constancia. Por eso Du Dsï

Tschun necesita llegar a ese punto por sus buenas obras. La moneda amarilla que lleva el maestro hace referencia a las enseñanzas del Anciano Amarillo, véase n. 1. El príncipe del infierno Yän Wang o Yän Lo Wang es el Yama hindú. Hay en total diez príncipes del infierno. El quinto es el más importante y el más temido. Sobre los detalles de la concepción china del infierno, véanse los siguientes cuentos.

«Insensibilidad, porfía», literalmente: su ofensa está oculta. Esto pertenece al Yin o a la oscuridad, principio femenino, de ahí la influencia de este tipo de espíritu, que en su nuevo nacimiento es mujer.

«Del horno salían llamas de color púrpura»: mientras que Du Dsï Tschun ha logrado dominar los últimos sentimientos, de forma que el miedo no puede hacerle nada, la última trampa es el amor, y, en su expresión más alta, la del amor materno. Este amor está representado por las llamas, que amenazan con quemar el edificio. Lo más importante dentro de la doctrina taoísta, igual que en la budista, es el total dominio de todos los sentimientos.

29. *Historia de un hombre que insultó al príncipe de los infiernos.* Fuente: teatro.

Yüo Fe pertenece a los héroes populares de la historia. Alrededor del año 1127 los tártaros de Gin cogieron prisionera a toda la familia de la casa Sung. En la capital de Kaifongfu se extendió su fama. El príncipe Kang escapó. Había ido con su caballo a que pastara a orillas de Wegrand. Montó. Nadó con él y así pudo escapar por el Yangtse. Cuando estuvo en un sitio seguro, el caballo cayó, y vio que era de barro. El príncipe hizo de Hangdschou su capital y fundó la dinastía Sung del sur.

Entre los prisioneros de la vieja ciudad imperial estaba Tsin Gui, que había sido ministro. Fue enviado en secreto por el señor de Gin y pudo, en compañía de su mujer, matar al noble y valiente Yüo Fe, 1141. En Hangdschou, igual que en todo el reino, se encuentran hasta nuestros días templos de Yüo Fe. En la antesala hay una estatua de acero de Tsin Gui y del de la lengua larga (Me Ki Siä), colocada en el sitio más bajo, que es insultada y maldecida todos los días por los que acuden al templo.

Los emblemas del infierno son testimonios de las concepciones po-

pulares, como se encuentran en las representaciones del infierno en el templo del dios del estado, del círculo de ciudades, en los que se alimentan.

El quinto palacio del infierno: como ya se citó anteriormente, el príncipe del quinto infierno (Yama) es el dios de los muertos más importante. Sus trajes son como los de los que gobiernan. El sombrero de franja representa la corona.

30. *De cómo Muliän rescató a su madre de los infiernos.* Fuente: tradición oral.

El infierno del hambre, del que Muliän sacó a su madre, aparece ya en el cuento anterior. Esta historia es una correspondencia de la del mito de Orfeo.

III. Espíritus de la naturaleza y espíritus de animales

31. *Los elfos de las flores* (véase Tang Dai Tsung Schu).

Salix: los nombres de los elfos de las flores se enuncian en chino como si fueran el nombre del género, y con su sonido recuerdan al nombre de la flor sin nombrarla. En la traducción se ha mantenido el juego de palabras utilizando los nombres en latín.

Las tías del zafiro: en chino se les llama tías Fong, que se puede escribir con el carácter que significa viento.

32. *El elfo de la montaña.* Véase Liau Dschai.

33. *El espíritu de la montaña de Wuliän.* La historia es originaria de Dschutschong, al oeste de Kiautschoubucht.

«La torre con vistas al mar»: es una conocida torre desde la que se ve el mar.

Weto: es el Veda sánscrito, un bodhisattva rodeado por la fábula, que es el que guía a los cuatro dioses del cielo. Su imagen con la espada desenvainada se encuentra a la entrada de los templos budistas. En lugar

de una espada, en China tiene corrientemente un arco que recuerda a una maza. Se trata, en este caso, de un cruce con Vaisramana.

34. *El espíritu de la montaña del caballo.* Fuente: la misma que el n. 33.

35. *El rey de las hormigas.* Fuente: Tang Dai Tsung Schu.

Véase la aparición de los enanos en la canción nupcial de Goethe: «Nos gusta mucho cantar y hablar delante del conde».

36. *El perrito de caza.* Fuente: Liau Dschai.

El cuento es paralelo a la historia anterior. Se da como prueba de que la misma materia puede presentar distintas formas.

37. *El dragón tras el período de hibernación.* Fuente: Liau Dschai.

El dragón, a la cabeza de los animales de escamas y de los insectos, hiberna según la creencia china. Entonces se vuelve diminuto. Con la primera tormenta de primavera, se convierte de nuevo en relámpago entre las nubes. Aquí se representa la concepción del dragón como fenómeno atmosférico.

38. *Los espíritus del río Amarillo.* Fuente: tradición oral.

En lugar del viejo dios del río Ho Be (Conde del Río), que aparece nombrado en Dschuang Dsï XVII (véase n. 50), las creencias del pueblo hoy en día lo separan de los Dai Wang. En la construcción del puente del ferrocarril sobre el río Amarillo, los espíritus han retardado mucho los trabajos.

Estibador. La representación del valor de una ofrenda hecha por los hombres en la construcción del puente también se ha ampliado. Justamente en relación con el río Amarillo aparecen los sacrificios humanos en China, que, salvo en este caso, son muy aislados, especialmente para parar las inundaciones. Véase n. 49.

Las tablillas de los espíritus. Las representaciones de los dioses han aparecido en China por primera vez con el budismo. El pueblo antiguo,

que ha mantenido hasta hoy en día el culto al confucianismo y la honra a los antepasados, utilizan como representación de los espíritus una tablilla de madera en la que escriben el nombre del espíritu que honran. Las representaciones como servicio a los dioses se encuentran tanto en China como en la antigua Grecia. Dsingingdschou es una capital de provincia en las inmediaciones del río Amarillo.

39. *La princesa dragón.* Tanto para este cuento como para el n. 40, véase Schen Sïan Dschuan.

Sobre el rey dragón, véase el n. 4. La perla que se encuentra bajo la barbilla del dragón es originaria de Dschuang Dsï. La madera verde de Kung Tsing es un tipo de madera. Sobre So Pi-Lo y Lo Dsï-Tschung, véase el n. 40.

40. *El socorro en un mal trance.*

«Dschou Bau tomó la culpa sobre sí»: el funcionario es responsable de lo que ocurra en su demarcación, igual que el emperador es responsable de todo el reino. Como se trata de una extraña fuerza de la naturaleza que es un castigo del cielo, resulta que su origen es el pecado de los hombres. Este tipo de pensamiento se une al que, en el caso anterior, por el desacuerdo de los espíritus del aire, hay una desgracia: pues en los lugares en que entre los hombres reina una gran piedad, los espíritus no pueden hacer tales cosas.

«Los timbales y las trompetas resonaban al mismo tiempo», literalmente. Los timbales y los batintines. El hecho de que suenen las dos señales al tiempo debía confundir al enemigo.

41. *La princesa repudiada.* Fuente: Tang Dai Tsung Schu.

«Apacentaba ovejas»: la oveja es la representación de las nubes, que aparecen también en el relato. (Las ovejas y las cabras se designan con la misma palabra en China.)

Tsiän Tang, nombre del lugar, como nombre del dios que allí reina. «El diluvio»: se refiere a la inundación que el gran Yü reguló siendo ministro de Yaus. Aquí se exagera con la palabra diluvio.

42. *La guarida del zorro.* Fuente: relato popular.

El zorro como demonio, que ocupa el cuerpo de un hombre, es una creencia muy extendida dentro de las creencias del pueblo chino. Una gran cantidad de apariciones histéricas se le atribuyen a él y a las comadrejas. A menudo se trata de estados totalmente pasajeros. Los cuentos dan información sobre la forma de manifestarse.

43. *El fuego del zorro.*

En Liau Dschai aparece la misma historia. El zorro prepara con su respiración, que hace subir hacia la luna, el elixir de la vida. Si alguien se lo puede robar, obtiene una fuerza sobrehumana.

44. *El zorro y los truenos.* Fuente: tradición oral.

El dragón es la representación del trueno, y el rayo odia toda impureza. Por este motivo el zorro lo intenta espantar con la falda femenina impura. Por eso considera la posibilidad de subir al cielo, su elemento.

45. *El zorro amable y el zorro malvado.* Fuente: tradición oral.

Una representación divina del zorro a la que se rinde culto es muy reciente. Llega a China con los manchúes (véase n. 46). Es posible que se hayan introducido también influjos no chinos, eventualmente, o japoneses. El vino y el pollo encantan al espíritu del zorro; véase el cuento 42.

Este cuento da una buena información sobre las apariciones de los zorros, así como de los mareos que se suelen sentir al ser ocupado el cuerpo.

46. *El gran padre Hu.*

El nombre del dios es Hu Tai San Yä, «Gran tercer padre Hu». Es el tercero de los hermanos. Hu aparece como el apellido. Es cierto que Hu se pronuncia como «zorro». Es una falta de atención el presentar al zorro como un dios, ya que, a pesar de sus artes mágicas, es un animal terrible. El influjo manchú está claro en el cuento. Los templos dedicados a esta divinidad han sufrido un gran aumento de preferencia en los últimos años de la dinastía manchú, especialmente en Schantung.

El emperador Hiän Fong, el esposo de la emperatriz Tsï Hi, reinó desde 1851 hasta 1856.

47. *El zorro plateado que hablaba.* Fuente: tradición oral.

La palabra que significa «zorro plateado» es *pi*. El animal de la fábula está a medio camino entre la pantera y el zorro.

«La vieja madre» es, en realidad, la diosa madre de Taischan. En otros lugares se la honra como principal divinidad que concede hijos.

La representación del papa taoísta: los talismanes pintados del papa taoísta, llamado maestro del cielo (Tiän Schï), son especialmente poderosos contra todo tipo de magia. También el dios de la guerra, Guan Di, es invocado como salvador y ayuda en todo tipo de necesidad.

IV. Cuentos históricos

48. *Las tres desgracias.* Véase Dsin Schï.

49. *De cómo murieron tres héroes a causa de dos melocotones.* Véase Dung Dschou Liä Guo.

El conde Ging de Tsï (este de Schantung) era un viejo coetáneo de Confucio. El ministro Yän Dsï, cuyo nombre aparece en un libro de filosofía, es el mismo que sabía esconder el empleo de Confucio en Tsi.

50. *De cómo terminó el matrimonio del dios del río.* Véase Liä Guo. Si-Men Bau es un personaje histórico del siglo v a.C.

51. *Dschang Liang.* Véase Schen Diän Dschuan.

«Con una túnica amarilla»: referencia al taoísmo, véase el cuento número 27.

«El libro de los apéndices secretos» = Yin Fu Ging; véase Liä Dsï, introducción.

«Tienes que llevar un traje verde, etc.»: es la representación del señor verde y de la madre de oro como padres de toda la vida, que recuerda

maravillosamente a la escena de Fausto: «El árbol dorado de la vida es verde».

52. *El viejo barba de dragón.* Véase Tang Dsi Tsung Schu.

Yang Su murió en el año 606 de nuestra era.

Li Dsing, 571-649, que no tiene nada en común con el Li Dsing, padre de Notscha (véase n. 4).

Li Yüan es el fundador de la dinastía Tang, 565-635. Su supuesto hijo, a quien agradeció el gobierno, el «príncipe de Tang», se llamaba Li Schi Min. Su padre dejó por su propia voluntad el trono en el año 618. La historia que aparece en el libro no es verdad; véase la introducción al cuento número 53.

53. *De cómo Molo robó el amanecer.* Véase Tang Dai Tsung Schu.

El cuento recuerda en algunos pasajes a las historias indias. Es de notar, por ejemplo, el lenguaje de los signos, que no es ni siquiera comprendido por el héroe, sino por su sirviente.

54. *La cajita dorada.* Véase Tang Dai Tsung Schu.

El motivo de la esclava inteligente aparece de forma idéntica en la historia de los tres ricos.

«En la frente escribió el nombre de un dios poderoso» sobre este dios, Tai I, el Gran Uno; véanse las notas del cuento número 4.

El dios del gran oso se refiere, naturalmente, a la constelación de la osa mayor.

El intercambio de cartas es particularmente esclarecedor, tanto en lo que se dice entre líneas como en lo que se expresa claramente.

55. *Yan Gui Fe.* Schen Siän Dschuan.

El emperador Ming Huang de la dinastía Tang reinó desde el año 713-756 d.C.

La introducción es histórica.

El país de las cuatro corrientes es Setschuan.

La séptima noche; véase el cuento número 2.

56. *El médico.* Schen Siän Dschuan.

El emperador Ming Huang en el país de las Cuatro Corrientes: véase nota del n. 55.

57. *El monje de Yangtsekiang.* Véase Si Yu Gi, en la que aparece una versión un poco más suave.

El emperador Tai Dsung Li Schï Min, el príncipe Tang, del n. 52, es el más brillante de todos los gobernadores chinos.

«El rey dragón del mar del Este» se nombra frecuentemente en la colección. El dios de la gran montaña y de los diez príncipes del infierno.

El señor principal es Yü Huang, el señor del jade o del nefrito.

Hüan Dschuang se llamaba en un principio Tschen. Sobre el destino de su padre tras haberse ahogado en el agua y sobre sus hijos, véase el n. 11. En el Fong Schen Yän Yi vuelve a aparecer vivo. Cestillos de bambú: el tema de Moisés también aparece en la cuentística china.

El monje de Yangtsekiang, en chino: Giang Liu Ho Schang = el monje arrancado a la corriente.

El pez de madera. Un poste de madera elevado con forma de pez, que golpean los budistas como signo de que están en vela.

Tres colecciones de libros = tripitaka.

Segunda parte

I. Cuentos de niños

1. *De cómo los malos consejos de mujer son más peligrosos que cuchillos afilados.* Cuento de tradición oral.

«El ave roc.» De la China Póng. Compárese con Dschuang Dsï, libro I,1; «Objetos puros blancos y amarillos.» El pequeño no sabe lo que es el oro y la plata.

2. *Los tres versificadores.* Fuente tradición oral.

3. *De cómo un hombre perdió a causa de su avaricia un gran premio por ganar otro menor.* Fuente: tradición oral.

«Hacer teatro.» En China se realiza al aire libre en una escena provisional construida por el pueblo, o bien en un templo, y tiene lugar la mayoría de las veces en días festivos o en cualquier otra celebración religiosa. Sólo existen teatros estables en las grandes ciudades.

4. *¿Quién es el pecador?* Fuente: tradición oral.

5. *La tinaja mágica.* Fuente: tradición oral.

«Tinaja de barro.» En el norte de China no hay tinajas de madera; para guardar agua u otros líquidos existen grandes tinas de loza y de barro, con una abertura superior.

6. *El hombre afortunado y la mujer desgraciada.* Fuente: transmisión oral.

«Dragones.» Los dragones son el símbolo del mando.

«El año nuevo.» Es la fiesta más importante de China, en la cual lo nuevo y lo viejo conviven durante semanas. Esto ocurre en la fiesta de Año Nuevo.

7. *El pájaro de las nueve cabezas* es un conocido fantasma, un poco como «el coco» para nosotros, con el que se asusta a los niños.

«La flecha hecha con cabello.» Romper un trozo como signo de reconocimiento es algo frecuente entre dos personas que se aman. (Véase el cuento de Yang Gui Fe, volumen I.)

«Pez.» El pez era el hijo del dragón. Los dragones son aquí, y muy frecuentemente, los dioses del mar, igual que en las Nagaradjas hindúes.

«La botella hecha con una calabaza.» En China las botellas de calabaza se usan frecuentemente como talismanes mágicos. Se usan también para encerrar espíritus que se ponen a las órdenes del que posee la botella. (Véase el cuento de «La piel pintada».)

8. *La cueva de los animales.* Fuente: transmisión oral.

Compárese con el cuento de *Hansel y Gretel.*

9. *La pantera.*

La pantera representa aquí al mismo animal que «El zorro plateado que habla». (Vol. I.)

El cuento aúna los *leitmotiv* que aparecen en *Caperucita Roja*: el lobo y las siete cabritillas y el desarrapado.

10. *Las grandes lluvias.* Fuente: transmisión oral.

Hace pensar vagamente en un diluvio. Compárese con el cuento de los hermanos Grimm: *La reina abeja.*

11. *El zorro y el tigre.* Fuente: transmisión oral.

Esta fábula es conocidísima. Las fábulas de animales son poco frecuentes en China. Damos unos ejemplos. (Cuentos 11-15.)

12. *El señuelo del tigre.* Fuente: transmisión oral.

13. *El zorro y el cuervo.* Fuente: transmisión oral.

Es de suponer que aquí tenemos simplemente la fábula de Esopo adaptada a la cultura china.

Es característica la sinologización. «La sabiduría de Lao Tse», véase *Das alte Buch von Sinn und Leben.* «El que reconoce su luz y sin embargo se queda en las tinieblas.» «El maestro Dsong» era el discípulo más fiel de Kungdsï, conocido por su piedad. El cuervo es denominado en China «pájaro de la piedad», pues se dice que los pájaros jóvenes regurgitan la comida para alimentar a los viejos.

14. *¿Por qué los perros y los gatos son enemigos?* Fuente: transmisión oral.

II. Cuentos fantásticos

15. *El esbirro.* La historia viene de la época moderna.

El Señor de la Gran Montaña —Taischan— es Huang Fe Hu (Vol. I); está por encima de Yän Wang o dios de la Muerte. Sus templos, Dung Yüo Miau (Templo de la Sagrada Montaña del Oeste), se encuentran en todas las capitales. Tienen un papel importante en ocuparse de los muertos antes del entierro.

16. *La recompensa peligrosa.* Véase Sou Schen Gi.

Sobre el dios de la Gran Montaña, véanse el relato n.° 15 y el de Nü Wa (Vol. I).

17. *La venganza.* Fuente: Sin Tsi Hiä.

El cuento es una obra maestra, especialmente por la manera precisa en que el castigo llega a pesar de que la acción sea secreta, cuando ya se la había olvidado completamente y todo lo malo parece afortunadamente haber desaparecido.

18. *El vidente.* Fuente: Sin Tsi Hiä.

«El duende golpeador.» Se trata de una plaqueta (psicógrafo), método muy extendido en China para ponerse en comunicación con los espíritus. Al relato no le falta humor.

19. *El espíritu de los ahorcados.* Fuente: transmisión oral.

20. *Historias de fantasmas.* Fuente: transmisión oral.

El ogro, el chino Hou, también llamado león de las montañas.

Pu Hiän aparece nombrado en Fong Schen Yän Yi montando un elefante, en Wen Dschu un león azul y en Dsï Hang Dau Jen (Guan Yin) sobre el ogro de los cabellos de oro.

El ogro que vuela por los aires = Yaksha.

21. *La muchacha difunta.* Compárese con Liau Dschai.

22. *El muchacho travieso.* Fuente: transmisión oral.

La fiesta de las linternas se celebra el día 15 del primer mes. Es el cierre de las festividades de Año Nuevo; el trabajo empieza después. La fiesta de la primavera, Tsing Ming, alrededor de Pascua.

23. *La codicia castigada.* Fuente: Sü Tsi Hiä.

«El sombrero de luto.» El cadáver está vestido con ropas de luto. Según la tradición local, los jóvenes que fallecen antes que sus padres se colocan en el féretro vestidos con ropas de luto para que en la muerte puedan cumplir el deber de llorar a sus padres cuando éstos mueran.

Aquí, el traje sirve para aumentar el horror.

24. *Una noche en el campo de batalla.* Fuente: Sin Tsi Hiä.

25. *El desvalijador de tumbas.* Fuente: Sin Tsi Hiä.

La tablilla para llamar a los espíritus es la plaqueta del cuento número 18.

26. *Go Schu Han.* Compárese con Tang Dai Tsung Schu.

Hubo un guerrero en la época del emperador Ming Huang que murió en el año 756; era de origen tártaro.

El ogro de aquí es un Rakchas, que a menudo se confunde con los Yakschas. La cadena de perlas: la expresión Schä Li, en hindú Sarira, se utilizó tanto para las perlas como para los huesos.

«Que está sobre la cama.» En época antigua, Go Schu Han no era todavía famoso, pero los espíritus conocen el futuro. Son tan culpables como los hombres de adorar a las fuerzas superiores.

27. *La mujer transformada.* Compárese con Tang Dai Tsung Schu.

Parece que también aquí se trata de un Rakchas, que se convierte durante algún tiempo en una muchacha, pero cuya verdadera naturaleza acaba por salir a la luz.

28. *El país de los ogros.* Véase Liau Dschai.

Los ogros son los impuros ceilones, llamados también Rakchas, que aparecen en las sagas como monstruos comehombres.

29. *La muchacha secuestrada.* Véase Sü Tsi Hiä.

Aquí el ogro es una Fe Tiän Yä o Yakscha.

30. *El ogro que volaba.* Véase con Tang Dai Tsung Schu.

También aquí se trata de una Yakscha.

31. *El arte de los venenos.* Fuente: transmisión oral.

La historia ocurre en la China del sur, pero se encuentra también en la antigua zona de protectorado alemán. Tal vez sea porque el origen de gran número de familias de esta zona provienen de Yünnan. Puede tratarse posiblemente de lo que se llevaron consigo. Quizá fueran los funcionarios aislados que trabajaban en el sur los que la transmitieron.

32. *La magia negra.* Fuente: transmisión oral.

El realgar se utiliza en la cultura china como contraveneno y un fortaleciente.

33. *La muchacha fiel.* Fuente: transmisión oral.

La historia recuerda al conde de las mujeres iguales. Un matrimonio doble de este tipo es en China tan poco frecuente como en Europa. Se conocen las concubinas, pero no hay dos mujeres principales al mismo nivel.

34. *La piel pintada.* Véase Liau Dschai.

«Los hombres perdidos no tienen hogar.» El espíritu explica su estado con estas palabras. Con ello, el discípulo que continúa con él sigue su camino.

El suplente: por el hecho de que el espíritu intenta atraer la desgracia sobre otro hombre para volver a nacer libre. Compárese con «El espíritu de los ahorcados», n.° 19.

El templo del señor verde: el señor verde es el mismo que el rey padre del este. Compárese con los «Cinco Ancianos» (Vol. I).

El abanico mágico. Los taoístas tienen un abanico de madera con pelos de caballo para ahuyentar a los malos espíritus.

35. *La secta del loto blanco.* Fuente: Liau Dschai.

La secta del loto blanco es una revolucionaria secta secreta de China. Se dirige a Tung Tiän Giau Dschu como su señor; compárese con las notas al cuento de «Notscha» (Vol. I).

«Ése es un espíritu de la montaña.» El espíritu de la montaña es naturalmente una falsa apariencia de la magia, a través de la cual se provee él y los suyos de la violencia de los soldados.

III. Cuentos artísticos

36. *El marido despiadado.* De Gin Gu Ki Guan (reducido).

Ir a vivir a casa de la familia política. La mujer acostumbra a ir a vivir a casa de los padres del esposo, pero cuando no hay ningún hijo varón, se llega al acuerdo de que el yerno se traslade a la casa de los padres de su esposa y viva allí. La costumbre está hoy en día todavía muy extendida en Japón, pero en China no se considera una honra entrar de esa forma en una familia extraña. Es revelador que Mosü tenga que volver a casarse otra vez en casa del señor Hü, por haber avergonzado a la familia con la que vivía la primera vez.

«Hijita de Oro le escupió en el rostro.» A pesar de su fidelidad hacia él, tiene que mostrar a la luz, según la forma de ser china, su ira por la infidelidad del marido; sólo después puede ponerse todo en su sitio y en su historia se revaloriza.

37. *La bella Giauna.* Véase Liau Dschai.

«No en la forma moderna de ocho piezas.» Ba Gu Wen Dschang, composición con una disposición en ocho partes, unidas con reglas muy inflexibles, que se utilizaban como tema de examen en las enseñanzas elevadas.

«Peligro del trueno.» Véanse las notas al cuento de «El zorro y el trueno» (Vol. I).

38. *Ying Ning o la historia de la bella sonriente.* Véase Liau Dschai.

El cuento se redacta estilizado por el difunto profesor Harald Gutherz, con el que preparamos conjuntamente esta colección.

39. *La princesa rana.* Véase Liau Dschai.

«Hombrecillos-rana», «Wa Dsï»: insulto que los chinos del sur utilizan corrientemente para los chinos del norte.

40. *Atardecer.* Véase Liau Dschai.

41. *Margarita.* Véase Liau Dschai.

La historia que aparece en Liau Dschai tiene un final todavía más complicado, en el que la apariencia de los dos seres amados desaparece de un lugar a otro, y se representa más detalladamente.

42. *La añoranza.* Véase Liau Dschai.

La historia es, a pesar de la relajación externa de las reglas budistas, más y más budista. Aquí se oponen la religión de las normas y la religión del corazón.

«Los descendientes.» Los descendientes tienen el deber de hacer ofrendas a sus ascendientes; puesto que él tenía el impedimento de la enfermedad, la ofrenda de la descendencia tuvo que tener carencias.

La carne de res: disfrutar de esta comida es sacrilegio y a un verdadero budista le repele. La vaca es un animal que en China, por ser compañero del hombre, es demasiado sagrado para ser comido.

43. *El Mono Sun Wu Kung.* Véase Si Yu Gi.

El mono es el símbolo del corazón. El relato es igual que el de *Pilgrim's Progress*, una alegoría. Se han tomado numerosos temas mitológicos y de cuentos. El propio mono recuerda a Hanumat, el acompañante de Rama.

El Señor del Cielo = Yü Huang.

El mono de piedra es el corazón de piedra del hombre en su estado natural. Los bucles, los espíritus santos (Siän) y los dioses (Schen): el ideal del budismo, taoísmo y confucianismo.

Asia: los continentes aparecen en la mitología hindú. En el sur, Dschau Bu Dschou = Djambudvipa; en el este, donde nace el mono, Schong Schen Dschou = Purvavidêha; en el norte, Gü Lu Dschou = Utarakura; en el oeste, adonde llega el mono al final, Niu Ho Dschou = Godana. Asia es Djambudvîpa.

El reconocido = Sambodhi.

Sun Wu Kong: mono se dice en chino «Hu Sun». La palabra tiene resonancias negativas, por eso el maestro elige Sun como nombre de género. El signo se libera de la radical, que significa animal. Wu Kung = el que se despierta en el vacío (Nirvana).

Los diferentes caminos: magia, camino del juramento de los espíritus. Sabiduría: las tres religiones son el confucianismo, budismo y taoísmo; a ellas se añaden las seis «escuelas»: la del Yin del Yang, la de Mo-Di, la médica, la militar, la de las leyes y las diferentes, de forma que en total hay nueve direcciones. En el taoísmo, la calma es la ausencia de toda actuación. Acción es en el taoísmo el cuidado del cuerpo, como se inauguró con We Be Yang.

«Le golpeó tres veces con el bastón.» Aquí aparece el lenguaje de los signos, que sólo es comprendido por los santificados.

El rey de los demonios del caos = sentidos; por eso el agua es su elemento y los riñones su morada (los riñones son el lugar en que se encuentra la semilla).

«Con traje rojo.» Los colores tienen sentido alegórico.

La muerte = Yama.

La Estrella del Anochecer es una estrella de metal. Sun Wu Kong representa también el metal, por eso la Estrella del Anochecer le defiende.

Sobre Li Dsing y Notscha, véase el relato «Notscha» (Vol. I).

Sobre la Reina Madre del Oeste, véase el relato de los cinco ancianos y otros del vol. I.

Sobre Yang Oerlang, véase el relato «Yang Oerlang» (Vol. I).

Guan Yin es la Avalókitês'vara; en China está generalizado el culto a la divinidad femenina.

El tema de la huida gracias a la magia aparece en los cuentos de todo el mundo.

Jarrón. Guan Yin se representa corrientemente con un jarrón Bau Ping.

El anillo de Lao Tse es el Tao.

Las ocho fuerzas de la naturaleza = Ba Gua.

Buda. Mientras que Sun Wu Kung es atacado con todos los medios físicos, confía en el Buda, que no lucha, sino que le vence por su ubicuidad. La enseñanza está llena de un humor corrosivo.

El monje de Yangktsekiang es Hüan Dschuang. Véase el relato del «Monje de Yangsekiang» (Vol. I). El anillo que se puede hacer más pequeño si el mono no obedece aparece en Hauffs, *Der junge Engländer*, como corbata.

Fuentes literarias utilizadas

Primera parte

Si Yu Gi / Liau Dschai Yi (al menos se escogieron algunos párrafos traducidos) / San Guo Yän Yi / Tang Dai Tsung Schu / Schen Siän Dschuan / Sin Tsi Hiä / Sü Tsi Hiä / Sou Schen Gi / Yüo We Tsau Tang / Gin Gu Ki Guan / Dung Dschou Liä Guo / Schi Gi / Schen I Ging / Ming Huang Dsa Lu / Fong Schen Yän Yi / Mu Tiän Dsï Dschuan / Lui Diän / Mayers, *Chinese Readers Manual*, Shanghái, 1874 / Giles, *Chinese Biographical Dictionary*, Londres y Shanghái, 1898 / Eitel, *Hanbook of Chinese Buddhism*, Hong Kong, 1888.

Segunda parte

Si Yu Gi / Liau Dschai Yän Yi (se escogieron al menos pasajes no traducidos) / San Guo Yän Yi / Tang Dai Tsung Schu / Schen Siän Dschuan / Sin Tsi Hiä / Sü Tsi Hiä / Sou Schen Gi / Yüo We Tsau Tang / Gin Gu Ki Guan / Dung Dschou Liä Guo / Schi Gi / Schen I Ging / Ming Huang Dsa Lu / Fong Schen Yän Yi / Mu Tiän Dsï Dschuan / Lui Diän / Mayers, *Chinese Readers Manual*, Shanghái, 1874 / Giles, *Chinese Biographical Dictionary*, Londres y Shanghái, 1898 / Eitel, *Handbook of Chinese Buddism*, Hong Kong, 1888.

Índice temático

Primera parte

Realizado por Sonja-Maria Reichert.

Nota: la clasificación de las narraciones como sigue a continuación se realiza basándose en el catálogo Internacional AaTh y Mot., que recoge los siguientes textos y bibliografía. Para los temas del AaTh temático, las notas indicativas proceden de la *Enzyklopädie des Märchens* (EM).

AaTh = Aarne, A. y Thompson, S., *The types of the folktale*, 2.ª rev. (FFC 184), Helsinki, 1961.

Eberhard, *Typen* = Eberhard, W., *Typen chinesischer Volksmärchen* (FFC 120), Helsinki, 1937.

EM = *Enzyklopädie des Märchens. Handwörterbuch zur historischen und vergleichenden Erzählforschung*, fundada por K. Ranke, edición a cargo de R. W. Brednich y otros, Berlín y Nueva York, 1977 (en 1990 habían aparecido los artículos Aa-Hy).

Mot. = Thompson, S., *Motif-index of folk-literature* 1-6, Copenhague, 1955-1958.

Ting = Ting, N.-T., *A type index of chinese folktales in the oral tradiction and major works of non-religious classical literature* (FFC 223), Helsinki, 1978.

Cuento 1 = saga de la creación.

Cuento 2 = AaTh 400*: doncella débil + *Mot.* A 770: creación de las estrellas.

Cuento 3 = Tema A 762.2: el amor secreto de un hombre por otro + Eberhard, *Typen*, 112, n. 67 = saga de explicación (hierba, arco iris, propiedades del dios Oeerlang).

Cuento 4 = AaTh 650: A: Hans el fuerte.

Cuento 5 = Eberhard, *Typen*, 37, n. 25 + 112, n. 67: el hombre de la luna.

Cuento 6 = *Mot.* A 769: explicación de la creación de las estrellas matutina y vespertina.

Cuento 7 = Eberhard, *Typen*, 79, n. 45: aparición del arte de la cría del gusano de seda.

Cuento 8 = Eberhard, *Typen*, 204, n. 152: leyenda de la reina del cielo.

Cuento 18 = Eberhard, *Typen*, 159, n. 106: el mendigo no supera la prueba de la inmortalidad.

Cuento 19 = véase AaTh 471: el puente al otro mundo + AaTh 471 A: el monje y el pajarillo.

Cuento 20 = véase AaTh 325: el mago y el discípulo.

Cuento 22 = Eberhard. *Typen*, 159, n. 106: los jóvenes no superan la prueba.

Cuento 23 = AaTh 471: el puente al otro mundo + AaTh 471 A: el monje y el pajarillo.

Cuento 25 = véase AaTh 1350: la viuda: la viuda recién consolada + véase AaTh 1510: la viuda de Éfeso.

Cuento 28 = véase AaTh 326: aprender a tener miedo.

Cuento 30 = AaTh 804: la madre de Pedro.

Cuento 40 = véase AaTh 470: la alegría en la vida y en la muerte.

Cuento 41 = véase Eberhard, *Typen*, 64, n. 39: el rey dragón es agradecido + AaTh 400 (Ting 313: el hombre en busca de la mujer que ha perdido).

Cuento 48 = AaTh 650 A: Hans el fuerte.

Cuento 53 = AaTh 516: Juan: Juan el fiel.

Cuento 57 = Eberhard, *Typen*, 237, n. 185. Magia para la lluvia + Eberhard, *Typen*, 99, n. 58 (EM I, 1048-1065): cuento de un error, págs. 309-316, n. 96 = véase AaTh 402: el novio ratón (aquí una rana).

Segunda parte

Realizado por Sonja-Maria Reichert, Eutin.

Nota: la clasificación de las narraciones como sigue a continuación se realiza basándose en el catálogo Internacional de AaTh y Mot., que recoge los siguientes textos y bibliografía. Para los temas de AaTh temático, las notas indicativas proceden de la *Enzyklopädie des Märchens* (EM).

AaTh = Aame, A. y Thompson, S., *The types of the folktale*. 2.ª rev. (FFC 184), Helsinki, 1961.

Eberhard, *Typen* = Eberhard, W.: *Typen chinesischer Volksmärchen* (FFC 120). Helsinki, 1937.

EM = *Enzyklopädie des Märchens. Handwörterbuch zur historischen und vergleichenden Erzählforschung*, fundada por K. Ranke, edición a cargo de R. W. Brednich y otros, Berlín y Nueva York, 1977 (en 1990 habían aparecido los artículos Aa-Hy).

Mot. = Thompson, S., *Motif-index of folk-literature* 1-6, Copenhague, 1955-1958.

Ting = Ting, N.-T., *A type index of chinese folktales in the oral tradition and major works of non-religious classical literature* (FFC 223), Helsinki, 1978.

Cuento 1 = Ting 555 A, 613: castigo por codicia desmesurada.

Cuento 2 = Véase AaTh 875: la hija del aldeano, la inteligente.

Cuento 5 = Ting 555 C: el mal empleo de un regalo mágico conduce a la pobreza.

Cuento 6 = AaTh 923 B: el amor como la sal.

Cuento 7 = AaTh 301 A: la princesa secuestrada.

Cuento 8 = V. AaTh 327 A: Hansel y Gretel.

Cuento 9 = Ting 333 C.: la pantera devoradora es superada en sus tretas (comp. con AaTh = 123. El lobo y el cabritillo).

Cuento 10 = Véase AaTh 825. Noé (el diluvio).

Cuento 11 = AaTh 101: los perros imitan al zorro (aquí tigre y zorro).

Cuento 13 = AaTh 57: el cuervo y el queso.

Cuento 14 = Eberhard, tema 24, n. 13 (Mot. A. 2281,1): explicación sobre la enemistad entre perros y gatos.

Cuento 21 = Eberhard, tema 172, n. 114. El cadáver viviente.

Cuento 23 = Eberhard, tema 172, n. 114. El cadáver viviente.

Cuento 29 = Véase AaTh 312. Asesinato de una muchacha.

Cuento 32 = AaTh 313. El río mágico.

Cuento 33 = Eberhard, tema 253, n. 197: curación de la lepra.